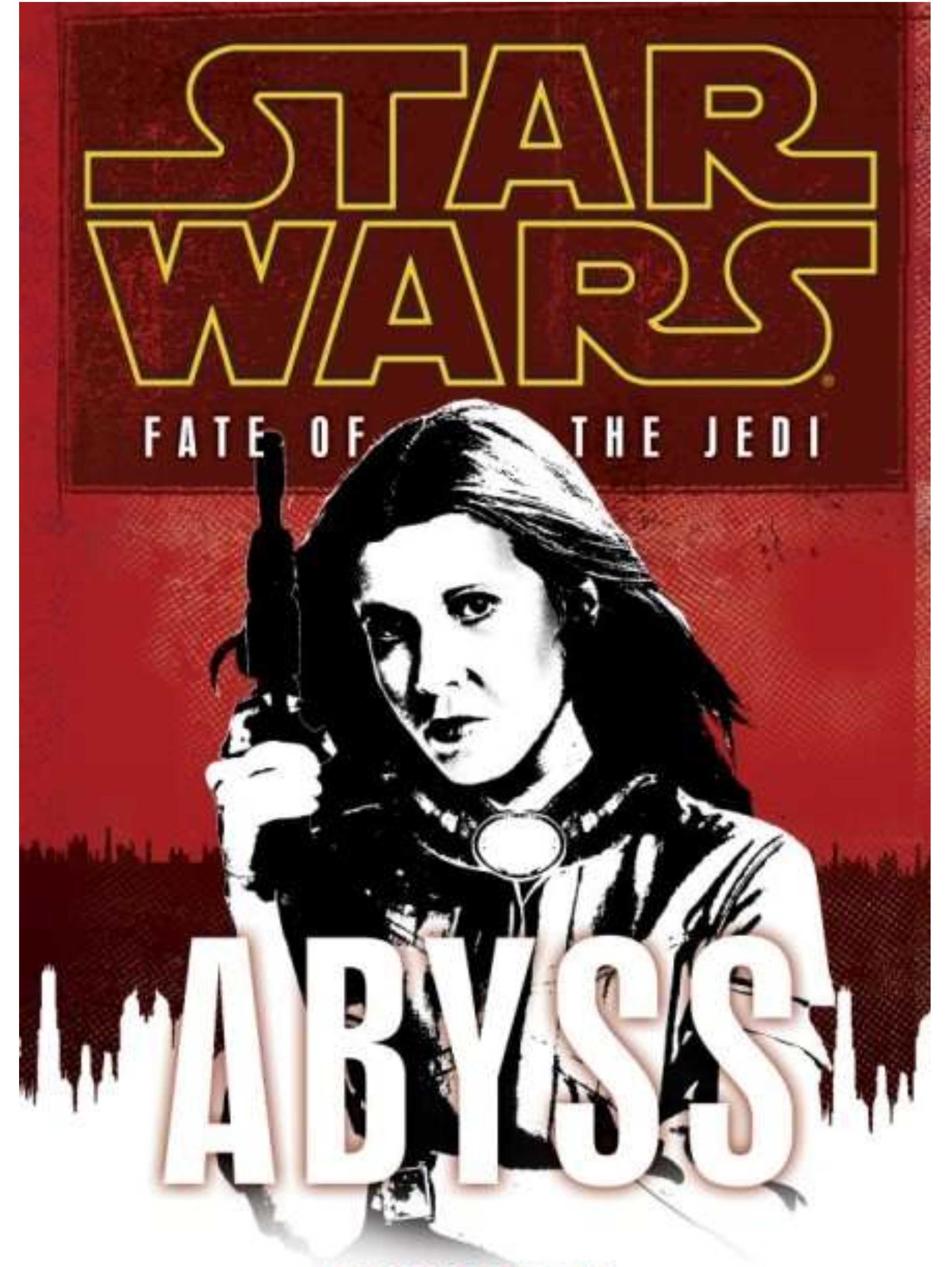

STAR WARS
FATE OF THE JEDI
ABYSS
TROY DENNING
New York Times bestselling author of Star Wars: Legacy of the Force: Invincible

La paz es el camino de los Jedi. Pero con enemigos mortales por todos lados, la guerra puede ser la única salida.

Siguiendo un rastro de pistas a través de la galaxia, Luke Skywalker continúa su búsqueda para encontrar las razones detrás de la oscura caída de Jacen Solo y para ganar la redención de la Orden Jedi. La estancia entre los misteriosos monjes aing-tii ha dejado a Luke y a su hijo Ben sin respuestas reales, solo la sospecha de que las revelaciones que buscan se encuentran en los confines del lejano cúmulo de las Fauces. Allí, escondidos de la galaxia en un laberinto de agujeros negros, habitan los Caminantes Mentales: aquellos cuyo poder para trascender sus cuerpos y ser uno con la Fuerza es tan seductor e intoxicante como potencialmente mortal. Pero puede ser el único camino de Luke hacia la verdad.

Mientras tanto, en Coruscant, la guerra de voluntades entre la Jefe de Estado de la Alianza Galáctica, Natasi Daala, y la Orden Jedi está aumentando. Indignados por la congelación en carbonita de los jóvenes Caballeros Jedi Valin y Jysella Horn después de sus inexplicables crisis mentales, los Jedi están decididos a desafiar las tácticas marciales de Daala, anular el liderazgo vacilante del Maestro del Consejo Kenth Hamner y lidiar en sus propios términos con la epidemia de locura que se vive en sus filas Mientras Han y Leia Solo, junto con su hija Jaina, se unen a la lucha para proteger a los Caballeros más afectados del arresto, los curanderos Jedi se apresuran a encontrar una cura para la aflicción que se extiende rápidamente. Pero ninguno de ellos se da cuenta de que el cañón bláster ya está girando en su dirección y la Jefe Daala está a punto de apretar el gatillo.

Tampoco Luke y Ben, en lo profundo del Cúmulo de las Fauces y empujando sus habilidades de la Fuerza más allá de los límites conocidos, se dan cuenta de lo cerca que están, del escuadrón de ataque Sith empeñado en exterminar a los Skywalkers, de un nexo de energía del lado oscuro sin precedentes en su poder y su hambre, y de una confrontación explosiva entre portadores opuestos de la Fuerza de la cual solo un Maestro, bueno o malo, puede emerger vivo.



El Destino de los Jedi

Libro 3

Abismo

Troy Denning



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Fate of the Jedi: Abyss*

Autor: Troy Denning

Arte de portada: Ian Keltie

Publicación del original: 2009

43 años después de la batalla de Yavin

Traducción: Quinlan Rick

Revisión: ...

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

27.06.20

Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Para mi sobrina Jennifer Jane Denning.
La sonrisa detrás de Allana

AGRADECIMIENTOS

Muchas personas contribuyeron a este libro de maneras grandes y pequeñas. Me gustaría agradecerles a todos, especialmente a los siguientes: Andria Hayday por su apoyo, críticas y sugerencias; James Luceno, Leland Chee, Pablo Hidalgo, Keith Clayton, Christine Cabello, Scott Shannon, Frank Parisi y Carol Roeder por sus excelentes contribuciones durante nuestras sesiones de lluvia de ideas; Shelly Shapiro y Sue Rostoni por todo, desde su notable paciencia hasta sus perspicaces anotaciones de sus grandes ideas; a mis colegas escritores de El Destino de los Jedi, Aaron Allston y Christie Golden, por ser tan divertido trabajar con ellos y por sus innumerables otras contribuciones a este libro y a la serie; a todas las personas de Lucasfilm y Del Rey que hacen que escribir Star Wars sea muy divertido; y, finalmente, a George Lucas por compartir su galaxia con todos nosotros.

DRAMATIS PERSONAE

Ahri Raas; aprendiz Sith (hombre keshiri)
Ben Skywalker; Caballero Jedi (humano)
Han Solo; capitán del *Halcón Milenario* (humano)
Jagged Fel; Jefe de Estado del Imperio Galáctico (humano)
Jaina Solo; Caballero Jedi (humana)
Leia Organa Solo; Caballero Jedi (humana)
Luke Skywalker; Gran Maestro Jedi (humano)
Olaris Rea; Señor de los Sith (humana)
Vestara Khai; aprendiz Sith (humana)
Yuvar Xal; Maestro Sith (humano)

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…

Capítulo Uno

ENTERRADO EN EL INTERIOR DEL TEMPLO JEDI EN CORUSCANT ESTABA EL Bloque de Aislamiento, un cubo de transpariacero soportado por su propio atrio oculto, bañado en una luz azul artificial y rodeado de ordenadas hileras de árboles olbio en macetas. Mirando a través de las hojas hacia un muro del segundo piso, Leia Solo pudo ver a Seff Hellin arrodillado en su celda. Estaba en la esquina más cercana, mirando sus nudillos ensangrentados como si estuviera sorprendido de que horas de golpeteo, a una costura soldada por fusión, pudiera haberlos dañado. En la celda adyacente, Natua Wan estaba rascando sin cesar la cerradura de su puerta, tratando de deslizar sus garras astilladas, dentro de un sello magnético, donde un nano bisturí no podría haber entrado.

Ver a la pareja en tal estado hizo que le doliera el corazón a Leia. También la aterrorizaba, porque los dos hijos de Corran Horn habían sido víctimas de la misma condición. Ahora, con los científicos del Templo no más cerca de identificar una causa, estaba empezando a temer que esta extraña locura pudiera reclamar una generación entera de Caballeros Jedi. Y eso era algo que no permitiría, no cuando cada nuevo caso le recordaba lo confundida e impotente que se había sentido al perder a Jacen por la locura de los Sith.

El contorno dorado de un portal de acceso apareció en el campo de barrera invisible que rodeaba al atrio. Con Han y C-3PO detrás, Leia entró percibiendo un olor a hojas. No le sorprendió sentir una sutil punzada de pérdida y aislamiento. Los árboles olbio estaban llenos de ysalamiri, pequeños reptiles blancos que se escondían de los depredadores creando vacíos en la Fuerza. La adaptación era una herramienta invaluable, para cualquiera que quisiera encarcelar a pícaros usuarios de la Fuerza, y con demasiada frecuencia últimamente, que incluía a los Jedi.

Cuando el portal se cerró tras ellos, Han se inclinó y susurró al oído de Leia.

—No creo que separarlos de la Fuerza esté ayudando. Se ven más locos que nunca.

—Seff y Natua no están locos —le reprendió Leia—. Están enfermos y necesitan nuestra comprensión.

—Oye, nadie entiende mejor a los locos que yo. —Han le dio a su brazo un apretón tranquilizador—. La gente siempre me dice loco.

—El capitán Solo tiene toda la razón —acordó C-3PO. El droide de protocolo dorado estaba parado cerca de los Solo, su pecho metálico y frío, presionaba contra el hombro izquierdo de Leia—. Durante nuestra asociación, la cordura del capitán Solo ha sido cuestionada un promedio de tres veces al mes. Según los estándares de atención psiquiátrica de muchas sociedades conformistas, solo ese hecho lo calificaría para una celda en el Bloque de Aislamiento.

Han frunció el ceño hacia el droide y luego se volvió hacia Leia con su mejor sonrisa.

—¿Ves? Soy probablemente el único en todo el Templo que está en su canal.

—No dudaría de eso —dijo Leia. Dedicándole una sonrisa irónica, luego le dio unas palmaditas en la mano que le agarraba el brazo—. Hablando en serio, solo desearía que realmente supieras lo que está pasando con ellos.

Ahora fue Han quien se puso serio.

—Sí. Verlos escurrirse así trae malos recuerdos. Realmente malos recuerdos.

—Así es —reconoció Leia—. Pero no es lo mismo. Cuando alguien se dio cuenta de lo que estaba sucediendo con Jacen, estaba dirigiendo la Alianza Galáctica.

—Sí, y eso que éramos el enemigo —asintió Han—. Solo desearía que pudiéramos haber atrapado a Jacen en una celda de det…

—Lo habríamos hecho, si hubiera habido alguna forma de atraparlo vivo —interrumpió Leia. No regresaban a estos recuerdos a menudo, pero cuando lo hacían, la devastaban, pero no podía permitirse eso ahora—. Centrémonos en los Jedi que podemos salvar.

Han asintió con la cabeza.

—Cuenta conmigo. No necesito que la familia de nadie más, quede atrapada en una explosión de plasma como la que hicimos.

Han siguió hablando cuando aparecieron la Maestra Cilghal y su asistente Tekli, caminando entre dos filas de olbios en maceta. Con sus batas médicas blancas, la pareja causó una impresión sombría, Cilghal, una mon calamari de cabeza larga con ojos tristes y bulbosos, Tekli, una diminuta chadra-fan con sus orejas en forma de aleta, apretadas contra el pelaje de su cabeza.

Cilghal extendió una mano con dedos de telaraña primero hacia Leia, luego a Han, y habló con su ondulante voz de mon calamari.

—Jedi Solo, capitán Solo, gracias por venir. ¿Confío en que pudieron encontrar a alguien que pudiera ver a Amelia en tan poco tiempo?

—No hay problema —dijo Han—. Barv la vigila.

—¿Barv? —Chilló Tekli—. Como ¿Bazel Warv?

—Sí, Amelia simplemente ama a los tipos grandes. —Han sonrió—. Estoy empezando a pensar que esa chica se va a casar con un ramoano cuando crezca.

La mirada que Tekli le lanzó a Cilghal fue casi imperceptible, al igual que la respuesta del ojo cercano de la mon calamari, pero no lo suficientemente rápida como para escapar de la atención de una ex diplomática.

—¿Es eso un problema? —preguntó Leia—. Barv siempre ha sido muy bueno con ella.

—Realmente dudo que haya algo de qué preocuparse —dijo Cilghal—. Es solo que el único vínculo que hemos podido establecer entre los pacientes es por asociación.

—¿Qué tipo de asociación? —preguntó Han.

—Edad y ubicación —dijo Tekli—. Las cuatro víctimas estaban entre los estudiantes escondidos en el refugio.

Leia asintió. El refugio era la base secreta donde los Jedi habían retirado a sus pequeños, durante la última parte de la guerra con los yuuzhan vong. Ubicado en el

interior del grupo de agujeros negros de Las Fauces y remodelado de los restos de un laboratorio de armas abandonado, había sido un lugar sombrío para cuidar a los jóvenes Jedi… y ahora, al parecer, uno tal vez peligroso.

—¿Estás pensando en toxinas ambientales? —preguntó Leia.

—Descontaminamos el lugar bastante bien —agregó Han—. Pero supongo que podríamos habernos faltado algo. Los imperiales estaban haciendo cosas extrañas allí.

Cilghal extendió las manos.

—Es imposible decirlo. Por el momento, todo lo que tenemos es una simple observación. —Dirigiendo una mirada amonestadora hacia su asistente—. La muestra es demasiado pequeña para establecer una correlación estadística.

—Es cierto, pero es el único vínculo firme que tenemos —respondió Tekli—. Y si es causal o no, Bazel se asocia estrechamente con Valin y Jysella.

—Sí, junto con Yaqeel Saav'etu —dijo Han—. Escuché a Barv llamar a los cuatro como «la Unidad».

Leia alzó una ceja.

—¿Esta Unidad incluyó a Seff? —Levantó la vista y vio que Seff seguía mirando sus manos; mientras que en la celda adyacente, Natua continuaba preocupándose por su cerradura—. ¿O a Natua?

—No por lo que he escuchado —dijo Han.

Tekli confirmó esto con un movimiento de su cabeza de pelo dorado.

—¿Lo ves? —preguntó Cilghal—. Hay muchos hechos y conexiones, pero ¿cuáles son significativos? ¿Habrá alguno?

—Si alguien puede resolverlo, esa eres tú —dijo Leia—. Mientras tanto, no hay nada de malo en tener cuidado.

—Por supuesto que no —dijo Cilghal—. Entonces, si prefieres regresar a Amelia de inmediato…

—No, no creo que sea necesario —interrumpió Leia—. Artoo-Detoo está allí, y tiene órdenes permanentes de contactarnos si algo comienza a parecer fuera de lo común. Y estamos ansiosos por ayudarte.

—Sí. —Han miró hacia el bloque de celdas—. A juzgar por el aspecto de esos dos allá arriba, la necesitas.

—Gracias. —Cilghal se volvió hacia el bloque de celdas, saludando con la mano—. Pero en realidad, la razón por la que les pregunté qué hacen aquí, es porque Seff ha comenzado a mejorar.

Han parecía dudoso.

—¿Entonces no se lastimó las manos golpeando paredes?

—Sí, lo hizo —admitió Cilghal.

—Pero se ha detenido —señaló Leia—. ¿Esa es la mejora?

Cilghal asintió con la cabeza.

—Unos días después de que los aislamos de la Fuerza, tanto Seff como Natua comenzaron a mostrar síntomas de abstinencia psicológica violenta. La calma actual de Seff sugiere que pudo haber entrado en una fase de recuperación.

—Espera un minuto. —Han lanzó una mirada inquieta hacia Leia—. ¿Quieres decir que son adictos a la Fuerza?

—Todo lo que sabemos es que parece haber una conexión —dijo Cilghal cuidadosamente.

—Nos preguntamos si la Fuerza actúa como una especie de portador de la locura —explicó Tekli—. O tal vez un disparador.

Cilghal fijó una mirada de desaprobación en su asistente.

—En esta etapa eso es pura especulación, por supuesto. —Girando el otro ojo hacia Leia, una habilidad de los mon calamari que Leia todavía encontraba un poco inquietante—. Hasta ahora, no hemos podido confirmar el aislamiento ni la recuperación.

—¿Y por eso nos necesitas? —supuso Leia.

Cilghal asintió con la cabeza.

—Nos gustaría realizar un escaneo encefálico sorpresa para determinar qué tan calmado está realmente Seff…

—Y quieres que lo distraigamos —terminó Han.

—¿Les importaría? —Cilghal preguntó—. No podemos establecer un patrón de estrés básico, a menos que mantengamos su atención enfocada en otra parte. Y ustedes son los que tienen mejores trucos del Templo.

—En Coruscant —corrigió Han, demasiado orgulloso. Señalando con un pulgar hacia C-3PO—. Pero aquí varita dorada, no va a ser de mucha ayuda engañando a alguien. ¿Por qué lo quieres?

—Natua ha estado silbando mientras trabaja —explicó Tekli—. Estoy empezando a pensar que está hablando sola.

—Eso es completamente posible —dijo C-3PO—. La fonética de muchos idiomas de reptiles tiene patrones de raíz sibilantes. Estaré encantado de ayudarla a identificar el idioma, si lo desea.

—Una traducción sería mucho más útil —dijo Tekli—. Podría ser útil saber lo que está diciendo.

—Ves: Threepio está completamente a tu disposición —dijo Leia a Cilghal—. Al igual que Han y yo.

Cilghal les agradeció y abrió el camino hacia el Bloque de Aislamiento. Tekli desapareció dentro de la sala de control para tomar un par de bastones aturdidores para los Solos, así como una pistola tranquilizante para Cilghal, luego les dijo que se uniría a ellos con el cefaloescaner una vez que Seff se distrajera. Leia y Han aseguraron los bastones aturdidores en la parte baja de sus espaldas, debajo de sus cinturones, luego siguieron a Cilghal hacia un turboascensor y ascendieron al pasillo del segundo piso.

Las celdas dispuestas a lo largo del pasillo, estaban claramente diseñadas para confinar en lugar de castigar, ya que estaban provistas de sofás, centros de

entretenimiento holográficos y baños con pantallas de privacidad. A juzgar por el grito sordo de los arañazos que venían de la segunda puerta, estos beneficios no eran un consuelo para Natua Wan.

La primera puerta estaba abierta. Dentro de la celda, un Jedi humano alto y de aspecto poderoso estaba sentado meditando, con una palma hacia arriba apoyada en una rodilla y un muñón en la otra. En el suelo junto a él descansaba una mano artificial, con la palma también hacia arriba, con el pulgar y el dedo medio tocándose. Docenas de cirugías e injertos de piel, habían reparado sus cicatrices de quemaduras hasta el punto en que su rostro parecía simplemente plástico en lugar de horrible, pero sus orejas permanecían planas y deformes, y la textura erizada de su corto cabello rubio revelaba sus orígenes sintéticos.

Cuando el grupo se acercó a su puerta, los ojos azules del Jedi se abrieron de golpe, fijándose primero en Leia, luego en Han.

—Princesa Leia, capitán Solo —dijo—. Es bueno verlos otra vez.

—A ti también, Raynar —dijo Han—. ¿Estás bien aquí?

—Muy bien —dijo Raynar—. Gracias.

Un triste recordatorio del precio que los jóvenes Jedi pagaban con demasiada frecuencia por su servicio a la galaxia, Raynar Thul había desaparecido en la misma misión de ataque, que había cobrado la vida del hijo más joven de los Solos, Anakin. Años más tarde, Raynar había reaparecido como UnuThul, el armador desfigurado y loco, que lideraba la expansión de la colonia killik en los territorios de Chiss. Afortunadamente, Raynar no había demostrado ser demasiado poderoso para capturarlo vivo, por lo que había estado residiendo en el Bloque de Aislamiento durante más de siete años, mientras que Cilghal lo ayudaba a recuperar la calma.

Si Natasi Daala hubiera sido Jefe de Estado de la Alianza Galáctica en ese momento, Raynar probablemente habría sido congelado en carbonita y colgado en el centro de detención más cercano, tal como lo habían estado Valin y Jysella Horn cuando enfermaron. Y ese pensamiento hizo que Leia estuviera tan enojada como un wampa en una sauna. Cualquier persona cuya mente se quebraba por lo que habían sufrido por la Alianza merecía ser curada de nuevo, no etiquetada como un «peligro para la sociedad» y tratada como una pintura en la pared.

Leia se detuvo en la entrada de la celda de Raynar.

—Hola, Raynar. Cilghal nos ha dicho cuánto progreso has tenido. —En realidad, la mon calamari les había dicho a los Solos, que todo lo que quedaba era que Raynar se diera cuenta de que estaba recuperado—. ¿Hay algo que necesites?

—No, soy libre de visitar la comisaria yo mismo —dijo Raynar. Miró hacia la celda adyacente, donde Natua todavía estaba rascando su puerta, para después sonreír con picardía—. ¿A menos que te importe hacer algo con todo ese alboroto? Es suficiente para volver loco a un hombre.

—No hay problema —dijo Han, alcanzando el panel de control en el exterior de la celda—. Será más tranquilo si cerramos esto…

—Pensándolo bien —interrumpió Raynar—, puede que me esté acostumbrando al ruido.

Han sonrió.

—Pensé que eso podría solucionar tu problema.

—Deberías aplicar para el permiso de terapeuta, querido —dijo Leia secamente. Girándose hacia Raynar—. Pero en serio, Raynar, si el ruido te molesta, ¿por qué no cambias de habitación?

Los ojos de Raynar se abrieron tanto como le permitieron sus cejas rígidas.

—¿Dejar mi celda?

—La puerta ha estado abierta durante bastante tiempo —dijo Cilghal—. Y si las cosas continúan deteriorándose con los jóvenes Jedi, es posible que necesitemos tu habitación.

—Hay muchos cuartos vacíos en el nivel de los dormitorios —dijo Han.

Raynar recuperó su mano artificial, luego se levantó y caminó hacia la puerta.

—¿Sería bienvenido?

—Eso depende —dijo Han con una sonrisa—. ¿Harás tus propios deberes?

—Los días en que me consideraba por encima de las tareas domésticas han pasado hace mucho tiempo, capitán Solo. —El tono de Raynar sonaba más distraído que indignado, como si estuviera tan absorto en sus pensamientos, que no había notado que Han estaba bromeando. Se paró en la puerta, considerando sus opciones, luego se encogió de hombros y comenzó a colocar su mano artificial—. No sé si estoy listo. No sé si están listos.

Leia comenzó a sugerir que solo había una forma de averiguarlo, pero antes de que pudiera hablar, Raynar se dirigió hacia el interior de su celda. Cilghal sacudió la cabeza decepcionada, Han suspiró y Leia se mordió el labio con frustración.

—Relájense —dijo Raynar por encima del hombro—. Solo voy a empacar. He estado aquí un tiempo, ya saben.

El alivio de Leia fue agridulce. Tan feliz como estaba de ver a Raynar saliendo de su celda, le hizo desear que el encarcelamiento y la rehabilitación hubieran sido posibles para su hijo Jacen. Pero Jacen había sido demasiado poderoso para poder capturarlo y demasiado destructivo para dejarlo libre, así que al final no hubo más remedio que perseguirlo.

No hubo otra opción.

Leia se recordaba eso casi a diario. Sin embargo, sabía que ella y Han irían a la tumba, preguntándose por qué no habían visto el peligro en Jacen a tiempo para salvarlo, por qué no se habían dado cuenta, hasta que fue demasiado tarde, que su hijo estaba cayendo al lado oscuro.

Una vez que Raynar comenzó a empacar sus pocas posesiones, Cilghal sonrió y volvió a caminar por el pasillo. Cuando pasaron a la siguiente celda, Natua dejó de rascar las cerraduras de su puerta, presionándose contra el transpariacero, con los ojos entrecerrados y fijos en Han. Un rubor rojizo comenzó a arrastrarse por las delicadas

escamas de su rostro, deslizando una mano a lo largo de la pared, extendiéndose en su dirección.

—Capitán Solo. —Incluso a través del altavoz electrónico que transmitía las palabras al pasillo, la voz de Natua era suave y persuasiva. Leia se alegró de que las poderosas feromonas de atracción de la falleen, estuvieran atrapadas de forma segura dentro de su propia celda—. Por favor… sáqueme de aquí. Me están lastimando.

—No tanto como te estás lastimando tú misma —dijo Han, señalando las rayas carmesí que sus dedos ensangrentados estaban dejando en la pared—. Lo siento, Nat. Debes quedarte aquí y dejar que te ayuden.

—¡Esto no es ayuda! —Natua golpeó la pared con tanta fuerza que el rebote resultante hizo que C-3PO volviera a tropezar con el riel de seguridad. Comenzando a maldecir en el extraño lenguaje silbante que Tekli había mencionado antes—. ¡Sse-orhstki hsuzma sahaslatho Shi'ido hsesstivaph!

—¡Oh por! —exclamó C-3PO—. Jedi Wan promete matar al capitán Solo y a sus compañeros impostores, de una manera terriblemente desagradable. Afortunadamente, parece que no ha pensado bien en su plan. Ya que yo ni siquiera tengo intestinos.

—¿Entonces reconoces el idioma? —preguntó Leia.

—Por supuesto —dijo C-3PO—. El antiguo Hsoosh sigue siendo el lenguaje ceremonial en las mejores casas de Falleen.

—¿Idioma ceremonial? —repitió Han—. ¿Como uno que usarían para hacer votos formales?

—Precisamente —dijo C-3PO—. Las clases de élite lo han mantenido vivo durante más de dos mil años estándar para distinguirse…

—Threepio, eso no es importante en este momento —interrumpió Leia. Por la forma en que Han estaba apretando la mandíbula, podía decir que estaba realmente perturbado, por tener una Jedi loca haciendo votos de muerte contra ellos. Una conferencia sobre la historia del antiguo Hsoosh, podría ser suficiente para sacar la maquinaria interna de C-3PO—. Espera aquí y cuéntanos qué más tiene que decir Natua.

C-3PO reconoció la orden, mientras que Leia y Han siguieron a Cilghal a la siguiente celda. Seff se había trasladado a la esquina más alejada, donde estaba arrodillado, de espaldas a la puerta con las manos maltratadas sobre los muslos. El levantamiento y la caída de sus hombros apenas perceptibles sugirieron que estaba meditando, tal vez tratando de calmar su mente perturbada y darle sentido a lo que le estaba sucediendo.

Cilghal miró por el pasillo hacia el turboascensor, donde Tekli estaba esperando con lo que parecía una barra de grabación de un metro de largo, que terminaba en una gran antena parabólica. Cuando la chadra-fan asintió con la cabeza, Cilghal se acercó a la celda de Seff y golpeó suavemente la pared.

Seff, un joven robusto de hombros cuadrados y cabello rizado claro, respondió sin apartar la vista de la esquina.

—¿Sí, maestra Cilghal?

Su voz provenía del pequeño altavoz de retransmisión cerca de la puerta, y cuando Cilghal respondió, ella inclinó su boca hacia el pequeño micrófono inferior.

—¿Cómo sabías que era yo? —preguntó.

—Es… —Seff luchó por una explicación, diciendo finalmente—. Siempre eres tú… o Tekli. Y Tekli no tocaría tan alto en la pared. —Se encogió de hombros.

—Entonces, para responder la pregunta claramente que tienes mente… no, todavía no he desarrollado la capacidad de tocar la Fuerza a través de una burbuja de vacío ysalamiri.

—Pero parece que te sientes mejor —dijo Cilghal.

—Tendré que aceptar tus palabras. —Seff se quedó mirando hacia la esquina, pero su tono se suavizó—. No tengo un recuerdo claro de cómo me sentía antes.

Cilghal puso un esperanzado ojo en la dirección de Leia, luego volvió a hablar con Seff.

—¿Recuerdas por qué estás aquí?

—Eso dependería del significado de aquí. Recuerdo haber intentado rescatar a Valin Horn de una instalación de seguridad de la AG[1]. Y recuerdo haber sido emboscado por alguien que se parecía mucho a Jaina Solo. —Seff se detuvo y sacudió la cabeza—. Supongo que estoy en el Bloque de Aislamiento del centro de detención del Templo Jedi, pero nada de eso tiene mucho sentido.

—Probablemente no debería tener sentido —dijo Cilghal. Sonrió con un alivio que Leia no compartió del todo—. Me temo que últimamente has estado sufriendo delirios paranoicos.

La cabeza y los hombros de Seff se desplomaron de una manera bastante convincente, y continuó mirando hacia la esquina sin hablar.

—Seff, vas a mejorar —dijo Cilghal. Era algo que cualquier buen sanador le diría a un paciente, fuera cierto o no—. Esta es una señal alentadora.

Leia no podía leer las caras de los mon calamari lo suficientemente bien, como para saber si Cilghal era sincera. Pero sí sabía que ella misma no estaba convencida. A Leia no le gustó la forma en que Seff continuaba ocultando su rostro. Y si tenía problemas para recordar lo que le había sucedido, ¿cómo había sabido antes que siempre eran Cilghal o Tekli quienes lo visitaban?

Cilghal continuó hablando por el micrófono de intercomunicación.

—Seff, tienes visitas. ¿Estaría bien si entramos?

—¿Visitas? —Seff finalmente apartó la vista de su rincón, sus pálidos ojos brillaban de curiosidad—. Absolutamente. Entren.

Antes de que Leia pudiera expresar sus preocupaciones, Cilghal extendió la mano e ingresó un código para desactivar la cerradura. Cuando la puerta se deslizó a un lado, Leia miró a Han y se sintió aliviada, al ver la misma cautela en sus ojos que sintió en sus entrañas. Si Cilghal estaba siendo demasiado optimista, al menos habría alguien más preparado para saltar sobre Seff.

[1] Alianza Galáctica, N del T.

—Jedi Solo, capitán Solo… —Cilghal los hizo pasar a la celda—. Después de ustedes.

—¿Los Solo?

Sonando más cínico que encantado, Seff se levantó y se volvió hacia ellos. Para sorpresa de Leia, no había destellos alarmantes en sus ojos o contracciones en sus labios, ni nada obvio que sugiriera que el alivio de Cilghal era cualquier cosa menos que justificado. Pero su ceño se alzó demasiado lento para que su asombro fuera sincero.

—¿Qué están haciendo ustedes dos aquí?

—Solo queríamos ver como estas —dijo Han. Para evitar que Seff se acercara a la puerta, extendió la mano y cruzó hacia la esquina—. Es bueno ver que te sientes mejor.

Cuando Seff extendió la mano como respuesta, Leia se preparó para entrar en acción al primer indicio de problemas. Pero Seff simplemente se quedó en la esquina, luciendo un poco desconcertado cuando las dos se dieron la mano.

Leia apartó su mano del bastón aturdidor, ubicado en la parte baja de su espalda y fue a pararse con Han.

—Luces mucho mejor que la última vez que te vimos.

Los ojos de Seff se movieron en su dirección.

—Por lo que estoy reuniendo, eso no sería difícil.

Esbozando una sonrisa autocrítica, por lo que Leia comenzó a preguntarse, si todas las traiciones y decepciones que había sufrido a lo largo de las décadas, estaban comenzando a hacerla sospechar demasiado.

—¿Recuerdas cuando viste a los Solo? —preguntó Cilghal. Quedándose justo dentro de la puerta, como si su presencia fuera un requisito desagradable y no quisiera entrometerse—. Aparte de aquí en Coruscant, quiero decir.

Seff frunció el ceño por un momento, y Leia pensó que iba a decir que no podía recordarlo.

Pero luego volvió a mostrar esa incómoda sonrisa y dijo:

—¿No fue en Taris, en ese espectáculo de mascotas?

—Así es —dijo Han. Dándole una palmada en el hombro a Seff, deslizándose suavemente hacia la esquina, para que el joven Jedi tuviera que alejarse de la puerta mientras hablaban—. Aquel donde el ornuk se llevó el gran premio.

—Han, no fue el ornuk —dijo Leia en un tono de reproche. Moviéndose hacia el otro lado de Seff, parándose frente a Han, por lo que tenían al joven Jedi flanqueado, pudiendo redirigir rápidamente su atención con un toque suave—. Fue el chitlik.

Han frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando? Fue ese gran ornuk. Debería saberlo. ¡Casi me mordió el tobillo!

Leia puso los ojos en blanco y, al ver por la floja mandíbula de Seff que su distracción funcionaba, sacudió la cabeza con vehemencia.

—¡Ese fue el cannus solix! Lo hubieras sabido si no hubieras comenzado a pelear cuando los jueces explicaron la diferencia.

—Oye, no comencé esa pelea —respondió Han, con el filo en su voz tan agudo que incluso Leia no estaba segura de que estuviera actuando—. ¿Es mi culpa si…?

—¿Cuántas veces he escuchado eso? —interrumpió Leia. Al otro lado de la celda, pudo ver a Tekli parada en la puerta, apuntando la antena en forma de embudo del cefaloescaner portátil, hacia la parte posterior de la cabeza de Seff—. Según tú, nunca es tu culpa.

—Así es, nunca lo es. —Han se volvió hacia Seff—. Estuviste en el show, chico. ¿A quién arrestaron?

Pero Seff ya no le estaba prestando atención a Han. Estaba mirando hacia la misma esquina a la que estaba mirando cuando llegaron, mirando una mancha ondulada en el transpariacero que Leia no reconoció como un reflejo, hasta que se dio cuenta de por qué Seff había sabido que Cilghal estaba tocando antes. Con la esperanza de atraer su atención hacia ella, Leia puso una mano sobre su hombro.

—Seff, por favor perdónanos —dijo. Cuando él continuó observando el reflejo, ella apretó con fuerza—. Después de haber vivido juntos tanto tiempo como Han y yo, desarrollas un poco de ternura…

Leia no se dio cuenta de que Seff estaba atacando, hasta que sintió que su brazo se deslizaba sobre el de ella, atrapando su codo en un doloroso bloqueo que no podía zafarse sin romper la articulación. Se dio la vuelta, gritando alarmada, y apenas logró evitar que agarrara el bastón aturdidor asegurado en la parte posterior de su cinturón. En el siguiente instante, Han estaba entre ellos, bajando su propio bastón aturdidor sobre el hombro de Seff.

Seff se echó hacia atrás, arrastrando a Leia al encuentro del ataque. Recibiendo la mayor parte del golpe en sus bíceps, pero ella se sacudió con tanta fuerza, que sus rodillas se cerraron y sus dientes se hundieron profundamente en su lengua.

Increíblemente, Seff no cayó. Condujo a Han hacia atrás con un codo en la cara, luego lo envió de golpe contra la pared con una patada lateral en el estómago. Girando hacia la puerta, finalmente soltó el brazo de Leia y se lanzó contra Tekli y Cilghal.

—¡No, no lo harán! —gritó Seff, aterrizando a dos metros de distancia—. ¡No seré copiado!

Las dos piernas y el brazo de Leia se habían convertido en fideos, pero todavía tenía una mano buena para agarrar su bastón aturdidor.

Para ese momento, Seff solo estaba a un paso de Tekli y Cilghal.

El foot-foot de un arma tranquilizante sonó desde la puerta. Seff tropezó, con un brazo tratando de quitarse los dardos de su pecho, mientras luchaba por mantener el equilibrio. Dio un paso más, luego Leia activó su bastón y lo arrojó girando hacia la parte posterior de sus piernas. Seff se estrelló contra el suelo a pocos centímetros de los pies de Cilghal, luego se quedó allí temblando y babeando.

Cilghal se volvió hacia Tekli, luego dejó escapar un suspiro gorgoteante.

—Puedes desactivar el escáner —dijo—. Creo que hemos aprendido lo que necesitamos saber.

Capítulo Dos

EN EL PABELLÓN DELANTERO DE LA *SOMBRA DE JADE* COLGABAN UNOS agujeros negros gemelos, su oscuridad perfecta estaba rodeada de espirales ardientes de cúmulos de gas. Como la *Sombra* se acercaba en ángulo, los dos agujeros tenían la apariencia oblonga de un par de ojos montados sobre fuego, estando medio tentado Ben Skywalker a creer que eso era lo que eran. Había comenzado a sentir que lo estaban observando, en el instante en que él y su padre habían entrado en las Fauces, y cuanto más avanzaban, más fuerte era la sensación. Ahora, en el corazón mismo de la concentración de agujeros negros, la sensación era un escalofrío constante en la base de su cráneo.

—También lo siento —dijo su padre. Estaba sentado detrás de Ben en el asiento del copiloto, en la cubierta principal—. No estamos solos aquí.

Ya sin sorprenderse de que el Gran Maestro de la orden Jedi siempre pareciera conocer sus pensamientos, Ben miró una retícula de activación en la parte delantera de la cabina. Una pequeña sección del pabellón se opacó en un espejo, y vio el reflejo de su padre mirando por el costado del dosel.

Luke Skywalker parecía más solo y pensativo de lo que Ben recordaba, pensativo, pero no triste o asustado, como si simplemente estuviera tratando de entender lo que lo había llevado a un lugar tan oscuro y aislado, desterrado de una orden que había fundado. Y exiliado de una sociedad por la que había pasado su vida luchando por defender.

Tratando de no detenerse en lo injusto de la situación, Ben dijo:

—Entonces, tal vez nos estamos acercando. No es que esté tan ansioso por conocer a un grupo de seres llamados los «Bebedores de Mentes».

Su padre pensó por un momento y luego dijo:

—Bueno, yo sí lo estoy.

No dio más detalles, y no necesitaba hacerlo. Ben y su padre estaban en una misión, para volver sobre los pasos de la odisea de cinco años de la exploración de la Fuerza de Jacen Solo. En su última parada, habían sabido por un monje aing-tii, que Jacen se había dirigido a las Fauces cuando salió de la grieta Kathol. Dado que uno de los objetivos de su viaje, era determinar si Jacen había sido empujado hacia el lado oscuro por algo en su viaje, tenía sentido el que Luke quisiera investigar a un misterioso grupo de habitantes de las Fauces, conocido como los Bebedores de Mentes.

Sin embargo, lo que impresionó a Ben era lo tranquilo que parecía su padre al respecto. Ben en privado, estaba aterrorizado de ser víctima de la misma oscuridad que había reclamado a su primo. Sin embargo, su padre parecía ansioso por profundizar y encender esa flama. ¿Y por qué no debería estarlo? Después de todo lo que Luke Skywalker había sufrido y logrado en su vida, no había poder en la galaxia que pudiera arrastrarlo a la oscuridad. Era una fuerza que impresionaba e inspiraba a Ben, una que se preguntó si alguna vez la encontraría en sí mismo.

Los ojos de Luke se movieron hacia la sección reflejada del pabellón, captando la mirada de Ben.

—¿Es esto lo que te molestó cuando estabas en el refugio? —Se refería a una época que era historia antigua para Ben, la última parte de la guerra con los yuuzhan vong, cuando los Jedi se habían visto obligados a esconder a sus hijos en una base secreta en lo profundo de las Fauces—. ¿Sentiste que alguien te estaba mirando?

—¿Cómo lo sabría? —preguntó Ben, repentinamente incómodo e inseguro por las preguntas. Según todos los informes, había sido un niño rebelde y retraído, mientras estuvo en el refugio, recordó que después había tenido miedo de la Fuerza durante años. Pero no tenía recuerdos claros del refugio en sí, ni de cómo se había sentido el haber estado allí—. Tenía dos años.

—Cuando tienes esa edad, tenías sentimientos —dijo su padre suavemente.

—Tenías una mente.

Ben suspiró, sabiendo lo que su padre quería conseguir, y luego dijo:

—Será mejor que tomes el control de la nave.

—Tengo la nave —confirmó Luke, alcanzando el control del copiloto—. Solo cierra los ojos. Deja que la Fuerza lleve tus pensamientos de regreso al refugio.

—Sé meditar —casi al instante, Ben se sintió mal por quejarse y agregó—. Pero gracias por el consejo.

—No es nada —dijo Luke de una manera amable—. Eso es lo que hacen los padres, ofrecer consejos no deseados.

Ben cerró los ojos y comenzó a respirar lenta y deliberadamente. Cada vez que inhalaba, atraía la Fuerza hacia sí mismo, y cada vez que exhalaba, la enviaba fluyendo por todo su cuerpo. No tenía recuerdos conscientes del refugio que fueran suyos, por lo que imaginó una holografía de la instalación que había visto en los archivos Jedi. La imagen mostraba un puñado de módulos habitacionales que se aferraban a la superficie de un fragmento de asteroide, sus cúpulas agrupadas alrededor del cilindro de un inminente núcleo de energía. En su mente, Ben descendió a la llamativa bahía amarilla de aterrizaje en el borde de la instalación… y luego tuvo dos años nuevamente, un niño asustado que se sujetaba a la mano de un extraño, cuando sus padres partieron en la *Sombra de Jade*.

Una sensación injustificada de alivio brotó dentro de Ben cuando se perdió en un momento en que la vida parecía mucho más fácil. Los últimos catorce años comenzaron a sentirse como una larga y terrible pesadilla. La caída de Jacen al lado oscuro nunca había sucedido, Ben no había sido moldeado como un asesino adolescente y su madre no había muerto luchando contra Jacen. Todos esos recuerdos tristes seguían siendo solo malos sueños, las imaginaciones infelices de una joven mente asustada.

Entonces la *Sombra* se deslizó por el campo de contención y encendió sus motores. En un abrir y cerrar de ojos, se redujo de un trío de círculos de iones azules a un punto de luz y nada en absoluto, y de repente Ben estaba solo en el lugar más oscuro de la galaxia, un niño entre docenas confiado a un pequeño grupo de adultos preocupados. Quien, a pesar de sus voces alegres y sus presencias tranquilizadoras, tenía sus palmas muy húmedas y los ojos ansiosos de miedo.

Ben, de dos años, extendió su mano libre y su corazón hacia la *Sombra*, sintiendo que su madre y su padre se acercaban. Aunque era demasiado joven para saber que estaba siendo tocado por la Fuerza, dejó de tener miedo, hasta que un oscuro tentáculo de necesidad, comenzó a deslizarse hacia la dolorosa lágrima de su abandono. Pensó por un instante que estaba triste por haberse quedado atrás, pero el tentáculo se hizo tan real como su aliento, y comenzó a sentir una extraña soledad tan desesperada y profunda como él mismo. Quería acercarse y mantenerlo a salvo, tomar el lugar de sus padres y nunca dejarlo solo de nuevo.

Aterrorizado y confundido, el joven Ben se apartó, simultáneamente atrayéndose sobre sí mismo y tirando de la mano de la mujer de cabello plateado que la sostenía.

Entonces, de repente, regresó a la cabina del *Sombra de Jade*, mirando el vacío con bordes de fuego que tenía delante. Dispersos alrededor de su perímetro estaban las espirales más pequeñas de media docena de anillos distantes, su luz ardía brillante y constante contra la oscuridad sin estrellas de las profundas Fauces.

—¿Bien? —preguntó su padre—. ¿Algo se siente familiar?

Ben tragó saliva. No estaba seguro de por qué, pero se encontró con ganas de retirarse de la Fuerza de nuevo.

—¿Estamos seguros de que necesitamos encontrar a esos tipos?

Luke levantó una ceja.

—Entonces es familiar.

—Tal vez. —Ben no podía decir si los dos sentimientos estaban relacionados, y por el momento no le importaba. Había algo hambriento en las Fauces, algo que todavía estaría allí esperándolo—. Quiero decir, el aing-tii los llamó Bebedores de Mentes. Eso no puede ser bueno.

—Ben, estás cambiando de tema. —El tono de Luke estaba más interesado que enojado, como si el comportamiento de Ben fuera solo una parte de un rompecabezas mucho más grande—. ¿Hay algo de lo que no quieras hablar?

—Ya quisiera. —Ben le contó a su padre sobre el tentáculo oscuro que se había acercado a él, después de que la *Sombra* partiera del refugio hace tantos años.

—Supongo que lo que sentimos ahora podría estar relacionado. Definitivamente había algo… que me vigilaba en el refugio.

Luke lo consideró por un momento, luego sacudió la cabeza.

—Estabas muy unido a tu madre. Tal vez te estabas sintiendo abandonado e hiciste un «amigo» para tomar su lugar.

—¿Un amigo tentáculo?

—Dijiste que era un tentáculo oscuro —continuó Luke pensativo—, y la culpa es una emoción oscura. Tal vez te sentías culpable por reemplazarnos con un amigo imaginario.

—Y tal vez no quieres creer que el tentáculo era real, porque significaría que dejaste a tu hijo de dos años en un lugar realmente peligroso —respondió Ben. Volvió a captar que la mirada de su padre se centraba otra vez en la sección reflejada—. Espero que no intentes psicoanalizar esto, porque hay un gran agujero en tu teoría.

Luke frunció el ceño.

—¿Y cuál sería?

—Tenía dos años —le recordó Ben—. Y a decir de todos, no me sentí culpable por nada a esa edad.

Luke sonrió abiertamente.

—Buen punto, pero todavía no creo que debamos preocuparnos demasiado por este monstruo tentáculo tuyo.

—No es mi monstruo tentáculo —replicó Ben, molesto porque se burlaba de sus preocupaciones—. Tú eres el que me hizo desenterrarlo.

La expresión de Luke se endureció en amonestación.

—Pero tú eres el que aún le tiene miedo.

La observación dio en el blanco. Independientemente de si la presencia oscura que recordaba fuera real, había emergido del refugio, receloso del abandono y asustado de la Fuerza. Y habían sido esos miedos los que habían permitido que Jacen fuera llevado a la oscuridad.

Ben suspiró.

—Correcto. Sea lo que sea, tengo que enfrentarlo —después de un momento, preguntó—. Entonces, ¿cómo encontramos a estos Bebedores de la Mentes?

—El camino de la Iluminación Verdadera atraviesa el Abismo de la Oscuridad Perfecta. —Luke estaba citando a Tadar'Ro, el monje aing-tii que les había dicho que Jacen había dejado la grieta Kathol para buscar a los Bebedores de Mentes.

—El camino es estrecho y traicionero, pero si puedes seguirlo, encontrarás lo que buscas.

Ben volvió la mirada hacia los agujeros negros que tenía delante. Las espirales brillantes de sus discos de gas ardían más y más brillantes a lo largo de sus bordes interiores, donde una mezcla de gases y polvo, se comprimían a densidades inimaginables, a medida que se desvanecían en la oscuridad de bordes afilados de las singularidades gemelas en el horizonte.

—Espera. Tadar'Ro dijo oscuridad perfecta, ¿verdad? —Ben comenzó a tener un mal presentimiento sobre las instrucciones del monje—. Como, ¿más allá de un horizonte de eventos?

—En realidad, probablemente sería más como un camino muy brillante hacia el agujero negro —señaló Luke—. El hecho de que la gravedad sea demasiado fuerte para que la luz escape, no significa que no pueda existir, teniéndose todo ese gas comprimiéndose y brillando a medida que es absorbido más y más.

—Sí, pero estarías muerto —dijo Ben—, y todo está oscuro cuando estás muerto. Aun así, veo lo que quieres decir. Dudo que Tadar'Ro espere que bajáramos por un agujero negro.

—No, bajar no.

Había suficiente ansiedad en la voz de Luke como para hacer que Ben volviera a mirar hacia sección reflejada. Su padre estaba frunciendo el ceño ante los dos agujeros

negros, mirando la nube de fuego entre ellos, mirándose suficientemente preocupado como para que el estómago de Ben se retorciera en un frío nudo.

—¿Entre ellos? —Ben pudo ver lo que su padre estaba pensando, y no lo hizo feliz. En cualquier sistema de dos cuerpos grandes, había cinco áreas donde las fuerzas centrífugas y gravitacionales se neutralizarían entre sí y mantendrían en equilibrio perpetuo a un cuerpo más pequeño, como un satélite o un asteroide. De esos cinco lugares, solo uno se encontraba directamente entre los dos cuerpos.

—¿Te refieres a la Zona Estable Uno?

Luke asintió con la cabeza.

—El abismo de la oscuridad perfecta es una antigua parábola Ashla, que se refiere a los peligros gemelos del ego y la ignorancia —explicó—. Los titonianos se referían a esto como un cañón oscuro y profundo, flanqueado por acantilados altos y siempre en ruinas.

—Entonces, la vida es el abismo, la oscuridad está cayendo por todas partes —dijo Ben, adivinando el significado de la parábola—, y la única forma de permanecer en la luz es ir por el medio.

Luke sonrió.

—Tienes una verdadera sensibilidad para la guía mística. —Levantó las manos del control—. Tienes la nave, hijo.

—¿Ahora? —Ben consideró señalar que su padre era, con mucho, el mejor piloto, pero ese no era el problema, por supuesto. Si Ben iba a enfrentar sus miedos, necesitaba manejar el vuelo él mismo. Tragó saliva, cuadró los hombros y luego confirmó—. Tengo la nave.

Ben desactivó el panel del espejo y aceleró hacia los agujeros negros. A medida que la *Sombra* se acercaba, los orbes oscuros rápidamente comenzaron a hincharse y desplazarse hacia lados opuestos de la cabina, hasta que todo lo que se podía ver de ellos, eran altas astillas de oscuridad que colgaban a lo largo de los bordes traseros del dosel. Delante había una ardiente confluencia de gas sobrecalentado, que se arremolinaba en dos direcciones diferentes y era tan brillante que lastimaba los ojos de Ben incluso a través del polarizado de la *Sombra*.

Revisó la pantalla principal y encontró solo estática brillante; Los sensores de navegación estaban inundados por la explosión electromagnética del gas comprimido. Sin embargo, los sensores internos de la *Sombra* funcionaban bien, mostrando que la temperatura del casco de la nave aumentaba rápidamente a medida que penetraban en la nube. Ben sabía que esto no tardaría mucho en volverse peligroso. Pronto, el feroz calor dentro del disco de gas comenzaría a ensuciar los sistemas de navegación, así como a los relés de control. Eventualmente, comprometería la integridad del casco.

—Papá, ¿qué tal si haces algo con esos filtros sensores? —preguntó Ben—. Mis lecturas de navegación son solo estática.

—Ajustar los filtros no cambiará nada —dijo Luke con calma—. Estamos volando entre un par de agujeros negros, ¿recuerdas?

Ben exhaló exasperado, luego maldijo por lo bajo y continuó mirando las ardientes cintas que tenía delante. En el mejor de los casos, podía distinguir una zona de confluencia donde los dos discos de gases, que se rozaban uno contra el otro, pero el brillo doloroso hacía difícil decir incluso eso.

—¿Cómo se supone que voy a navegar? —quejándose Ben—. No puedo ver nada.

Luke permaneció en silencio.

Ben sintió una pizca de desaprobación en el aura de la Fuerza de su padre y experimentó un destello de rebelión. Soltó un suspiro de liberación, permitiendo que la sensación siguiera su curso y saliera en un colchón de aire viciado, luego vio que había estado cegado por su ansiedad, debido a las dificultades de navegación.

—Oh… claro —dijo Ben, sintiéndose más que tonto—. Confía en la Fuerza.

—No te preocupes —dijo Luke, sonando divertido—. La primera vez que intenté algo así de loco, también me lo recordaron.

—Bueno, al menos tengo una excusa. —Ben desconectó los sensores de navegación para que la estática no interfiriera con su concentración—. Es difícil concentrarse con tu papá mirando por encima de tu hombro.

Los cinturones de seguridad de Luke se abrieron.

—En ese caso, tal vez debería conseguir algo…

—¿A quién quieres engañar? —Ben empujó el control, volteando la *Sombra* en una apretada barrena—. Solo quieres irte para morderte las uñas en privado.

—Esa idea no se me había cruzado por la cabeza —dijo Luke, volviendo a su asiento—. Hasta ahora, una descendencia ingrata.

Ben se echó a reír, luego estabilizó la nave y comprobó la temperatura del casco. Estaba escalando aún más rápido de lo que había temido. Cerró los ojos, esperando que el gas no fuera tan espeso, que por la fricción pudiera agravar el problema, empujó los aceleradores hacia adelante.

No pasó mucho tiempo antes de que Ben comenzara a sentir un lugar tranquilo un poco hacia babor. Ajustó el rumbo y extendió su conciencia en la Fuerza hacia esa dirección, luego comenzó a sentir una presencia extraña y nebulosa, que le recordaba algo que no podía distinguir del todo, algo oscuro y difuso, extendido a una gran distancia.

Ben volvió a abrir los ojos.

—Papá, sientes…

—Sí, como los killiks —dijo Luke—. Podríamos estar lidiando con una mente colmena.

Un frío escalofrío ya corría por la columna de Ben. Su padre apenas había pronunciado la palabra killiks, el recuerdo de su paso involuntario por un gorog volvió a inundarle, y por segunda vez en menos de una hora se encontró desesperadamente deseando retirarse de la Fuerza. El gorog había sido un nido del lado oscuro, controlando en secreto a toda la civilización killik mientras se alimentaba de chiss capturados, y Ben había caído bajo su dominio por un corto tiempo cuando solo tenía cinco años. Había

sido el momento más aterrador y confuso de su infancia, y si Jacen no hubiera reconocido lo que estaba sucediendo y ayudara a Ben a encontrar el camino de regreso a la Fuerza y a su verdadera familia, dudaba mucho que hubiera podido liberarse del todo.

Afortunadamente, la presencia que tenía delante no era tan similar a la del gorog. Ciertamente, había una oscuridad, y estaba claramente compuesta de muchos seres diferentes unidos a una gran distancia, en realidad, en la mayor parte del espacio que tenía por delante. Pero la distribución parecía más esparcida que una mente colmena killik, como si docenas de individuos distintos se unieran en algo vagamente similar a una batalla campal.

Ben estaba a punto de aclarar sus impresiones sobre su padre, cuando una presencia familiar comenzó a deslizarse dentro de él. Era fría y censuradora, como un amigo traicionado, y podía sentir lo enojada que estaba por la intrusión en su guarida. La Fuerza se tornó tormentosa y premonitoria, y una sensación eléctrica de peligro corrió por la columna vertebral de Ben. Podía sentir la oscuridad reuniéndose contra él, tratando de alejarlo, provocando solo que su determinación se endureciera, para finalmente enfrentar al espectro. Se abrió, agarró la Fuerza y comenzó a jalar.

La presencia retrocedió, luego trató de encogerse. Fue muy tarde. Ben ya tenía una comprensión firme, estando decidido a seguirla hasta su ubicación física. Comprobó la temperatura del casco y vio que flotaba en la zona amarilla de peligro. Luego enfocó su atención hacia adelante y vio, en realidad vio, una oscuridad en miniatura que atravesaba los remolinos de fuego que se avecinaban. Apuntó la nariz de la nave hacia el óvalo negro, luego empujó las válvulas hasta casi sobrecargarlas, observando las ardientes cintas de gas que pasaban por la cabina.

Los listones se hicieron más brillantes y de colores más profundos a medida que la nave penetraba en el disco de mezclado, y pronto el gas se volvió tan denso que la *Sombra* comenzó a sacudirse y estremecerse por la turbulencia. Ben se aferró con fuerza a los controles… y a la oscura presencia que estaba sujetando en la Fuerza.

La voz de su padre sonó detrás de él.

—Uh, ¿Ben?

—Está bien, papá —dijo Ben—. Tengo una línea de aproximación.

—¿Una qué? —Luke sonaba genuinamente sorprendido—. Espero que te des cuenta de que la temperatura del casco está casi en rojo.

—¡Papá! —espetó Ben—. ¿Podrías por favor dejar que me concentre?

Luke guardó silencio por un momento, luego exhaló ruidosamente.

—Ben, el gas aquí es demasiado denso para estas velocidades. Estamos prácticamente volando a través de una atmósfera…

—Tu idea —interrumpió Ben. El óvalo negro se hinchó hasta el tamaño de un puño—. ¡Confía en mí!

—Ben, confía en mí, no funciona para un Jedi como lo hace con tu tío Han. No tenemos su suerte.

—Tal vez eso cambiaría si confiamos en ello más a menudo —respondió Ben.

El óvalo negro continuó expandiéndose hasta tener el tamaño de una escotilla. Ben luchó contra la turbulencia y de alguna manera mantuvo la nariz de la *Sombra* apuntando hacia la forma, luego la nave se adentró en la oscuridad, volando suavemente, rodeada por un tenue cono de resplandor naranja. Asustado por la abrupta transición y luchando por adaptarse al repentino cambio de luz, Ben temió por un instante que la presencia oscura lo hubiera desviado, tal vez incluso fuera de los discos de mezclado por completo.

Entonces el cono de naranja comenzó a comprimirse y desvanecerse simultáneamente, convirtiéndose en un túnel oscuro, pensando en una posibilidad mucho peor.

—Dime, papá, ¿sabríamos si estuviéramos volando por un agujero negro?

—Probablemente no —dijo Luke—. La distorsión del espacio-tiempo haría que el viaje durara para siempre, al menos en relación con el tiempo estándar de Coruscant. ¿Por qué preguntas?

—Oh, por nada —dijo Ben, decidiendo no alarmar a su padre más de lo necesario. Si los había llevado más allá de un horizonte de eventos, ya era demasiado tarde para hacer algo al respecto—. Sólo curiosidad.

Luke se echó a reír y luego dijo:

—Relájate, Ben. No estamos volando por un agujero negro, pero ¿podrías reducir la velocidad? Si sigues así, realmente vas a derretir el casco.

Ben miró su pantalla y frunció el ceño. La temperatura del casco había subido a la zona crítica, lo que no tenía ningún sentido. La oscuridad circundante y la falta de turbulencia significaban que ya no estaban siendo ametrallado por el calor del disco de gases. El casco debería enfriarse rápidamente, y si no fuera así …

Ben tiró de los controles hacia atrás, utilizando su red de choque por lo que la fricción comenzó a ralentizar instantáneamente a la *Sombra*. El área que los rodeaba no estaba oscura porque si vacía; estaba oscura porque estaba llena de materia fría. Habían entrado en la Zona Estable Uno, donde el gas, el polvo y quién sabe qué más flotaba en el limbo entre los dos agujeros negros. Preocupado de que no estuvieran desacelerando lo suficientemente rápido, usó los retropropulsores para frenar aún más la nave… dándose cuenta de que por la emoción, había perdido el contacto con la presencia oscura que había estado usando como una reacia guía.

—Disparo —dijo Ben. Extendió su conciencia de la Fuerza de nuevo, pero sintió solo la misma presencia fusionada que había sentido antes, pero era demasiado difusa como para utilizarla como faro de navegación—. Hemos vuelto a volar a ciegas. No puedo sentir nada útil ahora.

—Eso no es realmente un problema —señaló Luke—. Aquí solo hay un lugar donde cualquier cosa podría tener un hábitat permanente.

Ben asintió.

—De acuerdo.

La Zona Estable Uno, no era realmente muy estable. Incluso la más mínima perturbación provocaría una larga y lenta caída en masa, hacía uno de los pozos

gravitatorios adyacentes. Por lo tanto, cualquier cosa permanentemente ubicada dentro de la zona solo podría estar justo en el centro, porque ese era el único lugar donde las fuerzas estaban absolutamente equilibradas.

Ben volvió a subir los sensores de navegación. Esta vez, la pantalla no mostró nada, más que un pequeño abanico de luz en la parte inferior, que se desvaneció rápidamente en la oscuridad a medida que las señales se veían oscurecidas por el frío gas y el polvo. Activó las luces de penetración delanteras de la *Sombra* y continuó hacia adelante. Los haces como vigas se proyectaron hacia adelante, llegando quizás a un kilómetro antes de desaparecer en la niebla negra de polvo y gas. Ben desaceleró aún más, luego ajustó los alerones hasta que todas las fuerzas externas que afectaban al vector de viaje de la *Sombra* fueran exactamente cero, estableciendo un punto de referencia. Teóricamente, al menos, ahora estaban en camino hacia el corazón de la zona estable.

Cuando Ben volvió a dirigir su atención hacia adelante, vio una mancha azul de escombros flotando en el haz de luz que tenía delante. Instantáneamente activó los retropropulsores para desacelerar más, pero en el espacio, incluso un avance lento era una velocidad de cientos de kilómetros por hora, cubriendo la mitad de la distancia al objeto antes de que la *Sombra* respondiera.

En lugar de una roca pedregosa o una bola de hielo que Ben había esperado, el objeto resultó ser un joven duros. Ben se dio cuenta de que era un duros porque no llevaba puesto un casco de presión, y su cara azul sin nariz y sus grandes ojos rojos, eran claramente visibles por encima del cuello de un traje estándar Jedi para piloto. Colgando de su hombro estaba lo que, a esa distancia, parecía ser un lanzador de misiles portátil.

—¿Papá? —preguntó Ben—. ¿Estás viendo esto?

—Un duros, ¿sin casco?

—Correcto.

Luke asintió.

—Entonces sí, lo…

La silueta del duros se recortó por un destello blanco, y el halo plateado de un misil que se aproximaba comenzó a agrandarse frente a la cabina de la *Sombra*. Ben empujó el mando hacia adelante, golpeando los propulsores, pero incluso los reflejos de un Jedi no fueron tan rápidos. Una explosión metálica hizo eco a través del casco, comenzando las alarmas de daños a chillar y parpadear. Casi al mismo instante, el duros y el lanzador de misiles flotaron unos metros por encima de la cabina, y el ruido sordo de un impacto sonó desde muy atrás en la popa.

—Definitivamente no son alucinaciones —comentó Luke.

—Papá, se parecía a…

—Qwallo Mode, lo sé —respondió Luke. Mode fue un joven Caballero Jedi, que había desaparecido en un servicio normal de mensajería un año antes. Cuando una búsqueda exhaustiva no pudo encontrar ningún rastro de él, los Maestros finalmente concluyeron que había muerto—. Está muy lejos del sector Tapani.

—Suponiendo que fuera Qwallo. —Ben extendió su conciencia de la Fuerza detrás de ellos, pero no sintió ningún indicio de la presencia del Jedi—. ¿Hago otro barrido para ver si podemos recuperarlo?

Luke pensó por un momento, luego sacudió la cabeza.

—Incluso si todavía estuviera vivo, no le demos otra oportunidad para que le dispare a la *Sombra*. Antes de comenzar a considerar ese tipo de situaciones, tenemos que descubrir qué está pasando aquí.

—Sí —estuvo de acuerdo Ben—. Como por qué no necesitaba un casco.

—Y cómo llegó aquí en primer lugar, y por qué nos está disparando. —Luke se desabrochó los cinturones de seguridad, agregando—. Me encargaré del daño. Si ves a alguien más flotando con un lanzador de misiles y sin traje de presión, no hagas preguntas, solo…

—Dispara. —Ben desplegó los cañones blaster, verificando la pantalla de daños, viendo que estaban sangrando aire así como el refrigerante del hiperimpulsor. Para empeorar las cosas, el control de mando se estaba pegando, y eso podía significar muchas cosas, ninguna de ellas buena—. Lo tengo. Ya hemos sufrido suficiente daño.

Ben cambió su conjunto de amenazas a la pantalla principal. En la parte superior de la pantalla, la forma gris de una sombra masiva se aclaraba en la oscuridad. Una barra de números amarillos agregaba toneladas a la estimación de masa, más rápido de lo que el ojo podía seguir, pero se alarmó al ver que ya estaba en los cinco dígitos y subía hacia los seis. Todavía no había indicios de la forma general del objeto o lo que producía la energía, pero el tonelaje solo sugirió algo al menos tan grande como un crucero de asalto.

Inseguro sobre si era mejor reducir la velocidad para evitar una colisión o acelerar para evitar ser un blanco fácil, Ben comenzó a mecer y sacudir la nave. Tenía un vago indicio de peligro que le hacía cosquillas en la base del cráneo, pero eso solo significaba que todavía nada había puesto la mira en la *Sombra*.

Al tercer movimiento descendente de la nave, el mando se atascó hacia adelante y no regresó. Ben maldijo e intentó forzarlo, pero estaba luchando contra el sistema hidráulico, y si lo forzaba demasiado, rompería un cable de control. Golpeó la válvula de emergencia de la liberación de presión, arrojando todo el depósito del sistema de control al espacio, volviendo a verificar su matriz de amenazas.

La masa delantera ya no era una sombra. Un óvalo plateado y alargado había tomado forma en el centro de la pantalla, la barra numérica en su núcleo ahora superaba los siete millones de toneladas. El óvalo se desplazó lentamente hacia la parte inferior de la pantalla, arrojando identificadores alfanuméricos, lo que indicaba la presencia de un campo de escombros, con su inminente peligro de colisión inminente con el objeto mismo. Ben golpeó con fuerza los retropropulsores, y la *Sombra* desaceleró.

Oyó el ruido de una caja de herramientas en el mamparo trasero de la cabina principal, y la alarmada voz de su padre llegó por el altavoz del intercomunicador.

—¿Qué golpeaste?

—Nada aún. —Ben tiró del mando, usando su propia fuerza para forzar las placas del vector hacia abajo—. La potencia de emergencia de la palanca de control se ha ido y hemos llegado a un campo de escombros.

—¿Qué tipo de escombros? —exigió su padre—. ¿Hielo? ¿Rocas? ¿Hierro-níquel?

Ben activó la burbuja SELECTIVA y la deslizó hacia uno de los designadores, OBJETO B8. Un instante después, un análisis de densidad desplegó una probabilidad del 71 por ciento de que el OBJETO B8 fuera un medio de transporte de marca y modelo desconocidos.

Pero Ben no transmitió de inmediato la información a su padre. Cuando la nariz de la *Sombra* regresó a su plano original, una enorme cúpula gris-blanca apareció lentamente. Cayendo desde arriba y boca abajo en relación con la nave, la cúpula colgaba en la base de un gran cilindro giratorio, rodeado por una docena de pequeños tubos unidos. Flotando entre el cilindro y la *Sombra* había casi veinte motas oscuras con líneas suaves y esquinas afiladas que sugerían naves espaciales, todas a la deriva sin rumbo y tan frías como los asteroides.

—Ben, me estás preocupando —advirtió su padre—. ¿Qué tan malo es?

—Uh, todavía no lo sé. —Mientras Ben hablaba, los rayos de los faros de la *Sombra* continuaron deslizándose por el cilindro giratorio, llegando hasta una esfera de metal gris, que parecía ser del tamaño de una de las ciudades flotantes más pequeñas de Bespin—. Pero tal vez deberías volver a la cubierta tan pronto como las cosas estén seguras allí.

—Sí —dijo Luke—. Estaba pensando lo mismo.

A medida que los rayos de las luces continuaron revelando más de la estación, al menos eso es lo que Ben asumió que estaba mirando, comenzó a sentirse aún más confundido y preocupado. Con un segundo cilindro con tapa de cúpula saliendo de la esfera directamente opuesta al primero, la cosa le recordó a una estación en la que había ayudado a infiltrarse durante la reciente guerra civil. No parecía posible que dos de esas estructuras pudieran existir en la galaxia por mera coincidencia, o que hubiera sucedido en esta parte por mera casualidad, incluso si las dos estuvieran relacionadas. Tenía la incómoda sensación de que la Fuerza estaba involucrada aquí o, para ser más precisos, que la Fuerza estaba jugando con él.

Ahora que estaban en el rango visual de su objetivo, Ben volvió a poner en línea el conjunto completo de sensores y comenzó a investigar. Para su alivio y perplejidad, todos los contactos parecían ser naves abandonadas. Su tamaño variaba ampliamente, desde pequeños yates espaciales como la *Sombra*, hasta un anticuado buque tanque Tibanna, con una capacidad superior a los cien millones de litros. Ben hizo un rápido cálculo mental del tonelaje total de las naves abandonadas y se estremeció. Si estos fueron botines capturados, había algunos piratas muy impresionantes escondiéndose por aquí en alguna parte.

Comenzando a imaginarse señales falsas de los sensores y emboscadas, Ben deslizó la *Sombra* debajo de la cubierta de un viejo merodeador TGM. La nave estaba tan desierta como sugería su perfil del sensor, desplazándose lentamente con motores fríos,

esclusas abiertas y sin emanaciones de energía. Pero no había daños de combate aparentes, ni ninguna otra cosa, que sugiriera que los piratas la hubieran tomado.

Ben encendió los sensores para la estación, encontrándola marginalmente menos abandonado. Su núcleo de poder estaba activo, pero apenas. Algunas áreas cálidas sugirieron que al menos algunos de sus sellos atmosféricos permanecieron intactos. Al acercarse, pudo ver que tres de los tubos oscuros unidos al cilindro superior, se habían soltado en un extremo y estaban en peligro de ser lanzados por la fuerza centrífuga. Quienquiera que viviera aquí, si es que había alguien, no realizaba mucho mantenimiento.

El clac-clac de unas apresuradas botas resonó por la escotilla abierta, en la parte trasera de la cubierta principal, y luego se detuvo de repente. Ben activó el panel del espejo del pabellón y encontró a su padre parado detrás de la silla del copiloto, con la mandíbula colgando mientras miraba la estación que giraba lentamente.

—¿Te recuerda algo? —preguntó Ben.

La mirada de Luke permaneció fija en la estación espacial.

—¿Qué piensas? —preguntó—. Podría ser una mini estación punto-central.

La punto-central había sido una antigua estación espacial, ubicada en la zona estable entre los mundos corelianos de Talus y Tralus. Sus orígenes permanecieron ocultos en el misterio, pero la estación había sido una vez el arma más poderosa de la galaxia, capaz de destruir sistemas estelares enteros a cientos de años luz de distancia. Una de las pocas cosas positivas que trajo la reciente guerra civil, en opinión de Ben, había sido la destrucción de la instalación. Estaba lejos de estar feliz de descubrir otra versión escondida aquí, en lo profundo de las Fauces.

—Tenía miedo de que dijeras eso —dijo Ben con un suspiro—. ¿Qué hacemos ahora? ¿Lanzarle un misil de baradio?

La voz de Luke fue de desaprobación.

—¿Tenemos un misil de baradio?

Ben bajó la mirada.

—Lo siento. El tío Han dijo que siempre era inteligente mantener uno…

—Tu tío no es un Jedi —interrumpió Luke—. Me gustaría que recordaras eso.

—Claro —dijo Ben—. Pero probablemente esta vez deberíamos pensar en cómo él manejaría esto. Si este lugar fue construido por los mismos seres que diseñaron la Estación punto-central, lo más inteligente que podemos hacer es deshacernos de ella.

—Y tal vez lo haremos, después de desatascar nuestras placas de vectores y reponer nuestros sistemas hidráulicos. —Luke se deslizó en el asiento del copiloto detrás de Ben—. Mientras tanto, trata de evitar golpear algo. Veré si puedo encontrar un lugar seguro para atracar este pájaro.

Capítulo Tres

A MEDIDA QUE AVANZABAN LAS BAHÍAS DEL HANGAR, PARECÍA UNA ZONA de desastre de décadas. Las puertas principales estaban atascadas a medio camino, dejando a toda la instalación expuesta al vacío oscuro del espacio. Las cubiertas giraban lentamente alrededor de la *Sombra* a medida que la estación giraba sobre su eje, estando repletas de naves espaciales de una docena de diferentes épocas y clases, todas con hacía el frente para una salida rápida. Las herramientas yacían esparcidas por la parte superior del casco, las plataformas rodantes de los tanques se apoyaban contra los puntales de aterrizaje, los carros de carga descansaban debajo de los paneles retraídos de acceso. Una película de polvo pálido cubría todo, tan espesa en la nave más antigua que a veces era difícil determinar el color del casco. Ninguno de los buques mostraba daños por ataques, pero todas esas herramientas sugirieron que necesitaban algún tipo de reparación, y muchas tripulaciones ni siquiera se habían molestado en elevar la rampa de abordaje antes de abandonar su trabajo.

Mientras su hijo luchaba por acoplarse a la velocidad de rotación de la estación, Luke extendió su conciencia de la Fuerza hacia el centro de la instalación. Durante el viaje, había percibido una concentración de energía vital en la esfera central, una difusa nube demasiado grande y diluida para ser un solo ser, sin enfoques perceptibles para sugerir presencias individuales. Todavía estaba allí, un área de pesadez y calidez en la tenue niebla de la energía de la Fuerza que impregnaba esta parte de las Fauces. Luke dilucido que por la forma en que comenzó a retorcerse dentro de él, que no solo había estado monitoreando su llegada, sino que los estaba esperando.

Ben giró la *Sombra* para enfrentar la salida del hangar, luego se colocó, algo pesadamente, entre un viejo Theedspeed Galaxy Runner y una nave en forma de aguja, del tamaño de un speeder con una escotilla del tamaño de una mano humana. Completaron la rutina de apagado rápidamente, desabrocharon sus cinturones de seguridad, dirigiéndose hacia popa. Sin embargo, en lugar de seguir a Luke a la zona de vestidores, Ben se detuvo en la estación de ingeniería y comenzó a sacar los informes del sistema.

—Dejemos las reparaciones para más tarde —dijo Luke. Sacó del casillero un traje para vacío ligero y apto para el combate, arrojándoselo a Ben, luego tomó otro para él—. Quiero echar un vistazo primero.

Ben atrapó el traje sin signos externos de ansiedad, pero la repentina onda en su aura de la Fuerza era difícil de pasar por alto. Temía la extraña presencia que los vigilaba desde el centro de la estación, y Luke deseaba entender por qué. La sensación serpenteante de su toque en la Fuerza ciertamente sugirió el «tentáculo» que había tocado a su hijo en el refugio. ¿Pero qué, exactamente, había hecho esta cosa, que siguió persiguiendo a Ben más de una década después?

—Ben, todo estará bien. —Luke abrió su traje para vacío y comenzó a empujar sus pies dentro de las piernas—. Si recuerdas algo más sobre tu tiempo en el refugio, sería mejor compartir…

—Papá, no estoy tratando de evitar nada —dijo Ben—. Pero ya fuimos atacados una vez, y la *Sombra* recibió algunos malos golpes. Es solo una táctica acertada preparar las cosas, en caso de que tengamos que salir rápidamente.

Era difícil saber si Ben no sabía cómo su miedo lo estaba controlando, o si simplemente permitía que interfiriera en su juicio, pero realmente no importaba. Se acercaba rápidamente el momento en que el joven tenía que enfrentarse a sus demonios o rendirse ante ellos, y, por mucho que Luke quisiera lo contrario, la elección era una que ningún padre podía hacer por su hijo.

Continuando con su traje espacial, Luke miró por la ventana y frunció el ceño hacía la flota de naves abandonadas.

—Echa un vistazo afuera, luego cuéntame nuevamente sobre tácticas de sonido.

Ben frunció el ceño y estudió el hangar cubierto de equipos, luego se sonrojó de vergüenza.

—Sí… ya veo —dijo, abriendo su traje espacial—. No vamos a tener tiempo para terminar nuestras reparaciones.

—Probablemente no —estuvo de acuerdo Luke—. Un Jedi necesita ser observador, y ser observador significa…

—Pensar en lo que ves —terminó Ben, citando uno de los dichos favoritos de Kam Solusar—. Debería haberme preguntado por qué todo el mundo dejaba sus herramientas por ahí. Podría ser que algo ha estado arrastrando o tomando a las tripulaciones de las naves, y no parece que alguien haya regresado por aquí para terminar sus reparaciones.

—¿Lo que significa?

Ben miró por la ventana durante un largo rato, obviamente buscando algún detalle perdido, que explicara lo que llevaba a las tripulaciones lejos de sus naves y por qué nadie regresaba. Finalmente, se volvió hacia Luke, sacudiendo la cabeza.

—No lo sé —admitió—. Todo lo que se me ocurre es que no debemos cometer el mismo error que todos los demás.

Luke sonrió ampliamente.

—Felicitaciones, eso es exactamente lo que significa.

Ben parecía más perplejo que antes.

—El problema con las tácticas de sonido es que te hacen predecible —explicó Luke—. Un Jedi no debería ser predecible.

Los ojos de Ben finalmente se iluminaron en comprensión.

—Lo tengo —dijo.

—De ahora en adelante, comemos cuando tenga hambre.

Luke se echó a reír, contento de ver que Ben estaba lo suficientemente relajado como para bromear.

—No creo que tengamos los suministros para eso. —Sacó sus cascos del casillero—. Los yates espaciales no vienen con tanta capacidad de carga.

Sellaron sus trajes y salieron por la esclusa de aire a aproximadamente un cuarto de gravedad estándar. Luke inmediatamente comenzó a sentirse un poco mareado. Al igual que la Estación punto-central, este hábitat carecía de verdadera gravedad artificial. En cambio, creó una imitación imperfecta al girar sobre su eje, un método que causaba estragos en el delicado oído interno de muchas especies bípedas.

Una vez que la escotilla exterior de la *Sombra* se cerró, Luke aseguró la cerradura oculta dentro de su marco, al activar un pasador al que solo se podía acceder con la Fuerza. Mientras tanto, Ben recolectó algunos equipos de las naves cercanas y procedieron a camuflar a la *Sombra* juntos. Ben arrojó algunas herramientas manuales sobre el soporte del motor, y Luke apoyó un kit de iluminación contra un puntal de aterrizaje. Finalmente, usaron la Fuerza para agitar una nube de polvo que eventualmente envolvería a la *Sombra*, dejándola cubierta con la misma manta gris que las naves circundantes.

Se abrieron paso a través de la masa enmarañada de naves, entrando en la esclusa primaria de aire, en la parte posterior de la bahía de atraque. Al igual que el propio hangar, la cámara estaba equipada con luces sensibles al movimiento que permanecían completamente funcionales. Entonces, cuando Ben aseguró la escotilla del hangar detrás de ellos, los dos Skywalkers esperaron pacientemente a que se abriera una válvula automática para igualar la presión con el interior de la estación.

Después de estar esperando unos dos minutos, las luces sensibles al movimiento se apagaron.

La voz de Ben llegó por los altavoces del casco.

—Genial, tal vez deberíamos haber comenzado las reparaciones. —Su tono era de broma, pero con un dejo de nerviosismo—. Y esperar hasta que enviaran a alguien a buscarnos.

—A algo —corrigió Luke. Levantó un brazo y las luces se reactivaron. En contraste con la iluminación del hangar, que se había teñido fuertemente hacia el extremo azul del espectro, la luz en la esclusa tenía un tono claramente verde—. O tal vez deberíamos igualar la presión nosotros mismos.

Luke se acercó al costado de la cámara y empujó hacia abajo una palanca, que supuso que era el mango de una bomba manual de apoyo. Un golpe seco sacudió toda la esclusa de aire; entonces el techo se deslizó hacia un lado y los dejó mirando hacia la oscuridad cavernosa superior.

La mano de Ben cayó sobre el sable láser que colgaba de su cinturón.

—¿Qué es eso?

—La puerta, creo.

Luke extendió su conciencia a través de la apertura. Al no sentir ningún peligro, saltó con fuerza hacia la oscuridad y aterrizó junto al agujero. Casi instantáneamente, la tenue luz verde comenzó a fluir desde una pared cercana, iluminando un pequeño corredor

ancho y rechoncho. Ben llegó un momento después, todavía de pie en el piso de la esclusa de aire mientras se elevaba por el agujero por el que Luke acababa de saltar.

—¿Tienes la sensación de que alguien nos está haciendo esto fácil? —preguntó Ben.

—Eso o el equipamiento es muy confiable —dijo Luke—. No sé qué me preocupa más.

—El equipo, definitivamente —dijo Ben por la comunicación del traje—. Este lugar tiene el mismo diseño externo que la Estación punto-central, ¿recuerdas? Eso no puede ser una coincidencia.

—Probablemente no —admitió Luke—. Pero esta estación no puede ser tan peligrosa. Está sentada entre dos agujeros negros, y sería bastante difícil apuntar a nada desde aquí. Ni siquiera podemos obtener lecturas de navegación.

—Así es, no podemos —estando de acuerdo Ben—. Pero no somos nosotros quienes la construimos.

Luke frunció el ceño ante la idea de que podría existir otra arma similar a la Estación Punto-Central en la galaxia. Afortunadamente, esta era mucho más pequeña, lo que significaba que probablemente no compartía la misma función. Al menos, eso era lo que esperaba que significara.

Luke revisó sus lecturas externas y no se sorprendió al descubrir que él y Ben permanecían en el vacío. Hizo un gesto a Ben hacia el otro lado del corredor.

—Y en una noticia más alegre …

Comenzaron su camino hacia el interior de la estación, estudiando sus alrededores mientras caminaban. Con no más de dos metros de altura pero tres veces más ancho, el corredor parecía haber sido diseñado para mover rápidamente mucho tráfico, con unos carriles reforzados por dos bandas de metal que corrían por el piso, que podría haber sido una cinta guía para algún tipo de aerotabla robótica. Las paredes y el techo estaban construidos con un compuesto translúcido que no ocultaba la red de fibras, tubos y conductos que corrían detrás de ellos.

Después de que los Skywalkers recorrieron diez metros, la pared detrás de ellos se oscureció, y un brillo verde pálido comenzó a fluir desde la siguiente sección. Mientras Luke y Ben continuaban adentrándose en la estación, comenzaron a toparse con residuos de todo tipo, cascos con trajes sellados, un tanque de aire con respiradero de amoníaco, rifles blaster, lanzadores de dardos y media docena de carros de una sola rueda con barrigas redondas y bancos reclinados con almohadillas de gel. Cada vez que se iluminaba una nueva sección de la pared, la luz se volvía más anémica, y pronto el tono era más amarillo que verde.

—Este lugar está empezando a oscurecerme —dijo Ben, deteniéndose junto a un traje espacial medio inflado—. ¿Por qué no pudieron elegir un color?

—Buena pregunta —dijo Luke. No estaba contento de ver a Ben reaccionar a sus sentimientos en lugar de centrarse en el problema—. Tal vez se supone que los colores te dirán dónde estás. ¿Tienes una idea?

—Sí, quizás. —Ben usó la punta de su bota para voltear el traje espacial sobre su espalda, apuntando su linterna al visor del casco, revelando un rostro tan arrugado y gris que podría haber sido ho’din o un humano—. Las luces podrían ser un sistema de advertencia, ¿sabes? Como azul significa seguro, el verde significa peligro, el amarillo significa grandes problemas.

Luke sintió solo un leve hormigueo de peligro, pero eso no significaba que la teoría de Ben estuviera equivocada, especialmente considerando el cuerpo que acababan de encontrar. Activó la pantalla de estado dentro de su visor y encontró todos los niveles de radiación dentro del rango normal.

—Ben, ¿estás sintiendo algo que te preocupa?

—¿Aparte de esa extraña presencia en la esfera central? —preguntó Ben.

—Exacto.

—¿Y además del hecho de que estamos hurgando en una estación fantasma sin forma de contactar a nadie?

—Sí, aparte de todo eso.

—¿Y que alguien realmente viejo, poderoso y misterioso, obviamente se tomó muchas molestias para mantener este lugar escondido de personas como nosotros?

—Y eso también.

Ben se encogió de hombros y sacudió su casco.

—Entonces no, estoy listo en todos los sistemas. —Dio un paso sobre el cuerpo y continuó por el pasillo—. Sigamos moviéndonos.

Continuaron por el corredor durante otros doscientos pasos, pasando una serie de intersecciones y enormes cámaras, llenas de equipos tan extraños y misteriosos que Luke ni siquiera podía adivinar su función. Había enormes barriles hechos del mismo material que las paredes, rodeados por bobinas brillantes de lo que parecía ser un cable de fibra óptica. En otra cámara, vieron una esfera plateada del tamaño del Halcón Milenario, flotando sobre un disco de metal oscuro. La siguiente habitación cavernosa contenía un laberinto de cubos de campo de contención, cada uno con una hamaca, un par de depósitos y un gran esqueleto todavía envuelto en una delgada túnica amarilla.

Reacios a cruzar una barrera todavía brillante, que probablemente había sellado la entrada durante siglos o incluso milenios, padre e hijo se quedaron fuera de la cámara por un tiempo. No pudieron evitar debatir si los prisioneros habían pertenecido a la especie que había creado la estación, si eran algunas especies enemigas con las que luchaban los creadores, o si habían sido una tripulación de una de las tantas naves abandonadas en el hangar, dejados aquí por mucho tiempo, por una olvidadiza banda de piratas. Después de discutir la probabilidad de cada posibilidad durante varios minutos, finalmente se dieron cuenta de que nunca lo sabrían y continuaron su camino.

Veinte metros después, llegaron a otro centro de detención. Los restos dentro de estas celdas eran partes de exoesqueletos. A juzgar por el tamaño de los tórax y abdomen, los ocupantes habían sido un poco más pequeños que los humanos. Sus cráneos quitinosos eran grandes y en forma de corazón, con aberturas para enormes ojos multifacéticos.

Dispersos alrededor de cada celda, había al menos media docena de tubos de extremidades pequeñas y no más de cuatro más grandes, lo que sugería insectoides con dos patas poderosas y cuatro brazos largos.

La voz de Ben llegó por el altavoz del casco de Luke.

—Hey, esos parecen…

—Killiks —estuvo de acuerdo Luke—. Unu afirmó que estuvieron involucrados en la construcción de las Estaciones de las Fauces y Punto-Central.

—Como esclavos, parece —respondió Ben—. Papá, ¿qué es este lugar?

—No lo sé —admitió Luke. Sacudiendo su casco, comenzando a caminar por el corredor nuevamente—. Pero tengo la intención de averiguarlo.

Unos pasos más tarde, la siguiente sección de iluminación se activó y se encontraron frente al muro curvo de la esfera central de la estación. El camino hacia adelante estaba bloqueado por una membrana translúcida que sobresalía hacia ellos. Luke tocó con sus dedos enguantados, luego presionó ligeramente y sintió que cedía.

—Eso es aire presurizado —observó Ben—. Debe ser un sello de un mamparo de emergencia.

—Probablemente —estuvo de acuerdo Luke.

Luke activó su muñequera y paso el brilló a través del centro de la membrana. La vista más allá era borrosa, pero podía ver lo suficiente para encontrarse batallando por reorientar su sentido de la dirección. Parecían estar mirando hacia una cámara en forma de cúpula, con ellos mismos y la membrana ubicada cerca de la parte superior y un poco a un lado. Una barandilla a la altura de los hombros, bajaba por la pared curva hasta el piso circular de la cúpula, que tenía un anillo de escotillas a lo largo de su borde exterior. Algunas de las escotillas parecían estar abiertas, pero era imposible ver más que eso.

Luke volvió a acercarse a la Fuerza y sintió la Presencia en algún lugar más allá de la cámara. Era clara, fuerte y tan grande como una nube, concentrada en la oscuridad que tenían delante. Pero también flotaba por todas partes a su alrededor, arriba y abajo y detrás. La sintió serpentear dentro de él, un hambre creciente que solo anhelaba su toque.

Un estremecimiento de sensación de peligro le recorrió la espalda. Luke desactivó su muñequera y se alejó de la membrana.

—¿Tú también lo sientes? —preguntó Ben.

Luke asintió con la cabeza.

—Y ella nos siente también.

—Sí. —Ben miró hacia otro lado, luego activó su lámpara del casco, iluminando un pasillo que se cruzaba—. Entonces, ¿qué camino tomamos hacia una esclusa?

Luke se estaba concentrando demasiado para sonreír, pero estaba contento de escuchar a su hijo sonar tan determinado. No significaba que Ben estuviera listo para enfrentarse a todos los demonios de su pasado, pero sí sugería que entendía la necesidad de hacerlo.

Como Luke no respondió de inmediato, Ben volvió a encender la lámpara del casco y dijo:

—Correcto. Confía en la Fuerza.

—Siempre es una buena idea —dijo Luke—, pero tenía algo más en mente.

Giró su mano de forma vertical y comenzó a empujar la membrana con las yemas de los dedos.

—¿Crees que es un sello de presión killik? —preguntó Ben.

—Algo así. —Luke continuó empujando, estirando la membrana tanto que se tragó su brazo hasta el codo—. Sabemos que estaban aquí, por lo que parece probable que hubieran adaptado sus propias técnicas de construcción a partir de esta tecnología.

Para entonces, Luke había empujado su brazo hasta el hombro. Dio un paso adelante, insertando todo su costado. La membrana continuó estirándose. Se activó un panel de la lámpara que inundó la habitación con luz blanca, pero su vista de la cámara se volvió aún más borrosa. Sin nada debajo de él, excepto una pared empinada y curva, se sentía como salir de un acantilado a un banco de niebla. Agarró uno de los rieles que había visto antes y cruzó el otro pie.

Luke comenzó a deslizarse por la pared, la membrana desaceleró su descenso al reunirse detrás de él en una larga cola hueca. Estaba a mitad de camino cuando la cola se cerró, formando un nuevo sello deteniéndolo bruscamente. Intentó soltarse, pero donde la membrana se había unido, se había vuelto rígida e inflexible. Al soltar la barandilla, soltó su sable láser y giró para liberarse; casi cayó cuando la cola de la membrana se rompió de repente haciéndolo girar.

Bailando por la pared curva, luchando por mantener el equilibrio mientras los cambios en la aparente gravedad y su aparente actitud, desafiaban incluso sus reflejos Jedi. Cuando llegó al fondo de la cámara, la gravedad había aumentado a aproximadamente la mitad de lo normal, y sintió que estaba parado sobre la pared por la que acababa de deslizar hacia abajo.

La voz de Ben llegó por el comunicador del traje.

—Papá, ¿estás bien ahí abajo?

—Estoy bien. —Luke levantó una mano para limpiar su visor, solo para descubrir que la membrana se estaba disolviendo ante sus ojos. Cuando no vio nada amenazante, dijo—. Adelante.

—Afirmativo —dijo Ben—. ¿Necesito hacer ese pequeño baile al final?

Luke se echó a reír y miró hacia la membrana.

—Supongo que eso depende de lo elegante que seas, ¿no?

La membrana se hinchó hacia adentro cuando Ben comenzó a abrirse paso. Luke volvió a colocar su sable láser en su cinturón y, ahora que la membrana ya no ocultaba su visión, se tomó un momento para examinar la cámara más de cerca. Claramente, era un punto de acceso primario a la esfera central de la estación. Se parecía a un tazón que había sido colocado de lado. La pared a la derecha de Luke era el interior del cuenco, una cuenca profunda que se curvaba hacia la membrana a través de la cual había entrado. Tres metros por encima de esta había una segunda membrana, que sin duda proporcionaba acceso desde otra parte de la estación.

Luke estaba parado en lo que habría sido el borde interior del cuenco, una pasarela que se curvaba suavemente hacia arriba tanto delante como detrás de él. A su izquierda, donde estaría la tapa del tazón, se alzaba una gran pared en forma de disco rodeada por las escotillas que había visto antes. Alrededor de la mitad de ellas estaban abiertas y, a través de una de las puertas, pudo ver la luz roja de una pequeña señal de alarma.

Luke estaba completando su investigación cuando llegó Ben, casi derribándolo cuando cayó por la pared y se estrelló contra una escotilla cerrada. Ben encogió los hombros de vergüenza, llegando una larga corriente de estática por el altavoz del casco, mientras silbaba maldiciones indescifrables en su micrófono.

Luke miró el visor del casco, empañada por la membrana de su hijo y luego comentó:

—Bien por ese notable equilibrio Jedi.

Ben ladeó su casco.

—Pensé que tenía que empujarte para liberarte.

—Yo también. —Luke ayudó a Ben a ponerse de pie, haciéndolo girar en un círculo rápido, inspeccionando el traje espacial en busca de daños—. Todo se ve bien. Al menos sabes cómo caer.

—Mucha práctica —dijo Ben. Cuando la última parte de la membrana se disolvió de su visor, su mirada cayó al sable láser que Luke todavía sostenía en su mano libre—. ¿Problemas?

—Tal vez. —Luke señaló hacia la escotilla con el brillo rojo intermitente—. Vamos a echar un vistazo.

Luke devolvió el sable láser a su cinturón, luego abrió el camino hacia la escotilla. A medida que ascendían, la fuerza centrífuga de la estación los mantenía firmemente sujetos a la pasarela, de modo que siempre se sentían como si estuvieran de pie en el fondo de la habitación. La inquietud que se había apoderado de Luke cuando abandonaron la gravedad artificial de la *Sombra* se hizo un poco más fuerte, la estación parecía aún más extraña y peligrosa que antes. Este no era un lugar hospitalario para los humanos.

De camino a su destino, pasaron otras dos escotillas, ambas abiertas. Una conducía a una versión más grande de la pared inclinada por la que habían entrado a la cámara actual. La otra proporcionaba acceso a un largo corredor bordeado cada dos metros con simples puertas corredizas. A juzgar por las telas arrugadas y las piezas de repuesto del traje espacial o de vacío, que se desparramaban por muchas de las puertas abiertas, las cabinas habían servido más recientemente como cuartos privados.

Cuando se acercaron a la escotilla con el resplandor rojo intermitente, Luke comenzó a escuchar un zumbido débil y rítmico desde el interior. Verificó su estado ambiental. La atmósfera en esta parte de la estación parecía estar dentro de las tolerancias de supervivencia, por lo que abrió el visor de su casco e inmediatamente deseó no haberlo hecho.

El aire no era solo rancio, era fétido, apestaba a una docena de diferentes tipos de descomposición, un par de las cuales no había olido desde los pantanos de Dagobah. Pero

también había un hedor más preocupante, un olor acre que había llenado la cabina de su caza estelar con demasiada frecuencia, a placas de circuitos derritiéndose. Y el zumbido rítmico era, por supuesto, exactamente lo que había temido, el clamor de un altavoz de alarma.

De repente, sonó un chillido de sorpresa detrás de Luke, luego Ben jadeó:

—Creo que mi unidad de muestreo me está alimentando con estática. Esto no puede ser respirable.

—Seguro que no es agradable —dijo Luke—. Siéntete libre de volver a colocar el sello si lo deseas.

—¿Y tú?

Luke sacudió la cabeza.

—Tengo la sensación de que tomará todos mis sentidos resolver esto.

—Entonces no dolerá tener una nariz extra husmeando —dijo Ben—. Puedes dejar de ser tan suave conmigo. Yoda no lo aprobaría.

—Yoda te habría hecho oler todo —dijo Luke, entrando por la escotilla—. Y te habría convencido de que solo estaba tratando de educar a tu nariz.

Más allá del umbral, se encontraron de pie en la plataforma de observación de una gran sala de tres niveles. Fuera de la ventana frontal brillaba una masa pulsante de luz púrpura, bordeada por venas crepitantes de descarga estática y halogelada, así como por zarcillos de llamas. La mirada de Luke se vio atraída por el extraño resplandor con tanta fuerza, que se encontró entrando en la habitación sin detenerse a inspeccionar el interior. Se detuvo tres pasos dentro de la escotilla y corrigió su error.

Cada nivel estaba repleto de altos armarios blancos, hechos de un compuesto de metal de carbono que Luke no reconoció. Dispuestos en filas ordenadas, uno en cada nivel, los gabinetes estaban a la altura de los hombros, con tapas inclinadas que eran identificables como paneles de control, solo debido a las luces rojas que parpadeaban en sus superficies. Briznas de humo azul y amarillo se elevaban a través de las costuras de los bordes de varias consolas, acumulándose cerca del techo en una nube de varias capas.

Aunque los pisos estaban llenos de ropa desechada, contenedores y una generosa capa de mugre, no había señales de cadáveres, para que sus narices les hubieran advertido que esperaran. Luke envió a Ben a investigar el frente de la habitación, luego descendió a la primera fila y se acercó al gabinete blanco más cercano.

Al instante, una representación holográfica de toda la estación apareció unos centímetros debajo de la superficie del gabinete, y luego comenzó a girar lentamente. Comenzaron a aparecer mensajes alrededor del perímetro del esquema, escrito en un alfabeto extraño y fluido que Luke sospechaba que incluso C-3PO no reconocería. Cuando comenzaron a parpadear y cambiar de color, tocó uno con su mano. El holograma se amplió de inmediato para mostrar la vista interior de una bodega de tiendas, tan cubierta de moho gris verdoso que los estantes parecían árboles altos y rectangulares.

Luke se acercó a otro gabinete, este derramaba un humo amarillo por una pequeña grieta, flanqueada por luces rojas parpadeantes. De nuevo, apareció un holograma de la

estación. Tocó una de las luces parpadeantes. El esquema se dio la vuelta, apuntando el extremo de uno de sus largos cilindros directamente hacia él. Un par de círculos, uno verde y uno rojo, aparecieron sobre el cilindro. El círculo verde estaba fijado en el corazón del cilindro, mientras que el rojo flotaba un milímetro a la izquierda, parpadeando y agregando su propia voz urgente al clamor de zumbidos que llenaba la habitación. Parecía claro que algo importante estaba desalineado, pero habría sido una locura intentar adivinar qué.

Luke se movió a la siguiente fila, donde el gabinete central tenía una larga fila de luces parpadeando a un lado. Esta vez, el holograma no mostró más que vectores de gravedad, rodeados de palabras y figuras en el extraño alfabeto. Finalmente, comenzó a reconocer la imagen por lo que era, una disposición de agujeros negros.

Mientras Luke estudiaba el holograma, tuvo una idea. Para verificar su teoría, trazó la ruta que él y Ben habían tomado hasta esta estación, y su corazón se aceleró tanto que pensó que podría ahogarse. No cabía duda de que estaba mirando un gráfico de todo el grupo de las Fauces.

Tocó el sistema binario donde se encontraba la estación. Esta vez, el holograma no se amplió para darle una vista más detallada del área inmediata. En cambio, la imagen giraba, girando el sistema binario hacia la parte posterior de una agrupación de agujeros negros en forma de huevo, tan gruesa que ya no podía encontrarla a través de la maraña de letras y vectores de gravedad. Mientras Luke lo estudiaba, notó una brecha en forma de media luna adyacente al sistema binario donde no había letras ni vectores en absoluto. Tocó la parte superior de esta área.

Media docena de conjuntos de vectores de gravedad comenzaron a parpadear en rojo, delineando una grieta larga en el sólido caparazón de los agujeros negros. Una a la vez, una copia de cada lectura apareció en una esquina, rodeada de letras y cifras que no tenía la menor esperanza de descifrar. Luke no tenía idea de lo que esto significaba, comenzando a tener la sensación de que realmente no quería hacerlo.

Fue sacudido de sus pensamientos, cuando la voz de sorpresa de Ben sonó desde el frente de la sala de control.

—Ah, kriff, ¡esto es malo!

—¿Qué es malo? —Luke volvió a quitarse el sable láser del cinturón, luego con la Fuerza saltó sobre tres filas de equipos y aterrizó junto a Ben en la parte delantera de la sala de control—. ¡Sé específico!

La mirada de Ben se volvió hacia Luke, su rostro pálido y su mandíbula colgando. Levantó una mano y señaló la oscuridad entre ellos y la masa de luz púrpura que se retorcía.

—Cuerpos —dijo—. Montones y montones de cuerpos.

Capítulo Cuatro

CON LA CÚSPIDE DEL TEMPLO JUGANDO A LAS ESCONDIDAS DETRÁS DE LA niebla y una bruma fría arremolinándose sobre la Plaza de la Comunidad, el Caballero Jedi Bazel Warv sintió como si estuviera caminando en el aire. Tal vez el clima húmedo tocó una especie de recuerdo, de los bosques nubosos que una vez cubrieron su Ramoa natal. O tal vez se sintió tranquilo porque había pasado dos horas esa mañana mirando a su niña favorita, Amelia Solo, y pasaría el resto del día en compañía de su amigo Yaqeel Saav'etu. Y cualquier día que pasara con Yaqeel era bueno. Era inteligente y esbelta, con un pelaje sedoso de bothan que parecía oro hilado en días brumosos como este, además de que nunca parecía avergonzada de que la vieran con un casco de piel de jade y ojos brillantes como los de Bazel.

Pero hoy Yaqeel no parecía estar completamente a gusto. Había un lado espinoso en su aura en la Fuerza, que generalmente llegaba justo antes de gruñirle a alguien por ser grosero, egoísta o irritante. Bazel no podía imaginar que él fuera el blanco de su ira, nunca antes lo había sido. Sin embargo, no creía que todavía pudiera estar furiosa, por la forma en que el mesero en el almuerzo se había reído cuando intentó pedir una canasta de hojas de robal de diez kilogramos.

Tal vez Yaqeel estaba molesta porque aún no habían tenido éxito en su única tarea del día, entrar a la residencia de Tahiri Veila para determinar por qué no respondía a las llamadas de Jaina Solo. Desafortunadamente, tenían órdenes estrictas de no ser atrapados haciendo algo ilegal, y el gerente toydariano del edificio no solo se había resistido a los esfuerzos de sugerencia de la Fuerza de Yaqeel, sino que se había ofendido y había dejado en claro que vigilaría de cerca todo el día el departamento.

Aun así, Yaqeel no parecía particularmente perturbada en ese momento. Encogiéndose de hombros y se fue, luego le dijo a Bazel que regresarían esa noche, después de que el toydariano se cansara de vigilar. Eso dejó solo una cosa.

Mientras caminaban por el famoso jardín de la Plaza de la Comunidad hacia el Templo, Bazel comenzó a gruñir y gruñir en el lenguaje gutural de su especie. No era a Yaqeel lo que la gente había estado evitando todo el día, le aseguró. Ya que era demasiado bonita para eso. Pero entre los comunicados de prensa del jefe Daala y el holoespectáculo de Javis Tyrr, los ciudadanos de Coruscant tenía que creer que toda la Orden Jedi se estaba volviendo loca. Por lo que cuando alguien veía a un par de Caballeros Jedi caminando por la calle en estos días, era natural doblar por la esquina más cercana, especialmente cuando uno de esos Jedi tenía más de un metro de ancho.

Yaqeel bajó sus largas orejas, presionándolas fuertemente contra su cráneo, en lo que Bazel había aprendido a reconocer como una expresión de gratitud y afecto.

—Gracias, Barv. —Había comenzado a llamarlo Barv cuando se estaban escondiendo dentro de las Fauces, junto con el resto de los jóvenes Jedi, y el apodo se le había quedado—. Pero no es por el público.

Movió la punta de la oreja hacia una hilera de árboles blar cuidadosamente recortados, que se alineaban en el extremo más alejado de la amplia calle.

—Es por ellos.

Bazel no necesitaba mirar para saber quiénes eran, y aventuró la opinión de que no era nada por lo que enojarse. Los Solo estaban vigilándolos porque les preocupaba que él y Yaqeel pudieran enfermarse, como lo habían hecho sus amigos.

Yaqeel ladeó la cabeza con sorpresa.

—¿Cuándo te diste cuenta?

Bazel se frotó la larga barbilla y, debido a que su garganta de ramoano no le permitía hablar básico, gruñó su respuesta en su propio idioma. Era difícil recordar si había olido a los Solo, cuando él y Yaqeel entraban al edificio de Tahiri, o cuando se iban. Probablemente cuando salieron.

Yaqeel lo golpeó en el hombro con fuerza.

—¿Y no me lo dijiste?

Bazel no se había dado cuenta de que necesitaba hacerlo; ¿no era su nariz tan grande como la de él? Las orejas de Yaqeel se dispararon hacia adelante.

—Vaya, gracias.

Aceleró el paso. Bazel se apresuró a seguirla, sus zancadas pesadas sonaron como tambores mientras sus grandes tacones golpeaban las losas. Varios seres diez metros más adelante, comenzaron a mirar sobre sus hombros buscando lugares convenientes para desaparecer.

Bazel no les prestó atención. No era como si Yaqeel fuera sensible, sin embargo temía haber herido realmente sus sentimientos. Mientras avanzaba tras ella, mantuvo una letanía constante de gruñidos y gemidos, tratando de explicar que su nariz era realmente tan grande como la de él, solo en proporción al tamaño de su rostro. Pero Yaqeel no estaba de humor para explicaciones. Continuó moviéndose cada vez más rápido, hasta que casi estaba corriendo.

Llegaron al final del camino, saliendo del jardín hacia la inmensidad abierta del patio del Templo. Yaqeel continuó moviéndose a un ritmo rápido, enfilándose hacia el sur de la enorme pirámide, donde había una puerta deslizante subterránea, que muchos Jedi usaban como entrada debido a su inaccesibilidad para Javis Tyrr y sus compañeros hologusanos.

Finalmente, Bazel alcanzó a Yaqeel y se puso delante para bloquear su camino. Tenía los ojos muy abiertos y saltones, casi inyectados en sangre, y las puntas de sus colmillos se mostraban debajo de sus labios curvados. Creciendo su agitación, le puso una mano enorme sobre el hombro y le preguntó por qué estaba tan asustada de él.

Las orejas de Yaqeel se aplanaron a los lados.

—No eres tú, Bazel.

Yaqeel nunca lo llamaba por su nombre de pila, claramente, algo estaba terriblemente mal. Resopló una pregunta, exigiendo saber qué era.

Yaqeel miró por encima de su hombro, hacia el jardín.

—Son ellos, por supuesto —dijo—. ¿No puedes sentir el cambio? —Ahora Yaqeel realmente estaba empezando a asustar a Bazel. Cuando le preguntó a qué cambio se refería, su voz se rompió en un chillido que hizo que los seres que pasaban se alejaran aún más.

—Oh, Barv, eres tan… confiado. —Yaqeel tomó a Bazel por la muñeca y comenzó a caminar hacia la entrada corrediza nuevamente, esta vez a un ritmo más normal—. No les hagas saber que estamos con ellos. Ese es el error que cometieron los demás.

Bazel comenzó a tener un sentimiento de abatimiento. Le preguntó de qué otros estaba hablando.

Yaqeel lo miró con un ojo entrecerrado.

—Los otros como nosotros, por supuesto.

Bazel preguntó si se refería al resto de la Unidad, Jysella y Valin.

Yaqeel asintió y agregó.

—Y Seff y Natua también.

Estaban pasando la entrada principal, donde un equipo de asalto de la Seguridad de la Alianza Galáctica, con aerodeslizadores blindados, había sido estacionado como una afirmación de la autoridad de Daala. A cada lado estaban estacionados un par de vehículos de pasajeros, descansando sobre sus puntales de aterrizaje, hasta que llegará la próxima oportunidad de avergonzar a la Orden Jedi. Javis Tyrr no estaba a la vista por el momento, pero Bazel reconoció el distintivo logotipo «parpadeante» de Tyrr, en una de las furgonetas, y sabía que el reportero que se alimentaba al fondo estaría cerca. Tiró de Yaqeel hacia su otro lado, donde su amplio cuerpo de jade la protegería de las cámaras itinerantes.

Sus peores temores se confirmaron, cuando Yaqeel no se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

—Primero liberaremos a Seff y a Natua —dijo—. Entonces tal vez podamos recuperar a Jysella y Valin, encontramos un lugar seguro para descongelarlos y descubrir qué kriff está pasando.

Ciertamente sería bueno resolver las cosas, en eso estaba de acuerdo Bazel. Lo que no dijo fue que Yaqeel le estaba rompiendo el corazón. No había crecido tan cerca de Seff y Natua en el refugio, como lo había hecho con Yaqeel y los hermanos Horn, pero los cuartos habían sido tan estrechos que se había hecho amigo de la mayoría de los otros estudiantes, y quería desesperadamente verlos salir del Bloque de Aislamiento, cuando estuvieran listos. Ahora la mejor amiga de Bazel estaba empezando a actuar como si estuviera en camino de unirse a ellos, lo que sin duda era una mejor alternativa a estar congelado en carbonita como Valin y Jysella. Eso, Bazel nunca lo permitiría.

Cuando se acercaron a la esquina del Templo, Bazel echó un último vistazo hacia las camionetas, descubriendo que una sola cámara giraba en su dirección, sin duda capturando algunas imágenes de él, para que tuvieran algo listo cuando transmitieran un informe sobre la amenaza Jedi. Levantó una mano como para saludar, al mismo tiempo

que disparaba un destello de la Fuerza hacia la camioneta que borraría su imagen de la memoria digital de la cámara, así como la mayoría de las demás imágenes del día.

Doblaron la esquina y llegaron a un seto de altos arbustos rutolu, con las hojas moradas tan largas y delgadas como dagas. Un sendero recién desgastado conducía a través del seto hasta un muro de seguridad a la altura del pecho, que protegía la entrada hundida a la puerta corrediza, y fue allí donde Yaqeel tomó su sable de luz. Bazel estaba desesperado por evitar que causara problemas fuera del Templo, donde podría herir a un transeúnte y sin duda llamaría la atención del equipo de asalto de la SAG[2]. Agarrándola por la muñeca apartándola.

Yaqeel se giró hacia él con fuego en los ojos, luego envió una sacudida de energía de la Fuerza a su brazo tan poderosa que Bazel chilló de sorpresa. Nunca la había visto hacer algo así antes; de hecho, nunca había visto a algún Jedi usar la Fuerza de esa manera.

—¿Tú, Barv? —La mano de Yaqeel cayó sobre su sable láser—. Te atraparon…

Bazel lanzó un resoplido de disgusto, señalando que no iban a liberar a nadie del Bloque de Aislamiento, al intentar abrirse paso en el Templo. El plan era engañar a los Jedi, ¿recuerdas?

La mano de Yaqeel permaneció en la empuñadura de su sable láser, su largo pelaje se alzó en los extremos mientras estudiaba a Bazel. Finalmente, dijo:

—Barv, nosotros somos los Jedi.

Maldiciendo silenciosamente el ingenio sombrío de su especie y el ingenio agudo de los bothanos, Bazel respiró hondo e intentó aceptar que pronto sentiría una gran cantidad de dolor. Incluso en las mejores circunstancias, Bazel no era un buen mentiroso, y ahora Yaqeel usaría la Fuerza para determinar si estaba siendo sincero. Eso lo dejó con una sola opción, agarrarla e intentar arrastrarla dentro del Templo, antes de que llegara el equipo de asalto de la SAG y los dos Jedi fueran asesinados.

Y fue entonces cuando Bazel se dio cuenta de que podía mentirle. La clave para derrotar el sentido de verdad Jedi estaba en creer la mentira que uno decía, y Bazel sabía cómo hacerlo. No sabía cómo lo sabía, o dónde lo había aprendido. Pero todo lo que tenía que hacer era empapar sus palabras con un poco de energía de la Fuerza, y luego él mismo creería lo que decía. Y todos los demás también lo harían.

Entonces Bazel simplemente se encogió de hombros y apartó su mano del sable láser de Yaqeel. Sugirió que quizás rescatar a Seff y Natua no era una buena idea, después de todo. Los… los falsos estaban obligados a vigilarlos, y en el momento en que él y Yaqeel comenzaran a descender hacia el Bloque de Aislamiento, probablemente serían arrojados y terminarían dentro de una celda.

Yaqeel consideró sus palabras por un momento, luego apartó la mano de su sable láser.

—Probablemente tengas razón, Barv. Pero tenemos que intentarlo.

Bazel suspiró aliviado, usando su nueva habilidad de la Fuerza para que pareciera resignación. Luego le preguntó a Yaqeel si estaba lista.

---

[2] Seguridad de la Alianza Galáctica. N. del T.

Yaqeel asintió.

—Tan lista como siempre. —Agarró la pared de seguridad y se levantó, agachándose en la parte alta empapada de niebla, para mirar de nuevo a Bazel—. Recuerda actuar con normalidad, Barv. No puedes dejar que te estremezcan demasiado.

Le aseguró que no le regalaría a nadie dentro del Templo. Era otra mentira, por supuesto, pero no se sentía culpable por ello. Una vez que tuviera a Yaqeel a salvo en algún lugar dentro del Templo, podría tratar de razonar con ella, hacerle ver que nada siniestro le había sucedido a sus compañeros Jedi. Y si fallaba, al menos habría mucha ayuda para asegurarse de que no cayera bajo la custodia de la SAG y terminara como Valin y Jysella.

Bazel apoyó un codo en la parte superior de la pared y levantó una pierna enorme, sentándose a horcajadas sobre el muro. Se encontró mirando hacia abajo a un canal de duracreto blanco, de unos cinco metros de profundidad y lo suficientemente ancho como para dos speeders circulando en direcciones opuestas. En un extremo, el canal se desvanecía dentro de un túnel que conducía a los hangares de los speeders del lado sur. La puerta de duracero de esta entrada estaba abierta de par en par, mientras que un pequeño droide de limpieza Lovolol con forma de cúpula pulía el umbral.

De pie justo afuera de esa puerta, junto a un speeder de lujo blindado con la cresta del remanente Imperial, estaban Jaina Solo y Fel Jagged. El Jefe de Estado Fel vestía un uniforme formal con el cuello de la túnica todavía abrochado. Jaina llevaba un vestido morado con el estilo suficiente de una túnica Jedi, para que el sable láser que colgaba de su cinturón se viera apropiado. Estaban envueltos en los brazos del otro, besándose y sin prestar atención a nadie más.

El pelaje del cuello de Yaqeel se erizó y su mano se dirigió nuevamente hacia su sable láser. Bazel sabía que su plan para llevarla a salvo al Templo acababa de encontrarse con un problema grave.

Se inclinó cerca de la oreja de Yaqeel y retumbó, diciendo que Jaina y su amigo solo estaban interesados el uno en el otro. Bazel y Yaqeel deberían simplemente bajar, disculparse y continuar hacia el Templo.

Yaqeel sacudió la cabeza.

—¿Qué está haciendo ese droide de limpieza allí? —susurró—. Algo no está bien.

Bazel maldijo por lo bajo y luego explicó que Jaina probablemente había salido con el Jefe de Estado Fel a almorzar tarde o a cenar temprano en algún lugar.

—Bazel, no son personas —siseó Yaqeel—. Tienes que recordar eso.

Bazel asintió y le aseguró que lo intentaría. Jaina debe haber sentido que los miraban, porque de repente abrió los ojos y los miró por encima del hombro del Jefe de Estado Fel. En lugar de interrumpir el beso, levantó una mano y agitó los dedos hacia ellos. Fue un movimiento casual, como cualquiera en una posición similar, pero Bazel estaba comenzando a ver el punto de Yaqeel. Con Han y Leia detrás de ellos y Jaina bloqueando su acceso al Templo, los Solo los tenían en una trampa perfecta. ¿Podría ser realmente solo una coincidencia?

Jaina debió haber sentido su confusión, porque se apartó de su compañero y les indicó que bajaran.

—Lo siento —dijo. Había un rubor inusual en sus mejillas, sutil, pero lo suficientemente distinto como para que Bazel lo notara—. No están interrumpiendo nada, de verdad.

Ahora el Jefe de Estado Fel se volvió también, sus mejillas mostraban el mismo rubor inusual, y el corazón de Bazel saltó a su garganta. No podía imaginar lo que lo había hecho dudar del juicio de Yaqeel; era bothan, después de todo, y los bothanos entendían la traición mucho mejor que los ramoanos.

—Por favor, no dejen que lo detengamos —dijo el ser que se parecía al Jefe de Estado Fel—. Me estaba yendo.

Yaqeel parecía congelada por la indecisión, por lo que Bazel forzó una sonrisa y respondió que no había problema, que no tenían prisa. Puso un poco de energía de la Fuerza en las palabras, pero aparentemente la capacidad de decir una buena mentira no podía resolver todo. El ser que se hacía pasar por Jaina frunció el ceño y comenzó a caminar alrededor del vehículo hacia ellos, y el no-Fel se inclinó hacia la puerta abierta para decirle algo a su conductor.

Bazel arriesgó la opinión de que podrían haber caído en una emboscada.

—¿Podría tener? —Yaqeel se quitó el sable láser del cinturón y se volvió hacia el seto rutolu—. Salgamos de …

Yaqeel dejó escapar la frase cuando un par de seres que se parecían mucho a Han y Leia Solo llegaron empujando a través del seto. No tenían el mismo rubor que Bazel había visto en las mejillas de Jaina y del Jefe de Estado Fel, pero sabía que no podían ser los verdaderos Solo, porque Han no tenía la habilidad de saltar por la Fuerza, y eso significaba que tampoco podía ingresar al Templo por esta entrada. Además, la sensación de peligro de Bazel se estaba volviendo loca, y ambos Solo sostenían algo a sus espaldas, y sabía que los verdaderos Han y Leia nunca lo dañarían a él o a Yaqeel.

La vista de la no-Leia fue directo al sable de luz en la mano de Yaqeel.

—Yaqeel, ¿qué estás haciendo con tu sable de luz? ¿Hay algún problema?

La no-Leia seguía hablando cuando Yaqeel saltó, gritando:

—Tú lo eres. —La mano del no-Han ya estaba dando vueltas. Bazel vislumbró la forma plateada de algún tipo de arma de mano, luego escuchó el foot-foot de los dardos voladores.

Yaqeel lanzó un grito de sorpresa, sus rodillas se doblaron cuando aterrizó frente a la no-Leia. Activó su sable láser y movió su muñeca en un torpe ataque, pero la no-Leia ya había salido de su alcance. La hoja se murió cuando la empuñadura giró de la mano temblorosa de Yaqeel.

Bazel observó con horror cómo los ojos de Yaqeel giraban hacia atrás y la baba comenzó a deslizarse por la larga lengua roja, que colgaba por el costado de su boca. Gritó su nombre y buscó su propio sable láser, luego notó la pistola tranquilizante que la no-Leia sostenía sobre él.

—Bazel, es solo un tranquilizante —dijo la no-Leia—. Yaqeel va a estar bien.

—Sí —estando de acuerdo el no-Han—. ¿Qué hay de ti?

Bazel consideró tratar de usar su masa para dominarlos y huir con Yaqeel. Pero todavía estaba sentado a horcajadas en la pared, con su sable láser colgando de su cinturón, y los dos no Solo sostenían pistolas tranquilizantes en sus manos. Simplemente no era lo suficientemente rápido, por lo que apartó la mano del sable láser y asintió, usando su nueva habilidad para poner un poco de Fuerza detrás del gesto.

Los rostros de los dos no-Solo se relajaron al instante y el no-Han silbó aliviado.

—Bien. Pensé por un minuto que los habíamos perdido a los dos.

Bazel sacudió la cabeza para asegurarle que no lo habían hecho. Miró un punto de aterrizaje cerca de Yaqeel, luego comenzó a juntar las piernas debajo de él. Si fuera lo suficientemente rápido, podría arrebatarles a Yaqeel y atravesar el seto antes de …

—Quédate ahí, Bazel —ordenó la no-Leia—. No nos aprovecharemos de ella.

—Sí, tenemos que salir de aquí —no-Han pateó a un lado el sable láser de Yaqeel, luego enfundó su pistola tranquilizante y se agachó para recogerla en su estado inconsciente—. Ese equipo de la SAG se estaba dirigiendo hacia acá cuando atravesamos el seto.

Bazel se recostó sobre la pared aún a horcajadas, luego extendió una mano para tomar la forma inerte de Yaqeel. Esta habilidad de mentir era algo útil, reflexionó. Si los impostores fueran a entregársela, tal vez podría aferrarse a ella hasta que viera la oportunidad de …

Sus esperanzas de hacer una escapada fácil llegaron a un abrupto final, cuando escuchó un par de pies pequeños aterrizar sobre la pared detrás de él. Ambos no-Solo hicieron un trabajo creíble al parecer sorprendidos. Incluso el no-Han se quedó boquiabierto.

—¿Jaina? —jadeó no-Han—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Es una larga historia —dijo no-Jaina. Por el sonido de su voz, estaba a menos de dos metros detrás de Bazel, fácilmente al alcance de sus desgarbados brazos—. Pero tal vez sea mejor que me dejen llevar a Yaqeel.

No-Han y no-Leia fruncieron el ceño, mirando inquietos en dirección a Bazel. Fue entonces cuando Bazel vio la falla en su plan. Si los impostores habían reemplazado a los Jedi reales con sus propias copias, sabrían a quién ya habían reemplazado y a quién no. Habían estado engañando a Bazel, manipulándolo hacia una posición vulnerable para que fuera más fácil derribarlo. ¡Y su mente ramoana había sido demasiado estúpida para verlo! A veces odiaba ser un zoquete tan grande, se odiaba a sí mismo por ser tan fácil de engañar. Y los odiaba por haberse aprovechado de ello.

Bazel dejó escapar un bramido furioso, dándose vuelta y lanzó su largo brazo hacia no-Jaina. La escuchó gritar de sorpresa, luego sintió un satisfactorio impacto cuando la golpeo a través del torso enviándola a volar.

Lo siguiente que escuchó Bazel fue el phoot-phoot de los dardos voladores. Su cara y brazos estallaron en oleadas de dolor punzante, y al instante se mareó y enfermó. Sintió

que caía, estrellándose en un olvido de metal arrugado, esperando que todas estas punzadas significaran que no les quedaría lo suficiente para replicarlo.

Capítulo Cinco

—PERDÓN POR TU LIMUSINA, JAG. —HAN ESTABA MIRANDO EL SPEEDER dañado de Jagged Fel, ahora medio oculto bajo el bulto verde de Bazel Warv. A través de una ventana lateral, pudo ver que el impacto había doblado el techo unos sesenta centímetros hacia el compartimento de pasajeros—. Tal vez deberías encontrar otro distribuidor. Pensarías que un speeder acorazado recibiría mejor un golpe que esto.

—Las zonas de deformación son parte del diseño. Les aseguro que puede recibir una lluvia de granadas de concusión y aun así seguir moviéndose. —Jag se volvió hacia Jaina, que estaba parada en la defensa delantera de la limusina, con el impermeable del conductor abrochado sobre su vestido desgarrado—. Me alegra que Jaina no haya sido lastimada.

Jaina lo fulminó con la mirada.

—Yo también puedo recibir un golpe, Jag.

Los ojos de acero de Jag se abrieron ligeramente.

—Estoy seguro de que puedes —comenzando a disculparse—. Solo quería decir que eres más importante para mí que una limusina de un millón de créditos.

—Será mejor que así sea —replicó Jaina—. Eso no significa que no pueda cuidarme sola.

Han tuvo que morderse la mejilla para no estallar en carcajadas. Todavía le resultaba difícil creer que Jaina realmente se iba a casar con este tipo, y eran este tipo de peleas, que lo hacían tener esperanza de que recuperara el sentido común, antes de que fuera demasiado tarde. Jagged Fel era un tipo bastante decente, y un buen piloto, eso es seguro. Pero también era un seguidor de las reglas y un esclavo de su honor, y Han había visto suficientes tipos como él, para saber que el Jefe de Estado Fel nunca, pero nunca pondría a Jaina por delante de su deber. Y eso no era lo suficientemente bueno para la única hija de Han, ni mucho menos.

Jag finalmente se doblego bajo la mirada de Jaina y se volvió hacia Han, quien se rió y le dio una palmada en el hombro.

—Hijo, tienes mucho que aprender antes de estar listo para casarte con una mujer fuerte. Podrías comenzar recordando que ella siempre puede romperte el cuello con solo una mirada.

—¡Han! —Leia lo regañó. Estaba sentada sobre el muro de seguridad, con una mano extendiéndose sobre el carril del speeder, mientras usaba la Fuerza para bajar la forma inconsciente de Yaqeel Saav'etu—. ¡Lo asustarás!

—Hey, debe saber a lo que se va a enfrentar. —Han le guiñó un ojo a Jaina, desvaneciéndose su ceño fruncido, probablemente porque se dio cuenta de que estaba siendo demasiado sensible por la preocupación protectora de Jag.

—Has estado amenazándome con romperme el cuello durante cuarenta años —le recordó a Leia.

—Eso no tiene nada que ver con ser una mujer fuerte —replicó Leia—. Solo con una cuya paciencia se prueba con demasiada frecuencia.

Han se volvió hacia Jag.

—Y eso me recuerda, que vale la pena mantener interesante la vida. Estas mujeres pueden aburrirse simplemente por estar sentadas en el apartamento.

—Eso depende de con quién estamos sentadas —dijo Leia secamente. Giró su mano hacia la limusina, bajando a Yaqeel sobre el toldo—. Por interesante que pueda ser explorar las teorías de mi marido sobre el matrimonio, es mejor que cuidemos de nuestros dos pacientes. Ese escuadrón de la SAG está justo detrás de mí.

—Traeré a Bazel. —Jaina se volvió hacia Han—. Papá, si puedes llevar a Yaqeel…

—Ayudaré —dijo Jag, caminando hacia los pies de la bothan. Al mismo tiempo, miró por encima del toldo la joroba de hombros grandes, que estaba junto a la puerta del conductor con un blaster repetidor T-21 listo—. Guarda esa arma y quédate callado sobre esto, Baxton.

—Sí, señor —confirmó Baxton, metiendo el arma dentro de la puerta del conductor—. En lo que respecta a la SAG, no vi nada.

—Mentirle a un agente de la SAG es un crimen aquí —dijo Jag—. Solo diles que no estás autorizado para discutir mis actividades con nadie. Eso está dentro de tus derechos de inmunidad y no correrás el riesgo de ser arrestado.

Baxton llamó la atención.

—Gracias por considerar mi bienestar, señor.

Han tomó los hombros de Yaqeel y ayudó a Jag a levantarla, luego se dirigió hacia el túnel. La enorme figura de Bazel Warv flotó desde el techo de la limusina y los siguió a través de la puerta, donde Han tropezó con un droide de limpieza con una rutina de derecho de paso defectuosa. Cayó al suelo con los hombros de Yaqeel hundidos en su regazo.

—¿Capitán Solo? —preguntó Jag—. Si es demasiado pesada, puedo…

—Solo tropecé —ladró Han, apretando a la bothan contra su pecho con un brazo y usando su mano libre para apartarse del suelo del túnel—. El droide se interpuso en mi camino. No estoy viejo, ya lo sabes.

—Por supuesto que no. No estaba pensando eso.

Han se puso de pie y miró a Jag a través de la forma inconsciente de Yaqeel.

—Chico, para ser un Jefe de Estado, eres un pésimo mentiroso.

El color desapareció de la cara de Jag.

—Capitán Solo, no tengo dudas sobre su…

—¡Jag! —La voz de Jaina provenía de algún lugar al otro lado del enorme bulto del ramoano, que todavía estaba sobre el speeder flotando en el túnel de acceso.

—¿Dejarás de preocuparte por los sentimientos del anciano y te moverás? Lo último que necesitas es que un escuadrón de la SAG te vea ayudarnos a esconder a un par de Jedi locos.

—De acuerdo. —Jag pasó a Han y comenzó a retroceder por el túnel—. Tomaré la delantera.

Sabiendo que no había tiempo para protestar, Han simplemente asintió, luego lanzó una mirada fulminante hacia el pequeño droide con forma de cúpula, que observaba desde el interior de la puerta. Sus módulos de respuesta deben haber detectado su ira, porque el droide expulsó una nube de limpiador de vapor y rápidamente hizo girar su fotorreceptor.

Maldiciendo por lo bajo, Han siguió a Jag por una curva del túnel hasta el propio hangar. Dos aprendices estaban de pie en la entrada, luciendo preocupados e inseguros sobre si deberían abandonar sus posiciones. Han empujó los hombros de Yaqeel hacia los brazos del guardia más cercano, un jenet de pelaje rojo, y luego se apartó cuando el bulto verde de Bazel Warv llegó flotando por la entrada detrás de él.

—Comuníquese con la Maestra Cilghal y dígale que perdimos a dos más —ordenó Han. Sacó la pistola tranquilizante de la cintura y la puso rudamente en las manos del compañero del jenet, una joven mujer duros cuyos ojos oscuros parecían casi el doble de abultados de lo normal—. Y si cualquiera de los dos se retuerce antes de que alguien llegue para quitárselos de encima, golpéenlos con un par de dardos tranquilizantes.

La duros aceptó la pistola con aire de desconcierto y miedo.

—¿Se enfermaron? ¿Ambos?

—Tienes tus órdenes, aprendiz —dijo Jaina, bajando a Bazel a una bahía vacía—. Solo sáquenlos.

Con eso, comenzó a regresar por el túnel, Han y Jag la siguieron de cerca.

Cuando doblaron la curva, Han pudo ver a Leia justo dentro de la entrada del túnel, parada frente a frente con un capitán de uniforme azul que había logrado posicionarse en el umbral antes de que pudiera cerrar la puerta. Un par de pasos detrás de él había diez soldados con armaduras negras de asalto. Y diez pasos más allá de ellos, cuatro agentes más de la SAG tenían al conductor de Jag, Baxton, encañonado.

Pero lo que realmente molestó a Han fueron las holocámaras. Estaban mirando desde lo alto del muro de seguridad adyacente, registrando cuidadosamente cada palabra y gesto que pasaba entre Leia y el capitán de la SAG.

—No tengo idea de lo que está hablando, capitán Atar —decía Leia—. Aquí no ha pasado nada que sea asunto suyo.

—Yo decido cuáles son mis asuntos, Jedi Solo —escupió Atar. Era un humano alto con un bigote oscuro y hombros tan cuadrados como la barbilla, el tipo de oficial agresivo que confundía su parche en el pecho con una insignia para hacer lo que quisiera—. Y los Jedi locos definitivamente están en lo más alto de mi lista de prioridades.

Leia se encogió de hombros.

—No tenemos ninguno de esos aquí.

—¿Sí? —Atar sacó su datapad del clip del cinturón y giró la pantalla para que Leia mirara—. ¿Qué es eso?

Han, Jaina y Jag estaban lo suficientemente cerca ahora para ver una mancha verde en la pantalla, que solo podía ser Bazel aterrizando sobre la limusina de Jag. Un momento después, Jaina apareció a la vista más allá del extremo delantero del speeder, tambaleándose ligeramente y manteniendo cerrado su vestido roto. La cámara se movió hacia la parte superior de la pared de seguridad y mostró a los dos Solo mirando hacia abajo al carril del speeder, luciendo horrorizados y aun sosteniendo sus pistolas tranquilizantes.

Las tripas de Han comenzaron a hacerse nudos. Atar los tenía. Y ni siquiera eran tomas de una de las holocámaras. De alguna manera, había captado todo en un… Han recordó al droide de limpieza y se dio la vuelta, con la intención de pisotearle de nueva cuenta varios circuitos.

Afortunadamente, Jag tuvo una mejor idea y aprovechó la iniciativa poniéndose a un lado de Atar.

—¿Qué le ha hecho a mi limu-speeder, capitán?

Atar no prestó atención, ya que después de todo, Jag no era su Jefe de Estado. Pero reaccionó como lo haría cualquier oficial de seguridad en tal situación, encogiéndose casi visiblemente mientras intentaba sopesar su asignación contra las posibles recriminaciones profesionales de causar un incidente diplomático.

Finalmente, dijo:

—No hicimos nada, Jefe de Estado. —Giró el datapad hacia Jag—. Si al Jefe de Estado le importa echar un vistazo…

—No estoy interesado en holodramas, capitán. —Jag arrancó el datapad de las manos del capitán y lo arrojó por el túnel de acceso, donde se podía oír rompiéndose en una docena de partes—. Puedo ver que ha hecho algo, a menos que esos no sean sus hombres que amagan a punta de blaster a mi conductor.

—No, señor, ellos, uh, quiero decir, sí, lo son, señor. —Atar volvió a mirar por el carril—. Pero no nos dimos cuenta de que la limusina le pertenecía.

—¿No preguntaste por el transpondedor? —exigió Jag. Dio un paso adelante, a propósito, empujando al capitán alejándolo de la entrada—. ¿O simplemente elegiste ignorar el código diplomático?

—Ninguno de las dos, señor. —Finalmente, al darse cuenta de que estaba siendo manipulado, Atar se mantuvo firme cuando Jag trató de golpearlo nuevamente, y luego dijo—. Señor, estamos persiguiendo a dos Caballeros Jedi criminales y locos, y la inmunidad diplomática no le da el derecho interferir. Si insiste…

—Por supuesto, siéntase libre de continuar su búsqueda —dijo Jag—, después de liberar a mi conductor y a mi vehículo.

Jag continuó de pie frente a Atar, quien lo miró por un momento antes de que finalmente se volviera y alejara a sus hombres de la limusina.

—Gracias —dijo Jag—. Me aseguraré de mencionar su cooperación a la jefa Daala cuando me encuentre con ella en la mañana.

—Eso no será necesario, señor —respondió Atar con hielo en su voz—. Ella tendrá un informe completo esta noche. Ahora, si se hace a un lado, tengo mis deberes que cumplir.

—Ciertamente.

Jag giró sobre un pie, esforzándose por moverse a un lado sin retirarse del área. No era lo que Han habría hecho, pero tenía que admitir que Fel sabía cómo ser un gran dolor en el trasero sin romper las reglas. Mientras estuvo de pie en el área, el capitán de la SAG no se arriesgaría a comenzar un tiroteo y poner en peligro al Jefe de Estado Imperial.

Cuando Atar finalmente aceptó que Jag no se movería más, soltó un resoplido de exasperación y empujó hacia adelante nuevamente. Para entonces, por supuesto, Han se había deslizado hacia los controles de la puerta, mientras que Jaina y su madre estaban de pie justo en frente del umbral, con sables de luz en la mano. Las hojas no estaban encendidas, pero el mensaje era claro, la SAG no entraría sin luchar.

—Jedi Solo, voy a arrestar a los Caballeros Jedi Bazel Warv y Yaqeel Saav'etu. ¿Te harás a un lado, o tengo que moverte?

Leia no se inmutó.

—No veo a nadie en peligro inminente —dijo—, y eso significa que necesitaría una orden para arrestarlos. No iremos a ningún lado a menos que yo vea una.

El indicio de una sonrisa brilló bajo el grueso bigote de Atar.

—En ese caso… —Extendió una mano detrás de él diciendo—. ¡Karpette, al frente y al centro!

Una mujer rodiana dio un paso adelante, sus ojos multifacéticos brillaban con demasiado deleite.

—¿Sí, capitán?

—La orden.

Le estaba pasando una recién impresa hoja de flimsi mientras hablaba. Han vio la impresora en miniatura colgando del cinturón de su equipo y sintió que su estómago se hundía.

Atar examinó el documento brevemente, luego asintió y se lo pasó a Leia.

—La impresión es un poco más pequeña de lo habitual, pero creo que encontrará todo en orden.

Leia aceptó el documento, su rostro impasible no revelaba la conmoción que Han sabía que estaba sintiendo. Lo examinó brevemente y luego dijo:

—Muy listo, capitán.

—Realmente no puedo tomar el crédito, Jedi Solo —respondió Atar—. Cuando se trata de la amenaza Jedi, la jefe Daala ha dado la orden de facilitar el debido proceso de todas las formas legales.

—Ya veo. —Leia le hizo un gesto a Jaina para que se quedara donde estaba, justo afuera de la puerta, luego le tendió el documento a Han—. ¿Qué piensas?

Han tomó la orden y miró de reojo las pequeñas líneas de texto legal. Era una orden de detención en lugar de una orden de arresto real, pero eso no negaba su validez. Los

nombres se deletreaban correctamente, sus especies se identificaban correctamente, el incidente justificativo se describía con precisión y el cronosello, de menos de cinco minutos, era ciertamente válido.

—No soy un experto, pero todo parece estar bien. —Miró a Atar—. ¿Quién es el juez… Lortle?

—Arabelle Lorteli —corrigió Atar—. Juez designado para todos los asuntos Jedi.

—¿La persona designada por Daala? —preguntó Leia—. ¿Uno nuevo?

—Sí, señora —respondió Atar—. Ahora, ya que incluso usted acepta que todo está en orden, tomaremos la custodia de los Caballeros Jedi Warv y Saav'etu.

Comenzó a dirigir a su escuadrón a través del umbral, hasta que Leia levantó una mano en su dirección.

—Espere.

Atar se tambaleó hacia atrás, mientras Leia se volvió hacia Han, con uno de esos destellos desafiantes que siempre le venían, cuando olía a algo podrido en los pasillos del poder.

—No lo sé, Han. ¿Cómo manejamos esto?

No era una pregunta real, por supuesto, ya que Han no era ni un Jedi ni un asesor legal. Fue una señal. Observó como Jaina comprobaba sutilmente en asegurarse de que estaba libre el camino de caída de la puerta, y sabía que ella también lo entendió.

—Parece que no tenemos otra opción —dijo Han. Encogiéndose de hombros, devolviéndole la orden a Leia, luego se volvió hacia Atar—. Espera aquí. Tendremos que involucrar al Maestro Hamner en esto.

Atar frunció el ceño.

—No esperaremos en ningún lado —dijo—. Traerás a esos dos Jedi aquí de una vez.

Han suspiró y se volvió hacia Leia.

—Creo que será mejor que hagamos lo que él dice, ¿no?

Leia asintió con la cabeza.

—Sí, eso creo.

Miró hacia el panel de control y el botón se balanceó a la posición de CERRADO. La puerta comenzó a descender tan rápidamente, que apenas tuvo tiempo de mirar hacia atrás y encontrarse con la mirada perpleja de Atar.

—Está bien, capitán, usted gana —dijo—. Volveremos en seguida.

—¿Qué? ¡Espera! —farfulló—. ¿Por qué estás cerran…?

La puerta se cerró de golpe, dejando solos y juntos a Han y a Leia. Han presionó el interruptor de bloqueo para evitar que un Caballero Jedi volviera a abrirlo sin darse cuenta, y luego se volvió hacia Leia.

—Sabes, a veces me alegro mucho de haberme casado contigo.

—¿Solo a veces?

—Oh, me alegro todo el tiempo, pero en momentos como este, me alegro mucho. —Tomó su mano y comenzó a bajar el túnel para ver a los nuevos pacientes.

—¿Cuánto tiempo crees que esperarán?

—Le tomará al buen capitán unos minutos superar su vergüenza y comunicarse para recibir nuevas órdenes —dijo Leia—. Así que tenemos un rato.

—Bien. ¿Crees que Jaina estará bien allá afuera?

—Por supuesto. —Leia cerró los ojos por un momento, y Han supo que estaba tratando de ver a su hija a través de la Fuerza—. Está con Jag, ¿verdad?

Capítulo Seis

INCLUSO CON EL TOLDO ABOLLADO EN LA CABINA DE PASAJEROS, LA limusina imperial todavía tenía suficiente espacio para que Jaina se sentara derecha. Jag era otra historia. Aunque no era alto para un hombre humano, llevaba gran parte de su altura en el torso, un rasgo desafortunado que Jaina esperaba que no se transmitiera a algún niño, que también heredara sus cortas piernas… suponiendo, por supuesto, que incluso quisiera hijos. Al igual que muchas cosas con respecto a su próximo matrimonio, formar una familia no era algo de lo que hubieran tenido tiempo para hablar, al menos no de la forma en que era necesario discutirlo.

Por el momento, el largo torso de Jag lo obligaba a hacer una de las pocas cosas que Jagged Fel no hacía bien: encorvarse. Estaba encorvado junto a Jaina, su cabeza contra el revestimiento del techo y sus hombros presionados contra el respaldo del asiento.

—Gracias por la salida. —Jaina miró por la ventana trasera al escuadrón de la SAG aún confundido, varios de los cuales golpeaban sus culatas de armas contra la puerta cerrada y exigían que se volviera a abrir—. Probablemente sea mejor para mí no estar cerca, cuando ese imbécil de Atar finalmente decida que ha sido engañado.

—Probablemente —dijo Jag—. Pero me sorprende que tu madre lo haya manipulado tan fácilmente. Uno pensaría que Daala tendría más criterio, que enviar a un comandante de mente débil para vigilar el Templo Jedi.

—Jag, esa no fue una sugerencia de la Fuerza. —Mientras Jaina hablaba, Atar se volvió para mirar la limusina que partía—. Fue la zapatilla astuta.

—¿La zapatilla astuta?

—Un pequeño truco que mis padres aprendieron antes de que yo naciera —explicó Jaina. Dándole a Atar un saludo de despedida. La cara del capitán se enrojeció y comenzó a dar órdenes en el micrófono de su auricular—. ¿No viste cómo asentía mi papá Atar?

Jag se quedó en silencio por un momento, su ceño se alzó lentamente. Finalmente, dejó escapar un resoplido incrédulo.

—Es bueno que tu padre no sea un Jedi —dijo—. Han Solo con poderes de la Fuerza sería algo muy aterrador.

Jaina sonrió y abrió la boca para estar de acuerdo, hasta que casi la arrojaron de su asiento cuando la limusina se detuvo repentinamente. Levantó la vista para ver un speeder de asalto de la SAG, que bloqueaba la salida a menos de cinco metros por delante, con su cañón torreta apuntando hacia abajo del carril. Era imposible decir si estaba apuntando a la limusina de Jag o a la puerta de atrás.

—Esos tipos de la SAG están empezando a ponerse agresivos —observó Baxton desde el asiento del conductor. La pantalla de privacidad entre ellos no se pudo levantar debido al toldo abollado, por lo que no necesitaba el intercomunicador del vehículo—. Puedo flotar sobre ellos, señor. Incluso si abren fuego, nuestro blindaje puede soportarlo.

Jag sacudió la cabeza.

—No, eso les daría motivo para afirmar que pretendimos dañarlos —dijo—. Solo sal y pídeles que nos dejen pasar.

—¿Y si no lo hacen? —preguntó Baxton.

—Se insistente —dijo Jag—. El capitán Atar está tratando de espantarnos, pero no va a causar un incidente intergaláctico al intentar sacar a la Jedi Solo de un vehículo diplomático.

Baxton reconoció la orden, por lo que salió y se acercó al speeder de asalto que bloqueaba su camino. Un joven oficial duros salió de la torreta, apuntando a la limusina y haciendo ademanes furiosos. Baxton se mantuvo firme, sacudiendo la cabeza y señalando con su propio dedo, insistiendo en que se retirara el speeder. Después de un minuto de gritos de un lado a otro, el duros saltó repentinamente para estar de pie junto a Baxton.

—Parece que las órdenes de Atar fueron firmes —observó Jaina—. Tal vez no debería haberlo irritado.

Jag se volvió para mirarla debajo del toldo abollado.

—¿Irritado cómo?

—No fue gran cosa —dijo Jaina—. Solo me despedí con la mano.

Jag cerró los ojos con exasperación.

—¿Te despediste? —repitió—. ¿Cuándo nos íbamos?

—Por supuesto, cuando nos íbamos —replicó Jaina—. ¿Cuándo crees que me despediría?

Jag se quedó boquiabierto.

—Debes dejar de antagonizar con la gente de Daala. —Miró hacia otro lado, y una sucia bruma de un llegó a su aura en la Fuerza—. Esta situación se está saliendo de control.

Jaina se giró para mirarlo.

—¿Qué situación es esa?

—Toda esta situación. —Jag continuó mirando hacia otro lado—. Entre los Jedi y Daala. No le está haciendo bien a la orden.

—Dime algo que no sepa —respondió Jaina—. Como, lo que sea que estés ocultando.

Las fosas nasales de Jag se dilataron, volviéndose para mirarla a los ojos con evidente esfuerzo.

—No estoy seguro de saber a qué te refieres.

—Jag… —Jaina abrió lo suficiente su impermeable prestado, para mostrarle el sable láser colgando del cinturón de su vestido roto—. Jedi, ¿recuerdas? Sé cuándo estás mintiendo.

Jag suspiró.

—Escuché algo que no debía escuchar y que definitivamente no debería repetirle a un Jedi.

—Jag, soy tu prometida —dijo Jaina—. Y resulta que soy una Jedi. Si eso significa que vas a tratar de ocultarme secretos, tal vez debamos reevaluar…

—Muy bien, me rindo —dijo Jag, levantando las manos—. Pero si puedes interpretar el papel de prometida, yo también. Esto debe quedar entre nosotros.

Jaina asintió.

—Supongo que es justo.

—Sin suposiciones —respondió Jag—. Esto no puede ser como en Qoribu.

Jaina hizo una mueca. Fue un golpe bajo, pero tal vez uno que merecía. Durante la crisis de Killik, le había prometido a Jag que le informaría todo. Pero al final, el incumplimiento de sus palabras había resultado de la separación de Jag de la ascendencia Chiss.

—Está bien —dijo—. Esto es una caja fuerte. No se lo diré a nadie.

—Sin importar la razón —insistió Jag.

La única respuesta de Jaina fue un silencio pedregoso. Le había dado su palabra, y realmente estaba comenzando a molestarla, continuó cuestionándola. Miró hacia adelante y notó el borde de algo metálico alojado detrás de la gaveta para bebidas frente a ella, entre los dos asientos orientados hacia atrás. Tal vez un bastón luminoso o algo había sido removido cuando Bazel golpeó el toldo.

Cuando Jaina se movió hacia adelante para recuperar el objeto, Jag dejó escapar un fuerte suspiro.

—¿Debo aceptar tu silencio como un sí?

Más irritada que nunca, Jaina se olvidó de la barra luminosa y se volvió para fruncir el ceño.

—Acéptalo como quieras.

—Bien. —Jag respiró hondo y luego dijo—. Ayer escuché algo alarmante cuando estaba en la oficina de Daala. Está pensando en contratar una compañía de mandalorianos.

—¿Mandalorianos? —repitió Jaina—. ¿Por eso tanto escándalo?

Ahora fue el turno de Jag para guardar silencio, y Jaina rápidamente se dio cuenta de lo ridícula que era su pregunta. Había pasado un par de meses muy tristes entrenando con mandalorianos, cuando se estaba preparando para cazar a su hermano, Darth Caedus, y podía pensar en media docena de razones por las que Daala podría contratar una compañía de comandos mandalorianos. Pero solo una de ellas pondría nervioso a Jag por decírselo.

—¿Para nosotros? —jadeó Jaina.

Jag asintió.

—Ha estado preguntando cuántos súper comandos se necesitarían para someter a los Jedi —confirmó—. Exactamente lo que está considerando, no lo sé. Pero no puede ser bueno.

Jaina no sabía si estar más enojada con él o con Daala.

—¿Y pensaste que ibas a ocultarme esto?

—Por supuesto —dijo Jag—. No quería ponerte en esta posición.

Jaina frunció el ceño.

—¿Qué posición?

—De tener que guardar mi secreto —dijo Jag—. Es una carga que no deberías tener que soportar.

Jaina se recostó en su asiento, su ira cambió a un estado de shock cuando comenzó a comprender.

—¿Esperas que me guarde esta noticia para mí?

Jag permaneció en silencio, estudiándola con sus ojos de acero, buscando una pista sobre qué deber cumpliría, la promesa que acababa de hacerle, o el juramento que había hecho, de siempre poner primero al Jedi.

—Es un empate… esto no es justo, Jag.

—Lo siento.

Jaina asintió.

—Bueno, eso es algo.

—Estoy tratando de negociar una membresía autónoma en la Alianza Galáctica —explicó Jag—. Hasta ahora, Daala sigue diciendo que es todo o nada. Cree que las lealtades divididas son lo que provocaron la última guerra civil.

—Podría tener un punto. —Incluso cuando Jaina dijo esto, comenzó a ver un rayo de esperanza de que podría no ser necesario hacer esta elección imposible.

—Jag, ¿esto podría ser algún tipo de…?

—¿Prueba? —Jag terminó por ella—. No somos tan afortunados. No lo escuché de Daala, solo alguien hablando por un comunicador cuando no se dio cuenta de que estaba en la habitación.

—Todavía podría ser una prueba —dijo Jaina—. Los Jefes de Estado ocasionalmente usan sus atribuciones para ese tipo de cosas, tú sabes a que me refiero.

Jag sacudió la cabeza.

—Wynn Dorvan no me parece el tipo de persona que se involucra en ese tipo de juegos.

El estómago de Jaina se hundió. Wynn Dorvan era el principal ayudante de Daala, un raro burócrata coruscanti, conocido tanto por su integridad como por su competencia.

—Oh rayos —dijo—. ¿Y realmente necesitas que Daala ceda ante esto?

—Me temo que sí —dijo Jag—. Si trato de subordinar nuestro gobierno a la Alianza Galáctica, especialmente una dirigida por Natasi Daala, los Moff entrarán en una abierta rebelión. Apenas tengo el apoyo para tratarnos como iguales.

—Y lo estás haciendo bien para conseguir eso —dijo Jaina—. Dudo que incluso el tío Luke esperara que convencieses a los Moff para que consideraran la unificación total.

—Tengo motivación. Por primera vez en la memoria reciente, toda la galaxia está en paz. —Jag tomó la mano de Jaina, y una nota de esperanza llegó a su voz—. Y si puedo convencer a Daala de dejar que el Imperio entre al redil bajo sus propios términos, podríamos mantenerla así.

—Pero si la Orden Jedi se entera de que Daala envío una compañía de mandalorianos, lo tomará como prueba de que las lealtades divididas no pueden funcionar.

—Exactamente. —Jag le apretó la mano—. Lo siento, pero esto es más grande que la Orden Jedi. Creo que incluso el Maestro Skywalker querría que te quedaras callada.

—Él querría que lo llevara ante el Consejo y confiara en que los Maestros hicieran lo correcto —respondió Jaina secamente.

El agarre de Jag comenzó a aflojarse, pero Jaina no le permitió retirar su mano. Le dolía saber que él pensará que podría traicionarlo por segunda vez, pero incluso tenía que admitir que su falta de fe en ella estaba justificada. Había arriesgado todo cuando confió en su palabra durante la crisis en Killik, y eso le había costado todo. ¿De quién era realmente la culpa, si le resultaba difícil confiar en ella ahora?

Jaina se volvió para mirarlo.

—Pero el tío Luke ya no dirige el Consejo —dijo—. Y por la forma en que Kenth Hamner se ha sometido ante Daala, unos pocos mandalorianos podrían ser suficientes para obligarnos a congelarnos en carbonita.

—¿Entonces no se lo dirás a los Maestros?

—Por supuesto que no —dijo Jaina—. Incluso si el decirles fuera lo correcto, ¿no te prometí que no lo haría?

Jag esbozó una de sus raras sonrisas.

—Gracias. Eso significa mucho para mí.

—Es lo mejor. —Jaina se inclinó hacia él—. Porque no lo haría por nadie más.

Antes de que ella pudiera besarlo, la cabeza de Jag giró bruscamente hacia la parte delantera de la limusina, frunciendo el ceño.

—Mierda —dijo—. Mira quién viene.

Jaina vio a dos humanos deslizarse a través del espacio entre el speeder de asalto la SAG y el final del muro de seguridad. La primera persona era una mujer fornida con auriculares y una túnica de las noticias de la HoloRed, su atención se centró en la unidad manual de control, que estaba usando para dirigir una pesada cámara aérea que flotaba delante de ella. El segundo humano era un hombre delgado con un abrigo amarillo, con su cabello castaño corto a la moda. Era Javis Tyrr.

—¿Por qué no me sorprende? —gruñó Jaina.

La operadora de la cámara que trabajaba para Tyrr, se volvió instantáneamente para capturar la discusión aún furiosa entre Baxton y el oficial de la SAG. Mientras tanto, Tyrr sacó una barra de grabación del interior de su abrigo y continuó hacia la limusina de Jag.

—Hora de irse —dijo Jag, abriendo su puerta—. Tomaré el volante. Agarras a Baxton en el camino.

Antes de que Jaina captara la orden, Tyrr apuntó la barra de grabación en su dirección, y un clic apenas audible sonó detrás de la gaveta de bebidas frente a ella. Al recordar el borde metálico que había notado antes, Jaina se arrojó por la puerta aún abierta de Jag.

—¡Abajo!

Lo golpeó de lleno en el costado, empujándolo contra la pared de duracreto con la fuerza suficiente para sacarle el aire, antes de que ambos cayeran al permacreto.

Para sorpresa de Jaina, eso no fue lo último que escuchó. En cambio, oyó a Jag gritar códigos de situación a Baxton, además de que le preguntaba qué estaba mal. Escuchó un silencio de sorpresa de Baxton, mientras que el teniente de la SAG, que había dejado de discutir se dio la vuelta para mirarlos apilados al permacreto. Además que desde el interior de la limusina, escuchó el zumbido apenas audible de un pequeño motor repulsor.

Jaina miró hacia el vehículo y vio un pequeño androide de limpieza con la cúpula deslizándose por la puerta por la que acababa de zambullirse. Su fotoreceptor permaneció sobre su rostro, y de repente supo cómo Javis Tyrr había estado adquiriendo sus imágenes desde el interior del Templo Jedi. Comenzó a incorporarse, mientras que el droide de limpieza rápidamente se inclinó alrededor de la puerta abierta de la limusina y comenzó a subir por el camino.

—¡Oh no, no lo harás!

Cuando Jaina se levantó, empujó una mano hacia el droide de limpieza y usó la Fuerza para atraerlo hacia ella. Tyrr gritó de asombro y corrió por el camino, moviendo furiosamente su varilla de grabación, como si eso pudiera dar a los motores repulsores del droide suficiente poder para liberarse del agarre de la Fuerza de Jaina.

Para cuando el droide flotó hacía sus manos, Tyrr estaba a solo un par de pasos de distancia, sus rechonchos labios se torcieron en una mueca de desprecio justiciero.

—No puedes hacer eso —dijo, todavía apuntando la varilla de grabación al droide—. Tratando de ocultar la…

—¿Qué no puede hacer la Jedi Solo, exactamente? —Jag lo interrumpió, parándose al lado de Jaina—. ¿Recuperar un droide de limpieza que obviamente está funcionando mal?

—Ese no es un droide común de limpieza —respondió Tyrr—. Y lo saben.

—¿Estás diciendo que te pertenece? —preguntó Jaina. El droide todavía estaba tratando de liberarse de su agarre, así que lo volteó y golpeó el interruptor primario—. Porque si es tu droide, estaría muy interesada en saber cómo llegó al Templo Jedi.

—Como lo haría mucha gente —dijo Jag. Inclinando rápidamente su cabeza hacia la puerta del hangar, para después empujar suavemente a Jaina hacia la limusina—. Estoy bastante seguro de que el espionaje privado es tan ilegal en la Alianza Galáctica como lo es en el Imperio Galáctico.

Tomando la pista de Jag, Jaina extendió su conciencia en la Fuerza hacia la puerta y sintió a varios soldados de la SAG corriendo por el camino hacia ellos. Volvió a meterse en la limusina solo un instante antes de que la voz del capitán Atar llamara desde detrás del vehículo.

—¿Cuál es el problema aquí? —demando—. Espero que la Jedi no esté tratando de intimidarte, Tyrr.

—En absoluto —dijo Jag, volviéndose hacia el capitán y sus hombres mientras se acercaban a la limusina—. Creo que el estimado periodista Tyrr, se estaba preparando para admitir que había colocado un dispositivo de vigilancia privado dentro del Templo Jedi.

El ceño de Atar se profundizó.

—Estoy seguro de que un periodista de la reputación de Javis Tyrr nunca recurriría a nada ilegal. —Desviando su atención hacia Tyrr—. ¿No es así, Tyrr?

La cara de Tyrr se enrojeció, pero asintió.

—Por supuesto.

Los labios de Jag se apretaron en una sonrisa sombría.

—Mi error, entonces. —Levantó una mano y llamó a Baxton, luego se metió en la limusina junto a Jaina.

—Le agradecería si ordenara a sus hombres que no abrieran fuego cuando pasáramos, capitán. Estoy atrasado para una reunión importante.

Los ojos de Atar se tornaron tormentosos, pero se inclinó para mirar adentro.

—Pasar por arriba no será necesario, señor. Ordenaré al speeder que se haga a un lado tan pronto como la Jedi Solo salga del vehículo. —Su mirada se posó en el droide que sostenía en las manos—. Y Debería traer el droide de limpieza, puede que lo necesitemos como evidencia.

Jaina desabrochó su sable láser y se inclinó para mirar a Atar.

—Olvídelo, capitán. —No había forma de que entregará al droide espía, no cuando tenía una grabación de Jag, diciéndole lo que había escuchado en la oficina de Daala.

—Estamos en el vehículo de un diplomático imperial, y eso hace que este droide sea propiedad imperial.

Atar miró por un momento la empuñadura del sable láser en la mano de Jaina y finalmente asintió.

—Muy bien, Jedi Solo. Ganaste esta vez. —Apartó la vista y le indicó al speeder de la SAG que se moviera, luego se volvió hacia ella—. Pero no podrás esconderte detrás de tu novio para siempre. Tarde o temprano, el Remanente entrará en la Alianza. Y cuando lo haga, la SAG aún estará aquí, esperando la próxima vez que la cagues.

Capítulo Siete

LO ÚNICO MÁS DESTRUCTIVO QUE UN RAMOANO ENOJADO, DECIDIÓ LEIA, era un ramoano con convulsiones. Actualmente, Bazel yacía atrapado entre dos aerospeeders aplastados, estremeciéndose, agitándose y, afortunadamente, atrapado en un solo lugar. Pero la mitad de los vehículos en el hangar ya habían sufrido profundas abolladuras en forma de campana o defensas rotas, mientras que las puertas del elevador de carga estaban demasiado deformadas para abrirse. Quizás lo más inquietante de todo, las paredes y las columnas de soporte estaban salpicadas con una espuma amarilla tan sucia que cada aliento llegaba con una punzada.

—No debería haberle golpeado con un segundo dardo —dijo Melari Ruxon, la aprendiz duros a quien Han le había confiado la pistola de dardos antes—. Pero siguió tratando de levantarse después del primero, y el capitán Solo dijo…

—No hiciste nada malo, aprendiz Ruxon —le aseguró Leia—. El Jedi Warv es un caballero capaz. Mientras estuviera un poco despierto, habría estado usando la Fuerza para contrarrestar el tranquilizante.

—No tenías elección, chica —asintió Han—. Yo hubiera hecho lo mismo.

Una nota de alivio llegó a la cara de Melari.

—¿De verdad?

—Absolutamente —dijo Leia—. Sabes cómo esta enfermedad confunde la mente. ¿Cómo te hubieras sentido si no hubieras disparado el segundo dardo, y él se hubiera recuperado y hubiera huido de regreso a la plaza?

—Tienen razón, Mel, le hiciste un favor —dijo Reeqo, el compañero jenet de Melari. Poniendo una mano de pelo cobrizo sobre su hombro—. Si me vuelvo loco, no quiero terminar helado y colgado en un bloque de la SAG por el resto de la eternidad. Prefiero estar en una jaula aquí abajo.

Si es que me vuelvo.

Leia no se había dado cuenta de que la situación se había deteriorado lo suficiente, como para hacer que los jóvenes Jedi se preocuparan sobre si estarían entre los próximos en perder la cabeza, pero por supuesto que sí. Hasta que se entendiera la naturaleza de la enfermedad, lo único seguro que sabían sabía era que ser joven y sensible a la Fuerza lo ponía en riesgo. No es de extrañar que estuvieran asustados.

—Escúchenme, los dos. —Leia se dio la vuelta para poder mirar a cada aprendiz a los ojos—. Las cosas pueden verse mal en este momento, pero la Maestra Cilghal resolverá esto. Y cuando lo haga, Barv definitivamente te agradecerá por mantenerlo alejado de la carbonita.

Los dos aprendices intercambiaron miradas, luego Melari preguntó:

—¿Está segura?

—Confía en mí, está segura —dijo Han—. He estado congelado en carbonita, y cualquier cosa es mejor que eso.

Reeqo asintió, pareciendo confiar en la palabra de los Solo. Pero Melari miró hacia la montaña de carne moteada color jade que aún se estremecía entre los dos aerospeeders.

—¿Entonces algo es mejor que la carbonita? —preguntó—. ¿Incluso morir?

Han le lanzó a Leia una mirada inquisitiva. Cuando ella asintió para que les dijera la verdad, él puso una mano sobre el hombro de cada aprendiz.

—Si nunca vas a salir, entonces sí, cualquier cosa es mejor —dijo—. Incluso morir. Pero Barv no va a morir aquí, hoy no.

La sensación que llegó de sus auras en la Fuerza no fue exactamente de alivio, pero al menos parecían entender. Leia confirmó sus emociones a través de la Fuerza, enviando a los dos aprendices hacia la entrada del hangar, donde una inconsciente Yaqeel Saav'etu permanecía desplomado contra la parte trasera de la caseta de vigilancia. Sus manos estaban sujetas a la barra de colisión sobre su cabeza por un par de muñequeras de plástico.

—Tengamos a los pacientes listos para transportarlos cuando llegue la Maestra Cilghal —dijo—. Ustedes dos vean a la Jedi Saav'etu. Han y yo…

Leia fue interrumpida por el ruido sordo de un turboascensor que llegaba. Esperando ver a Cilghal y Tekli, se volvió hacia la estación. En cambio, Kenth Hamner entró en el hangar. Sus dignos rasgos estaban tensos con alarma, y mientras marchaba a través de la carnicería hacia los Solo, su reacción cambió a indignación.

Leia agarró la manga de la túnica de Han y rápidamente lo condujo hacia la forma aún temblorosa de Bazel Warv. A juzgar por la expresión de Kenth, esta no iba a ser una conversación que quería que los aprendices escucharan.

Kenth los interceptó cerca de los gigantes pies redondos del ramoano y luego preguntó:

—¿Qué pasó?

—Reacción al somatol —respondió Han. Listo para saltar si Bazel arremetía, se agachó e intentó encontrar el pulso en el tobillo grande del tipo verde—. Parece que a los ramoanos les afecta un poco diferente, que a la mayoría de las otras especies. ¿Quién hubiera sabido?

—No estoy preguntando sobre el Jedi Warv —espetó Kenth—. ¿Qué pasó con el escuadrón de la SAG? Están amenazando con derribar la puerta exterior si no entregamos a su prisionero. No me digan que ustedes dos realmente sacaron a Bazel de la custodia de la SAG.

—Claro que no —dijo Han, mirando a Kenth—. Nunca estuvo en custodia de la SAG.

Kenth apenas le echó una mirada a Han antes de volverse para mirar a Leia.

—¿Por qué no me informaste, Jedi Solo?

—Estaría feliz de hacerlo. —Leia tuvo cuidado de mantener su voz cálida y relajada. Ya que parecía que Kenth estaba alterado e incivilizado, asumiendo que algo debía estar muy mal para llevarlo a tal comportamiento—. Han tiene razón. El capitán Atar nunca tuvo la custodia de ninguno de los pacientes. Pudimos someterlos a ambos nosotros…

—Espera —dijo Kenth, levantando una mano para detenerla—. ¿Los estamos perdiendo de dos en dos?

—Me temo que sí —dijo Leia. Se volvió y señaló hacia la cabina de guardia, donde Reeqo y Melari estaban retirando cuidadosamente las bandas de las muñecas de Yaqeel—. La Jedi Saav'etu fue primero, y Bazel la siguió.

Kenth maldijo en voz alta.

—Entonces es contagioso.

—No lo sabemos —dijo Leia—. Si se trata de algo inactivo, podría haberse activado porque ambos encontraron el mismo estímulo.

La mirada de Kenth regresó.

—Estoy empezando a ver de dónde saca tú hija su terco comportamiento, Jedi Solo —dijo—. Te agradecería que no trataras de jugar conmigo.

—Hey, espera un minuto —dijo Han, levantándose—. Todo el mundo sabe que Jaina recibió su terquedad de mí.

Kenth le lanzó una mirada que podría haber congelado un wampa.

—No está ayudando en nada, capitán Solo. Todo lo contrario.

Los ojos de Han se endurecieron y Leia supo que estaba peligrosamente cerca de tener a dos hombres golpeándose. Se deslizó al lado de Han y tocó su brazo, luego asintió hacia la cabina de guardia.

—Han, ¿por qué no ves si puedes encontrar un taburete o algo para colocar entre los dientes de Bazel? —preguntó—. Con esos colmillos suyos, tiene que estarse masticando el interior de su boca haciéndose trizas.

Han la miró brevemente y luego volvió a mirar a Kenth.

—Está bien —dijo—. Pero si este tipo sigue hablando contigo como si fueras una especie de…

—¡Han! —Leia lo giró hacia la cabina de guardia—. Por favor vete. Yo lo resuelvo.

A regañadientes, Han permitió que lo alejara, pero continuó frunciendo el ceño sobre su hombro. Leia volvió su atención a Kenth y esperó en silencio. Había aprendido hace mucho tiempo a nunca disculparse por Han… especialmente cuando él no era el culpable. Además, tal vez unas pocas palabras agudas de un traficante cabeza dura, eran justo lo que Kenth necesitaba para ayudarlo a recuperar el control de su temperamento.

Pero no fue así. Cuando Kenth finalmente habló, su voz era tan aguda como siempre.

—Jedi Solo, ¿estás tratando de disolver la Orden?

Leia arqueó la ceja y luego dijo con calma.

—Estoy segura de que sabe más que eso, Maestro Hamner.

—Entonces, ¿por qué kriff ignorarías una orden de arresto de la SAG y lo harías delante de una holocámara en vivo? —Estaba casi gritando—. La misma Daala ha estado en el comunicador, diciéndome que no puede permitir este tipo de desafío público, y estoy empezando a estar de acuerdo con ella. Sabes lo mala que es nuestra imagen en este momento, y esto se alimenta de ti y de Han, sumando más a nuestros problemas el ignorar una orden válida.

Leia permaneció en silencio hasta que estuvo segura de que había terminado, luego permitió que un poco de duracero apareciera en su propia voz.

—¿Y qué hubiera preferido que hiciéramos? ¿Entregarles a Bazel y a Yaqeel para que los congelen en carbonita?

—Sí, si eso es lo que exige la ley —replicó Kenth—. Los Jedi no sobrevivirán, no si seguimos tratando de mantenernos por encima del gobierno, y por encima de los seres, a los que afirmamos servir.

Leia sacudió la cabeza con tristeza, preguntándose cómo un hombre de principios podría ser tan ciego a lo que era correcto.

—Kenth, sé que estás en una situación difícil, pero piensa en lo que estás diciendo. La ley no es justicia. No podemos comenzar a entregar a los jóvenes Caballeros Jedi a Daala, solo porque han caído enfermos, especialmente no cuando su solución es congelarlos en carbonita.

El destello de dolor en los ojos de Kenth sugirió que Leia había golpeado un punto sensible, pero no estaba listo para ceder.

—Eso, Jedi Solo, no es una decisión de un Caballero Jedi. —Señalando el túnel de acceso, luego dijo—: Si tenemos suerte, el capitán Atar y su escuadrón todavía estarán…

Leia fue salvada por el tintineo del turboascensor que llegaba, y esta vez eran la Maestra Cilghal y Tekli quienes salieron. La mon calamari echó un vistazo a la temblorosa forma de Bazel dándole una receta de medicamentos a su asistente, luego se acercó a Leia y Kenth.

—Vine tan pronto como me entere —le dijo a Leia—. ¿Ambos?

Leia respiró hondo y luego asintió.

—Me temo que sí.

Cilghal levantó una mano palmeada.

—No, no tengas miedo —dijo—. Hemos aprendido algo.

—¿Aprendiste qué? —preguntó Han, volviendo con el taburete que Leia había pedido—. ¿Sabes qué les pasa?

—Aún no. —Cilghal hizo un gesto vago hacia Bazel, que ya tenía el dardo de medicamentos de Tekli saliendo de su garganta—. Pero con Bazel y Yaqeel enfermos, podemos comenzar a sacar algunas conclusiones.

—¿Cómo? —preguntó Kenth. Aunque no parecía aliviado, al menos parecía esperanzado—. El Jedi podría ser una buena noticia ahora.

—Dije que hemos comenzando, Maestro Hamner. —Cilghal se volvió hacia Han y Leia—. Capitán Solo, si ayuda a Tekli con Yaqeel, la Jedi Solo y yo podemos encargarnos de Bazel.

Han miró a Kenth, indicando que el Gran Maestro tenía otras ideas sobre cómo manejar la situación.

Cilghal giró un enorme ojo hacia Kenth.

—¿Tienes alguna objeción?

—De hecho, sí —dijo Kenth—. Hay un escuadrón de la SAG afuera con una orden de arresto.

Cilghal bajó la mirada y un sentimiento de culpa comenzó a llenar la Fuerza.

—Ya veo. —Se giró hacia Leia—. ¿A cuántos hirieron?

Fue Han quien respondió.

—¿Herido? A nadie. Los agarramos justo afuera. La SAD solo está detrás de ellos, porque la conmoción fue captada por holocámaras.

La boca de Cilghal se abrió:

—Entonces, ¿por qué la SAG querría arrestarlos?

—Por peligro público —dijo Leia—. E incluso eso es exagerado. Los tuvimos adentro en dos minutos.

Cilghal se volvió hacia Kenth, su expresión cambió de culpable a confundida a molesta.

—¿Y quieres entregarlos?

—Nos entregaron una orden judicial y estamos obligados a cumplirla —insistió Kenth. A juzgar por el color que le subía a las mejillas, Leia supuso que Daala no se había molestado en decirle la acusación, cuando llegó a quejarse del desafío de los Solo—. Pero esto podría incluso beneficiarnos. Cuando las circunstancias se revisen en una audiencia pública, estoy seguro de que Nawara Ven puede hacer que el público vea que los cargos son completamente injustificados.

—No —dijo Cilghal—. No permitiremos que Daala congele a mis pacientes en carbonita, para que intente incrementar un punto en sus relaciones públicas.

La cara de Kenth se tornó agria.

—Maestra Cilghal, la decisión no es suya…

—Tampoco es solo tuya. Es del Consejo. Y si quieres cumplir una orden frívola simplemente por conveniencia, insistiré en que busques aprobación. —Cilghal señaló a los Solo hacia los pacientes, luego continuó—. Hasta que tengas eso, Maestro Hamner, mantendré a los pacientes en el Bloque de Aislamiento.

No queriendo darle a Kenth la oportunidad de revocar la orden, Leia inmediatamente le señaló a Han que fuera por Yaqeel, volviéndose para tratar con Bazel. El dardo de medicación de Tekli ya había puesto fin a las convulsiones, por lo que usó la Fuerza para levantar al gran ramoano de entre los speeders destrozados.

Leia había escuchado muchas veces que «el tamaño no importa» al levitar un objeto, y tal vez eso era cierto… para quien lo hubiera dicho. Pero para ella, fue un gran esfuerzo para que Bazel flotara hacia el turboascensor, empezando a cansarse cuando la voz de Han gritó detrás de ella.

—¡Oye, creo que acabamos de perder otros dos!

La concentración de Leia falló casi al instante, y Bazel golpeó el suelo con tanta fuerza que provocó un temblor. Con la esperanza de que algunos moretones más no hicieran la diferencia, se giró hacia la cabina de guardia y vio a Han parado sobre la forma inconsciente de Yaqeel.

La bothan todavía estaba desplomada contra la caseta, pero sus manos habían sido sujetadas nuevamente a la barra de colisión, por un nuevo par de esposas plásticas. Para consternación de Leia, los únicos signos de Reeqo y Melari eran un par de túnicas de aprendiz grises que yacían en el suelo junto a Yaqeel, cada una cuidadosamente doblada con un sable de luz en la parte superior.

—¿Qué pasó? —preguntó Kenth, acercándose a la cabina. Para alivio de Leia, y tal vez para su sorpresa, ya no había acusación o ira en su voz, solo cansancio y tristeza—. ¿Los viste?

Han sacudió la cabeza.

—Lo siento. Estaba ocupado viendo la, uh, discusión sobre Barv. —Hizo un gesto hacia las túnicas y los sables de luz—. Ni siquiera me di cuenta de que Reeqo y Mel se habían ido hasta que vi esto.

—Bueno, no pueden haber llegado muy lejos. —Kenth sacó su comunicador y entró en el túnel de acceso—. Quizás tengamos tiempo de detenerlos antes de que lastimen a alguien.

—Eso no será necesario, Maestro Hamner —dijo Cilghal. Extendió una mano de aleta hacia Kenth, usando la Fuerza para evitar que saliera corriendo—. Esos dos no son un peligro para nadie.

Kenth se giró hacia ella, frunciendo el ceño.

—Cilghal, si quieres llevar las órdenes al Pleno del Consejo, está bien. Pero no podemos tener más Jedi locos corriendo sueltos por Coruscant.

—No están locos, incluso en la forma en que usas el término, Maestro Hamner —dijo Cilghal—. Al menos, estoy noventa y ocho por ciento segura de que no lo están.

La frente de Kenth se alzó.

—¿Por qué?

—Porque ellos nunca estuvieron en el refugio —respondió Tekli—. Son demasiado jóvenes.

—Y todos los demás pacientes si estuvieron —dijo Leia, recordando su conversación cuando ella y Han fueron a visitar a Seff Hellin—. ¿Estás diciendo que has establecido una correlación definitiva?

—Una correlación estadística definida —corrigió Cilghal—. No es causa y efecto, pero cuando consideramos el factor Bazel y Yaqeel, el margen de error cayó a menos del dos por ciento. Solo los Jedi que estuvieron ocultos en las Fauces durante la guerra con los yuuzhan vong están en peligro de enfermarse.

La frente de Han se arqueó alarmada, y Leia supo lo que estaba pensando incluso antes de preguntar:

—¿Y si no hubieran estado escondiéndose exactamente?

Cilghal solo pudo encogerse de hombros.

—Desearía poder tranquilizarlo, capitán Solo, pero la verdad es que simplemente no lo sabemos.

—Sin embargo, si se trata de algo ambiental, hay una buena posibilidad de que el riesgo esté relacionado con la duración de la exposición —agregó Tekli, mirando hacia Leia—. Y el hecho de que ninguno de los Maestros Solusar haya caído enfermo, puede sugerir que los adultos no son tan susceptibles. Usted y la Princesa Leia probablemente estén bien.

La expresión de Han seguía siendo ansiosa, y Leia sabía que no estaba preocupado por sí mismo, ni siquiera por ella. Estaba pensando en cierta niña pelirroja, preguntándose quién la protegería si sus abuelos repentinamente pusieran rumbo al agujero negro más cercano.

—Han, relájate —dijo Leia—. Serás el primero en saber si empiezo a ponerme loca.

Una sonrisa avergonzada apareció en la cara de Han.

—Eso no es mucho consuelo, princesa —dijo—. Después de andar conmigo todos estos años, no sentirías el cambio.

—Oh, sí lo sentiría —dijo Leia, sonriendo—. Créeme que sí.

—Si me preguntas, ambos han estado locos por mucho tiempo —agregó Kenth, probablemente solo medio bromeando—. Pero no estoy seguro de tener fe en esta nueva teoría. Si esos aprendices no se enfermaron, ¿por qué huyeron?

Han miró las túnicas dobladas y los sables láser abandonados, luego frunció el ceño.

—Si tuviera que adivinar —dijo— diría que renunciaron.

Capítulo Ocho

EN EL ESPACIO FLOTABA UN GRUPO DISTANTE DE ESPIRALES ARDIENTES, cada una del tamaño de un anillo, creciendo rápidamente a medida que se acercaba el *Cruzado Eterno*. Con los bordes de cada espiral tocando los bordes de las adyacentes, el grupo era demasiado denso para ser natural. Sin embargo, con un diámetro de más de mil millones de kilómetros, era demasiado inmenso para ser cualquier cosa menos que natural. Alrededor del centro de la extraña formación, que se asemeja a un cinturón alrededor de una gran barriga, corría una línea de espirales más grandes y brillantes. En medio de este cinturón, un par colgaban cercanas, conectadas por las distintivas barras curvadas de gases calientes de un apretado sistema binario.

Este sistema binario era la única imperfección en esta formación homogénea. Se había alejado de su lugar y parecía estar en peligro de chocar con varios de sus vecinos. En el lado opuesto a la inminente colisión, una pequeña media luna de oscuridad se había abierto entre el binario y las espirales adyacentes, y a través de esta media luna, quemándose en el interior de una cáscara hueca de oscuridad, Vestara Khai pudo ver la ardiente ascua azul de una estrella distante.

La Maestra de Vestara, Lady Olaris Rhea, señaló hacia la media luna oscura.

—Allí.

Una mujer rubia pálida con ojos azul pálido, Lady Rhea tenía un cuerpo regio y ágil, con una austera belleza tan imponente como sorprendente. Su actitud tendía a vacilar entre la seguridad y la arrogancia, no es que le importara lo que Vestara o cualquier otra persona pensara de ella. Era una Lord Sith de Kesh, por lo que otros eran los que tenían que preocuparse por lo que pensaba de ellos.

—¿Lo ves? —exigió—. Ese debe ser el lugar donde fue Ship.

—Sí, Lady Rhea. Veré si él está allí ahora.

Vestara no dijo que trataría de localizar a Ship, ni preguntó si debería hacerlo. Los aprendices Sith no intentaban y no pedían permiso antes de actuar. Se esperaba que supieran lo que sus Maestros requerían de ellos y luego lo hicieran. Si fallaban en cualquier aspecto, sufrirían por ello. Si fallaban con demasiada frecuencia, su sufrimiento terminaría de forma permanente.

Vestara centró su atención en la media luna oscura, luego extendió la mano en la Fuerza, sintiendo una presencia turbia e incansable, que reconoció de inmediato como Ship. Parecía sorprendido de sentir su toque, pero esta vez no se inmutó ni trató de esconderse, como lo había hecho tantas veces antes. Simplemente le permitió mantener el contacto y sentir su alegría, como si hubiera pasado más allá del alcance de la Tribu Perdida y ya no temiera ser llevado de regreso a Kesh.

Y tal vez era así. Vestara sintió otra presencia profunda más allá en la grieta. Incluso más antigua y extranjera que el mismo Ship, esta nueva presencia estaba llena de hambre y anhelo por el lado oscuro, poderosa más allá de la comprensión. Aunque Ship nunca le había hablado a través de distancias tan grandes, podía sentir que quería que ella

entendiera su conexión con esta extraña presencia. Ship era una criatura servicial. Así que cuando un ser de fuerte voluntad le ordenaba, obedecer se convertía en su mayor alegría, su única alegría. Ship no podía desobedecer más de lo que Vestara podía dejar de respirar.

Vestara lo entendió. Había sentido la antigua presencia al llegar a Kesh, lo mismo que Ship, lo mismo que la Tribu entera. Pero Ship debería haber esperado a que Lord Vol asignara un piloto antes de irse. Los Sith habían creado a Ship, y su deber era con los Sith. Por lo tanto, Ship volvería al *Cruzado Eterno* y aceptaría a Vestara como su piloto, y todos procederían juntos.

La diversión de Ship era inconfundible. Había tenido una relación especial con Vestara. Ella había sido la primera tiro que había encontrado en Kesh, y su presencia siempre le había quemado más que la de otros. Pero, ¿realmente se creía lo suficientemente fuerte ahora como para mandar a Ship? ¿Era lo suficientemente tonta como para pensar que podía unir voluntades con uno tan antiguo y oscuro como las Fauces?

Entonces la presencia de Ship desapareció.

Vestara continuó mirando hacia la media luna oscura, expulsando su ira con un truco calmante que había aprendido de su padre, una maldición condenatoria, seguida de una promesa para sí misma, de que no estaba renunciando a la retribución, solo dándole tiempo para crecer. Al huir de nuevo, Ship la estaba colocando en una posición delicada con su ama, Lady Rea, una peligrosa cercanía al fracaso.

Por supuesto, parte de la ira de Vestara vino del conocimiento de que había excedido sus habilidades. Había esperado impresionar a Lady Rhea y a los otros Sith, al ordenarle a Ship que regresara al *Cruzado Eterno*. Pero se había equivocado al pensar que podía igualar voluntades con la antigua presencia que se había acercado a ellos en Kesh, y Vestara no se permitía cometer errores. Los errores mataban a los aprendices. Peor aún, impedían que los aprendices Sith avanzaran hacia Sables Sith[3].

Después de un momento, Lady Rhea dijo:

—Lo perdí de nuevo. —Era una declaración, no una pregunta, habiendo decepción en su voz—. Ship sigue jugando contigo.

Vestara se apresuró a sacudir la cabeza. No le gustaba decepcionar a su Maestra, especialmente porque había cometido un error, sin que esta vez hubiera necesidad de ello.

—Ship se está yendo… bueno, adentrándose. —Señaló hacia la media luna oscura—. Por allí.

Lady Rhea levantó una delgada ceja.

—¿Cómo sabes?

---

[3] Un Sable Sith, también conocido como Caballero Sith, era un rango en la Tribu Perdida de Sith en el planeta Kesh. Los aprendices Sith eran promovidos al rango de Sable Sith después de completar su entrenamiento formal bajo un Maestro, haciendo que el rango fuera equivalente al de un Caballero Jedi. Fuente: https://starwars.fandom.com/wiki/Sith_Saber

—Lo percibo —explicó Vestara—. Lo que sea que haya llamado a Ship para alejarse de Kesh se esconde allí.

Lady Rhea entrecerró los ojos y estudió la media luna por un momento, luego dijo:

—Ship te ha estado permitiendo encontrarlo.

—Así es como se siente —confirmó Vestara. No se habría atrevido a contradecir a Lady Rhea, incluso si no hubiera sido así—. No veo otra razón para poder sentirlo cuando los Lores y Maestros no pudieron.

—Mientras Vestara lo esté sintiendo.

El comentario provino del lado opuesto de Lady Rhea, donde el Maestro Yuvar Xal también estaba parado en el puente de mando. Con sus ojos profundos y verdes, con el cabello negro colgando de su cuello, las facciones de Xal eran demasiado afiladas para ser consideradas realmente hermosas, una falla que sin duda había contribuido a su lento avance en Kesh, consciente de la belleza.

—Me parece, um, interesante —continuó Xal—, que Ship elija revelarse solo a través de una aprendiz.

Lady Rhea se volvió para mirarlo.

—Maestro Xal, ¿está sugiriendo que mi aprendiz nos ha guiado por una broma?

—No, Lady Rhea —respondió Xal—. Me preocupa porque puede haber malinterpretado lo que está sintiendo en la Fuerza.

Vestara miró detrás de Lady Rhea y vio al aprendiz de Xal, Ahri Raas, mirando en su dirección. Era un hombre keshiri, era tan hermoso como la mayoría de los miembros de su especie, con piel pálida color lavanda, cabello blanco hasta los hombros, con ojos grandes y expresivos, que ahora estaba rondando para mostrar su cansada impaciencia.

Vestara le lanzó una media sonrisa y asintió. Xal había sido asignado al *Cruzado Eterno* como el oficial ejecutivo de Lady Rhea. En la forma de ser de la Tribu, eso significaba que él también se había convertido en su principal rival por el control de la nave. Lo más probable era que el conflicto se llevará como hasta ahora, en un nivel de insinuaciones y maniobras políticas constantes. Pero siempre existía la posibilidad de que hubiera violencia, y eso era algo en lo que Vestara intentaba no pensar. Si se llegara a un baño de sangre en toda la nave, ella y Ahri estarían en lados opuestos, y lo último que quería contemplar era tener que matar a su mejor amigo.

Para sorpresa de Vestara, en lugar de continuar involucrando a Xal directamente, Lady Rhea eligió hacerlo a través de ella.

—¿Qué piensas, Vestara? ¿Es Ship al que hemos estado siguiendo, o a algún producto de tu imaginación?

Tomando el liderazgo de Lady Rhea, Vestara se inclinó ligeramente hacia adelante, girándose para mirar fijamente a Xal. Fue una terrible afrenta que un simple aprendiz enfrentase a un Maestro de esa manera. Y esa afrenta sugeriría a toda la tripulación que el poder de Lady Rhea era tan grande, que incluso sus subordinados se sentían seguros al desafiar a Xal.

—Conozco la presencia de Ship tan bien como cualquiera —dijo Vestara—. Y es a Ship al que he estado percibiendo.

Los ojos de color esmeralda de Xal brillaron con rabia, y el puente, que ya estaba tranquilo, se quedó absolutamente quieto como los Sables impactados, que esperaban su respuesta. Si Lady Rhea no hubiera estado parada allí, Vestara estaba bastante segura de que la respuesta habría sido un pico de Fuerza en su propio corazón. Pero Xal no podía atacarla en público sin que se interpretara como un ataque contra Lady Rhea, y aún no podía haber reunido el tipo de apoyo que necesitaría para tal cosa. Las imperfecciones de su apariencia simplemente no le permitían trabajar tan rápido.

La mejor respuesta en tal situación hubiera sido exigir que la Maestra de la aprendiz la disciplinara. Pero Xal todavía estaba intentando que Vestara se disculpara, cuando Lady Rhea lo privó de la oportunidad.

—Tengo toda la confianza en la agudeza de tu sentido de la Fuerza, Vestara —dijo Lady Rhea—. Pero me pregunto si has pensado por qué Ship sigue permitiéndonos encontrarlo.

—Sí —dijo Vestara, adivinando lo que Lady Rhea estaba pensando por la forma en que había formulado la pregunta—. Pero no creo que Ship nos esté llevando a una trampa, al menos no intencionalmente. Creo que solo quiere que entendamos por qué se fue.

Lady Rhea hizo una pausa y miró a Xal.

—Maestro Xal, ¿cuál es su opinión?

—¿Quién soy yo para cuestionar la palabra de su aprendiz, Lady Rhea? —La respuesta sarcástica de Xal fue un rechazo no tan sutil de la rendición elegante que Lady Rhea le estaba ofreciendo—. Si la chica piensa que tiene un vínculo especial con Ship, y si estás dispuesto a creerle, ¿quién soy yo para cuestionar tus órdenes?

—Ya veo —respondió Lady Rhea.

En efecto, Xal le había dicho que si se equivocaba al confiar en Vestara, tenía la intención de usar su error para robarle el mando del *Cruzado Eterno*. Fue un error terrible. Estaba telegrafiando su golpe por ira, y su pobre juicio jugaría en gran medida contra él en la opinión de la tripulación. Ahora, su único medio para volver a ponerse en posición de desafiar a Lady Rhea, sería matar a Vestara de una manera que no pudiera ser relacionada con él, y estaba declarando efectivamente su intención de hacer exactamente eso.

Lady Rhea sacudió la cabeza decepcionada y luego dijo:

—Te diré lo que pienso. —Ni siquiera se molestó en enfrentar a Xal mientras hablaba, sino que se dirigió directamente a la tripulación del puente—. Creo que Ship solo permite que Vestara lo encuentre porque es joven. Alguien mayor podría tener una voluntad más fuerte, una voluntad lo suficientemente poderosa como para obligar su regreso.

Un murmullo de acuerdo crujió sobre el puente, y varios miembros de la tripulación asintieron abiertamente. Todos eran Sables Sith, en su mayoría humanos descendientes

de la tripulación naufragada del Omen original. Pero también había una cantidad considerable de keshiri de piel lavanda que, como el amigo de Vestara, Ahri, habían salido de una condición social desfavorecida, para convertirse en miembros de pleno derecho de la Tribu Sith. Aunque no había una casta de oficiales separada a bordo del *Cruzado*, los tres asientos de autoridad en el puente estaban todos ocupados por Sables keshiri, ya que, como todas las jerarquías en la Tribu, la tripulación de la nave era una meritocracia estricta, con cargos de responsabilidad otorgados solo de acuerdo a la habilidad.

—Si Ship no quiere ser forzado a regresar —preguntó una melodiosa voz de un keshiri—, ¿por qué permitir que alguien lo encuentre?

La cabeza de Vestara giró bruscamente.

—Quiero decir, si puede esconderse de ti —continuó Ahri—, puede esconderse de Vestara.

Lanzándole una mirada asustada, pero Vestara le dirigió una sonrisa de disculpa. No era Ahri desafiando a Lady Rhea, era Xal, tratando de usar a su aprendiz para avergonzarla. La diferencia era que Lady Rhea tenía el poder de volver su táctica contra él. Si ella decidía castigar a Ahri, Xal no era lo suficientemente fuerte como para proteger a su aprendiz, y el resto de la tripulación tomaría ese fracaso como una señal más de su debilidad, lo cual, por supuesto, era la razón por la que Lady Rhea seguramente mataría a Ahri.

Pero Lady Rhea debe haber visto una trampa que Vestara no vio, porque en lugar de castigar a Ahri por atreverse a desafiarla, se volvió para sonreírle.

—Muy bien, aprendiz Raas —dijo.

Vestara hizo una mueca por el pobre Ahri; ahora Xal lo azotaría seguro. Lady Rhea continuó:

—Estoy feliz de ver que uno de ustedes está pensando en algo más que en maniobras para quitarme el control.

—Uh, ¿de verdad? —Ahri preguntó.

—Ciertamente. Dime, ¿por qué crees que Ship haría todo lo posible para asegurarse de que podamos seguirlo? —Lady Rhea lanzó una mirada despectiva a Xal—. ¿Por qué crees que habría elegido ese lugar para permitirnos encontrarlo de nuevo?

Ahri tragó saliva y luego dijo:

—Porque Vestara se equivocó —dijo—. Nos está llevando a una trampa.

—Precisamente —respondió Lady Rhea—. ¿Y sabes por qué?

Ahri cayó en un silencio pensativo, obviamente tratando de descifrar lo mismo que Vestara. Si Ship era lo que los registros a bordo del Omen indicaban que era, era un sirviente de los antiguos Sith. Todo lo que había hecho desde que encontró a la Tribu, incluso el hecho de que había investigado la Batalla de Kirrek y se había tomado la molestia de rastrearla, ciertamente apoyaba esa afirmación. Entonces, ¿por qué Ship llevaría al *Cruzado Eterno* a una trampa? Simplemente no había una buena explicación.

Ahri llegó a la misma conclusión un momento después.

—Lo siento, Lady Rea. —Su voz tembló como si esperara ser golpeado—. No tengo idea.

—¿No? —Una sonrisa divertida apareció en el rostro de Lady Rhea—. Lástima. Esperaba que alguien pudiera entenderlo.

Se hizo un silencio sobre el puente, cuando los Sith, nerviosos, comenzaron a intercambiar miradas, buscando a alguien que tuviera la respuesta que Lady Rhea buscaba.

Lady Rhea dejó que la tensión aumentara un momento, luego sacudió la cabeza con desesperación.

—Ríanse, gente —ordenó—. Es una broma.

Una carcajada, aún más poderosa debido a la tensión que estaba liberando, rodó sobre el puente. Lady Rhea esperó a que siguiera su curso, permitiéndole a la tripulación purgar toda aprensión, para que pudiera funcionar con una eficiencia óptima nuevamente, luego finalmente levantó la mano para pedir silencio.

—Con toda seriedad, no tengo idea de lo que Ship está haciendo aquí —dijo—. Pero sí creo que Vestara tiene razón, y Lord Vol nos ordenó que devolviéramos la Nave a Kesh. Así que establezcan estaciones de batalla y manténganse alerta, todos. Vamos a entrar.

El puente volvió a la vida, y la pequeña media luna adelante rápidamente se convirtió en un abismo gigante con forma de hoz. A medida que se acercaban, el ascua azul en el interior se iluminó en un punto azul, y la presencia oscura que Vestara había percibido antes se hizo cada vez más clara y poderosa. Preguntándose por un momento si esa presencia podría ser Ship jugando con ella, pero pretendiendo ser otra cosa. Luego se dio cuenta de las miradas en los rostros de la tripulación, dándose cuenta de que si eso era así, no era la única con la que jugaba. Algunos de sus compañeros Sith parecían preocupados, algunos parecían confundidos, incluso dos keshiri parecían embelesados. Pero nadie mostró ninguna indicación de que reconocieran la presencia que estaban sintiendo.

Vestara miró a Lady Rhea, encontrándola frunciendo el ceño concentrada. Pero la mirada de su Maestra no estaba fija en la media luna oscura, a la que se dirigía el *Cruzado*. En cambio, los ojos de Lady Rhea se centraron en los dos agujeros negros que giraban uno alrededor del otro en el sistema binario. Su expresión era cautelosa y de alerta, aunque no del todo hostil, y Vestara podía decir que su Maestra sintió algo allí, algo que ella misma no había detectado.

Vestara cambió su conciencia de la Fuerza hacia el sistema binario, rozando una tercera presencia. Era vasta y nublada, ligeramente oscura y acogedora, pero con un par de semillas brillantes, que se sentían casi amenazadoras en su intensidad. Parecían de alguna manera más puras que la nube en la que flotaban, nudos de solidez a la deriva en un océano de vapor.

Entonces el color desapareció de la cara de Lady Rhea, apoyándose en el barandal del puente, sus nudillos se blanquearon mientras lo apretaba.

—¿Lady Rhea? —preguntó Vestara—. ¿Qué es?

Lady Rhea continuó mirando hacia el sistema binario.

—No estoy segura. Se sintió como… —dejó que su frase se desvaneciera, luego sacudió la cabeza—. Es difícil de decir. Pensé por un momento que reconocí una presencia.

—¿Reconociste qué presencia, Lady Rhea? —Xal preguntó—. Si Ahri tiene razón acerca de que esto es una trampa…

—No cambia nada —interrumpió Lady Rhea—. Tenemos nuestra tarea.

—Solo si sabemos que Ship está allí —le recordó Xal—. Lord Vol no dijo nada sobre desperdiciar nuestras vidas en busca de fantasmas.

La Fuerza se agitó con la creciente ansiedad de la tripulación, sabiendo Vestara que Lady Rhea había cometido un raro error, al admitir que Ship podría llevarlos a una trampa. Todos a bordo podían sentir la extraña presencia que esperaba adelante, estando segura de que un buen número de ellos también había sentido la presencia más pequeña cerca del sistema binario. Un argumento persuasivo de Xal podría ser suficiente para hacer que la tripulación dudara del juicio de Lady Rhea. Y cuando los Sith comenzaban a dudar del juicio de un líder, rara vez pasaba mucho tiempo antes de que eligieran a uno nuevo.

Vestara sabía que Lady Rhea era lo suficientemente fuerte como para retener el mando, hasta que el *Cruzado* estuviera dentro. Pero si no encontraban a Ship rápidamente o si se encontraban en problemas antes de que lo hicieran, Xal podría estar en una posición fuerte para desafiar su autoridad. ¿Y si él ganaba? No habría dudas sobre el propio destino de Vestara.

Centró su atención en el creciente abismo por delante. Era prácticamente todo lo que podía ver ahora, una gran sonrisa colgando de lado en el espacio, abriéndose para tragarlos, con la pequeña bola azul de un sol distante ardiendo en el fondo de su vientre. Vestara se acercó a Ship, abriéndose a la Fuerza, rogándole que respondiera a su llamada, que se revelara no solo a ella sino también al resto de la tripulación.

En lugar de Ship, Vestara sintió un oscuro tentáculo de necesidad deslizándose en el vacío que había creado, frío, solitario y hambriento de ella. Quería acercarla y mantenerla a salvo, protegerla de Xal y sus celosos rivales en Kesh, de los miembros de la tripulación con los que luchó en incursiones piratas, así como de los Jedi con los que la Tribu se estaba preparando para la batalla. Quería que ella entrara al abismo, que se uniera a él en su antiguo escondite, donde podría mantenerla a salvo… para siempre.

Aterrorizada y confundida, Vestara trató de alejarse, atrayéndose y tratando de concentrarse en el puente del *Cruzado*. Fue como tratar de alejarse de sus propios intestinos. La cosa estaba arraigada dentro de ella ahora, atrayéndola hacia ella casi físicamente, no, no casi. Podía sentir que en realidad la atraía hacia la barandilla, usando la Fuerza para arrastrarla más profundamente al abismo.

Luego, el resto de la tripulación se quedó sin aliento, y Vestara supo que ellos también lo sentían.

Capítulo Nueve

—CUANDO DIJISTE CUERPOS, MUCHÍSIMOS CUERPOS. —SE QUEJÓ LUKE A través del micrófono de su casco—, esperaba que fueran cadáveres.

—¿Quién sabe? —preguntó Ben—. ¿Te parecen vivos? ¿Se sienten vivos?

Luke tuvo que admitir que no lo parecían. Él y Ben estaban parados justo dentro de la cámara que habían visto desde la sala de control, sostenidos en el piso por la fuerza centrífuga de la estación. Pero estaban iluminando con las lámparas de sus cascos «arriba» en el interior de la cámara, donde un mar suavemente ondulado de extremidades y torsos pasaba lentamente sobre sus cabezas.

La luz retorcida que habían observado a través de la ventana de la sala de control todavía era visible, aunque solo como un resplandor púrpura inconstante que recortaba los cuerpos sobre sus cabezas. Cada pocos segundos, una mano o un pie se contraían, o una bocanada de vapor del aliento se elevaba de la boca de alguien, proporcionando evidencia sutil de vida. Pero esa era la única evidencia. Incluso sus presencias en la Fuerza parecían casi inexistentes, tan débiles y dispersas que no podían separarse del aura difusa que impregnaba toda esta parte de Las Fauces.

—No se sienten en la Fuerza —admitió Luke—. Al menos no como algo que haya sentido antes en la Fuerza.

Golpeó una palanca con la barbilla dentro de su casco, activando una pantalla frontal que mostraba las lecturas ambientales en la cámara. Al no ver nada más preocupante que una lectura de CO_2 ligeramente elevada y una temperatura ambiente fría, puso su soporte vital en espera y volvió a abrir su visor.

Cuando se abrió el sello, el olor a amoníaco de los cuerpos llenó sus fosas nasales. Debido a que el sentido del olfato humano era tan pobre para discernir entre distintos olores, luchó por identificar olores individuales. El más fuerte fue simplemente el resultado de demasiados cuerpos amontonados en un espacio confinado. Pero también había un trasfondo de descomposición y, apenas detectable, de carne desecada. No todos en la cámara seguían vivos.

Luego, todos los olores se combinaron en un solo hedor que hizo que los ojos de Luke lloraran, teniendo que recurrir a la Fuerza para evitar que su estómago se rebelara. Después de algunas respiraciones superficiales, conquistó su repulsión y comenzó a sentir el aire frío en la nariz y las mejillas. La temperatura no era bastante helada, pero hacía suficiente frío como para hacerle preguntarse si alguien, o algo, estaba tratando de limitar la tasa de descomposición dentro de la cámara.

El casco de Ben siseó al abrirse, luego Ben jadeó:

—¡Bloah! Y pensé que el olor no podía empeorar.

—Entonces no has pasado suficiente tiempo con los hutts —observó Luke—. Tendremos que corregir eso.

Ben medio reprimió una observación graciosa y luego preguntó:

—¿Le harías eso a tu propio hijo?

—Considéralo como parte de tu preparación —dijo Luke—. Un Caballero Jedi debe sentirse cómodo en cualquier entorno.

—Apuesto a que Yoda no fue tan cruel.

—Yoda vivía en un pantano —le recordó Luke a su hijo—. Me hizo comer cosas que olían peor que esto.

—No lo creo.

—Absolutamente. —Luke hizo su mejor imitación de Yoda—. Hmmm… del pantano la hueva fresca de slaur. Hace cosquillas en la garganta, sí lo hace, y el estómago se llena.

Un ruido chirriante vino del interior del casco de Ben. Luke se rio entre dientes.

—Solo respira entre los dientes —dijo—. Te acostumbrarás.

Luke comenzó a alumbrar con su lámpara del casco a los seres que flotaban cerca. Estaban vestidos con un mono ligero o dos piezas utilitarias, ambas del tipo que se usa debajo de los trajes espaciales, estando sus pies desnudos o cubiertos con botas. Muchos eran humanos, pero había seres de la mayoría de las especies que viajaban por el espacio, faleen, twi'lek, bothan y docenas de otros. Estaban demacrados y descuidados, y aquellos con ropas de modas más antiguas, parecían notablemente más delgados y descuidados que los que vestían ropa moderna.

Cuando la lámpara iluminaba sus rostros, por lo general cambiaban la mirada o incluso movían una mano para protegerse los ojos. Pero de vez en cuando, especialmente cuando el individuo estaba particularmente demacrado o vestido con modas especialmente antiguas, las pupilas no podían contraerse, sin tenerse reacción alguna. Ben estaba iluminando su lámpara uno de esos cuerpos, un hombre bith medio momificado, con un mono sin mangas de la era de la Antigua República, cuando finalmente dejó escapar un gemido nervioso.

—Esto realmente está empezando a perturbarme.

—A mí también. —Luke se estiró frente a una joven hembra wookiee, alumbrando su propia mano, observando una creciente confusión mientras los ojos de la wookiee se enfocaban brevemente, antes de volverse a poner en blanco nuevamente—. Creo que están meditando hasta la muerte.

—De acuerdo, eso también es bastante oscuro —dijo Ben—. Pero mira esto.

Luke se volvió para ver una línea de cuentas líquidas flotando frente al haz de luz de la lámpara de su hijo, que se curvaba hacia abajo respecto a la masa de cuerpos flotantes. Había visto demasiadas cuentas similares en demasiadas batallas espaciales para no saber qué eran, y su color carmesí brillante sugería que habían sido arrojadas recientemente.

—¿Quién está sangrando? —preguntó Luke.

Ben activó su linterna y se giró para alumbrar detrás de ellos, siguiendo el rastro carmesí hasta la maraña de cuerpos flotantes. Varios seres tenían cadenas de óvalos rojos en su ropa, pero no había rasgaduras ni heridas visibles, y todas las manchas parecían demasiado pequeñas para ser la fuente del pesado rastro de sangre.

—Supongo que solo hay una forma de averiguarlo. —Ben señaló con un pulgar hacia el interior de la cámara—. ¿Vamos?

El tono de Ben era casual, pero había una nota en su voz que sugería que no le gustaba acercarse más al misterio púrpura de arriba. Sin que Luke lo culpara. El resplandor retorcido podría no ser más que una manifestación de la energía gravitacional utilizada, similar al Resplandor en la Estación Punto Central más grande. O podría ser una encarnación tangible de la Fuerza, la fuente del anhelo alienígena que tanto había aterrorizado a Ben cuando era un niño pequeño. Fuera lo que fuese, Ben estaba listo para enfrentarlo y encarar sus viejos miedos, Luke nunca había estado más orgulloso de él.

—Sí, creo que será lo mejor —dijo Luke—. Alguien allí debe estar herido. ¿Por qué no tomas la delantera?

Ben asintió y luego se alejó. Aunque no había gravedad artificial para atraerlo, tuvo que usar la Fuerza para contrarrestar su momento angular y evitar golpear a alguien. Casi de inmediato, dejó escapar un grito de sorpresa, y un escalofrío asustado llegó a su aura de la Fuerza.

—¿Ben? —llamó Luke—. ¿Qué pasa?

—Um, nada —le aseguró Ben—. Solo estoy sorprendido. Creo que mi viejo amigo me encontró.

Luke frunció el ceño.

—¿Aquel viejo amigo?

—Bueno, seguro que no es Tahiri —respondió Ben—. Pero no te preocupes. Puedo manejarlo.

—¿Estás seguro?

—Ya veremos. —Ben se detuvo entre un par de cuerpos flotantes, ahora a unos tres metros de altura y tres metros detrás de Luke—. ¿Vienes?

—Voy justo detrás de ti.

Luke saltó del suelo, luego extendió la mano en la Fuerza para contrarrestar su impulso angular. Tan pronto como comenzó a empujarse hacia el otro lado de la cámara, un frío tentáculo de anhelo se alzó dentro de él, instándolo a acercarse, rendirse a… ¿qué? Luke no tenía idea, solo que su presencia se sentía antigua y poderosa y de alguna manera familiar, que parecía reconocerlo, cuidarlo y anhelar su compañía eterna.

—Oh —dijo Luke. Rebotó en un cuerpo cálido, luego usó la Fuerza para empujarse detrás de su hijo—. Eso es un poco… inquietante.

—Creo que se podría llamar así —dijo Ben—. Solo diría que da miedo.

—Sí —estuvo de acuerdo Luke—. Eso también.

Llegó al lado de Ben, y juntos siguieron el rastro de sangre que se profundizaba en la cámara. A medida que se acercaban al centro, comenzaron a ver zarcillos de luz púrpura deslizándose entre las figuras flotantes. A veces en realidad brillaba a través de los cuerpos. Pero la presencia alienígena no parecía estar acercándolos al resplandor. Más bien, parecía estar a su alrededor, envolviéndolos y manteniéndolos dentro de sí mismo.

Finalmente, entraron en un área donde no había un rastro claro de sangre, solo muchos seres salpicados de pies a cabeza con manchas carmesí. Uno de ellos era un duros, con un goteo constante de sangre saliendo de una desagradable fractura compuesta

en el muslo. A juzgar por el color del extremo del hueso y la carne circundante, la lesión era bastante reciente. El duros había perdido tanta sangre que su rostro sin nariz palideció de azul a casi blanco, y sus grandes ojos rojos se pusieron rosados por la sorpresa. Pero si algún otro ser en la vecindad había notado los problemas de su compañero, no se habían molestado en despertarse de sus meditaciones. Aún más impactante, al menos en la mente de Luke, fue el traje de estándar para vuelo Jedi, en el que la víctima estaba vestida, y las mejillas ligeramente planas, que Luke pensó reconocer en los informes sobre cierto Jedi desaparecido.

—Ben, ¿se parece a Qwallo Mode?

—Sí —dijo Ben—. Además, un duros con traje espacial Jedi no puede ser alguien más. Mi única pregunta es ¿qué está haciendo aquí?

—Buena pregunta. Quizás él pueda responder. —Luke abrió uno de los bolsillos de los muslos de su traje a presión y sacó un medpac—. Siempre y cuando podamos salvarlo.

Sacó un par de tijeras láser y cortó la pierna del mono. Ben ató un kit de presión alrededor del muslo lesionado, pero apenas había comenzado a inflar la manguera antes de que el paciente volteara para mirarlos. Luke puso una mano suave sobre el hombro del duros.

—Está bien, Qwallo. Estarás bien tan pronto como paremos el sangrado. —Luke no estaba realmente seguro de eso, porque Mode, suponiendo que fuera Qwallo Mode, ya había perdido mucha sangre. Pero una de las primeras cosas que una persona aprendía en el entrenamiento médico de emergencia, era mantener la calma del paciente—. ¿Me reconoces?

Los ojos de Mode giraron hacia Luke, luego se abrieron y entró en pánico. Comenzó a agitar los brazos y patear con su pierna buena, golpeando a ambos Skywalkers.

—¡Demonios! —dijo Ben, luchando por inflar el torniquete de presión—. ¿Crees que la tenga?

—Tal vez. —Luke no necesitaba preguntar sobre qué. Antes de entrar en Las Fauces, habían recibido un mensaje de Cilghal que describía lo que le había sucedido a Natua Wan en la exposición de mascotas, dándose cuenta ambos Skywalkers, de que su enfermedad significaba que los Jedi no tenían idea de cuán extendida podría estar la psicosis—. Creo que esa es una explicación tan probable para su desaparición como cualquier otra.

Luke se deslizó y comenzó a contener los brazos de Mode, luego empezó a proyectar sentimientos relajantes a través de la Fuerza. Inmediatamente, el tentáculo dentro de él comenzó a hacerse más fuerte y más distintivo, llenándolo de un anhelo frío que, tan extraño como era, le recordó demasiado el dolor solitario con el que había estado viviendo desde la muerte de Mara.

Mode giró la cadera, levantando una rodilla que Ben apenas bloqueo con el antebrazo.

—¡Stang! —dijo Ben—. ¿Sedantes?

—Mejor no —respondió Luke—. Con tanta sangre que perdió, podríamos matarlo.

—Entonces quizás deberían dejarlo solo —dijo una voz profunda detrás de ellos—. Parece que le están haciendo más daño que bien, ¿no es así?

Luke miró hacia atrás para encontrar la cara de nariz chata de un antiguo gotal colgado boca abajo en la luz púrpura. Con grandes parches de piel que se desprendían de los altos cuernos sensoriales sobre su cabeza, sus anchos rasgos estaban tan demacrados que parecían cejas y dientes, obviamente no estaba lejos de la muerte. Pero también llevaba los restos gastados de una túnica Jedi sin mangas, estilo tabardo que databa de casi una década antes de Palpatine.

Detrás del gotal flotaban varios seres más en varias etapas de inanición. Había un givin amarillento que, con su capa exterior de huesos, parecía el esqueleto caminante que había sido. Había un ortolano flaco con un tronco atrofiado y un cuerpo tan delgado, que no parecía más que una bolsa de cuero arrugado. Incluso había un par de humanos de cabello amarillo, un hombre delgado y una mujer cadavérica, con monos a rayas verdes que habían estado de moda antes de la reciente guerra civil.

Luke no vio nada que sugiriera que ellos, o cualquier otra persona en las inmediaciones, estuvieran afiliados a la Orden Jedi, y decidió que la presencia de dos Jedi de dos épocas diferentes, probablemente era poco más que una coincidencia. Le indicó a Ben que siguiera trabajando, luego continuó sosteniendo los brazos de Mode mientras volvía a mirar al gotal.

—El mayor daño radica en no hacer nada, Jedi… —Luke dejó escapar la frase, buscando el nombre del gotal. Cuando ninguno llegó, y el gotal no se ofreció como voluntario, se encogió de hombros y terminó—. Estamos tratando de salvar la vida de este duros.

—No hay vida —dijo el gotal—. Solo existe la Fuerza.

—Eso no está bien —dijo Luke, frunciendo el ceño. El gotal citaba erróneamente uno de los principios más importantes del Código Jedi, uno de los fundamentos de la voluntad de los Jedi de sacrificarse por el bien de los demás: no hay muerte, existe la Fuerza—. Si eres un Jedi, lo sabes.

—Una vez creí que era un Jedi. —La mirada del gotal se apartó de la de Luke. Era imposible decir si estaba avergonzado o simplemente recordando otro momento—. Me llamé Seek Ryontarr.

—He visto ese nombre en el Holocrón Jedi —dijo Luke, usando la Fuerza para reforzar su memoria—. Desapareciste en una misión para rescatar a los herederos de Nath Goordian.

La mirada de Ryontarr volvió a Luke.

—No desapareció. Los encontré en un hábitat cerca de aquí —dijo—. Inhabilité a sus secuestradores y rescaté a los herederos.

—No hay constancia de su regreso con Nath Goordi —señaló Luke—. Y si hubieran regresado, dudo que hubiera habido una guerra de sucesión.

Una sonrisa enigmática llegó al rostro demacrado de Ryontarr.

—Hay muchos tipos de rescate.

Un estallido rasposo sonó detrás de Luke, y Mode comenzó a llorar de dolor. Luke miró hacia atrás para ver a Ben a horcajadas sobre la pierna lesionada del paciente, aun sosteniéndola por una rodilla doblada y tirando mientras trabajaba para fijar el fémur roto. Aunque Ben claramente estaba usando la Fuerza para mantener quietas las caderas y la parte superior del cuerpo, la pierna libre de Mode se agitaba salvajemente mientras trataba de patear a su curador.

Luke extendió la mano con la Fuerza para inmovilizar la pierna que pateaba. Casi esperaba que Ryontarr o uno de los otros espectadores atacara mientras su atención se desviaba, pero el grupo parecía contento de esperar y mirar. Ben rápidamente terminó de colocar la pierna, al menos tan bien como era posible bajo las circunstancias, y el gemido de Mode se desvaneció en un susurro.

Después de un momento, Mode jadeó:

—Por favor… detente. Solo estaba tratando… tratando de ayudarte, Maestro Skywalker.

Luke levantó la ceja.

—¿Nos reconoces, Qwallo?

—Por supuesto… te conozco —dijo Mode—. Te estoy viendo.

El énfasis en estas palabras sugirió que Mode quería decir algo más, pero Luke estaba más interesado en lo que el duros no había dicho.

—¿No crees que somos impostores?

Qwallo sacudió la cabeza.

—No es posible —dijo—. Ahora lo sé.

—Entonces, ¿por qué le disparaste a la *Sombra*? —exigió Ben—. Tú eres quien hizo eso, ¿no?

—Por supuesto que sí —dijo Ryontarr, mirando a Ben por encima del hombro de Luke—. ¿No lo reconoces?

—Sí… pero ¿cómo? —preguntó Ben—. Quiero decir, ni siquiera llevaba puesto un traje espacial. ¿Y cómo llegó aquí?

—Lo entenderás pronto, joven Caballero Jedi —dijo Ryontarr. Volvió a mirar a Luke—. Entenderán todo, si dejan ser al pobre de Qwallo. Si se dan cuenta o no, le están haciendo nada más que daño.

—Ha perdido mucha sangre —dijo Luke—. Y no vamos a dejarlo morir.

—¿No? —Ryontarr sacudiendo la cabeza—. Desearía que lo reconsideraras. No tienes idea…

El chirrido de un blaster sonó en algún lugar arriba, y el olor a carne quemada comenzó a flotar a través de la maraña de cuerpos flotantes.

Ryontarr suspiró, exhalando un aliento tan rancio que podría haber estado en sus pulmones durante una década, luego preguntó:

—¿Crees que puedes evitar que todos muramos?

Otro blaster chilló, esta vez lo suficientemente cerca como para que Luke vislumbrará un breve destello cuando el rayo salió del cañón del arma hacia la cabeza de la persona que lo disparó. Hubo un breve gruñido de dolor, y el olor acre de la carne quemada se hizo más fuerte.

—Uh, papá. —Ben miró por encima del hombro, hacia donde se había descargado el segundo blaster—. Tal vez deberíamos escuchar al Jedi Ryontarr.

—No lo llames Jedi. —Luke exhaló con los dientes apretados, luego miró al gotal con disgusto—. No puedo creer que hayas sido un Jedi.

Ryontarr se encogió de hombros.

—Una vez, también fui joven y esclavo de las creencias de los demás.

—Pero estas muertes no son por Seek —dijo uno de los compañeros de Ryontarr, el demacrado ortolano. Su voz nasal era áspera y difícil de entender, porque su tronco estaba tan débil por el desuso que no podía desenrollarse, simplemente aflojarse—. Son por ustedes.

Todavía sosteniendo a Qwallo por los hombros, Luke continuó mirando a Ryontarr.

—No soy yo quien les ordena que se disparen.

—Asumes que estoy a cargo por lo que una vez fui. —Ryontarr extendió los brazos, como si invitara a Luke a examinarlo en la Fuerza—. Pero tú eres el que está actuando sin entender.

—Ves, morir no es nada más allá de las sombras. —Esta vez, fue la mujer de cabello amarillo quien habló. Su voz era cálida y paciente, como si fuera una madre corrigiendo a un niño—. Pero vivir atrapado en un cuerpo, eso es… angustiante.

—Espera un minuto. —Ben seguía flotando frente a Mode, sosteniendo la pierna lesionada—. ¿Estás diciendo que las personas se están matando porque no quieren que interrumpamos sus meditaciones?

—Elevar la mente no es meditación, pero sí —dijo el hombre de cabello amarillo. Su voz era lo suficientemente cercana a la de la mujer como para sugerir que eran hermanos—. La vida es solo un sueño, nuestros cuerpos son simples fantasmas de un sueño largo e inquieto. Cuando nos mantienen atados a nuestros cuerpos, interfieren con nuestro despertar.

—No es nuestra intención interferir con tu… despertar —dijo Luke. No estaba seguro de haber entendido, o creído, todo lo que Ryontarr y los demás le estaban diciendo. Pero al menos el deseo de Qwallo de quedarse solo estaba empezando a tener sentido—. No hay razón para que nadie más explote.

—¿Entonces dejarás a Qwallo volver más allá de las sombras? —preguntó Ryontarr—. Si su cuerpo muere con él dentro, su regreso será muy difícil.

Luke miró a Mode. Lo último que quería era dejar morir al duros, pero Mode ya había dejado en claro que no quería su ayuda. Además, Ryontarr tenía razón en una cosa, a menos que quisiera que el lugar estuviera lleno de cadáveres, Luke no tenía otra opción que aceptar.

—Si eso es lo que Qwallo desea, entonces sí. —Luke se volvió hacia Mode—. Te dejaremos regresar más allá de las sombras. Pero primero, me gustaría preguntarte algo.

Mode asintió con la cabeza.

—… Rápido.

—¿Qué pasó cuando desapareciste? —preguntó Luke—. ¿Por qué no completaste tu misión?

—Me torne… —Mode sacudió la cabeza con tristeza—. Confundido.

Luke y Ben intercambiaron miradas, y luego Luke preguntó:

—Creías que estabas rodeado de impostores, ¿verdad?

Los ojos de Mode se agrandaron.

—¿Cómo supiste?

—Le ha estado sucediendo a otros Caballeros Jedi —dijo Luke.

—Entonces has venido al… lugar correcto —dijo Mode—. Todo se aclarará aquí.

—Me alegra escuchar eso, Qwallo. —Luke lanzó una mirada a su alrededor, casi esperando que Ryontarr intentara silenciar al duros, antes de que revelara algún secreto misterioso. Cuando el gotal y sus compañeros parecían contentos de dejar que la conversación continuara, Luke preguntó—: ¿Y ya no crees que seamos impostores?

Mode sacudió la cabeza.

—No, lo sé mejor ahora.

—¿Cómo? —preguntó Ben, sin molestarse en ocultar su emoción. Si pudieran descubrir qué habían curado a Mode, entonces tendrían algo útil que contarle a Cilghal cuando salieran de Las Fauces—. ¿Qué pasó?

Mode se acurrucó en el equivalente ingrávido de una posición sentada, de modo que estaba frente a Ben.

—Fui más allá de las sombras y vi la verdad. No pueden ser impostores… porque no son reales. —Tomó las manos de Ben—. Solo la Fuerza es real… y es hermosa, Ben. Muy, muy hermosa.

Para su crédito, Ben logró evitar apartar las manos con horror. Pero su mandíbula cayó y sus cejas se arquearon, incluso un duros medio muerto pudo leer la consternación en sus ojos.

Mode liberó sus manos de las de Ben y su tono se volvió áspero.

—Ya verás, Ben —dijo—. Ahora que estás aquí, lo veras.

Mode extendió la mano en la Fuerza e intentó alejarse, pero Luke todavía lo sostenía por los hombros.

—Una pregunta más —dijo Luke, negándose a liberar todavía al duros—. ¿Por qué nos disparaste?

Mode frunció el ceño por encima del hombro hacia Luke.

—Te lo dije… para ayudarlos.

—¿Con un misil? —exigió Ben—. Vaya ayuda.

—Lo es —insistió Ryontarr. Flotando hacia abajo, levantando suavemente las manos de Luke de los hombros de Mode—. Sabemos cuántos apegos tienes al mundo físico,

Maestro Skywalker. Qwallo solo estaba tratando de cortarlos, para que no puedan hacerte retroceder.

Luke miró a Mode con asombro.

—¿Estabas tratando de alertarnos?

—Estaba tratando de liberarte —corrigió Ryontarr—. Son esos apegos los que te atan a tu vida de sueños.

Hizo un gesto a Luke y Ben para liberar a Mode. Cuando obedecieron, se dio la vuelta y comenzó a alejarse flotando. Luke frunció el ceño y comenzó a ir tras él, pero la mujer de cabello amarillo se deslizó para bloquear su camino.

—Son tus sueños los que te llevan por mal camino, Maestro Skywalker —dijo.

—Al igual que los sueños de tu sobrino lo llevaron por mal camino —agregó su hermano—. Fue uno de los sueños de Jacen, lo que lo convenció de que tenía que regresar a la galaxia irreal.

—¿Entonces Jacen estuvo aquí? —preguntó Ben.

Su entusiasmo chisporroteaba a través de la Fuerza como una corriente eléctrica, Luke pudo ver por el brillo en los ojos de los hermanos que habían sentido la reacción de Ben, y que era exactamente el resultado que esperaban lograr.

—Nos dijeron que Jacen vino aquí —dijo Luke, mordisqueando el anzuelo—. Esa es una de las razones por las que nosotros también lo hicimos.

—Aunque les advirtieron que se alejaran —dijo el ortolano—, y les dijeron que bebíamos mentes.

—Algo así —admitió Luke. Sintió que la discusión había entrado en una fase nueva y más peligrosa con la partida de Ryontarr, pero no podía entender por qué, qué era lo que los Bebedores de Mentes querían de él y de Ben—. Pero tengo curiosidad. ¿Cómo sabes lo que nos dijeron sobre ustedes?

La mujer sonrío.

—Porque los aing-tii temen a la verdad, tanto como temen a Aquellos Que Habitan Más Allá del Velo —dijo—. Y le dijeron a Jacen lo mismo cuando vino a buscar la cosa fría.

Luke y Ben intercambiaron miradas perplejas, luego Luke preguntó:

—¿La cosa fría?

—Así lo llamó Jacen: la cosa fría en la Fuerza —dijo el ortolano—. Dijo que lo sintió cuando estaba con el aing-tii.

Luke asintió. El término se ajustaba a la perturbación en la Fuerza que él y Ben habían sentido justo antes de partir del aing-tii, y Tador'Ro les había dicho que Jacen había dejado la Grieta Kathol, después de sentir que algo no estaba bien en Las Fauces.

—¿La encontró? —presionó Ben.

La mujer le sonrió.

—Nos encontró, Ben.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Solo porque tienes miedo de ver la respuesta. —Se dio la vuelta y comenzó a deslizarse a través de los cuerpos, su hermano la seguía de cerca—. Cuando ya no tengas miedo, tendrás tu respuesta.

Ben frunció el ceño y comenzó a seguirla, pero Luke extendió una mano. Todavía no estaba listo para morder el anzuelo de los Bebedores de Mentes, no hasta que supiera por qué estaban dejando cabos sueltos.

—Mi sobrino no encontró la cosa fría —supuso Luke—. O no lo habrían dejado irse.

La mujer se detuvo y le devolvió la sonrisa por encima del hombro.

—Muy bien, Maestro Skywalker. Vio algo más, algo oscuro que creía que solo él podía detener.

Recordando las visiones que había experimentado en los primeros días de la última guerra civil, Luke comenzó a sentirse enfermo y amargado por dentro. En sus sueños, había visto a un misterioso hombre oscuro con una cara cubierta, una cara que permaneció cubierta hasta que Jacen mató a Mara y se convirtió en el hombre oscuro, el Lord Sith Darth Caedus.

Y aquí era donde había comenzado, donde Jacen había dado ese primer paso hacia las sombras.

Luke sacudió la cabeza, enfurecido en silencio por la tragedia, preguntándose cómo no había pasado por alto la arrogancia que había llevado a Jacen a cometer tal error, cómo podía haber permitido que un joven, víctima de tortura yuuzhan vong y de lavado de cerebro Sith, sintiera que el peso de la galaxia descansaba solo sobre sus hombros.

—Nunca debí haberlo dejado ir. —Luke hablaba más para sí mismo que a los Bebedores de Mentes o hacia Ben, deseando haber sido lo suficientemente sabio como para insistir en que Jacen se quedara con su familia y amigos después de la guerra, para comprender que nadie que hubiera sufrido como su sobrino debería poder deambular solo por la galaxia—. Se convirtió en la oscuridad a la que le temía.

—¿Te refieres a Jacen, Maestro Skywalker? —La mujer y su hermano flotaron hacia él, sus rostros parecían realmente angustiados e incrédulos—. ¿Crees que Jacen se convirtió a la oscuridad?

Luke asintió, confundido.

—Esto sucedió antes de que Qwallo llegara, así que supuse que lo sabrían, Jacen se convirtió en Darth Caedus.

Los dos hermanos se miraron y asintieron, luego el hermano dijo:

—Hemos escuchado eso, pero no es así. Es solo parte del sueño que confunden con la verdad.

—Jacen no podría haberse convertido a la oscuridad —agregó la mujer—. Sus motivos eran puros. No podía deslizarse más en la oscuridad que una estrella.

Luke sacudió la cabeza con tristeza.

—Ojalá hubiera sido así —dijo—. Pero…

—Fue así —insistió el ortolano—. Si no crees en nuestras palabras, ven a verlo por ti mismo.

—¿Cómo? —preguntó Ben. Estaba claro por su ceño fruncido que Ben sabía tan bien como Luke lo que sugerían los Bebedores de Mente, y que lo encontraba igualmente sospechoso—. Jacen lleva muerto dos años.

—No existe la muerte. —Fue el givin quien dijo esto, hablando por primera vez con voz seca y grave. El esqueleto viviente se movió para enfrentarlos, colocando su huesudo cuerpo en el hombro de Luke—. No hay vida, solo existe la Fuerza.

Luke se volvió para encontrarse con la mirada del givin. Mirar en los oscuros recovecos de su exo-cráneo era como mirar las cuencas vacías de un cráneo humano.

—¿Estás diciendo que puedo encontrarme con Jacen más allá de las sombras?

—Estamos diciendo que podemos ayudarlos a ver lo que Jacen vio —gruñó el givin—. Entonces podrán mirar dentro de su corazón. Si les hablará no nos corresponde a nosotros decidir.

—Por supuesto —dijo Luke—. Entiendo.

Sabía que mejor que pensar era poder hablar con Jacen, sin estar seguro de querer hacerlo si eso fuera posible. Pero el givin prometió ayudarlo a comprender lo que le había sucedido a Jacen, ¿y no era ese el propósito del viaje?

Cuando Luke no rechazó la oferta al instante, los ojos de Ben se abrieron de par en par.

—Papá, sabes que te están guiando. Jacen está muerto, y nada va a cambiar eso.

—Lo sé. —Mientras Luke hablaba, el tentáculo frío en el interior comenzó a crecer, deslizándose un poco más arriba, rascando el revestimiento de su estómago y esófago mientras buscaba enraizarse—. Pero esto puede ayudarme a entender lo que le sucedió.

—¿Entonces regresarás más allá de las sombras con nosotros? —La mujer sonrío—. Estoy segura de que lo encontrarás muy… esclarecedor.

—Si es que decido ir —corrigió Luke—. Primero, necesito saber qué es lo que quieren de Ben y de mí.

—¿Qué queremos de ti, Maestro Skywalker? —preguntó el hermano—. ¿Qué te hace pensar que queremos algo?

—Qué duro están trabajando para conseguirlo —respondió Ben con franqueza—. No han sido exactamente sutiles, en la forma en que están utilizando a Jacen como carnada.

—¿Es así como lo ven? —La sonrisa de la mujer se desvaneció, girándose para alejarse flotando—. Entonces supongo que solo queda una pregunta: ¿pueden resistirse?

Su hermano le guiñó un ojo a Ben, luego asintió al ortolano, volviéndose para seguirlo. El givin permaneció donde estaba, flotando junto a los Skywalkers, esperando pacientemente su decisión.

—Bueno, lo que sea que esté pasando aquí, está sucediendo más allá de las sombras. —Luke se encontró con los ojos de su hijo—. No creo que tengamos otra opción, Ben.

Ben tragó saliva, pero asintió.

—Sí, ojalá supiéramos qué hay más allá de las sombras. —Observó los cuerpos demacrados que flotaban a su alrededor y luego dijo—. Quizás deberíamos comer algo primero.

—Te lo agradezco, Ben. Pero sabes que no es nosotros.

Ben bajó la cabeza.

—Papá, tengo que enfrentar esto también. No puedes protegerme de esto.

—No te estoy protegiendo, Ben, te estoy dando una orden. —Luke sonrió y luego agregó—. Alguien tiene que reparar la *Sombra*.

Ahora Ben parecía realmente asustado.

—¿Solo? ¡Eso podría tomar una semana!

—Esperemos que no. —Luke miró a su alrededor y arrugó la nariz—. No creo que quiera estar aquí tanto tiempo.

—Eso es seguro —dijo Ben—. Probablemente nunca nos podremos quitar este mal olor.

Luke se rio entre dientes.

—Puedo ver que nunca has estado atrapado en un compactador de basura de un Destructor Estelar. —Flotó más cerca de su hijo, luego puso ambas manos sobre los hombros de Ben—. Ahora escucha, no vengas detrás de mí. Si algo sale mal, regresa a Coruscant y diles a los Maestros lo que encontramos aquí. ¿De acuerdo?

Ben frunció el ceño.

—¿Qué podría salir mal?

—Probablemente nada. —Luke miró al givin, demasiado rápido para que este asintiera—. Pero si algo sucede, no queremos que los dos nos desperdiciemos aquí, y que nadie sepa lo que encontramos. Así que esa es una orden.

—Bueno. —Ben asintió, pero su mirada se desvió—. De acuerdo.

—¿Lo prometes? —presionó Luke.

—Papá, lo haré. —Los ojos de Ben volvieron a los de Luke—. No tiene sentido que los dos nos quedemos atrapados aquí. No soy un idiota. Puedo ver eso.

Luke sostuvo la mirada de Ben por un momento, luego finalmente asintió.

—Bueno. —Le dio un abrazo a Ben y luego dijo—: Trataré de que esto sea breve.

—Más te vale —dijo Ben—. Solo una pregunta antes de que te vayas.

—Seguro.

Ben se volvió hacia el givin.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

El givin inclinó la cabeza.

—¿Tener?

—Antes de que este lugar explote. —Ben hizo un gesto vago hacia la sala de control, donde las alarmas aún podían escucharse débilmente—. Te has dado cuenta de lo que está pasando allí, ¿verdad?

—Oh, las alarmas —dijo el givin—. Me olvide de ellas. Han estado sonando un poco más de dos años.

Ben le lanzó una mirada preocupada a Luke y luego le preguntó:

—¿Un poco más de dos años? ¿Como veintisiete meses, tal vez?

—Sí, precisamente. —El givin asintió—. Poco después de que la Estación Punto Central fuera destruida, si las fechas que nos dieron son correctas.

La cara de Ben cayó, casi tanto como el estómago de Luke se hundió.

—¿Pero no has notado algún problema? —presionó Ben—. ¿No te preocupa nada?

—¿De qué hay que preocuparse? —El givin extendió sus huesudas manos—. No hay vida, no hay muerte…

—Sí, lo entiendo —se quejó Ben—. Solo existe la Fuerza.

Capítulo Diez

EL SECRETO PARA SER UN GRAN LÍDER, REFLEXIONÓ DRIKL LECERSEN, radica en la capacidad de reconocer, sin ningún tipo de moralidad, la inteligencia y la ambición. Y viendo un noticiero, sentado en el sofá de su habitación coruscanti alquilada, había encontrado todas esas cosas en gran cantidad.

La brillante y gigante sonrisa de Javis Tyrr, era una trampa que esperaba activarse, su voz cálida y sedosa era una mentira en proceso de fabricación, su pulido cebo se veía bien en un anzuelo. Tyrr vendería a su hermana por una primicia, o acuchillaría con una vibrohoja a su mejor amigo por una exclusiva, habiendo proporcionado pruebas de esto un investigador privado. En resumen, el hombre era la herramienta perfecta para un depredador acorralado como Lecersen, como un tetra aleta sangrante herido, reducido a atacar desde la seguridad de las sombras.

Las reflexiones de Lecersen llegaron a un abrupto final, cuando la escena en el videomuro de la suite del hotel llegó a su fin, con una puerta de duracero cayendo para ocultar las formas de Han y Leia Solo. Observó a la pareja escapar ilesa, como siempre parecían hacerlo, de casi cualquier desorden que creaban, y un ardor familiar comenzó a acumularse en su estómago.

Estaba más allá de él, el hecho de que los Solo pudieran ignorar descaradamente la ley, que ellos mismos insistían que todos los demás debían obedecer. Pero las agallas de tal comportamiento eran suficientes para justificar su destrucción, al igual que el recuerdo de Han Solo sosteniendo un blaster sobre él a bordo del Anakin Solo. Pero no fue por eso que Lecersen estaba haciendo esto. Se trataba de sobrevivir, de asegurarse de que ni los Solo ni los Jedi estuvieran en condiciones de amenazarlo a él o al Consejo Moff nuevamente.

Porque Jagged Fel no iba a ser el Jefe de Estado del Imperio Galáctico para siempre. No era lo suficientemente inteligente, ni lo suficientemente malo o lo suficientemente despiadado. Tarde o temprano, iba a cometer un error, y Lecersen era solo uno en una larga fila de Moffs, que estaría parado detrás de él cuando lo hiciera, sosteniendo una vibrocuchilla lista para usarla.

La escena en el videomuro cambió a Jaina Solo, cuando se metió en la arrugada limusina imperial, ignorando las repetidas órdenes del capitán de la SAG de que abriera la puerta. Lecersen detuvo el video, luego se volvió hacia su invitado, que estaba tumbado en el sofá bebiendo un vaso de gax de Ryborean[4] que le había costado el salario de un mes.

—Javis, mi buen hombre, te vi en vivo hace tres horas —dijo—. Lo hiciste muy bien haciendo que los Solo y los Jedi se vieran mal, sin mencionar el hecho de que no había motivos para un arresto. Pero no veo ninguna razón para verlo nuevamente. Puedes estar seguro de que considero que nuestra relación es valiosa.

---

[4] El gax de Ryborean era un tipo de bebida alcohólica muy cara. Un vaso valía al menos trescientos créditos. Fuente: https://starwars.fandom.com/wiki/Ryborean_gax

—Está a punto de ser mucho más valiosa. —Tyrr tomó un largo sorbo de gax—. Y continúa. Todavía no he pasado todo al aire.

Lecersen arqueó una ceja gris.

—Desearía que lo hubieras dicho antes. Realmente no disfruto perder mi tiempo.

—Esto no será un desperdicio, te lo prometo. —Tyrr levantó su vaso, tragando un sorbo de gax que probablemente valía trescientos créditos, luego tomó la jarra del carrito de servicio—. ¿Te importa?

—En absoluto —dijo Lecersen, hablando con los dientes apretados—. Me escaparé con los braboli[5] la próxima vez.

Lecersen volvió hacia el videomuro y pulsó el control remoto, avanzando rápidamente a través de la confrontación entre el conductor de Fel y el teniente de la SAG, pasando por la llegada de Tyrr. Finalmente, la escena cambió a una vista de la cara de Jaina Solo. Después de un momento de confusión, se hizo evidente que las bandas oscuras que enmarcaban su imagen, eran de un asiento deslizante de piel de nerf en un lado y un gabinete de bebidas en el otro.

—Muy impresionante —dijo Lecersen—. Colocaste un droide espía dentro de la limusina del Jefe de Estado Fel.

—Tu droide espía —corrigió Tyrr—. Esto vino de esa pequeña unidad de limpieza que configuraste para mí.

La voz de Jaina sonó desde los altavoces de videomuro. Lecersen escuchó con moderado interés, mientras agradecía a Fel por haberla protegido, revelando que su propio padre era un estafador, quien había engañado al comandante de la SAG, quien permitió que los Solo le cerraran la puerta en la cara. Entonces Fel mencionó a Daala, y después de una negociación prolongada sobre los términos, la conversación se volvió rápidamente muy interesante.

«*Ayer escuché algo alarmante, cuando estaba en la oficina de Daala*», dijo Fel. «*Está pensando en contratar una compañía de mandalorianos*».

La exclamación de Jaina de «*¿mandalorianos?*» sonó solo un poco más asombrada que la de Lecersen. Volviéndose para mirar a un sonriente Tyrr, escuchando con creciente incredulidad mientras Jaina recitaba preguntas.

Entonces Jag confirmó «*Ha estado preguntando cuántos supercomandos podrían necesitar para manejar a los Jedi. Exactamente lo que está considerando, no lo sé. Pero no puede ser bueno*».

Lecersen detuvo el video y luego preguntó:

—¿Realmente escuché a Fel revelar un secreto de la Alianza Galáctica a un Jedi?

Tyrr asintió con la cabeza.

—Le hace prometer que no se lo dirá a nadie —dijo—. Es un poco conmovedor, si te gustan esas condenadas cosas del amor.

[5] Braboli era una lujosa botana, muy utilizada por los dignatarios del Remanente Imperial, durante los años que siguieron al final de la Segunda Guerra Civil Galáctica. A menudo se servía como acompañamiento de varios licores, incluido el gax de Ryborean. Fuente: https://starwars.fandom.com/wiki/Braboli

—Los líderes condenados son más mi estilo —respondió Lecersen.

Pulsó el control remoto nuevamente, luego observó con creciente deleite cómo Fel le recordaba a Jaina su promesa, haciéndole jurar que no debía revelar lo que sabía al Consejo Jedi. La conversación terminó un instante después, cuando Fel maldijo y dijo «*Mira quién viene*».

El videomuro se oscureció y Tyrr dijo solícitamente:

—Eso es todo del droide espía, pero hay otra toma al final del chip que debes ver.

Lecersen dejó el chip en funcionamiento, pero preguntó:

—¿Por qué terminan allí las tomas de la limusina? ¿A quién vieron llegar?

—A mí —dijo Tyrr—. La situación se estaba poniendo complicada y necesitaba entrar y descargar lo del droide espía.

—¿Por qué tan complicado? —Lecersen preguntó, de repente preocupado. No sería un desastre si el droide espía cayera en manos de los Jedi, siempre y cuando los Jedi no se dieran cuenta de que Tyrr había sido el que lo había metido en su Templo—. Te advertí que no te atraparan con eso. Si los Jedi se dan cuenta de que tienes ayuda imperial, tu utilidad para mí tendrá un final abrupto.

—Relájate… —Tyrr tomó un largo trago de su gax, luego dijo—. El droide espía nunca salió del Templo, descargue la información vía onda de comunicación. Ahora mira esto. El comienzo es exclusivo, todos los demás estaban ocupados archivando sus informes cuando atrapé esta pequeña joya.

El túnel de acceso al hangar apareció de nuevo en el videomuro. El escuadrón de la SAG todavía estaba parado afuera, los soldados parecían aburridos, y el capitán sacudió la cabeza con frustración, cuando alguien le gritó por sus auriculares. Luego, casi tan rápido que Lecersen no lo vio, la puerta se levantó de repente un metro y volvió a caer.

Los soldados asustados se dieron la vuelta y apuntaron sus armas al suelo, y el capitán de la SAG colocó algo en el micrófono de su auricular. Un momento después, dos jóvenes Jedi, una mujer duros y un hombre jenet, aparecieron en la toma vista e intentaron pasar caminando por en medio del escuadrón. Al menos Lecersen asumió que eran Jedi. Estaban vestidos solo con túnicas y pantalones, sin sables de luz colgando de sus cinturones, por lo que era difícil estar seguro.

—Eran aprendices Jedi —explicó Tyrr.

—¿Eran? —jadeó Lecersen—. Te refieres a que la SAG…

—No, están bien —dijo Tyrr—. Renunciaron a la Orden.

—¿Renunciar? —Lecersen repitió—. ¿Los Jedi pueden hacer eso?

Tyrr se encogió de hombros.

—¿Quién los va a detener?

Lecersen se volvió hacia el videomuro y observó con interés cómo el capitán de la SAG interrogaba a la joven pareja. Aunque no fue posible escuchar la conversación, parecía evidente que los antiguos Jedi no estaban completamente intimidados. Después de un momento, las siluetas comenzaron a crecer a medida que Tyrr y su camarógrafo descendían por el carril.

—Terminó dejándolos ir después de que llegamos —explicó Tyrr.

—¿No había nada para retenerlos? —Lecersen arriesgó.

—Mejor —respondió Tyrr—. Afirmaron que renunciaron porque no querían ser parte en la violación de la ley.

Lecersen se volvió para mirarlo.

—Por favor dime que tienes eso.

—Lo siento —dijo Tyrr—. Pero de todos modos fue como si lo vomitaran. Simplemente dijeron eso, así que la SAG se vio obligada a dejarlos ir.

—¿Y tú como sabes esto?

Tyrr mostró una sonrisa verdaderamente satisfecha.

—Está en mi entrevista —dijo—. Los tengo en un holo admitiendo que ya no quieren ser Jedi, porque no les gusta la forma en que Daala se está haciendo cargo de la Orden.

Lecersen esbozó una gran sonrisa espontánea.

—¿Sabes? —Acercándose a la bandeja, tomando un vaso para sí mismo, luego recogió la jarra de gax y sirvió para los dos—. ¿Por qué no vemos esa entrevista? Y después te diré cómo voy a hacerte un hombre muy rico.

Capítulo Once

EN EL REGAZO DE SU NIETA DE OCHO AÑOS, YACÍA UNA PÁLIDA BOLA DE pelo llamada Anji, la última de las crías nexu que Leia había sido obligada a dejar en la orfandad, durante la exposición de mascotas tres semanas antes. Los cuatro ojos del cachorro brillaron a la luz parpadeante del videomuro mientras vigilaba el modesto apartamento de los Solo, manteniendo las espinas de la columna contra su pelaje y las garras de sus dedos se retrajeron en sus patas. Claramente, la pequeña criatura se sentía contenta en su nuevo hogar, incluso con plumas opacas, garras recortadas y un implante dental que le impedía morder lo suficiente como para extraer sangre. La visión de la criatura con Allana le hizo un nudo en la garganta a Leia, ya que Jacen había sido igual de amoroso y dotado con los animales, haciéndola feliz saber que algo de lo bueno de su hijo había sobrevivido en su hija.

Anji levantó la cabeza y comenzó a oler el aire, lo que provocó que Allana frunciera el ceño y se volviera hacia el extremo del sofá de Leia.

—Abuela, no puedes estar triste. Haces que Anji piense que algo anda mal.

Una lágrima brotó de los ojos de Leia, pero sonrió y extendió la mano para acariciar el pelaje del nexu.

—No estoy realmente triste, Allana. —Abrió su corazón a la Fuerza y dejó fluir la alegría por criar a Allana—. A veces recuerdo momentos tristes, pero tenerte aquí hace que tu abuelo y yo estemos muy, muy felices… y nada cambiará eso.

Allana consideró esto, frunciendo el ceño de la misma manera como lo hacía Jacen a esa edad. Leia pensó por un momento que su nieta iba a preguntar si Anji también la hacía feliz.

En cambio, una nube de miedo llegó a los ojos grises de Allana, preguntando:

—¿Incluso si me enfermo y me vuelvo loca como lo hizo Barv?

El corazón de Leia de repente sintió que se saltaba.

—Cariño, nunca te vas a enfermar, no como Barv y Yaqeel. Ni siquiera has visto Las Fauces.

—Pero estoy escondida, tal como ellos lo estaban. —Mientras Allana hablaba, sacudió la cabeza, su largo cabello teñido de negro se balanceaba hacia adelante y hacia atrás. Las plumas de Anji aparecieron y el cachorro comenzó a buscar el problema—. Y no quiero vivir en carbonita. Nunca.

—Oh, Allana, no tienes que preocuparte por eso. —Ahora Leia entendió. Ella y Han habían estado nerviosos toda la tarde, porque el Consejo Jedi todavía estaba tratando de decidir cómo responder a las órdenes de arresto contra Bazel y Yaqeel—. Eso no te va a pasar.

—¿Cómo lo sabes? —exigió Allana.

—Porque tienes a Anji. —Fue Han quien dijo esto, volviendo a la habitación con una bandeja con tazas de chocolate caliente—. Niña, ¿realmente crees que ella dejaría que alguien te pusiera en carbonita?

Los ojos de Allana se iluminaron, y Leia inmediatamente sintió que el miedo de la niña se disipaba en la Fuerza.

—Claro que no —respondió Allana. Comenzando a acariciar la cabeza de Anji, y la pequeño nexu se recostó en su regazo, gruñendo de satisfacción—. Los golpearía si lo pensaran.

—No tengo duda. —Leia le dirigió a Han una sonrisa que decía agradable salvada. Como abuelo, parecía tener un sentido similar al de la Fuerza, de lo que Allana necesitaba escuchar para sentirse segura y amada, y, para sorpresa de Han Solo, no tenía nada que ver con la lógica—. Es por eso que tu abuelo le pidió a tu madre que te dejara quedarte con Anji.

Allana abrió mucho los ojos y se volvió hacia Han.

—¿Para siempre?

Han sonrió y dijo:

—Nada es para siempre, chica. Pero mientras Anji esté feliz y no comience a comerse a nuestros amigos, sí.

Para sorpresa de Leia, Allana no parecía preocupada por la franca verdad de Han. Simplemente abrazó al pequeño cachorro, luego le sonrió a Han.

—Gracias por convencerla, abuelo.

—De nada bonita. —Han puso la bandeja en la mesa de bebidas frente al sofá, luego se sentó en el lado opuesto de Allana—. Tu madre solía montar rancors cuando era niña. No fue tan difícil convencerla de que podías manejar una cosita como un depredador forestal de doscientos kilos.

Los ojos de Allana se hicieron aún más grandes.

—¿Mi madre monta rancors?

—Solía montar rancors. Eso fue hace mucho tiempo. —Leia sacó un par de tazas de la bandeja y le pasó una a Allana, luego le disparó a Han una mueca de advertencia a espaldas de su nieta—. Pero el rancor era manso.

La cabeza de Allana se volvió hacia Leia.

—¿Hay rancors mansos? —jadeó—. ¿Puedo montar uno?

—Claro, chica —dijo Han, sonriendo ante la forma en que la estrategia de Leia había fracasado—. La próxima vez que estemos en Dathomir, te encontraremos uno grande y agradable.

—¿De verdad? —Allana continuó mirando a Leia—. ¿No dirás que no?

Leia entrecerró los ojos hacia Han.

—Por supuesto que no, cariño. Lo prometo. —Era una promesa bastante segura de cumplir; Dathomir era uno de los últimos lugares que esperaban visitar pronto. Levantó el control remoto del videomuro y se lo pasó a Allana—. Mientras tanto, el programa del abuelo ya comenzó. ¿Quieres cambiarle?

—Sí. —Allana apuntó el control remoto hacia el receptor—. ¡Se acerca la Hora de Noticias de Perre Needmo!

—Gracias, chica.

Han tomó su chocolate caliente, luego se echó hacia atrás y pasó su brazo libre alrededor de los hombros de Allana. El ritual había comenzado un día cuando un mal sueño interrumpió su siesta, y ella vino acurrucándose junto a Han. Al día siguiente, ella apareció tan pronto como comenzó el programa. Al día siguiente, ella había estado esperando en el sofá cuando los Solo entraron en la habitación. Después de eso, Han había comenzado a traer tres chocolate caliente en lugar de una cerveza gizer, naciendo así una tradición. A veces, a Leia le preocupaba que una mente tan joven estuviera expuesta a tantas noticias, pero una de las razones por las que a ella y a Han les gustaba, el programa de Perre Needmo, era que al menos un tercio de las notas eran buenas noticias. Además, como Allana misma había señalado, la Chume'da[6] del Consorcio Hapan necesitaba saber cómo funcionaba la galaxia.

Allana pulsó el control remoto, y las arañas de dibujos animados en el videomuro fueron reemplazadas por la imagen muy arrugada de Perre Needmo, un presentador de noticias de edad avanzada. Su rostro de chevin parecía ser todo hocico, salvo por sus ojos pequeños, labios grises con dientes cuadrados y amarillos. Tenía dos mechones rebeldes de cabello plateado, uno cubriendo la corona de su estrecho cráneo y el otro colgando de su barbilla apenas perceptible.

Como se esperaba, la historia principal se refería a los eventos en los que los Solo habían estado involucrados ese día. Un pequeño recuadro del Templo Jedi colgaba en la esquina inferior del videomuro, mientras la voz de barítono de Needmo retumbaba desde los altavoces del techo.

—… la crisis legal continuó hoy, cuando los Caballeros Jedi Saav'etu y Warv fueron víctimas de delirios paranoides. —Imágenes de archivo de Yaqeel y Bazel aparecieron en las esquinas del videomuro—. Según testigos en la escena, la pareja comenzó a comportarse de manera extraña fuera del Templo Jedi, por lo que Han y Leia Solo se los llevaron rápidamente. El asunto se intensificó poco después, cuando un escuadrón de tácticas especiales de la SAG, intentó ejecutar una orden de arresto para los dos Caballeros Jedi. El escuadrón se quedó parado fuera de la puerta de un hangar. Se dice que el Consejo Jedi está considerando a esta hora si la Orden está obligada a cumplir dicha orden. Un análisis en profundidad de los precedentes y las implicaciones constitucionales sigue a este reporte.

Las imágenes en el videomuro fueron reemplazadas por un primer plano de la limusina arrugada de Jag, circulando a toda velocidad por la Plaza de la Comunidad.

—Nadie resultó herido en el incidente —continuó Needmo—, pero un aerospeeder diplomático resultó gravemente dañado, cuando el Jedi Warv fue sedado y cayó sobre el toldo.

Leia miró y vio a su nieta frunciendo el ceño preocupada.

—Allana, sabes que Barv y Yaqeel no quieren que te preocupes por ellos, ¿verdad?

Allana asintió con la cabeza.

—Claro que sí. Son mis amigos.

[6] Heredera de la reina madre, traducción del lenguaje Hapan. N. del T.

Cuando su ceño no se relajó, Han preguntó:

—¿Por qué escucho que viene un gran pero?

Allana lo recompensó con una gran sonrisa.

—Porque eres bastante inteligente, abuelo —dijo—. Tal vez Barv no quiere que me preocupe, pero no puedo evitarlo. Él y Yaqeel son mis amigos.

—Yo también me preocupo, cariño —dijo Leia—. Pero tenemos que tratar de no hacerlo. La Maestra Cilghal está trabajando muy duro para ayudar a Barv y a todos los Caballeros Jedi enfermos, y no hay nadie más capaz. Ella lo resolverá.

La tranquilidad hizo poco para levantar la nube de duda de la frente de Allana.

—No si el Consejo Jedi se los entrega a la Jefa Daala.

Leia comenzó a decir que los Maestros nunca harían eso, luego se detuvo. Obviamente, eso no era cierto. El Consejo no estaría en sesión, si los Maestros al menos, no estuvieran considerando entregar a Bazel y Yaqeel a Daala, Allana fue lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de eso.

Leia miró a Han sin encontrar su respaldo. Anteriormente, él había querido irrumpir la reunión para que pudieran discutir el caso ellos mismos. Pero Leia había insistido en que su presencia solo sería una distracción desagradable, que tenían que confiar en Kenth y en los otros Maestros, para que tomaran la decisión correcta por su cuenta. Ahora, después de cinco horas de suspenso, comenzaba a preguntarse si había tomado la decisión correcta.

Leia no culpaba a Han por haberla dejado mal parada, mirándola con una sonrisa divertida, mientras intentaba encontrar una respuesta tranquilizadora para Allana. Y tal vez con algo menos importante que su nieta, lo habría hecho. Pero había un puñado de cosas con las que Han Solo nunca jugaba, y Allana era una de ellas.

Después de un breve silencio, simplemente apretó el hombro de Allana y dijo:

—Oye, incluso si el Consejo Jedi le entrega a Barv a la Jefa Daala, no será para siempre. Haremos todo lo posible por recuperarlo. ¿De acuerdo?

—¿Lo prometes? —Allana preguntó—. Trabajaremos tan duro como el Maestro Horn y su esposa, ¿verdad? Todos saben que no se darán por vencidos hasta que recuperen a Valin y Jysella.

—Así es, igual de fuerte —dijo Leia—. Tampoco nos rendiremos.

—Y eso es una promesa, chica —agregó Han.

Para Leia, cualquier duda sobre dejar que Allana viera las noticias desapareció. Ella y Han estaban criando más que a su nieta. Estaban formando a la aparente heredera al trono de Hapan, y Leia no podía imaginar una mejor manera de preparar a Allana, que mostrarle cómo Han y Leia Solo respondían ante la adversidad y la incertidumbre.

—Y cuando tu abuelo decide hacer algo —agregó Leia—, es bastante difícil detenerlo.

—Sí —dijo Allana, asintiendo—. Es tan terco como un ronto en celo.

Han resopló y Leia levantó la cara.

—¿De dónde has oído eso? —preguntó.

—Escuché al Maestro Durron decirlo —dijo Allana, luciendo preocupada—. ¿Por qué? ¿Qué es en celo?

—Es cuando sigues haciendo lo mismo una y otra vez solo porque te has acostumbrado a hacerlo de esa manera —dijo Han. Cuando Leia dejó escapar un suspiro de alivio, levantó la vista y le guiñó un ojo—. ¿Pensaste que Kyp se refería a algo más?

—En absoluto —dijo Leia—. ¿Qué más podría haber querido decir?

Allana frunció el ceño primero hacia ella, luego hacia Han.

—No soy un bebé, muchachos. Mamá me enseñó a saber cuándo alguien está fallando. Podrían haber dicho que me lo dirían más tarde.

Leia sonrió.

—Y así lo haremos.

—Cuando cumplas cincuenta —dijo Han.

Allana puso los ojos en blanco y volvió a mirar hacia el videomuro, donde la pantalla ahora mostraba una imagen de Melari Ruxon y Reeqo Swen alejándose del Templo sin sus túnicas y sin sables de luz.

—La crisis también parece estar afectando la moral Jedi —informó Needmo—. Poco después del incidente, se vio a dos aprendices saliendo del Templo. En una entrevista posterior con el periodista Javis Tyrr, los dos admitieron que habían renunciado a la Orden. Esta noche examinaremos si esas renuncias son una advertencia para la Jefa Daala, y cómo una renuncia masiva de los Caballeros Jedi podría afectar la estabilidad del gobierno. También discutiremos la sorprendente afirmación del Jefe de Estado de que, al igual que los oficiales militares de alto rango, los Jedi siguen sujetos a la autoridad del gobierno incluso después de su renuncia.

Melari y Reeqo fueron reemplazados por una imagen de Tahiri Veila en evidente estado de shock, con grilletes y esposas, fuertemente custodiada y conducida al Centro de Justicia Galáctico. Han se paró del sofá escupiendo y arrojando el chocolate caliente; Leia simplemente dejó caer su taza.

—¿Qué rayos? —gritó Han hacia el videomuro—. ¡Ahora si han ido demasiado lejos!

—La ex ayudante de campo del renegado Jedi, convertido en Lord Sith Jacen Solo, ha sido arrestado por cargos de atrocidades contra la galaxia —informó Needmo—. Tahiri Veila, ex caballero Jedi, ha sido acusada de varios crímenes durante la reciente guerra civil, incluido el asesinato del popular jefe de estado del Remanente Imperial, el Gran Almirante Gilad Pellaeon. Tendremos un resumen de la lista completa de las acusaciones contra ella en el segmento de análisis de nuestro programa.

—No puedo soportarlo. —Han señaló el control remoto en las manos de Allana—. Apágalo, cariño.

Allana apuntó con el control remoto hacia el receptor, y el muro de vidrio volvió a palidecer en una ventana de transpariacero, que daba a la Plaza de la Comunidad, hacia el Centro de Justicia Galáctico. Han se puso furioso por un momento, luego se volvió para mirar a Leia.

Antes de que pudiera hablar, Allana dijo:

—No entiendo. ¿Alguien más mató al Almirante Pellaeon?

—No, cariño —dijo Leia—. Hubo muchos testigos, y todos dicen que fue Tahiri.

—Entonces, ¿no debería ser juzgada por eso?

Leia buscó a Han en busca de ayuda, pero aún rechinaba los dientes y sacudía la cabeza. Miró de nuevo a Allana.

—Esa es una pregunta complicada —dijo Leia—. Desafortunadamente, mucha gente muere durante las guerras. Lo sabes.

Allana asintió con la cabeza.

—Por los soldados —dijo—. Pero, por otro lado, pensé que Tahiri estaba del lado de mi padre.

—Durante gran parte de la guerra, sí —dijo Leia—. Pero no al final.

—Pero cuando Tahiri mató al Almirante Pellaeon, ella estaba del lado de mi padre, ¿no? Y también el Almirante Pellaeon.

—No exactamente —dijo Leia—. El Almirante Pellaeon no estaba realmente del lado de nadie en ese momento.

—¿Entonces no estaba en la guerra?

—No oficialmente —dijo Leia—. Por lo que hemos podido investigar, todavía estaba pensando de qué lado de la guerra quería estar.

—Entonces se suponía que Tahiri no lo mataría —insistió Allana—. Se supone que no debes lastimar a las personas que no son parte de la guerra.

Leia sonrió y sacudió la cabeza ante la implacable lógica de su nieta. Allana estaba empezando a convencerla de que Tahiri debería ser juzgada. Leia recuperó su taza caída del suelo, luego se detuvo para ganar tiempo, llamando a C-3PO.

Finalmente, dijo:

—Algún día serás una gran Reina Madre, Allana. Esas son preguntas muy inteligentes.

Allana sonrió con orgullo, pero dijo:

—Reconozco un resbalón Solo cuando lo veo, abuela. No trates de desanimarme con adulación.

Esto sacó a Han de su berrinche.

—Te atrapó, abuela.

Miró a su alrededor el chocolate caliente que había rociado sobre la decoración blanca de la habitación, luego se encogió de hombros, tomando lo que quedaba en su taza y se volvió hacia Allana.

—Es así, chica. Sabes qué son los espías, ¿verdad?

Los ojos de Allana se tornaron cautelosos y asustados, y Anji se levantó de su regazo arqueando la espalda. Allana dejó cuidadosamente su chocolate caliente sobre la mesa y luego asintió.

—Lo sé.

Una expresión de dolor apareció en el rostro de Han, pero siguió adelante.

—Pensé que probablemente lo sabías. Bueno, Tahiri estaba espiando para Jacen. Y cuando descubrió que el Almirante Pellaeon no quería traer a su lado al Remanente Imperial, Jacen le dio una orden.

—¿Asesinar al Almirante Pellaeon?

—Así es —dijo Leia, una vez más asombrada y agradecida por lo bien que Han parecía estar en sintonía con su nieta—. Tahiri estaba siguiendo órdenes, como cualquier soldado.

El ceño de Allana permaneció.

—¿Los soldados siempre siguen las órdenes?

—Casi siempre —dijo Han—. Cuando no lo hacen, necesitan una muy buena razón.

Allana consideró esto por un momento, luego levantó la cabeza hacia Han.

—Entonces cuando fuiste soldado, debiste haber tenido muchas buenas razones.

Una risa, en realidad, una carcajada, explotó del vientre de Leia. Agachándose y revolviendo el cabello teñido de negro de su nieta.

—No conoces ni la mitad, cariño.

—Sí, pero siempre hice el trabajo —dijo Han. Guiñándole un ojo a Allana—. Además, nadie ama a un hombre que siempre dice que sí.

Allana asintió seriamente.

—Mamá dice lo mismo —estando de acuerdo—. Creo que es por eso que todavía está tan sola. Los hombres Hapan son todos hombres que dicen sí.

Leia tuvo una visión repentina y triste del futuro de su nieta, una mujer pelirroja y sonriente parada junto a un trono blanco, rodeada de seres de todas las especies, bothans y hutts, ishi tib y mon calamari, incluso humanos y squibs, pero de alguna manera estaba sola. No había ningún hombre parado con ella, nadie como Han a quien pudiera recurrir para su comodidad o por apoyo. Allana Solo iba a vivir en una época de paz y armonía sin precedentes, una época de prosperidad para todas las especies de la Alianza Galáctica. Pero sería la que resguardaría dicha situación, a quien el resto de la galaxia regresaría cuando la paz se viera amenazada.

Ese era el destino para el cual los Solo la estaban preparando. Por sus breves visitas a Tenel Ka, Leia sabía lo solitaria que podía ser tal existencia, lo agotadora y aterradora que era cada día. Lo que Leia no sabía, era si tenía el coraje de condenar a Allana a ese destino, de condenarla a una vida en la que su palabra dirigiera el destino de los mundos.

—… ¿cierto, Leia?

Sorprendida por su ensoñación, Leia forzó una sonrisa y asintió a Han.

—Umm… si tú lo dices, cariño.

Han frunció el ceño, perplejo e irritado.

—Claro que sí —dijo—. Estamos hablando de su abuelo, después de todo.

—Correcto. El Príncipe Isolder era un buen hombre —dijo Leia—. E independiente.

Han sacudió la cabeza con exasperación, intentando reprender a Leia por no prestarle atención, pero Allana lo interrumpió.

—Está bien, abuelo. Tú tampoco siempre escuchas a la abuela.

La expresión de Han cambió de irritación a culpa, y Leia le dio unas palmaditas en la espalda a Allana.

—Eres bastante conciliadora, ¿verdad? —preguntó—. Nunca pierdas eso, ¿de acuerdo?

—No lo haré, abuela —dijo Allana—. ¿Pero en qué estabas pensando en ese momento? Te sentías tan triste.

Leia vaciló, temiendo la posibilidad de tratar de mantener su visión oculta a Allana. Afortunadamente, se libró de la necesidad por la llegada oportuna de C-3PO.

—Disculpe la interrupción, pero… —C-3PO se detuvo tres pasos dentro de la habitación, pasando sus fotorreceptores sobre el chocolate caliente rociado sobre el sofá, la mesa de bebidas y el piso—. Oh, dios. Veo que la señora Allana volvió a derramar su chocolate caliente.

—¡Oye, no fui yo! —Allana empujó su taza hacia él, derramando más chocolate caliente sobre el sofá—. Mira.

—Me temo que Han y yo somos los culpables esta vez —dijo Leia—. ¿Dónde has estado? Debo haberte llamado hace cinco minutos.

—Lo siento mucho, Princesa Leia. Estaba respondiendo la holo-com segura. —C-3PO se volvió para señalar por el pasillo hacia el estudio—. Wynn Dorvan está pidiendo hablar con usted o con el capitán Solo. Traté de explicarle que no atiende llamadas durante el programa de Perre Needmo, pero fue muy insistente. Parece pensar que ha estado ignorando un mensaje que envió.

—¿El Wynn Dorvan? —Han preguntó.

Leia agregó:

—¿Como en el asistente personal de la jefa Daala?

—Sí, ese sería el Wynn Dorvan correcto —dijo C-3PO—. Aunque ciertamente entiendo su confusión. Hay más de ciento setenta mil Wynn Dorvans en el directorio de Coruscant.

Los Solo intercambiaron miradas perplejas. Conocían a Wynn Dorvan desde los días de la Nueva República. Como subdelegado de las reservas de tenolodium, había descubierto una operación lucrativa de robo dirigida por su propio supervisor. En lugar de despedirlo, como habrían hecho muchos burócratas en su cargo, había arriesgado su vida por llamar la atención del Jefe de Estado de la Nueva República, que en ese momento era Leia. Después de eso, había subido puestos constantemente gracias a su reputación. Y ahora era el ayudante personal de la jefe Daala.

—¿Debo decirle al amo Dorvan que le complacerá devolverle la llamada después del programa de Perre Needmo?

—No, la tomaremos ahora —dijo Leia, caminando hacia el estudio—. Quédate con Allana.

—Y llama a Ese-Nueve —agregó Han, señalando con la mano el chocolate caliente—. Eso se mancha si no lo quitas de inmediato.

Leia caminó por el pasillo hasta el dormitorio adicional, que servía como su guarida, luego se acercó a la pequeña unidad de holocomunicación en la esquina. Flotando sobre la almohadilla de holoproyección, estaba la cabeza del tamaño de un puño de un hombre anodino, su única característica notable era el hecho de que ni un mechón de su cabello marrón estaba fuera de lugar.

—Hola, Wynn —dijo Leia, cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿No es la HoloRed una forma bastante costosa de comunicarse a través de la ciudad?

—Es por eso que nadie pensará en monitorearla —respondió Dorvan—. ¿Es segura tu terminal?

—Encriptada y segura —le aseguró Han—. ¿De qué se trata todo esto? Si Daala está tratando de canalizar algo en esas órdenes de arresto…

—En realidad, la jefa Daala no sabe nada sobre este asunto —interrumpió Dorvan—. Y espero que nunca se entere. Es por eso que estoy usando una unidad de holocomm encriptada.

—Somos todo oídos —dijo Leia—. Según Threepio, ¿crees que hemos ignorado un mensaje tuyo?

—Con respecto a los mandalorianos —respondió Dorvan—. ¿Están los Jedi tratando de convencer a la Jefa Daala de que no tiene otra opción? Tan pronto como esos aprendices abandonaron el Templo, me instruyó para asegurar la financiación de una compañía completa. Podré retrasar las cosas durante una semana más o menos, porque quiere que esto se mantenga alejado de los libros de contabilidad, pero más allá de eso …

—Espera un minuto —dijo Han—. ¿Una compañía? ¿Me estás diciendo que Daala está a punto de enviar una compañía completa de mandalorianos?

—Por supuesto —respondió Dorvan—. ¿No han visto al Jefe de Estado Fel en los últimos días?

Han y Leia intercambiaron miradas, y Leia comenzó a tener una sensación de hundimiento. Jag tenía algunas ideas bastante rígidas sobre el deber y el honor, y podría haber sentido que llevar mensajes para Dorvan crearía un conflicto de intereses para él.

Después de un segundo, Han dijo:

—Oh, sí, esa compañía.

La cabeza de Dorvan cayó.

—No te lo dijo.

—El Jefe de Estado Fel parece una elección extraña para un servicio de mensajería —dijo Leia—. Especialmente cuando obviamente estás dispuesto a arriesgarte a tener contacto directo con nosotros.

Dorvan levantó la vista de nuevo.

—En realidad no era un mensajero —explicó—. Solo me aseguré de que escuchara lo que la Jefa Daala estaba considerando, para que no tuviera que arriesgar mi trabajo, y mi libertad, contactándolos directamente. Dada la relación de Fel con su hija…

—Asumiste que haría lo correcto —terminó Han, con su tono cada vez más fuerte—. Yo también.

Pero Leia no se convenció tan fácilmente.

—Buen intento, Wynn, pero puedes decirle a la Jefa Daala que no caeremos tan fácilmente.

Las cejas de Dorvan se juntaron.

—¿Caer en qué?

—En su engaño. —Leia se inclinó más cerca de los hololentes, de modo que su cara parecería agrandarse en el otro extremo de la conexión—. Eres tan honesto como buen burócrata, Wynn. Nunca traicionarías a Daala así.

—Y seguramente no será gratis. —Han se inclinó junto a Leia, luego mostró una de sus medias sonrisas—. Como dijo Leia, buen intento. Me hiciste creerla por un minuto.

La cara de Dorvan se enrojeció.

—¡No estoy faroleando! —dijo—. Y nunca haría esto por dinero.

—¿No? —preguntó Leia—. Entonces, ¿por qué lo harías?

—¡Por el bien de la Alianza, obviamente! —Dorvan escupió de vuelta—. ¿O soy el único que piensa que sería una parodia para la Jefa Daala disolver a los Jedi?

—¿Eso es lo que está tratando de hacer? —Leia preguntó.

—Ciertamente es un resultado que está dispuesta a aceptar, si es necesario. Pero yo creo que sinceramente cree que la Orden debería ser puesta bajo control del gobierno. —Dorvan se lamió los delgados labios y luego agregó—. Y, francamente, teniendo en cuenta los acontecimientos recientes, me pregunto si ella podría tener la razón.

—Entonces, ¿por qué hablar con nosotros? —exigió Han.

—Porque incluso si Daala tiene razón en eso, está equivocada en todo lo demás —dijo Dorvan—. Ella piensa que los Sith no son más que Jedi con túnicas oscuras, y que la única forma de evitar que regresen, es mantener a los Jedi bajo el control del gobierno.

—¿Y no compartes esa creencia? —preguntó Leia.

—¿Tomaría este tipo de riesgo si lo creyera? —Dorvan respondió—. Hay cosas oscuras en la galaxia, Princesa Leia. Entiendo eso. Y también entiendo que es un terrible error, confundir esas cosas oscuras con los Caballeros Jedi que están tratando de protegernos de ellos.

Leia lo consideró por un momento.

—Digamos que te creo por ahora: Daala enviará por los mandalorianos. ¿Qué es lo que quieres que haga con esta información?

—Úsala, Princesa Leia. —La cara de Dorvan se hizo más pequeña mientras se alejaba de su propia cámara holográfica—. Compártela y úsala.

Capítulo Doce

DIEZ MINUTOS DESPUÉS DE CERRAR LA SESIÓN CON DORVAN, HAN Y LEIA estaban en la cúspide del Templo Jedi, saliendo del turboascensor y entrando en un vestíbulo de piedra blanca. A un lado, una pesada puerta blindada custodiaba la Sala de Situación, un centro de comando de última generación lleno de pantallas tácticas, alimentadores de HoloRed y suficientes estaciones de comunicación, para avergonzar al buque insignia de la mayoría de las flotas de la AG. Al otro lado, una puerta de seguridad sellada protegía las oficinas del Gran Maestro, que Kenth Hamner había ocupado recientemente.

Se rumoreaba que Kenth había ocupado las oficinas de mala gana, y solo porque era demasiado difícil supervisar los asuntos de la Orden desde la oficina de su antiguo Maestro en el piso inferior. Pero Han no se la creía. El movimiento de Kenth fue un intento bastante transparente de afirmar su autoridad como el reemplazo de Luke. Y el intento estaba destinado a fracasar, porque Luke no podía ser reemplazado. Solo había un Luke Skywalker, y una Orden Jedi sin Luke al timón no era probable que fuera una Orden por mucho tiempo.

Directamente frente al turboascensor estaban las ornamentadas puertas dobles de la Cámara del Consejo. Siempre se asignaban dos aprendices para vigilar la entrada, pero hoy estaban siendo vigiladas por un Caballero Jedi alto, de cabello castaño, con una cara delgada y ojos oscuros y penetrantes. La mera presencia de cualquier Caballero Jedi, indicaba que los Maestros no querían ser molestados, además de que el Caballero Jedi fuera Jaden Korr, le dijo a Han que alguien, sin duda Kenth Hamner, no quería ser molestado por los Solo en particular.

Han se acercó al oído de Leia y susurró:

—Deberíamos haber traído a Allana.

—Estará bien con Threepio y Artoo —dijo Leia—. Threepio es prácticamente un droide niñera, y no vamos a estar aquí más de unos minutos.

Han sacudió la cabeza.

—Si han estado discutiendo durante tanto tiempo, podría no ser tan fácil hacerlos girar en nuestro camino.

—Han, estuvimos de acuerdo en esto —dijo Leia—. No vinimos aquí para discutir las órdenes de arresto.

—Sí, lo sé —respondió Han—. Pero mientras estemos aquí, también podríamos mencionarlo.

Leia exhaló exasperada, pero Han lo había cronometrado a la perfección, antes de que pudiera advertirle que no intentara socavar la autoridad de Kenth, Jaden Korr salió para bloquear su camino.

—Jedi Solo —dijo Korr. Sus ojos se deslizaron hacia Han—. Capitán Solo. Lo siento, pero el Consejo ha dado instrucciones estrictas para evitar todas las interrupciones.

—Y apuesto a que mencionaron nuestros nombres —dijo Han.

Korr sonrió.

—De hecho, capitán Solo, sí, lo hicieron.

—Y como sabemos eso —dijo Leia—, sabes que no estaríamos aquí a menos que el asunto fuera de vital importancia.

—Sin embargo, tengo mis órdenes —dijo Korr—. Y me recordaron específicamente cuán persuasivos pueden ser ustedes dos.

—Sí, pero también eres un Caballero Jedi —dijo Han—, y eso significa que estás entrenado para seguir tu propia iniciativa.

—Por supuesto.

—Entonces ahora es el momento de hacerlo, Jedi Korr —dijo Leia—. Hemos recibido información que los Maestros necesitan escuchar, antes de tomar su decisión final sobre Barv y Yaqeel.

La resolución en el rostro de Korr comenzó a resquebrajarse, pero su mirada penetrante permaneció fija en Han, sin duda porque sabía que sería más fácil leer la verdad de la afirmación en el aura de la Fuerza de Han.

Después de un segundo, Korr suspiró y miró hacia otro lado.

—Está bien, llevaré su mensaje adentro, y ni siquiera debería hacer tanto. El Gran Maestro Hamner dijo…

—¿Gran maestro Hamner? —estalló Han—. ¿No me digas que los Maestros lo están llamando así ahora?

—Desde hace dos horas aproximadamente, cuando el Maestro Katarn salió durante un descanso —dijo Korr—. Dijo que era hora de que los Maestros establecieran un ejemplo apropiado para el resto de la Orden.

—Apuesto a que sé de quién fue esa idea —dijo Leia, dejando que el ácido goteara en su voz—. Y está siendo presuntuoso.

Korr asintió, pero dijo:

—¿Mencioné que es sólo temporal? Aparentemente, el Consejo siente que el Maestro Hamner podría tener un poco más de autoridad que… bueno, usted, si los Maestros muestran su apoyo.

—¿El Consejo se siente así? —Han le lanzó a Leia una mirada preocupada. Si Kenth podía persuadir a los Maestros para que lo llamaran Gran Maestro, probablemente tendría los votos para entregar a los Jedi enfermo a Daala—. ¿O es Kenth quien lo hace?

Korr se encogió de hombros con inquietud.

—¿Importa? —Miró a Leia—. ¿Dijiste que tenías información importante?

Leia miró a Han, como sugiriéndole que transmitiera la información, y Han sabía que ella había llegado a la misma conclusión que él. Los Solo realmente tenían que entrar en esa Cámara y enderezar al Consejo.

Han lanzó una mirada significativa a los dos aprendices que estaban parados detrás de Korr, luego asintió con la cabeza hacia un lado del vestíbulo. Korr arqueó la frente, pero lo siguió. Han puso un brazo alrededor del hombro del Caballero Jedi, luego, con cuidado de mantenerlo de espaldas a la puerta, se acercó.

—No puedo decirte cómo, pero esto lo obtuvimos de una buena fuente. —Han mantuvo su voz casi inaudible, por lo que Korr tendría que concentrarse en él en lugar de lo que estaba sucediendo detrás de él—. La Jefa Daala se está preparando para llamar a los mandos.

Los ojos de Korr se abrieron.

—¿Mandalorianos? —jadeó—. ¿Supercomandos?

Han hizo una mueca despectiva.

—Vamos —dijo—. Esos tipos ni siquiera pueden ponerse de acuerdo sobre un color para su armadura. No hay nada de especial en ellos.

Eso dibujó una sonrisa en el Jedi generalmente serio.

—Excepto tal vez su capacidad de sobrecalentar los jets Jedi. —Sacudió la cabeza con incredulidad—. ¿Daala está tratando de provocarnos?

—No lo creo —dijo Han—. Esa vieja dama tiene demencia espacial, si piensa que unos cientos de trajes de hojalata podrían asustar a los Jedi.

Korr resopló su opinión sobre esa posibilidad y luego escuchó el suave clic de una cerradura abriéndose. Se giró hacia la Cámara del Consejo justo a tiempo para ver a Leia abriendo una puerta, mientras los dos aprendices, un hombre humano y una mujer mon calamari, se paraban detrás de ella, protestando porque se suponía que no la dejarían pasar. La boca de Korr se abrió por la sorpresa, cerrándose por la ira, y finalmente se amplió en una mueca de vergüenza. Se volvió hacia Han, solo medio ceñudo.

—Sabía que ella iba a hacer eso.

Han le dio una palmada en el hombro.

—Si tú lo dices, Jaden.

—Bueno… te habría dejado entrar de todos modos. —Korr comenzó a caminar hacia la puerta—. El Consejo necesita escuchar sobre esto.

—Sí —dijo Han, acompañándolo—. Si no hay otro asunto, probablemente puedan divertirse y esbozar una sonrisa.

Esto no le hizo gracia a Korr.

—¿Qué tiene de gracioso matar a mandalorianos, capitán Solo?

Korr se detuvo en la puerta para tranquilizar a los dos aprendices, que nadie esperaba que detuvieran físicamente a Leia Solo, luego él y Han la siguieron al interior de la Cámara del Consejo. Era una habitación luminosa, de tamaño moderado, elegante en su simplicidad, con un círculo de sillas de respaldo alto colocadas en una bahía de transpariacero, diseñada para dar a los visitantes la impresión subliminal de que los Maestros flotaban sobre la ciudad. Cada asiento estaba equipado con una unidad de holocomunicación para permitir la participación de Maestros que estaban lejos del Templo cuando se convocará una reunión, pero hoy todos los Maestros, excepto el propio Luke, por supuesto, estaban presentes.

Y por lo visto, todos estaban locos. Saba Sebatyne estaba sentada inmóvil en su silla, su mirada de pupilas verticales resbaladizas, se deslizaba de un Maestro a otro, mientras su lengua bífida se movía entre sus labios. Cilghal estaba sentada en el borde de su

asiento, con la piel de mon calamari enrojecida por la ira. Kenth Hamner y Kyle Katarn se miraban el uno al otro a través del círculo, mientras Kyp Durron estaba de pie, golpeando el puño en el aire, con su cabello canoso, recortado y limpio, pero su túnica marrón estaba tan arrugada que parecía que algo había dormido en ella.

Y Corran Horn… Corran era el más aterrador de todos, simplemente sentado desplomado en su silla, mirando al suelo como si tratara de concentrar toda la energía de la Fuerza que pudiera atraer en ese lugar. Han solo podía imaginar la factura que le estaba pasando el debate actual, sentado en una habitación con una docena de los Jedi más poderosos de la galaxia, escuchándolos discutir, no acerca de cómo iban a sacar de la carbonita a sus dos hijos enfermos, si no sobre si deberían entregar a otros dos jóvenes Caballeros Jedi, a las mismas personas que habían congelado a Valin y Jysella.

Si estuviera en el lugar de Corran, Han no habría estado cerca de la Cámara del Consejo. Habría estado escondido en un almacén de algún otro lugar, planeando cómo iba a entrar en el bloque de la SAG, donde estaban retenidos sus hijos para recuperarlos. Pero Corran siempre había sido una persona institucional. Incluso ahora, cuando el gobierno al que siempre había servido tan fielmente se había vuelto contra sus propios hijos, aquí estaba, todavía tratando de trabajar dentro de la ley para arreglar las cosas. No era algo que Han pudiera haber hecho, ni siquiera algo que realmente pudiera entender, pero lo admiraba. Corran era un hombre de principios, apegándose a estos incluso cuando se convirtieron en una daga en sus propias entrañas.

Cuando Leia llegó al borde de los asientos, se detuvo y cruzó las manos delante de ella, esperando en silencio que alguien en el círculo la reconociera. Han y Korr hicieron lo mismo. Interrumpir a un Maestro Jedi en medio de una discusión con otro Maestro Jedi, era una buena manera de terminar con una apretada mordaza de la Fuerza. Podría parecer que el Consejo no había notado su presencia, pero Han había hecho lo suficiente para que todos los Maestros en la sala se dieran cuenta de que los Solo iban a ir, incluso antes de que Leia pasara por alto a los aprendices.

Sin embargo, para consternación de Han, los Maestros ya no discutían sobre honrar las órdenes de arresto. Discutían sobre algo que él hubiera pensado que era un hecho, si intercedían en nombre de Tahiri.

—… exigimos su liberación —decía Kyp—. Tahiri fue vital para ganar la batalla en Shedu Maad. Si no hubiera regresado por nosotros, habríamos perdido todo nuestro complejo de hangares.

—No estoy segura de que eso justifique algunas de las cosas que hizo durante la guerra —dijo Kenth. Su voz y sus modales fueron moderados, pero Han no necesitaba de la Fuerza, para saber por la forma en que mantuvo su mirada fija en Kyle Katarn, que algo malo debió haber pasado entre ellos poco antes—. Asesinó a Gilad Pellaeon.

—Mucha gente mató a mucha gente —respondió Kyle. Su voz era igual de moderada, pero su mirada no dejó la de Kenth—. ¿Qué pasa con Cha Niathal?, jugó un papel igual en el golpe de estado de Jacen, y no veo ningún cargo presentado contra ella. Daala solo va tras Tahiri para mandar un mensaje, dirigido a nosotros.

—Estoy de acuerdo con el Maestro Katarn —dijo Cilghal—. La Jefa Daala está tomando las renuncias de Melari y Reeqo como una flecha para su arco.

—¿Cómo es eso? —preguntó Kyp.

—Lo único más aterrador para la Jefa Daala, que una Orden Jedi independiente es que no haya ninguna Orden —explicó Cilghal—. Entonces tomó las renuncias como una advertencia, si continúa presionando, los Jedi se disolverán y se extenderán por la galaxia como agentes independientes. Siendo imposible que alguien nos controle.

Kyp sonrió.

—No es una mala idea, cuando lo piensas así.

—Es una muy mala idea —se quejó Kenth, finalmente desviando la mirada de Kyle—. ¿Cómo crees que podríamos lograr algo?

—Y todavía tenemos a las docenas de Caballeros Jedi que estaban escondidos en el refugio cuando eran jóvenes —señaló Cilghal—. Si nos separáramos…

—Espera —dijo Kyp, agitando ambas palmas—. Es broma, ¿verdad?

Los ojos de Cilghal se entrecerraron muy ligeramente, pero simplemente inclinó la cabeza.

—Por supuesto, perdónenme. —Se volvió hacia los otros Maestros—. Tal vez si enviamos a Leia a explicar…

—No. No le explicaremos nada a Daala. —Fue Corran quien dijo esto, aunque su mirada permanecía fija en el suelo—. Eso implicaría que la Orden le da cuentas, y el día que eso ocurra, tendrás mucho más que renuncias de los aprendices.

Un pesado silencio cayó sobre el círculo, mientras los Maestros consideraban sus palabras. Entonces Saba Sebatyne siseó:

—El Maessstro Horn está en lo correcto. La Orden Jedi no es una manada de thedyklae. Somos shartuukz.

Kyp se volvió hacia ella con evidente confusión.

—Uh, claro —dijo—. ¿Qué es un shartuuk?

—Una bestia guardián —explicó Saba—. Protegge la guarida de zo'oxi y tarnoggz.

—Oh, eso lo explica todo. —Kyp puso los ojos en blanco y luego preguntó—. ¿Y zo'oxi y tarnoggs son exactamente qué?

—Siempre hambriento. —Saba se inclinó hacia delante y apuntó con una garra hacia el ventanal, donde el cilindro plateado del Centro de Justicia Galáctico era apenas visible en el otro extremo de la Plaza de la Comunidad—. Como cualquier tirano.

Kyp asintió.

—Ah, por supuesto. —Se volvió hacia Cilghal—. No podemos explicarle a Daala. Somos los shartuuks, y ella es la zo'oxi.

—Tarnogg —corrigió Saba—. Loss zo'oxi sson parásitosss de la piel. El shartuuk ssse losss come.

—No lo sé —dijo Kyp—. Zo'oxi suena como una muy buena descripción para la mayoría de los políticos que he…

—En cualquier caso —interrumpió Cilghal—, somos los shartuuks, y los shartuuks no dan explicaciones. ¿Dónde nos deja eso con Tahiri?

—Bueno, ya no es una Jedi —dijo Kenth—. Y eso significa que no podemos exigir nada en su nombre.

—No es que Daala nos escuchara si lo intentáramos —respondió Kyle—. Pero podemos y debemos apoyarla. Insisto en eso.

—Como uno solo —estuvo de acuerdo Saba—. La Orden enviará a Nawara Ven a representarla.

—Y hay que plantear la idea en unos pocos medios de comunicación, de que existe una disparidad del tratamiento entre ella y Cha Niathal —dijo Kyle—. Quizás incluso proporcione algunos antecedentes sobre la asociación de Niathal y Daala después de la Batalla de Fondor.

—Bien —dijo Corran—. Eso debería presionar un poco a Daala para que Tahiri tenga una salida fácil.

Cuando nadie se opuso, Kenth dejó escapar un largo suspiro.

—De acuerdo.

Por primera vez desde que los Solo habían entrado en la habitación, Corran levantó la mirada y se volvió hacia Jaden Korr.

—Ahora, Jedi Korr, ¿podrías ser tan amable como para decirnos por qué ignoraste las órdenes y permitiste que los Solo nos interrumpieran?

La cara de Korr se enrojeció, pero se encontró con la mirada de Corran y dijo:

—Lo siento, Maestro Horn. No tuve otra opción.

—Por supuesto no. —Fue el antiguo Maestro de Korr, Kyle Katarn, quien dijo esto. Se volvió hacia Kenth y dijo—. Te dije que deberíamos haber hecho esto en otro lugar, Gran Maestro Hamner.

Había suficiente sarcasmo en la voz de Kyle para que Kenth apretara los dientes visiblemente.

—La próxima vez, lo haremos —dijo—. Pero como están aquí ahora, tal vez le interese informarles de nuestra decisión con respecto a la orden de arresto.

El corazón de Han saltó a su garganta.

—¿Qué? —Comenzó a avanzar sin pensar, hasta que Leia lo agarró por el brazo y lo detuvo físicamente—. ¿Ya lo han decidido?

—Me temo que sí —dijo Kyp. Comenzó a cruzar el círculo hacia Han—. Y fue difícil…

—Pero aún no lo han hecho, ¿verdad? —preguntó Han, cada vez más desesperado. Si Kyle Katarn se dirigía a Kenth como Gran Maestro incluso en la privacidad de la Cámara del Consejo, entonces Bazel y Yaqeel eran tan buenos como para ser colgados en la pared de Daala—. Hay algo que realmente necesitan saber primero.

—Lo dudo mucho —dijo Kenth. Respiró hondo, luego se levantó y comenzó a cruzar el círculo—. Han, Leia, sé cuánto se preocupan por todos nuestros problemáticos Caballeros Jedi, y creo que incluso entiendo por qué. Pero Luke no está aquí en este

momento, así que deben respetar la actual cadena de mando. Su comportamiento está comenzando a ser disruptivo y no va a cambiar ninguna de nuestras decisiones.

—Esto podría —dijo Leia. Había tanta ira reprimida en su voz que cuando soltó a Han y comenzó a dar un paso adelante, ahora él la agarró del brazo—. Acabamos de enterarnos de que Daala está contratando una compañía de mandalorianos.

Kenth se detuvo.

—¿Cuándo?

—No lo sabemos todavía —dijo Han. Enojado como estaba con Kenth, tuvo que admirar la disciplina y el enfoque del hombre. No perdió el tiempo dudando de ellos, y no hizo preguntas estúpidas como ¿Por nosotros? Se limitó a los detalles importantes—. Todavía está juntando el dinero. Pero se lo está tomando en serio.

—Ya veo. ¿Hay algo más que nos puedan decir?

—Me temo que no —respondió Leia—. Pero nuestra fuente ha prometido mantenernos informados. Transmitiremos lo que escuchemos tan pronto como lo oigamos.

—Gracias —dijo Kenth, sin molestarse en pedir la identidad de su fuente, o cuestionar la fiabilidad de la misma. Comenzó a volverse hacia el círculo de Maestros—. Obviamente, tenemos algo más que…

—Hey, espera un minuto —dijo Han—. ¿Qué pasa con Barv y Yaqeel? Esto tiene que cambiar su situación.

Kenth se detuvo y miró al techo por un momento, luego sacudió la cabeza.

—No, no creo que lo haga. —Miró a su alrededor al resto de los Maestros—. ¿Alguien más siente la necesidad de revisar la decisión de la orden de arresto?

Todos los Maestros sacudieron la cabeza, incluso Corran Horn.

—¡No pueden hablar en serio! —Han protestó—. ¡No pueden simplemente entregarlos!

La primera pista de Han de que había leído mal la situación, fue un fuerte siseo proveniente de las cercanías de la silla de Saba Sebatyne.

—¡Oh, capitán Solo! —golpeándose la rodilla con una mano enorme y escamosa, y luego raspó—. ¡Eres tan fácil de manipular!

Han frunció el ceño y se volvió hacia Leia, quien simplemente extendió las manos, pareciendo aún más confundida que él.

Después de un momento, Kenth dijo:

—El Consejo ha llegado a un… acuerdo que todos esperamos sea lo mejor para la Orden Jedi y los pacientes. —Se giró hacia Saba—. Maestro Sebatyne, tal vez sería lo suficientemente bueno como para explicar lo que la Orden necesita que hagan los Solo.

Saba inclinó su cabeza blindada.

—Por supuesto, Gran Maestro Hamner. —Levantó la vista y luego se volvió hacia Leia—. Jedi Solo, el Consejo necesita que contactes a la Reina Madre Tenel Ka. Tenemos un gran favor que pedirle.

Capítulo Trece

HASTA QUE REALMENTE HABÍA DESARMADO UNO, JAINA NUNCA HABÍA apreciado la magnífica complejidad de un droide de limpieza. Esparcidos por la larga mesa de trabajo había rociadores, controladores, cepillos, cabezales de pulido, boquillas de vacío, desintegradores, infrasecadores, paneles lógicos y una docena de otros equipos semi-miniaturizados, con olor a jabón, que parecían completamente pertinentes para la función del droide. Lo que no había resultado pertinente, una vez que había identificado su verdadera naturaleza, era el pequeño droide parásito que había encontrado empalmado en sus sistemas de control.

Disfrazado como un módulo analizador de manchas y disolventes, el parásito era una maravilla de la ingeniería de espionaje, tan hábilmente diseñado que la seguridad del Templo no podía ser criticada por haberlo pasado por alto. En lugar de requerir su propia lente y micrófono, el parásito había hackeado los receptores fotosensibles y de audio del droide de limpieza. Ni siquiera necesitaba su propia unidad de almacenamiento de datos. En cambio, había sobrescrito todo el banco de reconocimiento de manchas del host, luego dividió esa parte del chip de datos para su propio uso. Para transmitir, el parásito simplemente esperó hasta que estuvo cerca de una puerta abierta, luego insertaba una ráfaga de datos comprimidos codificados, que sonaban como una interferencia normal de estática, en el flujo de comunicaciones del propio droide de limpieza. Eso, Jaina lo había descubierto.

Lo que no había descubierto era cómo Javis Tyrr podría haber llegado con un dispositivo tan sofisticado. El droide parásito era claramente un equipo de vigilancia de última generación, del tipo que costaba millones de créditos, probablemente decenas de millones, para producirlo. Los periodistas simplemente no tenían acceso a ese tipo de recursos, especialmente los ataques de terceros como Tyrr.

Jaina tomó un muy necesario sorbo de café. Lo que permitió que su mirada recorriera la mesa al azar, preguntándose quién tendría los recursos para adquirir equipo de vigilancia como para una policía secreta, así como el deseo de ponerlo en manos de Tyrr. Daala era una posibilidad obvia. Pero ella y Tyrr parecían un equipo poco probable, dado que los informes de Tyrr habían sido casi tan duros con ella como lo habían sido con los Jedi.

Una campanilla suave sonó detrás de Jaina. Hizo girar su taburete para ver qué le había aparecido la computadora esta vez… y tuvo su respuesta.

En la pantalla había una comparación visual entre dos chips lógicos miniaturizados. El de la izquierda era del droide parásito. El chip de la derecha provenía de un suministro de equipos de espionaje, capturados cerca del final de la última guerra civil, cuando los Jedi abordaron el Anakin Solo. Según la leyenda debajo de la imagen, el equipo se había recuperado de los alojamientos temporales de uno de los Imperiales que había estado a bordo en ese momento, un cierto Moff Lecersen.

Jaina de repente sintió que tenía la barriga llena de serpientes. Encontró su comunicador en la mano sin recordar como lo había tomado. Apretó el código de marcado rápido de Jag, luego esperó con furia creciente durante los cinco segundos que le llevó responder.

—Es bueno saber de ti —dijo, sin dejar dudas de que su asistente lo había comprobado para asegurarse de que se trataba de ella, antes de pasarle el comunicador—. Esto tiene que ser rápido. Estamos en camino a…

—Cancélalo —dijo Jaina—. Necesitamos hablar.

—Jaina, no puedo. La Jefa Daala me está esperando.

—No me importa si el Emperador mismo ha resucitado para conocerte —dijo Jaina—. Necesitas escuchar esto, y necesitas escucharlo ahora.

Jag guardó silencio por un momento y luego dijo:

—¿Qué pasa?

—Cuando llegues aquí. —Jaina ni siquiera consideró el darle una pista; Si Lecersen podía ayudar a Javis Tyrr a introducir un bicho en el Templo Jedi, entonces también podría plantar uno en la limusina de Jag—. Haré que un aprendiz se encuentre contigo en el hangar oriental.

Jaina colgó sin esperar respuesta, luego se dirigió al dormitorio de los aprendices para organizar la escolta de Jag. Estaba tratando de mantener la cabeza despejada, a pesar de la furia fría que se acumulaba en su interior. Al final de la última guerra civil, Lecersen y los otros Moff habían estado lo suficientemente felices, como para aceptar un Jefe de Estado designado por los Jedi, en lugar de enfrentar la ejecución por los crímenes de guerra que habían cometido al desplegar su nanovirus. Pero nunca habían superado la vergüenza de tener esos términos dictados por Luke Skywalker. Y ahora estaban absolutamente irritados ante la firme negativa de su nuevo Jefe de Estado, de tolerar la corrupción habitual en el Remanente Imperial. Así que Jaina no vio ninguna razón para dudar de que Lecersen estaba detrás del espionaje. Sus únicas preguntas eran cuánto había escuchado y cuánto daño le causaría a Jag y a los Jedi.

Jaina se volvió hacia la mesa del laboratorio y tomó el pequeño módulo que fue la causa de su enojo. Sería de gran ayuda saber cuánto de su conversación pudo transmitir el droide a Javis Tyrr. Ahora que sabía algo sobre su diseño y origen, eso incluso podría ser posible, pero no sin ayuda. Si bien Jaina siempre había sido hábil con las máquinas, desarmar un equipo de espionaje tan sofisticado requería de alguien más que simplemente «hábil». Si se equivocaba, el módulo seguramente se autodestruiría.

Lo que Jaina necesitaba era la ayuda de Lowbacca. Sabía que él estaría feliz de apoyarla, pero luego escucharía la conversación sobre Daala y los mandalorianos. Así que ¿Cómo podría Jaina pedirle que guardara un secreto que ni ella misma estaba segura de que debería guardar?

Un suave silbido sonó desde el frente del laboratorio cuando la puerta se abrió. Jaina revisó su crono y vio que solo habían pasado cinco minutos desde que se había comunicado con Jag.

—Wow, eso fue rápido —dijo Jaina, todavía estudiando al droide parásito—. Debes haber estado justo encima de la …

Dejó que la frase se desvaneciera al sentir quién estaba entrando por la puerta. El aura en la Fuerza no pertenecía a Jag, sino a sus padres, y ambos estaban muy tristes y enojados. Jaina colocó rápidamente el droide parásito de nuevo sobre la mesa y se giró, justo a tiempo para ver a su madre dirigiéndose hacia el laboratorio desordenado.

Por supuesto, la mirada de su madre se dirigió directamente a la maraña de circuitos y cables de alimentación frente a Jaina.

—¿Qué es eso? —Echó un vistazo a las partes del droide limpiador—. Esto se parece a tu habitación cuando tenías doce años.

—¿Realmente estaba así de ordenado? —Cuando la broma no logró aligerar el oscuro estado de ánimo, Jaina explicó—. Creo que descubrí cómo Javis Tyrr ha estado obteniendo sus imágenes desde el interior del Templo.

Jaina sabía que no debía mentir sobre el droide. Intentar mentirle a una madre Jedi sería más que inútil, haría sonar las alarmas. En cambio, su única esperanza de mantener su secreto sobre los mandalorianos era parecer relajada y simplemente evitar el tema.

—¿Recuerdas la unidad de limpieza que estaba trabajando cerca de la puerta del hangar, cuando Barv y Yaqeel salieron de la curva? —Cuando su padre asintió, Jaina recogió el droide parásito y lo hizo girar entre el pulgar y el índice—. Encontré a este pequeño bicho escondido dentro de él.

Cuando ninguno de sus padres mostró algún interés, en cómo Jaina había encontrado el bicho, uno que había sido pasado por alto por la seguridad del Templo, al menos una docena de veces, supo que algo estaba terriblemente mal. Regresó el parásito a la mesa, luego observó con creciente preocupación cómo sus padres se acercaban.

—¿Qué pasa?

Su padre vino a su lado.

—Cariño, no hay una manera fácil de decirte esto.

Le tomó ambas manos y Jaina suspiró aliviada. Al menos nadie más en la familia estaba muerto. Si alguien hubiera muerto, su padre la habría aplastado en un abrazo de oso, y de todos modos, ella lo habría sentido primero en la Fuerza. No quedaban muchos Solo-Skywalker.

Como su padre no parecía capaz de decir algo, Jaina se volvió hacia su madre.

—¿Se fue Ben? —preguntó—. Sé que Cilghal cree que son los estudiantes que estaban en el refugio los que están en riesgo.

—Ben está bien, hasta donde sabemos —dijo Leia—. Es sobre Jag.

—No, acabo de hablar con Jag. A menos que haya habido un intento de asesinato en los últimos… —Jaina revisó su crono y se alarmó al ver que Jag podría llegar en cualquier momento—… diez minutos, está perfectamente bien.

—No lo estará después de que escuches esto —dijo su padre—. Prepárate, chica.

Jaina frunció el ceño.

—¿Para qué?

—Cariño, hay algo que Jag te ha estado ocultando. —Su madre miró a su padre y luego continuó—. Tu padre y yo pensamos que deberías escucharlo primero de nosotros.

—¿Qué? —Jaina liberó sus manos de las de su padre y luego arrugó la frente—. ¿Vas a decirme que Jag ha estado viendo a alguien más?

Para consternación de Jaina, sus padres ni siquiera esbozaron una sonrisa.

—Peor que eso —dijo su padre—. Ha estado aprovechándose de ti.

—Lo dudo mucho, papá. —Jaina se quitó la bata—. Jedi, ¿recuerdas?

—Así es tu madre —respondió—. Y solo conoce la mitad de mis secretos.

Su madre le disparó rápidamente una mirada fulminante, luego se volvió hacia Jaina.

—Jaina, no puedes saber sobre esto…

—Porque si lo supieras, no habríamos tenido que escucharlo de un espía. —Su padre tomó sus manos nuevamente—. Jaina, cariño, la Jefa Daala está buscando a los mandalorianos.

El estómago de Jaina se hundió. Finalmente entendió lo que sus padres habían venido a contarle sobre Jag, y sabía lo traicionados que debían sentirse por su decisión de mantener la información en secreto. Pero también se sintió inmensamente aliviada, porque ya no tenía que luchar con sus propias lealtades divididas guardando el secreto para ella misma. En verdad, se había estado preguntando cuánto tiempo podría aguantar.

—Esa es una buena información —dijo su madre, aparentemente malinterpretando la razón de la seriedad de Jaina—. Viene desde arriba.

—¿Entonces? —Al darse cuenta de que tenía que reaccionar como si esto no fuera una noticia vieja para ella, Jaina liberó sus manos nuevamente y levantó un pulgar.

—Primero, ¿a quién le importa? A menos que el mismísimo Boba Fett venga, podemos manejar una compañía de mandos sin ensuciarnos la ropa.

—Pero aun así habrá una batalla —le recordó su madre—. Y en ese tipo de pelea, todos pierden algo.

—Sí —estuvo de acuerdo su padre—. Y en este momento lo último que necesitan los Jedi para aparecer en los holonoticias, es a un montón de mandalorianos muertos en las puertas del Templo.

—Buen punto —dijo Jaina.

Realmente no quería hacer la siguiente pregunta. Claramente, sus padres ya sabían, de alguna manera, que Jag había estado guardando lo que sabía para sí mismo. Su única oportunidad de redimirlo ante sus ojos, sería hacerles ver que Jag había tenido el honor de guardar el secreto. Bueno, para que su madre lo viera, su padre nunca lo entendería. Pero si Jaina podía convencer a su madre, su madre eventualmente haría que su padre perdonara a Jag.

—Pero no veo qué tiene que ver todo esto con Jag —continuó Jaina—. ¿A menos que esas compañías mandalorianas lleguen en transporte Imperial?

—No me sorprendería —resopló su padre.

—Bueno, a mi si —replicó Jaina—. Los Moff hicieron que Boba Fett regresara a Mandalore para siempre. No veo a los mandalorianos pidiendo a alguien del Imperio que los lleve.

—Cierto —dijo su madre—. Pero eres una chica inteligente, Jaina. Sabes a qué nos referimos.

Jaina suspiro. Dejando caer la barbilla como una niña de diez años atrapada en una mentira sin importancia, revisó subrepticiamente su crono una vez más. Había pasado casi un cuarto de hora desde que había llamado a Jag. Asumiendo que estaba en camino para encontrarse con Daala, no podría haber estado muy lejos del Templo en ese momento. Llegaría en cualquier momento, y lo último que necesitaba era que él entrara al laboratorio, antes de que ella hiciera comprender a sus padres por qué había guardado el secreto, al menos si quería que fueran a la boda.

—Está bien —dijo Jaina—. Digamos que Jag sabía que vendrían los mandalorianos. ¿Y qué? Eso no significa que deba decirnos.

—¿Te estás volviendo loca? —explotó su padre—. ¡Somos lo más cercano que tiene a una familia en este momento! Y Luke es quien le dio ese cargo.

—El cual viene con una larga lista de deberes y obligaciones —respondió Jaina con la misma intensidad—. ¡Ninguno de los cuales incluye ser un Jedi! Ya tiene suficientes problemas para mantener a los Moffs alineados, sin meterse en medio de nuestros problemas con Daala.

Jaina supo por el largo silencio que siguió, que acababa de dejar que el rencor saliera del pozo. No se había sorprendido lo suficiente, no lo suficientemente enojada, como para escuchar esto por primera vez. Su padre hizo una mueca como un jugador de sabacc que acababa de darse cuenta de que estaba apostando a una mano perfecta, volviéndose para encontrar a su madre estudiándola con la mandíbula floja y los ojos entrecerrados.

—Lo sabías —dijo su madre—. Y no le dijiste a nadie.

Jaina dejó escapar un largo suspiro.

—Mamá, hay mucho en juego…

—Espera un minuto —interrumpió su padre. Miró a su madre y luego señaló a Jaina—. ¿Sabía lo de los cabeza de cubo?

Su madre cerró los ojos y asintió.

—Sí, Han. Jaina sabía acerca de los mandos, y sabía que Jag no nos estaba diciendo. Por eso lo está defendiendo.

—Lo estoy defendiendo porque estaba cumpliendo el juramento de actuar siempre en el mejor interés del Imperio —respondió Jaina—. El juramento que hizo porque el tío Luke lo empujó a convertirse en su Jefe de Estado.

La mirada de su padre se volvió fría y enojada, balanceándola sobre sus talones.

—¿Qué pasa con los juramentos que tú hiciste? —demando—. ¿No cuentan, ahora que estás a punto de convertirte en la Alta Dama Fel?

Sacudió la cabeza con disgusto, luego giró sobre sus talones y salió corriendo hacia la puerta, dejando a Jaina demasiado aturdida para responder, y al borde de caer de nuevo

en el oscuro pozo de soledad y remordimiento, que casi la había tragado después de haber matado a Jacen. Se volvió y encontró que la mirada de su madre era ligeramente menos condenatoria que la de su padre, aunque la expresión de su rostro era de desilusión más que de ira.

—Mamá, tienes que entender —dijo Jaina.

Antes de que pudiera explicar cómo Jag estaba tratando de llevar al Remanente completamente a la Alianza Galáctica, su madre levantó una mano para silenciarla.

—Jaina, hablaremos de esto más tarde —dijo, siguiendo a Han—. En este momento, mejor me aseguro de que Han no lastime a alguien.

Jaina asintió, pensando que su madre solo estaba hablando en términos exagerados, pero ella también sintió una presencia familiar al acercarse a la puerta del laboratorio.

—¡Oh, Kriff! —Jaina comenzó a caminar hacia la entrada del laboratorio, hasta que su madre señaló con el dedo el taburete.

—Siéntate —ordenó—. Me encargaré de tu padre.

La puerta se abrió de golpe incluso antes de que terminara de hablar, luego Jagged Fel salió a la vuelta de la esquina con el cuello y el atuendo ceremoniales volando, ya que Han Solo venía por el otro lado.

—Oh, capitán Solo, mis disculpas —dijo Jag, extendiéndose para alcanzarlo—. Jaina no dijo que ustedes…

—¡Fuera de mi camino, sleemo! —Las palmas de Han atraparon a Jag cerca de las axilas y lo enviaron tropezando de regreso, hacia su asombrada escolta rodiana—. No pienses que no te dispararé solo porque podría comenzar una guerra.

Dicho eso, pasó y desapareció de la vista, dejando a Jag con la boca abierta mientras la madre de Jaina entraba por la puerta.

—Uh, Princesa Leia —dijo Jag dudando—, no estoy seguro de qué se trataba eso…

—Claro que sí —interrumpió Leia. Acercándose a Jag, sin detenerse hasta que su nariz estuvo a la altura de su pecho, luego lo miró a los ojos—. Mi hija parece pensar que tenías una buena razón para mantenerte callado, y tal vez la tengas. Pero esta debería ser la última vez que te veamos dentro del Templo Jedi por un tiempo.

La cara de Jag cayó. Parecía enojado, culpable y avergonzado al mismo tiempo, pero no trató de discutir o explicar. Simplemente asintió.

—Por supuesto que entiendo. —Miró hacia Jaina y luego preguntó—. ¿Sería aceptable para mí hablar con Jaina antes de irme?

Leia frunció el ceño al laboratorio.

—Creo que será lo mejor —dijo—. Ustedes dos definitivamente tienen algunas cosas que discutir.

Con eso, giró y desapareció por el pasillo siguiendo nuevamente a Han.

Jaina se dejó caer en el taburete y se quedó mirando el suelo mientras escuchaba los tacones de Jag que cruzaban hacia ella.

—Ya sé cómo se enteraron.

Había suficiente tono en esto de Jag para lastimar a Jaina y hacerla sentir aún más sola. Se recordó a sí misma que una vez, hace mucho tiempo, le había dado una razón para dudar de su promesa. Le ayudó a contener la respuesta aguda que había surgido casi automáticamente dentro de ella.

—No sé cómo se enteraron —dijo de manera plana—. Mencionaron un espía, pero no estaban de humor para hablar de eso.

Jag se detuvo frente a ella y asintió.

—No creo que importe, al menos no en esta etapa. —Había más confianza en su voz ahora, y alivio—. Pero va a complicar las cosas.

Jaina levantó la vista y resopló, tan conmocionada por las implicaciones de lo que acababa de suceder, para ella, los Jedi y el futuro de la Alianza Galáctica, que se sintió al borde de una risa histérica.

—No sabes ni la mitad.

—Estoy seguro de que no —dijo Jag, alcanzando sus manos—. Pero lo superaremos, lo prometo. Cuando tus padres se den cuenta de la importancia de este secreto para las conversaciones de unificación, entenderán la posición imposible en la que te puse.

—Sí, bueno, no esperes que te perdonen por eso. —Jaina esbozó una sonrisa débil, luego liberó sus manos—. Pero eso no es lo que quiero decirte. ¿Reconoces esto?

Alcanzó el droide parásito de la mesa del laboratorio y lo sostuvo frente a él.

Jag abrió mucho los ojos.

—Me temo que sí. —Echó un vistazo a las partes esparcidas frente a Jaina—. ¿Estaba dentro del droide de limpieza?

Jaina asintió con la cabeza.

—Me temo que sí —dijo—. ¿Lecersen?

—Probablemente. Lo sabré con seguridad una vez que acceda a la memoria.

—¿Cómo sabes que no lo he hecho ya? —Jaina preguntó.

—Porque todavía está en una pieza, y todavía tienes todos tus dedos.

Jag trató de tomar al droide parásito, pero Jaina lo apartó rápidamente.

—No tan rápido —dijo—. Los Jedi necesitan sacar algo de este desastre.

Jag dejó escapar un largo suspiro y luego asintió.

—Está bien —dijo—. Puedes recuperarlo cuando hayamos eliminado la carga de autodestrucción y hayamos copiado su memoria.

—Trato hecho. —Jaina se estiró para besarlo y luego dijo—. Pero creo que hay otra cosa para lo que lo necesitarás. —Jag frunció el ceño con desconcierto.

—Muéstraselo a Daala. —Jaina puso el droide en su mano y cruzó los dedos alrededor—. Podría hacernos bien a todos.

Capítulo Catorce

SHIP ESTABA ALLÍ EN LA JUNGLA DE HELECHOS Y HONGOS. VESTARA PODÍA sentir su presencia oscura en algún lugar al otro lado del río carmesí, en las faldas de un volcán que emanaba humo, el cual dominaba el horizonte que se acercaba. La estaba presionando en la Fuerza casi físicamente, golpeándola con miedo, alarma y enojo en sus esfuerzos por hacerla regresar. No quería que ella y el resto de sus compañeros se quedaran aquí con él. Ship les había enseñado todo lo que necesitaban para restaurar el Imperio Sith en la galaxia, y ahora quería que lo abandonaran a su destino y que ellos siguieran su propio camino.

Vestara entendió todo esto. Pero el Gran Lord Vol había enviado al *Cruzado Eterno* y su tripulación para que Ship regresara a Kesh, por lo que harían que Ship volviera. Vestara se concentró en la presencia de Ship por un momento, luego levantó la mano y señaló un afloramiento oscuro de basalto, aproximadamente a un cuarto del camino hacia el volcán.

—Ship está en algún lugar cerca de allí —dijo—. No sé exactamente dónde, pero debe tener una visión de nosotros. Está presionando mucho para que me regrese.

Lady Rhea estudió el afloramiento del banco yermo donde estaba la partida de recuperación, a la luz del sol azul. Normalmente habrían tratado de refugiarse agachándose debajo de los helechos a lo largo del río, pero habían aprendido por las malas que el follaje de este extraño planeta era más temible que el calor opresivo.

Después de un momento, Rhea asintió y se llevó un comunicador a la boca.

—*Cruzado*. ¿Tienes nuestra posición?

—Afirmativo.

La respuesta llegó con la melodiosa voz de Baad Walusari, el Sable Keshiri que había dejado al mando mientras dirigía al grupo de recuperación. En la mayoría de las naves, habría sido el oficial ejecutivo quien asumiera el control de la nave mientras el comandante estaba ausente. Pero un Sith que cometió un error tan tonto, era poco probable que se encontrara al mando de algo cuando intentara regresar a la nave. El Maestro Xal estaba allí con el grupo de búsqueda, donde Lady Rhea podía vigilarlo.

—Muy bien —dijo Lady Rhea—. Ship se esconde en ese volcán hacia el oeste. Preparen el rayo tractor si intenta moverse.

Walusari reconoció el comando, y Lady Rhea comenzó a emitir órdenes a la partida de recuperación, asignando pares de búsqueda y pidiendo un enfoque cuidadoso en un frente amplio. Por supuesto que Vestara y Lady Rhea irían directamente al afloramiento, con todos los demás desplegándose a los costados.

—Ship es demasiado inteligente para mostrarse donde el *Cruzado* puede obtener un bloqueo de sensores —terminó Lady Rhea, caminando frente a la larga fila de Sables que había traído para la operación de recuperación—. Así que será alguien de esta partida quien lo encuentre. Si ese eres tú, informe su ubicación, luego espere a que llegue y tome el control de la situación personalmente. ¿Está claro?

La mayoría de los Sables le aseguraron que sí, pero una mujer de piel de jengibre llamada Axela Zin preguntó:

—¿Y si Ship intenta huir?

—No lo dejes —respondió Lady Rhea—. Ship obedece a cualquier Sith con una fuerte voluntad. Todos ustedes tienen eso, o no estarían aquí. Simplemente ordénenle que permanezca donde está, luego esperen hasta que llegue.

Axela dejó caer la barbilla en muestra de sumisión.

—Gracias por su consejo, Lady Rhea. Estoy muy agradecida.

Rhea rechazó la adulación con un movimiento de su mano.

—No pienses en ello, Sable Zin. Estoy segura de que otros también necesitaban orientación. —Deteniéndose en el extremo opuesto de la línea donde estaba Vestara, luego se volvió y dijo—. Estoy segura de que no necesito recordarles que se cuiden en esta jungla. Pero si algo los atrapa, mueran en silencio. Su familia será recompensada si lo hacen y castigada si no lo hace.

Lady Rhea tenía razón, el recordatorio no era necesario. Ya, cuatro miembros del grupo de recuperación habían sido tomados por las plantas carnívoras, que parecían ser más la regla que la excepción en este extraño mundo. Pero la exhortación a morir en silencio fue recibida con el estremecimiento de que Vestara estaba segura de que Lady Rhea había tenido toda la intención, ya que era un recordatorio no demasiado sutil de que el alcance de un Lord Sith se extendía incluso más allá de la tumba de un subordinado.

Después de dar un momento para asimilar la advertencia, Lady Rhea le indicó al Maestro Xal y Ahri que esperaran, luego con un gesto de su mano le indicó al resto del grupo que fueran al otro lado del río. La mayoría de los Sables eligieron simplemente saltar con la Fuerza a la orilla contraría, cuando aterrizaron, Vestara sintió pena al ver un trío de ramas con largas espinas, que descendían de un árbol alto en forma de embudo, para empalar a Axela Zin de piel roja jengibre. Ya sosteniendo su sable láser en la mano, Zin rápidamente cortó las ramas de sus tallos leñosos, pero más ya se balanceaban desde otras direcciones. Su compañero de búsqueda y otro Sable rápidamente sacaron también sus parangs[7] de vidrio de sus cinturones, arrojándose al combate cuerpo a cuerpo. Para cuando llegaron las espadas, Zin ya estaba envuelta en enredaderas y siendo arrastrada hacia la copa del árbol. Vestara creyó que por no estar luchando significaba que ya estaba muerta.

—Sin un gemido —notó Xal, acercándose para unirse a Lady Rhea—. Creo que su hijo es un tiro.

—Toma nota, Vestara.

Aunque Vestara confiaba plenamente en su capacidad para recordar incluso una larga lista de nombres correctamente, su propia supervivencia estaba lejos de estar asegurada.

---

[7] Un Parang era un arma de hoja pesada, a veces hecha de vidrio, que fue utilizada por varias sectas de los antiguos Sith. Su principal ventaja era que podía ser arrojado a un enemigo y devuelto al lanzador, similar a un boomerang. Originalmente, la hoja curva del Parang se usaba como una herramienta de jardinería para cortar la maleza, pero más tarde se convirtió en un arma entre los Sith. Originalmente, el arma fue utilizada por los antiguos Sith. Fuente: https://starwars.fandom.com/wiki/Parang

Así que sacó un pequeño estuche de cuero de su bolsillo, luego se pinchó el dedo con un lápiz de sangre y escribió el nombre de Zin en una hoja de papel de loub.

—Su nombre está anotado —informó Vestara—. ¿Desea agregar algo sobre el hijo?

Lady Rhea asintió.

—El niño encontrará a su Maestro cuando regresemos.

Cuando Vestara hizo la nota, Xal sonrió con aprobación.

—Muy generoso. —Miró a través del río hacia donde el resto de los Sith que ya se desvanecían en la jungla—. ¿Tendrás algún consejo especial para mí?

—Lo tengo —dijo Lady Rhea—. La recuperación de Ship es muy importante para el Gran Lord Vol que quien reclama el crédito por ello. Si tú o Ahri lo encuentran, no escuchará otros nombres.

La ceja de Xal se alzó.

—Muy agradecido —dijo—. Y, sin embargo, Ahri y yo somos solo dos entre muchos. Es muy probable que alguien más encuentre a Ship… especialmente porque les has dado una ventaja tan significativa sobre nosotros.

—Y si lo encuentran, tu nombre será mencionado junto al mío —prometió Lady Rhea—. No quiero que nada interfiera con la recuperación de Ship. ¿Está claro?

Xal bajó su esbelta cabeza en un gesto de aceptación.

—En ese caso, ¿puedo sugerir que sigamos? Si nos quedamos demasiado atrás, habrá una brecha en la línea de búsqueda.

Lady Rhea lo estudió por un momento, sin duda preguntándose, como Vestara, cuánto tiempo le tomaría a Xal decidir que ganaría más traicionando el acuerdo que cumpliéndolo. Finalmente, lo despidió con un gesto.

Vestara devolvió su paquete de escritura a su túnica, luego observó cómo Xal y Ahri cruzaban el río, bailando a través de la superficie y usando la Fuerza para evitar que sus pies se hundieran. Tenían que pasar cerca de una isla cubierta por docenas de lagartos verdes, pero las criaturas parecían completamente desinteresadas. Simplemente continuaron acostados con las alas extendidas, disfrutando de la dura luz del sol azul gigante, apenas levantaron sus largos cuellos mientras Xal y Ahri pasaban corriendo. Pero la isla estaba rodeada por docenas de plantas acuáticas amarillas que, a pesar de la corriente del río, parecían estar creciendo hacia los lagartos. Cuando Ahri y Xal se acercaron, varios de estos hilos se cruzaron en su camino, y de repente atacaron como serpientes, viniendo hacia ellos desde todos los lados.

Ahri y Xal encendieron sus sables de luz y en una ráfaga giratoria de cuchilladas y salpicaduras, que los dejó ocultos detrás de un velo de vapor. Un par de tallos marchitos y humeantes salieron de la nube, y pronto la pareja estaba bailando en la orilla lejana. Treparon por la ribera en una serie de saltos cortos, usando la Fuerza para apartar, y a veces incluso arrancar, cada arbusto en su camino, luego treparon por el borde de un afloramiento de arenisca roja y desaparecieron en la selva más allá.

Lady Rhea señaló el afloramiento.

—¿Ves por dónde salieron del río?

Vestara asintió con la cabeza.

—Sí.

—Bien. Saca tus armas. —Lady Rhea desenganchó su propio sable de luz y sacó el parang de la funda del cinturón, luego dijo—. Ahí es donde iremos. Una vez que crucemos, atravesaremos nuestro propio corredor e iremos a buscar a Ship.

Esto era tan clásico en un Sith, que Vestara casi podría haberlo predicho, obligar a un subordinado a tomar el riesgo inicial, luego ir por detrás y reclamar la muerte. Vestara se acercó al borde de la ribera donde Lady Rhea la vería bien mientras sacaba sus armas, luego desenganchó su sable láser y desenvainó su parang. Un instante después sintió un empujón en la Fuerza y supo que tenía permiso para continuar.

Vestara se abrió a la Fuerza y sintió que la invadía, tan oscura y fría que era casi abrumadora. Nunca antes había estado en un lugar tan fuerte en la Fuerza, donde incluso le levantaba pequeños bultos en su piel, haciéndole que su columna se erizara de emoción. Ninguno de ellos lo había hecho, y podía decir por la precisión con la que aquí incluso Lady Rhea recurrió a la Fuerza, que todos estaban un poco asustados de su poder. Por supuesto, eso no impidió que nadie lo usara realmente. Ningún verdadero Sith jamás permitiría que el miedo se interpusiera entre él y el poder.

Vestara saltó al aire, usando la Fuerza para elevarse más y arrastrarse hacia el afloramiento que Lady Rhea había indicado. De vuelta en Kesh, o en cualquier otro planeta con una gravedad casi estándar, habría sido capaz de un saltar en la Fuerza solo a la mitad del río carmesí. Pero en este mundo extraño, cruzó la distancia fácilmente y bajó ligeramente, lista para defenderse tanto con sus armas como con la Fuerza.

Cuando ninguna rama cayó hacia su cabeza y ninguna enredadera arremetió para atraparle los tobillos, Vestara levantó la mano que sostenía su sable láser y señaló que estaba a salvo. Lady Rhea llegó al afloramiento un instante después, y juntas atravesaron río abajo a lo largo de la orilla del río. Después de cincuenta pasos, llegaron a su corredor de búsqueda y entraron en la jungla, Vestara tomó la delantera y viajó unos cinco pasos por delante. Aunque su sentido del peligro era mucho menos experto que el de su Maestra, no había duda de que Lady Rhea asumiera la posición de punto peligroso. Un aprendiz era, ante todo, el sirviente de su Maestro, y eso significaba recibir la peor parte de cualquier ataque que se les presentara.

El follaje en la jungla era principalmente de helechos y hongos gigantes, que, al menos hasta ahora, no habían demostrado tener apetito por la carne. Aun así, Vestara trabajó con el sable láser y su parang, cortando cualquier fronda, zarcillo o lóbulo que se encontraba a un metro de su camino. Habían descubierto que las plantas, por lo general, preferían atacar por sorpresa, sacando a sus presas de la retaguardia siempre que era posible.

Mientras caminaban, Ship continuó empujando a Vestara en la Fuerza, instándola a regresar y marcharse. El destino de Ship era servir, y no tuvo más remedio que obedecer a la poderosa Voluntad que le ordenó servir aquí. Pero era el destino de la Tribu gobernar, y no podían hacerlo desde aquí. Vestara no le prestó atención a las súplicas,

salvo que probablemente Ship aún podía verlas, al poder expresar sus preocupaciones en mente de Vestara con tanta claridad.

Habían viajado alrededor de un kilómetro por encima de la falda del volcán cuando Lady Rea emitió una orden aguda, atrapando a Vestara a medio paso.

—Detente ahora.

Vestara obedeció al instante, usando la Fuerza para recuperar su peso mientras se movía hacia su pie delantero. Se quedó allí usando la Fuerza para equilibrarse en una pierna, mientras Lady Rhea cubrió los cinco pasos entre ellas. Al lado de Vestara, la Lord Sith hizo una pausa, usando la Fuerza para despegar una delgada estera de madera, tan perfectamente camuflada que era imposible distinguirla del suelo cubierto de humus.

Debajo del tapete yacía un mullido roedor verde del tamaño de una mano humana. Mitad podrida, la criatura fue empalada en una alfombra de púas del tamaño de un dedo, que sobresalía de una malla de raíces semienterradas. Vestara bajó con cuidado el pie que casi había entrado en la trampa, luego tomó nota de las hojas amarillas del arbusto de las cuales las raíces parecían emanar.

—Gracias, Lady Rhea —dijo Vestara—. Eso hubiera sido muy doloroso.

—Probablemente fatal —corrigió Lady Rhea—. Esas púas están envenenadas.

Vestara dejó caer su mirada hacia las púas, tratando de estudiarlas sin ser demasiado obvio al respecto. No vio indicios de que el roedor hubiera muerto de otra cosa que no fuera empalado, pero sabía que no debía cuestionar el pronunciamiento de su Maestra.

En cambio, Vestara dijo:

—Este es un mundo al revés, ¿no cree?, donde las plantas se comen a los animales.

Lady Rhea asintió con la cabeza.

—No hay nada natural en este mundo, desde donde está oculto hasta las formas de vida que lo habitan. —Miró hacia la jungla, con los ojos entrecerrados por sus pensamientos—. Es por eso que Ship nos trajo aquí, creo. En virtud de su existencia, este mundo antinatural es un lugar de gran poder.

—Le ruego su indulgencia, Lady Rhea. —Por dentro, Vestara estaba encolerizada por el castigo que sin duda recibiría por estar en desacuerdo con su Maestra, pero tenía que asegurarse de que Lady Rhea estuviera completamente informada de la actitud de Ship; la misión podría depender de ello más tarde—. Pero no creo que Ship realmente nos quiera aquí. Él sigue tratando de alejarme.

Para sorpresa de Vestara, Lady Rhea en realidad sonrió.

—Por supuesto que sí. Quiere asegurarse de que somos dignos.

Vestara vio de inmediato lo que su Maestra estaba pensando.

—¿Cree que nuestra presencia aquí tiene algo que ver con el Regreso?

—Exactamente. —Los ojos de Lady Rhea brillaron con aprobación—. Ship nos ha estado preparando todo el tiempo.

Vestara tuvo que estar de acuerdo, parecía muy posible. Según el mito de Keshiri, una especie de misteriosos Destructores regresaba a la galaxia cada pocos eones, para acabar con la civilización y devolver a todos los seres a sus estados naturales y primitivos. A

través de una combinación de accidentes históricos y destino, los ancestros Sith de la Tribu Perdida, habían aterrizado en Kesh más de cinco milenios antes, y los nativos Keshiri habían considerado a los sobrevivientes como los Protectores legendarios, destinados a defender su mundo cuando regresaron los Destructores.

Al principio, los Sith habían visto el mito como nada más que una forma conveniente de mantener el dominio sobre una población nativa mucho más grande. Pero a medida que pasaron los siglos, sus descendientes comenzaron a descubrir evidencia arqueológica que sugería que el mito era en realidad un hecho histórico. Finalmente, la Tribu Perdida había llegado a aceptar que su acto de engaño era, después de todo, su destino.

Y ahora, allí estaban, conducidos a un lugar de oscuridad por un Ship tan viejo como los Sith, un lugar que obviamente había sido construido por seres que poseían poder y conocimiento más allá de lo imaginable. ¿Fue un salto lógico creer que Ship los había traído aquí con un propósito?

Vestara inclinó la cabeza hacia su Maestra.

—Su sabiduría eclipsa este sol, Lady Rhea. No veo ninguna razón por la que Ship nos hubiera traído a un mundo así, si no fuera por otorgarnos el poder que necesitamos…

Dejó que la frase cayera, ya que de repente vio otra razón por la que Ship podría haberlos traído a ese lugar.

—¿Vestara? —Lady Rhea usó la Fuerza para sacudir su brazo—. ¿Hay algo mal?

—Yo… no lo sé —confesó Vestara. Se volvió para mirar a Lady Rhea directamente a los ojos—. Acabo de tener un pensamiento, uno que debe estar equivocado.

Lady Rhea frunció el ceño, porque esta frase era la única forma aceptable para que un aprendiz no estuviera de acuerdo con el Maestro.

—¿Por qué debe ser eso?

—Porque estoy seguro de que ya ha pensado en esta posibilidad y la descartó —dijo Vestara—. ¿Pero y si Ship nos trajo aquí porque este es el hogar de los Destructores?

Vestara sabía, por los ojos endurecidos de Lady Rhea, que no había pensado en esa posibilidad, pero la perturbó la idea de que ni siquiera se molestara en fingir lo contrario.

—Tienes una imaginación alarmante, Vestara. —Lady Rhea permaneció perdida en sus pensamientos por un momento y luego dijo—. Muy bien, ¿por qué Ship nos llevaría a la casa de los Destructores?

—¿Qué pasa si Ship ha sido su sirviente todo el tiempo? —preguntó Vestara—. Si los Destructores estuvieran al tanto del destino de la Tribu, ¿qué mejor manera de evitarlo que enviar un agente que nos llevara a su alcance?

—Una táctica sólida. —Lady Rhea les hizo un gesto para que comenzaran a escalar nuevamente, luego siguieron cerca mientras Vestara daba la vuelta alrededor del lecho de raíces de púas—. Pero no somos la Tribu. ¿Qué ganarían los Destructores al destruir una fragata de guerreros?

Vestara frunció el ceño. Eso era un problema.

—Tiene razón, por supuesto. Un espía no vale nada para un enemigo si no está en su casa.

—¿Y por qué Ship habría venido a nosotros en primer lugar? —Lady Rhea presionó—. La Tribu estaba atrapada en Kesh, pero ahora deambulamos por la galaxia a voluntad. Ship no ha hecho nada más que hacernos más fuertes.

—Cierto —dijo Vestara—. Pero ahora nuestro enfoque está en los Jedi, no en los Destructores. El objetivo puede ser mantenernos mirando en una dirección cuando deberíamos estar mirando en la otra.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí? —Lady Rhea preguntó—. Si este es el hogar de los Destructores, Ship no ha hecho nada más que llamar nuestra atención.

—Y revelar su ubicación —agregó Vestara, al ver la debilidad de su propio argumento—. Pido disculpas, Lady Rhea. No he hecho nada más que llenar su cabeza con nociones tontas.

—Nuestros enemigos a veces tienen nociones tontas, Vestara, y es bueno entenderlos. —Mientras Lady Rhea hablaba, se alzaron en la cresta de la falda del volcán, viendo por delante el oscuro afloramiento que era su destino—. Continúa pensando en esto, y llena mi cabeza con cualquier otra idea tonta que puedas tener.

—Como desee —prometió Vestara—. Gracias por no pensar mal de mí por sugerir tales tonterías.

—No hay necesidad de agradecer —dijo Lady Rhea—. Solo ten cuidado de no expresar tus tontas sugerencias donde otros puedan escucharlas. Tenemos una reputación que cuidar.

Vestara sonrió, dándose cuenta de que no había sentido a Ship por varios minutos tratando de alejarla. Usó su sable láser para atravesar una hoja del tamaño de un paraguas, cayendo una maraña de vides malolientes, luego extendió su conciencia de la Fuerza hacia el afloramiento y, en lugar de Ship, sintió a su amigo Ahri.

Incluso antes de que Vestara pudiera maldecir por lo bajo, Lady Rhea preguntó:

—¿Qué es?

—El aprendiz Raas —dijo Vestara—. Creo que el Maestro Xal abandonó el corredor de búsqueda que le asignaste y fue directo al afloramiento.

—¿Y eso te sorprende porque…?

Vestara exhaló exasperada.

—Porque pensé que habías hecho un trato con él.

—Le ofrecí un trato —corrigió Lady Rhea—. El cual no rechazó.

—¿No es lo mismo que aceptar?

—Muy cerca —dijo Lady Rhea, resoplando divertida—. Obviamente, no tenía intención de honrar nuestro acuerdo en ninguno de los casos.

—Entonces, ¿por qué ofrecerlo? —Vestara preguntó.

—Tú dime —respondió Lady Rhea—. ¿Qué logré?

Vestara pensó por un momento, luego vio lo que su Maestra había hecho.

—Lo tienes jugando tu juego —dijo—. Pensó que te estaba engañando, así que no intentó otra cosa.

—Te haremos un Sable. —Lady Rhea puso una mano sobre el hombro de Vestara y la detuvo, luego habló más suavemente—. Ahora cuéntame sobre ti y el aprendiz Raas. ¿Están lo suficientemente cerca como para poder reconocer su aura en la Fuerza?

Vestara inmediatamente se sintió culpable.

—No hay deslealtad hacia usted, Lady Rhea. Ahri y yo hemos sido mejores amigos desde que éramos tiros.

—Así lo pensé —dijo Lady Rhea—. Por eso Xal lo eligió.

Vestara levantó la ceja.

—Pensé que era porque Ahri es… bueno, Keshiri.

—Y Xal es… ¿no? —Lady Rhea sonrió—. Esa es parte de la razón, estoy segura. Nunca está de más mantener la vista en las debilidades de uno, como bien sabes.

Lady Rhea pasó un dedo por los remolinos de los ojos, cuidadosamente aplicados que Vestara pintaba todas las mañanas, para desviar la atención de la pequeña cicatriz en la esquina de su boca.

—Pero la verdad es que el Maestro Xal esperaba que la relación de Ahri contigo fuera beneficiosa.

—¿Yo? —Vestara jadeó—. ¿Por Ship?

—Porque eres mi aprendiz —dijo Lady Rhea—. Estoy segura de que Xal esperaba que tu amistad con Ahri, pudiera darle una idea de mi forma de pensar en alguna ocasión.

El corazón de Vestara se le subió a la garganta.

—Lady Rea, yo nunca…

—Lo sé, Vestara —dijo—. Y estoy segura de que es por eso que Xal está tan decepcionado con tu amigo.

El corazón de Vestara se hundió. Lo último que quería era hacerle la vida difícil a Ahri, pero no iba a traicionar a su propia Maestra para que él quedara bien.

Pero eso era exactamente lo que Lady Rhea parecía tener en mente.

—No sé qué tan cerca están ustedes dos —dijo—. Pero no estaría de más dejar que Ahri progrese.

Los ojos de Vestara se agrandaron.

—Quiere decir… —Sabía lo que Lady Rhea quería decir, pero no podía decirlo en voz alta, no cuando eso significaba traicionar a su mejor amiga—. ¿Quiere decir que quiere que use a Ahri?

—Quiero decir que Xal vendrá por ti —respondió Lady Rhea, exasperada—. Sería bueno si tuvieras un amigo que te diera una pequeña advertencia.

—Oh. —Vestara hizo una pausa, dándose cuenta de que Lady Rhea estaba sugiriendo exactamente lo que había pensado… y que su única opción real era tomar el consejo o morir—. Cuando lo pone así…

Lady Rhea asintió con la cabeza.

—Exactamente. —Soltó el hombro de Vestara y señaló la pendiente—. Ahora vamos a buscar a Ship.

Esperando que el parang de Xal saliera volando de la jungla en cualquier momento, Vestara la condujo por el acantilado hasta donde sintió a Ahri esperando. Para su deleite, cuando lo encontró, no estaba al acecho en una emboscada, ni se destacaba a la intemperie como cebo. Estaba agachado en la base del afloramiento, escondiéndose entre dos rocas y observando la entrada de una cueva volcánica que parecía apenas lo suficientemente grande como para que cupiera Ship.

Aunque Vestara y Lady Rhea estaban usando la Fuerza para acercarse en completo silencio, su cabeza giró hacia ellas cuando todavía estaban a veinte pasos de distancia, y la expresión de alivio en su hermoso rostro fue suficiente para eliminar todos los pensamientos de una emboscada de la mente de Vestara. Usó la Fuerza para saltar cubriendo los últimos doce metros a su lado, luego se agachó junto a las rocas donde se escondía.

—¿Qué es? —susurró.

Ahri se encogió de hombros.

—El maestro Xal quería sacar solo a Ship —dijo—. Me dijo que me quedara aquí y le avisara cuando te viera.

Vestara frunció el ceño.

—¿Lo hiciste?

Ahri sacudió la cabeza.

—Ni siquiera puedo sentirlo —dijo—. Inténtalo.

Vestara frunció el ceño, pero se acercó a la Fuerza e inmediatamente se sintió abrumada, por el mismo anhelo oscuro que había experimentado al acercarse al sistema. Había algo dentro de la cueva, hambriento, solitario y poderoso, pero no era Xal. Tampoco era Ship.

Se giró hacia Ahri.

—Eso no es bueno.

—Cuéntame sobre eso —dijo—. ¿Qué quieres hacer?

—No lo sé. —Vestara miró hacia la colina, luego se acercó a Lady Rhea y vertió sentimientos confiados en la Fuerza—. ¿Seguir las órdenes?

Ahri asintió.

—En caso de duda…

Un momento después, Lady Rhea subió la cuesta, pareciendo mucho menos preocupada por la situación de lo que Vestara sospechaba que realmente estaba. Se detuvo frente a la boca de la cueva y miró en la oscuridad, luego habló sin volverse para mirar a Ahri o Vestara.

—¿Debo suponer que el Maestro Xal está allí?

—Hasta donde yo sé —respondió Ahri—. Entró hace unos cinco minutos.

—¿Ship?

Ahri se encogió de hombros.

—Escuchamos algo, pero…

—Nunca asumas algo —terminó Lady Rhea. Extendió una mano hacia Ahri, usando la Fuerza para hacer flotar una vara incandescente de su cinturón de equipamiento—. ¿No sabes que es una mala forma perder a tu Maestro, aprendiz Raas?

Ahri le lanzó a Vestara una mirada nerviosa y luego, cuando ella le dirigió una sonrisa tranquilizadora, dijo:

—Solo estaba siguiendo las instrucciones de mi Maestro, Lady Rhea.

Dedicándole una sonrisa maliciosa.

—Estoy segura de que así fue. —Lady Rhea activó la barra luminosa de Ahri, luego la arrojó a la cueva. Vestara vislumbró brevemente algo grande y gris que colgaba del techo, o tal vez eran muchas cosas, todas largas y retorcidas, con ventosas en la parte inferior y ganchos de púas amarillos en los extremos.

La barra luminosa rebotó en el suelo y rodó en un círculo lento, arrojando un disco de luz azul pálido a través de las paredes porosas. Una momia retorcida, del tamaño de un hombre, se iluminó brevemente, envuelta en seda púrpura y colgada en la pared del fondo, luego la luz pasó y se detuvo en la oscura garganta de un largo túnel negro que descendía hacia el corazón de la montaña.

Lady Rhea señaló la barra luminosa, usando con calma la Fuerza para hacerla rodar por el suelo hasta que el disco de luz se detuvo en el capullo púrpura que colgaba de la pared posterior. Vestara no se sorprendió al ver el contorno de la cara afilada del Maestro Xal envuelto en la seda, con una pequeña burbuja sobre su boca entrando y saliendo mientras luchaba por respirar.

—Bueno —dijo Lady Rhea—, no creo que Ship haya hecho eso. —Hizo un gesto a Vestara y Ahri hacia la boca de la cueva. Vestara tragó saliva, luego se volvió hacia Ahri—. Es tu maestro —dijo.

Ahri asintió.

—Por suerte para mí —respondió—. Si esto no va bien…

—Sí —prometió Vestara—. Solo te mataré.

Ahri salió de su escondite, encendió su sable láser y se zambulló dentro de la cueva. Cuando las cosas grises en forma de tentáculo que colgaban del techo no cayeron inmediatamente para atraparlo, apareció cortando el capullo del Maestro Xal.

Vestara no vio exactamente lo que sucedió después, porque se zambulló en la cueva después de Ahri. Rodando por el suelo lleno de bordos, luego se acercó al otro lado de Xal, bajando su espada roja de Lignan a lo largo de su costado.

Liberado de la pared a Xal, más no de capullo, se lanzó hacia adelante, habiéndose estrellado contra el suelo si no hubiera usado la Fuerza para detener su caída. Sin prestarle más atención, Vestara se giró para mirar los tentáculos grises que había visto antes.

Ya no colgaban del techo. De hecho, no se veían en ninguna parte, aunque había un sonido sordo definitivo proveniente de la dirección del túnel oscuro que la barra luminosa había revelado antes. Vestara rápidamente usó la Fuerza para girar el rayo de luz hacia el

túnel…, encontrándose mirando a una mujer atractiva y esbelta. Sus ojos eran grises y su cabello hasta los hombros era del color de la miel.

Vestara todavía estaba luchando por comprender lo que estaba viendo, cuando Ahri saltó delante de ella, su sable láser centelleó en el hombro de la mujer. Llegó el distintivo chisporroteo de una cuchilla sobrecalentada que cortaba carne y hueso, luego el acre olor a carne quemada.

De repente, Ahri estaba golpeando la pared de la caverna detrás de Vestara, su sable láser ya no ardía. Su cabeza fue golpeada con un ruido sordo repugnante. Vestara observó con horror cómo cayó al suelo retorciéndose, luego encendió su propia espada y saltó al ataque.

En el siguiente instante se encontró colgando en la oscuridad, sosteniendo un sable láser desactivado, mirando a un par de grandes ojos grises tan fríos y sin vida como perlas. De repente, Vestara tuvo otra noción tonta en cuanto a la razón por la cual Ship podría haberlos conducido hasta aquí, una que la asustó mucho más que todas las demás. Quizás Ship los había traído aquí no para destruir a la Tribu, sino para liberar a los Destructores.

La mujer bajó la mano y envió a Vestara al suelo de la caverna.

—Mis disculpas —dijo—. No estaba segura de que fueras real.

Capítulo Quince

SI EL TIEMPO EXISTÍA MÁS ALLÁ DEL CUERPO, LUKE NO PODÍA encontrarlo. Ahora que estaba saliendo de su ser físico, vio que los momentos y los años eran los mismos. Un latido duró una semana, toda una vida pasó en un instante. Pero Luke Skywalker permaneció, una manifestación de la energía de la Fuerza que encarnaba su esencia, tanto en la mente como en cuerpo. Y esa esencia ahora era más real y tangible que la cáscara de carne y hueso, que había dejado flotando entre los cuerpos teñidos de púrpura en la improvisada cámara de meditación.

—Cinco… —La voz ronca del givin con cara de calavera llegó a Luke desde algún lugar detrás y debajo—. No hay vida, solo existe la Fuerza.

Era una perversión del Código Jedi, pero Luke repitió obedientemente la frase mientras exhalaba, permitiéndose aceptarlo, incluso creerlo. No creía que los «Caminantes mentales», como se referían a sí mismos los habitantes de la estación, utilizarán la frase como una burla o un insulto. Simplemente estaban expresando la verdad del universo tal como lo veían, y él sabía lo suficiente sobre la meditación para darse cuenta de que la formulación precisa de un mantra era el código que abría la puerta a un reino particular de la mente.

Pasó otro año. O tal vez solo fue un segundo. Luke inhaló lentamente, imaginando un gran 5 amarillo en su mente, centrándose en nada más que esa imagen.

—Estás ascendiendo más alto —dijo la voz envejecida de Seek Ryontarr. El gotal cornudo que flotaba frente a Luke, o tal vez estaba por encima de él, hablándole con la voz suave de un entrenador de meditación, guiándolo hacia una conciencia superior—. Apenas estás conectado a tu cuerpo. Ahora sientes contacto solo en tus talones, ahora en tus hombros, ahora en la parte posterior de tu cráneo.

Y era verdad. Luke solo se sentía apegado en esos lugares. En todas las demás, flotaba libremente, en armonía con la Fuerza.

—Seis… —gruñó el givin.

Luke cambió la imagen en su mente a un gran número 6 amarillo. Comenzó a dejar escapar el aliento, sintiéndose cada vez más ligero y más… separado. Cada vez que exhalaba, parecía tomar más tiempo, y esta vez parecía que había pasado una semana mientras estaba vaciando los pulmones.

—No hay vida —dijo el givin—. Solo existe la Fuerza.

Luke repitió la frase. Sintió que sus hombros se liberaban de su cuerpo, sintiendo solo los talones y la cabeza.

—Ahora estás casi libre —le dijo Ryontarr—. Cuando Feryl diga siete, los últimos enlaces se disolverán. Ya no estarás unido a tu cuerpo. Subirás de las sombras al resplandor puro de la Fuerza.

Ryontarr hizo una pausa, como si esperara que Luke cambiara de opinión. Y tal vez lo habría hecho, si hubiera habido otra forma de aprender lo que le había sucedido a Jacen aquí, miraría el corazón de su sobrino, como habían prometido los Caminantes

Mentales, además de ver por qué creían que Jacen no podría haberse convertido al lado oscuro.

El cráneo con cara de givin, Feryl, raspó:

—Siete.

Luke sintió que su cuerpo caía, para después estar flotando en una nube de resplandor violeta, mirando hacia el brillo púrpura en el corazón de la cámara y hormigueando de frío placer. Levantó su mano real y vio que se veía igual que siempre, luego levantó la artificial y solo vio una sombra en su lugar. Intentó tocarla. Sus dedos se desvanecieron en la oscuridad, tal como lo harían en cualquier sombra.

—No puedes tocar lo que no es real. Tu mano cibernética es solo una ilusión, una sombra como carne y hueso. —Ryontarr extendió la mano para tocar el pecho de Luke—. Eso es real.

—¿Qué es exactamente real? —Luke preguntó—. ¿Mi espíritu?

—Tú presencia en la Fuerza. Es tu verdadero yo, un remolino en la Fuerza viviente que anima tu cuerpo físico. —Ryontarr volvió a tocar el pecho de Luke—. Esto es lo que realmente existe. —Señaló sobre el hombro de Luke—. Le da forma a eso.

—Ese es mi cuerpo —aclaró Luke.

Cuando Ryontarr bajó sus altos cuernos afirmativamente, Luke se dio la vuelta lentamente y vio su cuerpo flotando entre una docena de personas. Aunque no parecía tan demacrado y con las mejillas hundidas como algunos de los que lo rodeaban, sus ojos estaban hundidos y su rostro parecía seco y pálido. Para su sorpresa, su traje espacial parecía ser una mera sombra, al igual que toda la ropa que vio. Incluso las paredes de la cámara de meditación, lo poco que podía ver a través de la masa de los Caminantes Mentales flotantes, no parecían ser más que sombras.

—Nuestros cuerpos parecen más sustanciales que el material inanimado —observó Luke—. ¿Eso es porque nuestros cuerpos están imbuidos de la Fuerza viviente?

Ryontarr sacudió la cabeza.

—Nosotros los Caminantes Mentales, provenimos de una gran cantidad de tradiciones, los Discípulos de Ragnos, los Fallanassi, los Jensaarai, los Herejes Potentium, los Renacidos, los Buscadores Lejanos, los Videntes Internos y diez docenas más. Todos hemos aportado nuestra propia comprensión de la Fuerza, : que no es más que un arco iris, que tiene un lado oscuro y un lado luminoso; que tiene los tres aspectos o cuatro, que tiene dos lados y dos aspectos …

Ryontarr dejó que la frase se desvaneciera, su voz había aumentado a tal nivel de asco, que Luke pensó que en realidad podría gritar. En cambio, el gotal suspiró y sacudió la cabeza.

—Todo es una tontería —continuó—. Hay una Fuerza, la Fuerza… y muchas formas de verla.

Luke volvió a mirar su cuerpo.

—¿Entonces mi cuerpo es más sustancial que mi ropa, porque…?

—No lo es. —Ryontarr la señaló—. Tócala.

Luke obedeció o intentó hacerlo. Cuando presionó su mano contra su cara del cuerpo, simplemente se hundió la mejilla. Los ojos del cuerpo se abrieron en alarma momentánea, pero inmediatamente después se volvieron vacíos y vidriosos.

—Todavía no has abandonado tu cuerpo en la sombra —dijo Ryontarr—. Todavía hay una pequeña parte de ti adentro, porque no estás listo para renunciar por completo.

—Y esa parte le está dando forma —supuso Luke. No aceptó todo lo que Ryontarr reclamaba, pero estaba aquí para saber por qué Jacen había caído en el lado oscuro, sin discutir la teoría de la Fuerza. Sacó la mano de la cara de su cuerpo, luego frunció el ceño ante sus ojos hundidos y su piel seca—. ¿Ese vestigio mío también mantendrá mi cuerpo hidratado y alimentado?

—En el sentido como lo dices… sí —dijo Ryontarr, sosteniendo la mirada de Luke con demasiada firmeza—. La Fuerza sostendrá tu cuerpo mientras permanezcas apegado a él.

Luke arqueó una ceja y miró alrededor de la cámara.

—Hay muchos cuerpos hambrientos aquí.

—¿Qué puedo decir? Muchos de nosotros hemos perdido nuestro apego al mundo de las sombras. —Ryontarr miró el cuerpo de Luke—. Acabas de llegar y tú apego sigue siendo fuerte.

—Entonces, mi cuerpo está a salvo.

Fue el givin, Feryl, quien respondió.

—Si tienes miedo, siempre puedes volver a tu cuerpo con solo verte dentro de él. —Se movió frente a Luke, sus ojos hundidos brillaban de color naranja en las profundidades de su cara de calavera—. Lo único difícil es irse.

No se le escapó a Luke que Feryl no había dicho realmente que su cuerpo estaría a salvo, y estaba bastante seguro de que Ryontarr había estado tratando demasiado de parecer sincero, cuando afirmó que la Fuerza mantendría a su cuerpo.

—Si no me crees, solo inténtalo —instó Feryl—. ¿Qué tienes que perder?

—Nada en absoluto —estuvo de acuerdo Ryontarr—. Ahora que le hemos mostrado cómo, puede regresar más allá de las sombras en cualquier momento que lo desee.

—Pero no estarás aquí para guiarme —supuso Luke—. Tendré que volver sobre los pasos de Jacen sin tu ayuda.

Ryontarr sacudió la cabeza.

—Solo tiene que llamarnos antes de comenzar.

—Estaremos aquí esperando. —Feryl se volvió y comenzó a elevarse hacia la bola de luz púrpura—. Piensa en todo lo que quieras, Maestro Skywalker.

—No hay prisa —acordó Ryontarr, siguiendo a Feryl—. El tiempo es una ilusión.

Luke frunció el ceño y miró los ojos hundidos de su cuerpo. Podía sentir que los Caminadores Mentales no le estaban diciendo toda la verdad, pero no parecía que le desearan causar daño. Y estaban claramente dispuestos a dejarlo que se convenciera sobre la seguridad de su cuerpo antes de continuar. Pero el tiempo aún importaba para Valin y todos los otros jóvenes Jedi, que estaban perdiendo la cabeza, y si podía descubrir

si la visita de Jacen aquí tenía algo que ver con sus delirios, cuanto antes lo hiciera, mejor. También, estaban esas misteriosas alarmas parpadeando y sonando en la sala de control. Cuando se activaba cualquier alarma, no podía evitar sentir que el tiempo importaba mucho.

—Esperen. —Luke usó la Fuerza para sacar el tubo de agua de su traje espacial, para colocar la boquilla de succión entre los labios de su cuerpo, y luego se unió a los Caminantes Mentales—. ¿A dónde nos dirigimos?

Ryontarr se dio la vuelta, poniéndose frente a él, luego señaló hacia el resplandor púrpura que crepitaba en el centro de la cámara.

—Vamos a la luz, Maestro Skywalker.

Luke sonrió:

—¿A la luz? —repitió—. Eso tiene un tono ominoso.

—En absoluto —dijo Ryontarr, deteniéndose también para esperar—. Ya has salido a la luz, justo cuando todavía estás dentro de tu cuerpo, a punto de comenzar la meditación de liberación.

—Todo es permanente —agregó Feryl—. Todas las cosas que sucederán ya han sucedido. Todas las cosas que ya han pasado están a punto de suceder.

—El tiempo pasa dentro de nosotros, Maestro Skywalker —explicó Ryontarr—. Es solo nuestra naturaleza finita la que analiza la galaxia en función de segundos y eones.

—Así que fui escuchado —dijo Luke, reconociendo algunos de los fundamentos filosóficos de la afirmación. Había una clara influencia aing-tii, con un poco de la doctrina de la unidad Potentium y tal vez incluso un toque de determinismo heresiarciano. Se encontró preguntándose cómo los Caminantes Mentales habían fusionado tantas tradiciones diferentes de la Fuerza—. Una mente finita no puede comprender una galaxia infinita.

—Tú sí. —Feryl le indicó a Luke que lo siguiera y luego comenzó a caminar hacia el resplandor púrpura—. Ven a la luz con nosotros.

Mientras Luke seguía a la pareja hacia el resplandor crepitante de arriba, comenzó a comprender los orígenes del término Caminantes Mentales. Cada vez que comenzaba a mover un pie hacia adelante, simplemente se encontraba un paso por delante de donde había estado el momento anterior, como si se estuviera teletransportando paso a paso. Finalmente, se dio cuenta de que simplemente tenía que pensar en moverse para descubrir que ya lo había hecho.

El trío todavía estaba a tres metros del brillo púrpura, cuando un tentáculo de luz crujió para tocar el pecho de Luke. Toda su presencia inmediatamente se volvió tan púrpura como la bola de luz en sí misma, sintiéndose lleno de una alegría temblorosa hasta los huesos, mil veces más intensa que cualquier cosa que hubiera experimentado antes. Sentía como si se hubiera convertido en la Fuerza y la Fuerza se había convertido en él, estando inundado con una dicha relajante que parecía tan profunda como el mismo espacio. El dolor, el miedo, la angustia, incluso el recuerdo de tal sufrimiento,

desaparecieron. Solo conocía la alegría pura y eterna de la existencia, una canción tan vasta y eterna como el universo mismo.

Luke permaneció en la canción más de un año y menos de un segundo. No lo recordaba porque el pasado estaba por venir; no lo deseaba porque el futuro ya se había ido. Vio la galaxia, el universo, la Fuerza misma en su hermosa totalidad infinita, una cosa tanto dentro como fuera, ilimitada y sublime y totalmente más allá de la comprensión.

Una voz ronca dijo:

—Camina.

Entonces Luke se encontró de pie en una arcada sombría, mirando a un antiguo patio cubierto de helechos arbóreos, musgos y pilares de hongos escamados. En el centro del patio estaba la cuenca curva de una fuente, el chorro de agua gorgoteaba en algún lugar dentro de una capa de vapor tan llena de azufre que era más marrón que amarillo.

—La fuente del poder —dijo la voz ronca.

Luke volvió la cabeza hacia el orador. Vio a un givin-Feryl con cara de calavera, recordó, que estaba a su lado, y comenzó a recordar dónde estaba… o más bien, recordó la búsqueda que lo había llevado hasta allí, ya que no tenía idea de dónde estaba realmente. Luke estaba en una misión. Necesitaba descubrir por qué Jacen había caído presa del lado oscuro. Necesitaba determinar si la estancia de su sobrino tenía algo que ver con las psicosis que preocupaban a tantos jóvenes Caballeros Jedi.

Luke todavía se estaba reorientando cuando una segunda voz, esta profunda y refinada, dijo:

—Si tienes el coraje de beber, tendrás el poder de lograr cualquier cosa.

—¿Cualquier cosa? —Luke miró para encontrarse al gotal de cara chata, Ryontarr, de pie al otro lado—. Esa es una gran promesa.

—No hay límite de lo que se puede extraer de la Fuente del Poder —respondió Ryontarr—. Puedes beber tanto como quieras.

—¿Puedo?

Luke se giró hacia el patio. Los helechos arborescentes que salían a través de los adoquines desarreglados del piso, parecían tan sustanciales y normales como su propia forma, al igual que el resto de la vida vegetal, los musgos colgando de los pilares de la galería y la línea de hongos que rodeaban la cuenca de la fuente. Pero al igual que las paredes de la cámara de meditación de la estación, la piedra adornada era oscura e incorpórea, con bordes lo suficientemente distintos como para sugerir una decoración esculpida que era sinuosa y grotesca.

—Seek, antes de que saliéramos de la estación, me dijiste que mi cuerpo todavía parecía sustancial no porque estuviera lleno de la Fuerza viviente, sino solo porque seguía apegado a él. —Luke señaló un musgo amarillo y peludo que era tan alto como él—. Pero la vida de las plantas aquí también parece sustancial, y no estoy apegada a ella en absoluto.

—Pero hay otra presencia —coincidió Ryontarr—. Continúa. Ya lo verás.

Luke salió de la galería a la luz de un fuerte sol azul. A medida que se acostumbró a su resplandor, vio que el patio se encontraba en el fondo de un profundo valle de una jungla, con paredes empinadas cubiertas de plantas extrañas que se alzaban por todos lados. El muro más alto, ubicado en el extremo más alejado del patio, ascendía más de un kilómetro hasta el borde de un cráter de un volcán.

Luke continuó hacia adelante y lentamente se dio cuenta de que todo el patio estaba lleno de un hedor acre de azufre. Los vapores no le quemaban la garganta o la nariz, ya que en realidad no parecía respirarlos. Pero lo estaban mareando, y cuando se acercó a la fuente, algo dentro de él protestó tan violentamente que sintió que podría vomitar.

Cuando llegó a la base de la fuente, Luke finalmente pudo ver a través de la cortina de vapor que emanaba de la propia fuente. Era un chorro de agua tan grueso como su pierna, tan lleno de azufre y hierro que era tan marrón como el tronco de un árbol, y tan impregnado de energía de la Fuerza que literalmente lo hizo tambalearse hacia atrás, con la cabeza girando y el estómago revolviéndose… La fuente no solo estaba contaminada con el poder del lado oscuro, sino que estaba impregnada de oscuridad, como si se estuviera levantando de un depósito de energía del lado oscuro, profundamente enterrado que se había estado construyendo, preparándose para explotar no solo durante milenios, sino desde el principio del tiempo mismo.

Luke resistió la tentación de comenzar a lanzar acusaciones. La Fuente del Poder era claramente un nexo del lado oscuro, y Ryontarr, al menos, entendería lo que eso significaba. Tales nexos surgieron como resultado de cualquier número de eventos, todos ellos malos. Quizás un usuario poderoso del lado oscuro había vivido una vez en el valle, o simplemente había sido asesinado allí. El Valle de los Señores Oscuros en Korriban se había convertido en un nexo del lado oscuro, porque había estado habitado por los Lores Sith durante mucho tiempo, y un nexo se había formado en la órbita sobre Endor después de que Palpatine muriera allí.

En cualquier caso, como antiguo Caballero Jedi, Ryontarr debería saber, que Luke realmente lo pensaría para beber de la Fuente, aún sin darse cuenta del nexo. El gotal tuvo que haberlo traído aquí por otra razón, alguna forma menos evidente de corrupción, o tal vez solo para probarlo.

Cuando Luke finalmente se sintió lo suficientemente tranquilo, se volvió hacia Ryontarr y le preguntó:

—¿Qué pasó aquí?

Ryontarr extendió las manos para indicar que no lo sabía.

—Es tanto un misterio como Las Fauces en sí —dijo—. ¿Pero importa? Si bebes de la Fuente, tendrás el poder de salvar a la Orden Jedi de la extinción.

—¿De la extinción? —Luke sintió como si lo hubieran golpeado en el estómago con una varilla Stokhli. ¿Era así como iban a terminar los problemas con Daala? ¿O los delirios los iban a borrar?—. ¿Has visto eso?

Ryontarr asintió.

—Lo siento.

Luke se volvió hacia la Fuente, preguntándose si beber sus aguas realmente era la única forma de salvar a la Orden Jedi, si eso hubiera sido suficiente para convencer a Jacen.

—¿Cómo sucede? —preguntó Luke—. La extinción, quiero decir.

—Ya ha sucedido —dijo Feryl. Señaló con un dedo huesudo que paso de largo a Luke, hacia la fuente—. Bebe. Es la única forma de salvar a tu Orden.

Luke frunció el ceño confundido, hasta que recordó que el tiempo no existía más allá de las sombras. Por supuesto, eso no significaba que los Jedi estuvieran a salvo. Lejos de eso, con los jóvenes Jedi volviéndose locos y Daala, decidida a poner a la Orden en su lugar. Dado todo eso, la extinción parecía una posibilidad real más temprano que tarde.

Luke se volvió para estudiar la Fuente. Pudo sentir su poder oscuro girando a su alrededor, invitándolo a usarlo para salvar lo que había pasado una vida construyendo, lo que amaba más que a la vida misma. Sintiéndose tentado, como todos los hombres, cuando veían una salida fácil a una situación desesperada. Todo lo que necesitaba hacer era regresar a la fuente, meter la cabeza en el oscuro géiser y beber esas aguas venenosas.

Pero incluso si Luke estuviera dispuesto a corromperse a sí mismo, no estaría salvando la Orden. Solo lo haría depender de su propia fuerza, y esa no era una fórmula tan diferente para construir una organización fuerte, que para criar a un niño sano. Si quería que la Orden sobreviviera a él, tenía que dejar que se fortaleciera atravesando esta lucha sin él, al igual que tenía que dejar que Ben cometiera sus propios errores, para desarrollar la sabiduría para dirigir la Orden después de que Luke se fuera.

Cuando Luke no regresó a la fuente, Ryontarr preguntó:

—¿Qué estás esperando, Maestro Skywalker? ¿Seguro que quieres salvar la Orden Jedi?

—Por supuesto que sí —dijo Luke, girando hacia el gotal—. Pero tú y yo sabemos que no lo haré bebiendo de esta fuente.

—Entonces, ¿cómo la salvaras? —presionó Feryl.

—No lo haré —dijo Luke—. La Orden es lo suficientemente fuerte como para salvarse a sí misma.

Ryontarr y Feryl intercambiaron miradas, obviamente decepcionados por la decisión de Luke.

—Deja de jugar conmigo —ordenó Luke. Fijó su mirada en Ryontarr—. Sabías que nunca bebería de esa fuente. Entonces, ¿por qué traerme aquí?

—¿Por qué lo das por hecho? —Una leve sonrisa llegó a los labios de Ryontarr, luego su mirada se alejó de Luke hacia el humo amarillo de la fuente—. Porque nos lo pediste.

—No hay necesidad de enojarse con nosotros, Maestro Skywalker —agregó Feryl—. Si tienes miedo de ver lo que viniste a buscar, no es culpa nuestra.

Luke frunció el ceño.

—¿Miedo?

Se volvió hacia la Fuente del Poder, y sintió un escalofrío de sensación de peligro correr por su espalda.

Mirando desde la niebla amarilla había una docena de pares de ojos, algunos demasiado estrechos y espaciados, como para ser de alguna especie que Luke reconociera, otros más redondos y humanos, todos ardiendo con la ira dorada del lado oscuro. Estaban colocados en bocanadas de vapor negro con forma de cabeza, más de la mitad se asemejaban a los grandes cráneos en forma de cuña, que Luke y Ben habían visto todavía encerrados en las celdas de detención a bordo de la estación espacial.

Las otras cabezas parecían más familiares en forma. Una era grumosa y de cejas grandes, con las largas colas de un twi'lek. Otro era más triangular, con el hocico largo y los ojos triples de un gran. El resto eran humanos, pero tan distorsionados con las mejillas hundidas y las mandíbulas huesudas que eran difíciles de reconocer.

Recordando lo que Feryl había prometido en la cámara de meditación, que Luke podría mirar el corazón de Jacen, Luke comenzó a comprender por qué los Caminantes Mentales lo habían traído aquí, tal vez Jacen había bebido de la Fuente. Echó a andar hacia la base de la fuente, buscando la cabeza que más se pareciera a la de su sobrino.

Cuando Luke se acercó, un nuevo parche de vapor oscuro comenzó a fundirse en el torrente. Dirigiéndose directamente hacia él, preguntándose si sería capaz de hablar con el parche, y no estaba seguro de qué debería preguntar primero, ¿por qué recurriste al lado oscuro? ¿Cómo pudiste asesinar a mi esposa? ¿Qué hice mal?

Cuando Luke llegó al borde de la cuenca, la nube oscura había crecido hasta el tamaño de una cabeza humana. Pero tenía una larga cascada de cabello dorado, que caía en las burbujeantes aguas del estanque de la fuente y desaparecía, sus ojos eran pequeños, plateados y profundamente hundidos, como dos estrellas que brillan en un par de pozos negros. Un tentáculo de nada fría y húmeda se extendió hacia Luke, envolviéndose alrededor de su pierna, luego se hundió en su carne y comenzó a retorcerse dentro de él.

Luke jadeó e intentó retroceder, solo para descubrir que estaba tirando de la cosa vaporosa junto con él. Para su asombro, parecía ser algo femenino, con una boca grande y llena de labios tan amplia que llegaba de oreja a oreja. Sus brazos rechonchos sobresalían no más de diez centímetros de sus hombros, y en lugar de los dedos, sus manos tenían tentáculos retorcidos que colgaban más allá del borde de la cuenca.

Luke.

La voz sonó fría y familiar y medio recordada en la mente de Luke, el susurro de un amante de los sueños. La nube sonrió, revelando un bocado de dientes curvos tan afilados como agujas, luego extendió un tentáculo oscuro en su dirección.

Ven.

Eso fue lo último que Luke intentó hacer. Fuera lo que fuese, era femenino y eso significaba que no era Jacen. Luke dio un paso hacia atrás, y de repente volvió a estar en el patio, de pie entre Ryontarr y Feryl. Cuando se miró la mano, se sorprendió al ver que no temblaba ni sudaba, pero en algún lugar, estaba bastante seguro, todo su cuerpo temblaba de miedo.

Luke se volvió y miró las profundidades de las cuencas sin fondo de Feryl.

—Eso… no… era… Jacen.

—Por supuesto que no —respondió el givin—. Jacen ni siquiera fue tentado.

Ryontarr puso una mano sobre el hombro de Luke.

—Pero no te sientas mal, Maestro Skywalker. Al final, también hiciste lo correcto. Eso es todo lo que importa.

Capítulo Dieciséis

CON LAS CEJAS FRUNCIDAS COLGANDO PESADAMENTE SOBRE LOS OJOS huecos y las mejillas huesudas, Rolund y Rhondi Tremaine le recordaron a Ben a los ugnaughts más que a los humanos. Los dos Caminantes Mentales estaban sentados en el comedor de la *Sombra*, sorbiendo paquetes hidratantes de la bahía médica, exprimiendo nutripasta cruda, directamente de un contenedor de almacenamiento de diez kilogramos. Sus cabellos amarillos yacían apretados con el casco sobre sus cabezas, sus fosas nasales estaban inflamadas y escamosas, y sus labios estaban tan agrietados y partidos, que era una maravilla que el suero hidratante no goteara por las grietas.

Tras haber revisado los suministros en la bahía médica, Ben sabía que los sueros habían sido los últimos, mientras que la nutripasta era el tercer paquete que había perdido, ante los hambrientos Caminantes Mentales en una semana. Si la pérdida de sus provisiones continuaba a este ritmo por mucho más tiempo, lo primero que la *Sombra* tendría que hacer sería abandonar Las Fauces para reabastecerse. Aun así, no persiguió a la pareja, ni siquiera se opuso a su búsqueda. Lo poco que había logrado reconstruir en la Estación Pozo Negro, como lo llamaban los no habitantes, había venido de hablar con los hambrientos Caminantes Mentales, y en su última visita los Tremaines habían demostrado ser más comunicativos que la mayoría.

Ben se detuvo en la escotilla del comedor, estudiando al miserable par por un momento, luego sacudió la cabeza con disgusto.

—Podría conseguirles un par de vasos de refrigerante del hiperimpulsor —dijo—. Sus muertes serían largas y dolorosas, pero sería mejor de lo que están pasando.

Rhondi sacudió la cabeza y sacó el paquete que estaba sorbiendo.

—Demasiado difícil ir más allá de las sombras cuando vomitas sangre —explicó—. Pero gracias por la sugerencia.

Rolund lamió un trozo de nutripasta que tenía en los dedos y luego asintió hacia el bolso en la mano de Ben.

—¿Qué pasa con la bolsa de herramientas? —preguntó—. La última vez que estuvimos aquí, dijiste que estabas terminando las reparaciones.

Ben asintió.

—Y las hice.

Entró al comedor y comenzó a unirse a los Tremaines en la mesa, luego lo pensó mejor y dejó la bolsa en el mostrador de enfrente. Los Caminantes Mentales cuando regresaron de más allá de las sombras, estaban hambrientos de líquidos y comida, sin que realmente Ben quisiera compartir el contenido de su morral. Cubriendo sus intenciones sacando un vaso de jugo de hubba del conservador, dejando abierta la cubierta del morral, girando hacia sus invitados.

—Hemos estado en el espacio durante dos días —dijo Ben, uniéndose a ellos en la mesa—. Ahora estoy aburrido esperando.

—Si tú lo dices —dijo Rhondi. Su mirada se deslizó por el pasillo—. Entonces, ¿qué no quieres que veamos que hay en ese morral?

Ben sonrió.

—Lo siento, supongo que no fui tan sutil como pensaba —dijo—. Es solo un kit intravenoso, y no quiero que ustedes me vacíen la bolsa encima.

—¿Una IV? —preguntó Rolund, su ceño reflejaba a Rhondi con tanta precisión que inquietó a Ben. Todavía no había establecido si eran gemelos o simplemente hermanos normales, pero a veces parecían tan cercanos como killiks—. ¿Para qué?

—La boquilla de succión de mi padre se sigue saliendo de su boca —explicó Ben—. Está empezando a deshidratarse bastante.

Los Tremaines lograron evitar mirarse el uno al otro, pero el atisbo de alarma que brilló en sus ojos color avellana era inconfundible. Por un instante, Ben pensó que el problema sugería que era algo de más allá de las sombras, y esperó con los dientes apretados a que uno de ellos le diera la noticia. En cambio, Rhondi apartó la mirada deliberadamente del kit IV, como si de repente no le interesara, y Rolund extendió la mano demasiado casual, para sacar un poco más de nutripasta del contenedor. Entonces Ben lo descubrió, la boquilla de succión no se le caía de la boca a su padre.

Alguien se la estaba quitando.

Ben agarró su jugo de hubba y tomó un largo trago, calmando su ira y considerando qué hacer. No aprendería nada a través de acusaciones furiosas o amenazas violentas, y probablemente solo estaría poniendo a su padre en mayor peligro. Hasta ahora, los Caminantes Mentales no parecían interesados en matar a Luke Skywalker, porque si esa fuera su intención, había habido muchas oportunidades para intentarlo durante la última semana. Pero parecían ansiosos por dejarlo morir. La diferencia era sutil pero significativa, y eso, Ben sabía, era la clave para descifrar lo que los Caminantes Mentales realmente estaban haciendo aquí.

Ben devolvió su jugo de hubba a la mesa, luego fijó su mirada en Rhondi y se sentó a esperar con una actitud de expectativa silenciosa. Ella respondió sonriendo cortésmente, luego apartó la mirada y apretó un poco de nutripasta del contenedor saliendo sobre sus dedos. Ben continuó manteniendo su mirada fija en ella, manteniendo su expresión pensativa y atenta, haciéndole saber que estaba estudiando cada movimiento y contemplando lo que significaba.

La última vez que los Tremaines vinieron a asaltar las gavetas de la *Sombra*, Ben había usado la técnica y rápidamente le habían contado sus historias de vida. Como la mayoría de los Caminantes Mentales más jóvenes en la Estación Pozo Negro, la pareja había nacido en el interior de Las Fauces, en una colonia secreta que el Almirante Daala había establecido hacia el final de la era de los señores de la guerra. Y como todos los sensibles a la Fuerza nacidos allí, Rolund y Rhondi habían sido considerados inadecuados para el servicio militar. En cambio, habían sido preparados desde la infancia para convertirse en agentes de inteligencia.

Al llegar a la edad adulta, fueron enviados a espiar para la colonia de Las Fauces. Sus asignaciones habían variado ampliamente, desde la recopilación de información, hasta la subversión de la seguridad en las naves destinadas a apropiación. Durante la siguiente década, sirvieron en una organización de espionaje tan eficiente, que Daala pudo mantener la colonia bien abastecida y creciendo, mientras lograba reunir y equipar a toda la Flota Irregular de Las Fauces, todo en absoluto secreto.

Luego vino la Segunda Guerra Civil Galáctica y la destrucción de la Estación Central. Los otros agentes sensibles a la Fuerza como los Tremaines, así como la colonia de Las Fauces, comenzaron a experimentar terribles deseos de regresar a casa. Cuando Daala negó sus pedidos, los anhelos se convirtieron en paranoia, y los operativos comenzaron a creer universalmente que toda la guerra había sido orquestada solo para exponerlos. Finalmente, la paranoia se convirtió en obsesión, y los agentes desertaron en masa. Robando cualquier nave que pudieran encontrar, comenzando a regresar a Las Fauces, siguiendo un misterioso impulso de buscar refugio en su corazón, una compulsión que los condujo invariablemente a la Estación Pozo Negro.

Los otros Caminantes Mentales, aquellos que en realidad no habían nacido en Las Fauces, tenían historias más simples. Universalmente sensibles a la Fuerza, todos habían experimentado una fuerte conexión emocional con Las Fauces la primera vez que las visitaron. Ese vínculo se fortaleció con el tiempo, obligándolos a viajar cada vez más profundamente en el grupo de agujeros negros. Eventualmente, llegaron a la Estación Pozo Negro y comenzaron una existencia solitaria y ascética, en la que pasaron todo su tiempo comunicándose con la misteriosa presencia de la Fuerza que los había atraído aquí.

Luego, hace un par de años, las meditaciones de los ascetas comenzaron a llevarlos a nuevas alturas. Comenzaron a ver la inefable verdad de que toda la vida era una ilusión, que la única existencia estaba más allá de sus sombras corporales en el brillo divino de la Fuerza misma. Sus presencias en realidad, comenzaron a abandonar sus cuerpos mientras meditaban, viajando a una hermosa dimensión paradisíaca donde no había dolor ni sufrimiento, ni ira ni miedo, solo la pura alegría eterna del ser.

Ben no tenía idea de qué hacer con esta «dimensión paradisíaca», pero estaba claro que la destrucción de la Estación Punto Central había cambiado algo fundamental en Las Fauces. Cualquiera que fuera ese cambio, se había extendido por la galaxia como una nova de la Fuerza, convirtiendo a cientos de seres sensibles a la Fuerza, que alguna vez vivieron dentro de Las Fauces en paranoicos delirantes. Y lo que asustó a Ben, que le había mordido las entrañas como un cáncer hambriento durante los últimos dos días, fue que él también había vivido en Las Fauces durante los dos primeros años de su vida.

Después de dos largos minutos, Rhondi finalmente se sintió incómoda con el escrutinio silencioso de Ben. Todavía lamiendo la nutripasta de la punta de sus dedos, se encontró con su mirada y le dijo:

—Eso no es necesario, ya lo sabes.

Ben continuó observándola.

—¿Qué?

—La mirada tranquila —respondió Rolund—. Probablemente sepamos más sobre interrogatorios que tú. Si tienes una pregunta, solo pregunta. No tenemos nada que ocultar, lo prometo.

—De acuerdo. —Ben mantuvo su mirada fija en Rhondi—. ¿Por qué no quieres que ponga a mi padre la intravenosa?

Esta vez, los Tremaines no traicionaron su alarma ni siquiera en sus ojos. Pero los entrenadores de Daala no les habían enseñado a ocultar sus emociones en la Fuerza, y Ben podía sentir su sorpresa en sus auras tan claramente como lo había visto antes.

Después de una pausa apenas perceptible, Rolund preguntó:

—¿Qué te hace pensar que nos importa eso, Ben?

Ben suspiró.

—Responder una pregunta con otra pregunta no tiene sentido, ¿no te parece? —Puso ambas palmas sobre la mesa y se inclinó hacia delante—. Si crees que eso va a funcionar con un Jedi, definitivamente no sabes más sobre interrogatorios que yo.

Rhondi se dejó caer en su asiento, inconscientemente indicando su miedo al alejarse de Ben.

—Rolund dijo que no tienes nada que ocultar —presionó Ben—. Odio cuando la gente me miente.

—No estamos mintiendo —insistió Rhondi—. Es solo que tu padre no necesita una vía intravenosa.

—La Fuerza lo sostendrá —agregó Rolund.

Ben lanzó una mirada significativa al depósito de almacenamiento que descansaba entre ellos.

—¿Eso los mantiene?

Rhondi asintió ansiosamente.

—Exactamente.

Una furia fría comenzó a subir por el vientre de Ben. Estas personas le estaban mintiendo. Decidido a mantener la calma, respiró hondo una vez, luego dos y tres veces más. Estaba en peligro de perder los estribos, lo que significaba que también estaba en peligro de perder el control del interrogatorio. Y tal vez por eso lo estaban engañando, porque sabían que sería más fácil controlarlo si se enojaba.

Eran sutiles, estos Caminantes Mentales, más peligrosos de lo que Ben se había dado cuenta. Tomó otra respiración profunda, y una vez que se sintió relativamente tranquilo nuevamente, se sentó derecho, apoyando casualmente su mano sobre su muslo… cerca de su sable de luz.

—¿Entonces la Fuerza es todo lo que necesitan para sostener sus cuerpos? —preguntó.

—Absolutamente. —Rhondi le aseguró—. ¿Qué es un cuerpo, sino la Fuerza que le dio forma?

—Buena pregunta —reconoció Ben—. Pero tengo otra. Si no necesitan nada más que la Fuerza para sostenerse, ¿por qué están destrozando las provisiones de la *Sombra*?

Para sorpresa de Ben, Rhondi se volvió hacia Rolund y sonrió.

—Te dije que se daría cuenta de eso.

Rolund se encogió de hombros y mantuvo su atención fija en ella.

—Mejor que la comida solo la Fuerza, en forma de tonterías que querías probar.

—Y ambos están esquivando mi pregunta. —Ben se levantó y se apartó de la mesa. Estaba empezando a tener la sensación de que los Tremaines, y todos los Caminantes Mentales que habían venido a la *Sombra* para convivir, lo habían estado preparando para una traición—. Quiero una respuesta, o quiero que se vayan.

Rhondi comenzó a parecer preocupada, y solo un poco avergonzada. Se volvió hacia Rolund, que miraba a Ben con resentimiento, y dijo:

—Creo que será mejor que le digamos la verdad, Rolund. Parece estar molesto.

—Y me estoy enojando cada vez más —advirtió Ben. Se habían dado cuenta de que le habían estado mintiendo todo el tiempo, y eso solo podía significar que pretendían hacerle daño—. No me gusta alimentar a los enemigos.

—No somos tus enemigos —dijo Rolund, arqueando las cejas. En realidad, parecía herido, pero de una manera actuada y bien ensayada que sugería sus largos años de entrenamiento en espionaje—. Solo hemos estado tratando de ayudarte.

—Todos nosotros lo hemos hecho —agregó Rhondi—. Cuanto antes la *Sombra* se quede sin suministros, más pronto verás que el único sustento real que necesitas es la Fuerza.

La rabia fría comenzó a ascender más alto, trabajando en el corazón y la mente de Ben. Algo dentro lo instaba a ignorar a los Tremaines, a matarlos antes de que sus mentiras lo mataran.

Ben se sacudió el impulso. Podía sentir el engaño en las palabras de Rhondi, pero era un Jedi, y los Jedi no asesinan a las personas por mentirles.

Después de un momento, Ben dijo:

—Hay otras formas de demostrar sus puntos de vista que realmente podrían convencerme.

Rolund sonrió cálidamente.

—¿Quizás te gustaría iluminarnos?

—Claro. Es bastante simple, en realidad. —Ben sacó el contenedor de nutripasta a su lado de la mesa, luego usó la Fuerza para quitarles los paquetes de hidratación de sus manos—. Simplemente regresen más allá de las sombras y quédese allí sin beber ni comer nada. Si duran más de una semana, creeré lo que me dicen.

Si la sugerencia golpeó algún temor o indignación en los corazones de los Tremaines, Ben no lo sintió en sus auras de la Fuerza. En cambio, Rolund fingió considerar la idea por un momento, luego se volvió hacia su hermana.

—No sé, Rhondi —dijo—. ¿Qué piensas?

—Creo que una semana es mucho tiempo para que Ben espere su prueba —dijo Rhondi.

Alcanzó el paquete de hidratación que Ben les había quitado, pero algo lo hizo apartarlo. La furia fría en el interior se estaba deslizando hacia arriba, recordándole cómo los Caminantes Mentales habían usado el recuerdo de Luke sobre Jacen, para atraer a su padre más allá de las sombras. Y ahora estaban en eso otra vez, tratando de evitar que Ben lo mantuviera con vida, y engañarlo para que fuera más allá de las sombras. Tal vez los Tremaines necesitaban morir… si quería mantener vivo a su padre, tal vez todos los Caminantes Mentales necesitaban morir.

Ese último pensamiento fue lo que finalmente sorprendió a Ben de su ira. No podía creer que la idea del asesinato sumario hubiera cruzado por su mente. Eso parecía una locura… que, por supuesto, lo era. Ben había pasado dos años en Las Fauces, y ahora estaba empezando a tener pensamientos paranoicos sobre los habitantes de la estación. La conclusión parecía… alarmante.

Ben les pasó los paquetes de hidratación.

—Será mejor que se vaya —dijo—. Y si fuera ustedes, no volvería.

Capítulo Diecisiete

CON UNA GALERÍA DE ESTUDIOS ARQUITECTÓNICOS DE LA ANTIGUA REPÚBLICA en las paredes, y un área de descanso dominada por dos elegantes sofás LevitaRest, la habitación obviamente había sido decorada considerando el estilo, más que la funcionalidad. También parecía demasiado ordenada para ser la oficina de un juez laboral. Sobre el moderno escritorio flotante, no había una sola carpeta de documentos, ni siquiera una lámpara de lectura o un datapad. De hecho, la única indicación de que alguien realmente usaba la habitación de manera regular, era el rastro persistente de un perfume dulce y afrutado, que Jagged Fel estaba bastante seguro de que el ocupante actual de la oficina, nunca caería en estado de coma.

Alta y regia, con largos cabellos cobrizos llegando a grises, la mujer estaba de espaldas a él. Vestida con su uniforme habitual de pantalones y una falsa túnica militar blanca, contemplaba un largo panel de transpariacero unidireccional, hacia una sala de tribunal de paredes grises, que era tan austera como la oficina estaba a la moda. La sala estaba repleta de Jedi, reporteros y otros espectadores, pero la atención de la mujer estaba fija en el área general de la mesa de defensa, donde un Jedi rubio, de aspecto estoico convertido en «buscador» se sentó junto a su abogado con la cara llena de bultos, un hombre twi'lek llamado Nawara Ven.

Sin apartar la vista de la sala del tribunal, la mujer de cabello cobrizo hizo un gesto hacia un lugar vacío a su lado.

—Jefe de Estado Fel, ¿no te unirás a mí? Esto no llevará mucho tiempo, y sospecho que estás tan interesado en la lectura de los cargos a la Jedi Veila como yo.

—No tengo dudas de que el procedimiento será rápido, Jefa Daala —dijo Jagged. Como había solicitado esta reunión en el último momento, Daala le había pedido que se uniera a ella en las cámaras del juez Arabelle Lorteli—. Pero Tahiri Veila no ha sido una Jedi en casi tres años.

—Eso he oído. —Daala continuó mirando hacia la sala del tribunal, pero a Jag le pareció vislumbrar una sonrisa en la comisura de su boca—. Entonces esto debería ser interesante.

Cuando Jag se acercó al panel de visualización, vio a los Solo sentados en asientos de espectadores detrás de la mesa de defensa. Han y Leia estaban en el otro extremo de la fila, mientras que Jaina estaba en el otro extremo, con seis sillas desocupadas entre ellos. Jag sintió una punzada de culpa, porque sabía que él era la causa de la grieta en la familia Solo. Lo que no sabía era qué más podría haber hecho; simplemente no habría sido honorable ignorar su deber para con el Imperio Galáctico, diciéndole a los Jedi lo que había escuchado sobre Daala y los mandalorianos.

Tan triste como estaba Jag al ver a los Solo tan obviamente en desacuerdo, no le sorprendió encontrarlos en la lectura de cargos de Tahiri. La habían protegido durante los últimos años, tal vez porque su cambio de opinión al final de la guerra civil había salvado una gran cantidad de vidas Jedi. O tal vez se sentían mal por cómo Caedus había jugado

con sus emociones para conducirla por un camino oscuro. O tal vez simplemente se sentían cerca de ella por lo que había significado para su hijo Anakin. Probablemente, eran todas esas cosas juntas.

Cualesquiera que fueran las razones de los Solo, Jag solo quería convencer a Daala de retirar los cargos contra Veila. Primero, era lo correcto. En segundo lugar, ayudar a Tahiri podría redimirlo a los ojos de sus futuros suegros.

Se detuvo a un lado de Daala, luego tocó suavemente con el nudillo el transpariacero unidireccional. Aunque era imposible ver a través del panel desde el otro lado, tanto Jaina como Leia instantáneamente miraron en su dirección.

—No hay secretos para los Jedi —comentó Daala—. ¿Qué imaginas que harán por estar aquí… conmigo?

—Estoy seguro de que sabrán exactamente por qué estoy aquí. —Jag esperaba que sonara más seguro de lo que se sentía—. Para ayudarte a ver el error que estás cometiendo.

Daala lo miró y arqueó una ceja.

—¿No apruebas mis métodos?

—No apruebo el uso del sistema judicial como arma política —respondió Jag—. Huele a tiranía.

Daala pareció considerar esto por un momento. Luego su expresión se volvió ilegible y dijo:

—Todos somos productos de nuestro pasado, Jefe de Estado Fel… pero entiendo su punto.

Se abrió una puerta en la parte trasera de la sala, y el sargento de guardia llamó a los asistentes para que se pusieran de pie. Una vez que todos obedecieron, una mujer delgada y de cabello azul entró en la cámara. Con las cejas arqueadas y una boca ancha y labios carnosos, parecía una atractiva mujer humana de no más de setenta, salvo por una nariz delgada y demasiado larga, que la identificaba como miembro de la especie zoolli.

Mientras subía las escaleras hasta el banco del juez, Daala se volvió hacia la sala del tribunal.

—Podemos hablar de independencia judicial después de la lectura de los cargos —dijo—. Confía en mí, no querrás perderte esto.

El evidente entusiasmo en la voz de Daala hizo que el estómago de Jag se hundiera, pero si estaba dispuesta a hablar sobre el abuso de poder, podría tener la oportunidad de hacerla cambiar de opinión sobre lo que estaba haciendo aquí, siempre y cuando primero no la hiciera enojar. Negándole un momento de venganza.

—Muy bien —dijo Jag—. Fuiste amable en verme aquí, y en tan poco tiempo.

—Sin una cita —le recordó Daala—. Eso me da una idea bastante buena de lo que vamos a hablar.

Jag asintió, pero antes de que pudiera responder, la voz grave del sargento se escuchó en la sala de audiencias por el intercomunicador.

—La corte de Asuntos Jedi se encuentra ahora en sesión, presidiendo la honorable Arabelle Lorteli. Siéntense y quédense tranquilos.

Incluso antes de que la corte cumpliera esta orden, la juez Lorteli comenzó a hablar con una voz nasal y pellizcada, dándole escalofríos por la columna vertebral de Jag.

—Debo decir que no me había dado cuenta de que mi reputación estaba creciendo tan rápido.

El comentario fue recibido por una ronda de risas bondadosas, que inmediatamente provocaron una mueca de sorpresa por parte de la juez. Miró por debajo de su larga nariz a los asistentes, luego lanzó una mirada furiosa hacia su sargento de la corte.

—¡Silencio! —bramó el sargento.

Un silencio aturdido cayó sobre la sala del tribunal, y la juez Lorteli trató de ocultar el rubor que había llegado a sus mejillas, fingiendo examinar una pantalla de datos escondida detrás del escritorio. Jag inmediatamente tuvo dudas sobre la dignidad de la mujer para el puesto, y la sonrisa que apareció en la cara de Daala fue toda la confirmación que necesitaba. La Jefa de Estado sabía exactamente lo que estaba haciendo, cuando nombró a esta zoolli en particular para el asunto Jedi.

Una vez que el color desapareció de las mejillas de Lorteli, levantó la vista y miró por encima del banco.

—Lo que quise decir, por supuesto, fue que estoy un poco sorprendida de encontrar tanto interés en una simple lectura de cargos.

Sin esperar a que la juez le diera permiso, Nawara Ven se levantó y comenzó a hablar.

—Ese interés inusual se debe a la indignación pública por este flagrante abuso del poder judicial, Señoría. El arresto de Tahiri Veila no es más que una cínica estratagema política.

—Eso es suficiente por ahora, abogado —interrumpió Lorteli, levantando su mano hacia el twi'lek—. ¿Y usted es…?

Las colas de la cabeza de Nawara se retorcieron tan violentamente que golpearon su espalda.

—Usted sabe perfectamente quién soy, Señoría. He comparecido ante usted una docena de veces solo esta semana.

—En nombre de varios Jedi —aclaró Lorteli—. ¿Es eso correcto, Abogado Ven?

Para sorpresa de Jag, la juez no parecía irritada en lo más mínimo por la réplica de Ven, y Jagged comenzó a tener un mal presentimiento sobre lo que iba a suceder en esa sala del tribunal.

Aparentemente, Ven tenía el mismo presentimiento, porque su respuesta fue inusualmente corta.

—Por supuesto.

—¿Y los Jedi le están pagando por representar a Tahiri Veila? —continuó Lorteli.

Ven se incorporó lentamente.

—Todavía no hemos discutido el pago, Señoría —dijo—. Pero durante los últimos dos años, Tahiri Veila ha estado trabajando como un investigador corporativo… creo que podría llamarse así. Por lo que entiendo que ha tenido mucho éxito, así que tengo la impresión de que pagaría sus propios gastos.

—No kriffing probable —murmuró Daala por lo bajo—. No tiene veinte mil créditos a su nombre.

Tahiri estaba demasiado bien entrenada, tanto por los Jedi como por Darth Caedus, como para mostrar cualquier sorpresa que pudiera haber sentido ante la afirmación de Ven. Pero la juez Lorteli pareció momentáneamente aturdida, como si Ven se hubiera desviado de un guión cuidadosamente ensayado. Dejó caer su mirada por un momento, obviamente consultando su pantalla de datos nuevamente, luego frunció los labios con resolución y miró a Tahiri.

—Acusada Veila, ¿es una Jedi?

—No. —Tahiri respondió sin levantarse, un gesto de falta de respeto que sugería que sabía tan bien como Ven, hacia dónde se dirigía la juez con este argumento—. No en este momento.

—Pero hubo un tiempo en que era una Jedi, ¿correcto?

—Correcto.

—¿Y eso fue antes de la reciente Guerra Civil Galáctica? —preguntó Lorteli.

Antes de que Tahiri pudiera responder, Ven se inclinó hacia adelante, apoyando su cuerpo en la mesa de la defensa.

—Su Señoría, realmente debo protestar por esta línea de preguntas. El trabajo de mi cliente antes de la guerra no influye en la apelación que vamos ingresar.

Lorteli ni siquiera lo miró.

—Moción anulada, abogado Ven.

—¿Por qué motivos? —demandó.

—Sobre la base de que no lo he aceptado como representante de la acusada… y es poco probable que lo haga.

Un murmullo de sorpresa crujió por la sala del tribunal, Han Solo se levantó, con la boca abierta para gritar, hasta que su esposa lo empujó de regreso a su asiento, usando la Fuerza para mantenerlo allí. Jaina simplemente se deslizó hacia el borde de su asiento, con su mirada furiosa fija en Lorteli. Incluso Tahiri finalmente parecía tener un interés más agudo, inclinándose hacia adelante y apoyando los codos sobre la mesa.

Una vez que el sargento de la corte emitió la exigencia obligatoria de silencio, Lorteli volvió a fijar su mirada en Tahiri.

—Responda la pregunta, acusado Veila. ¿Era usted una Jedi antes de la reciente Guerra Civil Galáctica?

—Sí. —Tahiri lanzó una mirada rencorosa hacia el desconcertado bith en la mesa del fiscal—. Antes de cometer los actos por los que quieren llevarme a juicio.

—Entiendo eso —dijo Lorteli—. Pero en su calidad de Caballero Jedi, estaba al tanto de muchos secretos que la Orden Jedi podría no querer revelar en una audiencia pública, ¿verdad?

—Oh, todos sabemos dónde enterró el Emperador su tesoro, si eso es lo que está preguntando —dijo Tahiri, recostándose en su silla—. Estaré encantada de dibujarle un mapa, si recibe estos cargos…

El resto de su oferta se perdió con el estruendo de risas y cuchicheos que rodaron por la sala del tribunal, incluso Daala resopló divertida.

—Tiene agallas —dijo—. Tengo que aceptar eso.

—¿Qué tiene que perder? —preguntó Jag—. Un gungan ciego podría ver que usted ha tenido esta sala manipulada desde el principio.

Daala sonrió.

—Ahora, ¿quién está prejuzgando, Fel? La juez Lorteli simplemente está tratando de asegurarse de que la acusada tenga un abogado adecuado.

Una vez que el sargento logró poner orden, Lorteli miró a Tahiri.

—¿Debo tomar eso como un sí?

—Tómale como quiera. —Tahiri miró a Han y Leia, luego agregó—. Pero incluso si conozco algún secreto, no lo compartiré con nadie en esta sala.

Lorteli en realidad le sonrió.

—Esa elección, por supuesto, es completamente suya —dijo—. Pero dado que cualquier información que proporcione, podría tener un impacto en el desarrollo de su propio caso, no puedo permitir que Nawara Ven, ni ningún otro abogado con un conflicto de intereses tan claro, participe en su defensa.

La sala del tribunal estalló en gritos de indignación, y esta vez Leia Solo no se molestó en tirar de Han hacia abajo. Jag apartó la vista y sacudió la cabeza con disgusto.

—Al menos tiene el suficiente sentido común como para no regodearse en una audiencia pública —le dijo a Daala—. Por favor, dime que realmente no crees que los Jedi, o sus aliados en el Senado, ¿respetarán lo que hiciste aquí?

—Por supuesto que no. —Daala desactivó el altavoz del intercomunicador, luego también se apartó del panel de visualización—. Pero tuve que enviar un mensaje propio. Si los Maestros creen que pueden intimidarme amenazando con disolver la Orden…

—No sabía que lo tenían esta intención —interrumpió Jag—. Todo lo que escuche sugiere que esos aprendices renunciaron por su cuenta.

Daala puso los ojos en blanco.

—Por favor, Jefe de Estado, si realmente fuera tan ingenuo, los Moff lo habrían matado hace dos años. —Comenzó a cruzar la habitación hacia el centro de bebidas—. ¿Puedo ofrecerte algo de beber? ¿Agua polar o fizzee, tal vez?

—Nada, gracias —dijo Jag. Daala había dejado de ofrecerle intoxicantes después de su segunda reunión, un reconocimiento a regañadientes de respeto, ya que había dejado en claro que sentía que los negocios de estado merecían tener la mente despejada—. Pero

desearía que reconsideraras lo que estás haciendo aquí. No es la ley lo que estás haciendo cumplir.

Daala abrió el gabinete y, sin darse la vuelta, preguntó:

—Entonces, ¿qué es?

—Es tú voluntad —dijo—. Y es obvio que es más que solo los Jedi. Cuando sometes a Tahiri Veila a juicio y al mismo tiempo dejas a uno de los arquitectos del golpe de estado retirarse en paz, huele a corrupción.

Daala hizo una pausa por un momento y luego preguntó:

—¿Estás hablando de Cha Niathal?

—Por supuesto —respondió Jag—. Tahiri y el Almirante Niathal cambiaron de bando. ¿De verdad crees que puedes juzgar a uno y dejar que el otro viva en paz? El público pensará que le estás pagando algo a Niathal, por ayudarte a convertirte en Jefa de Estado. Escuché que el Senado ya piensa en eso.

—Y no importará que estén equivocados. —Daala asintió, luego sacó un vaso del gabinete y lo llenó de fizzee—. La percepción lo es todo.

Jag asintió.

—Esa es la naturaleza de la democracia. —Para su sorpresa, Daala parecía realmente preocupada. Quizás había esperanza de desestimar los cargos contra Tahiri después de todo—. Cuando aceptó el cargo, prometió hacer de la Alianza Galáctica una sociedad justa para todos los seres. No puede hacer eso usando los tribunales como arma política.

Daala se giró, luego tomó un sorbo de su fizzee y le preguntó:

—Entonces, ¿qué me recomiendas?

—Desestimar los cargos contra Tahiri y abolir la corte Jedi —dijo Jagged—. Si un Jedi merece ser acusado, hágalo a través del sistema judicial normal. Si realmente quiere que los Jedi obedezcan las mismas leyes que todos obedecen, es la única forma de hacer que eso funcione.

Daala lo consideró por un momento y luego dijo:

—Esa es ciertamente una forma de abordar el problema. Lo pensaré un poco. —Tomó otro trago de su fizzee, luego miró su crono—. Si ya terminamos aquí, tengo que volver a mi oficina para una reunión de personal en diez minutos.

Jag contuvo el impulso de presionar sobre el asunto al revelar lo que sabía sobre los mandalorianos. Estuvo tentado de decirle que era una tonta si creía que contratar a mandalorianos, iba a lograr algo más que matar a un montón de personas. Pero Daala al menos había prometido reconsiderar su enfoque para tratar con los Jedi, y eso era más de lo que realmente había esperado lograr.

En cambio, dijo:

—Hay otra cosa que debemos discutir. —Metió la mano en el bolsillo de su túnica y sacó el droide parásito que Jaina le había dado, luego fue al carrito de bebidas, dejándolo en parte de servicio frente a Daala—. ¿Sabes lo que es esto?

Daala recogió el droide y lo puso a la luz, luego dijo:

—No es nuestro, si eso es lo que estás pensando. No es que no me encantaría espiarte y también a los Moff, pero, francamente, tus inspecciones han sido demasiado minuciosas.

—Le enviaré felicitaciones a mi oficial de seguridad —dijo Jagged—. Pero esto es nuestro.

Daala levantó una ceja perpleja.

—¿Y me lo estás mostrando para que sepa dónde buscar?

Jag sonrió.

—No te estamos espiando —dijo—. Así es como Javis Tyrr ha estado recibiendo sus historias desde el interior del Templo Jedi.

Daala frunció el ceño.

—Sé que no esperas que crea que lo han estado ayudando.

—Apenas. —Jag volvió a meter el droide parásito en el bolsillo de su túnica—. Pero Lecersen sí.

Los ojos de Daala se iluminaron con una comprensión instantánea.

—¡Por la asquerosa baba hutt! Debería haberme dado cuenta.

—No eres la única —dijo Jag—. Pero lo hecho, hecho esta. La pregunta es, ¿qué haremos al respecto?

La expresión de Daala se quedó en blanco.

—¿Nosotros, Jefe de Estado? Él es uno de tus Moff.

—Un Moff que ha estado jugando contigo y con los Jedi, enfrentándolos uno contra el otro —señaló Jag—. Y estoy bastante seguro de que no es solo Lecersen. Hay muchos Moffs que tienen motivos para atacarte a ti, a mí y a los Jedi.

Los ojos verdes de Daala se enfriaron tanto que casi se pusieron azules.

—Entonces te sugiero que los controles, Fel. —Golpeó su vaso contra el gabinete con tanta fuerza, que el fizzee salpicó la superficie de cristal—. Si quieres, puedo ponerte en contacto con un muy buen cazarrecompensas al que le encantaría el trabajo.

Ahora era el turno de Jag para fruncir el ceño en señal de confusión.

—¿Vas a continuar esta venganza contra los Jedi? —preguntó—. ¿Incluso sabiendo que son los Moffs quienes han estado provocando problemas?

La cara de Daala se tornó furiosa.

—Permíteme asegurarte que meter en cintura a los Jedi es idea mía, Jefe de Estado, y es todo menos que una venganza. Ya es hora de que alguien ponga a estos vigilantes bajo el control del gobierno y ponga fin a sus incesantes luchas de poder.

—¿Luchas de poder? —jadeó Jagged—. ¿Es contra quién crees que están luchando los Jedi? ¿Contra ellos mismos?

—Jefe de Estado, un Sith es solo un Jedi que dejó de tomar sus medicamentos —declaró Daala—. ¿Por qué crees que los Señores Oscuros siguen apareciendo?

Jag sacudió la cabeza.

—Jefa Daala, usted está trágicamente equivocada —dijo—. Los Sith son reales, están ahí afuera, y los Jedi son los únicos que pueden hacerles frente.

—Al menos estamos de acuerdo en esos dos primeros puntos. Los Sith son reales, y definitivamente están ahí afuera. —Daala volvió a revisar su crono y luego se dirigió hacia la puerta—. Pero si realmente queremos protegernos de los Sith, es a los Jedi a quienes debemos vigilar. La historia lo ha demostrado.

Capítulo Dieciocho

ELLA SE HACÍA LLAMAR ABELOTH Y VIVÍA EN UNA CUEVA AL LADO DEL volcán, porque decía que las plantas allí no eran tan voraces. Pero a Abeloth le encantaba el agua. Todas las mañanas, llevaba a la partida de búsqueda al río carmesí, y todo el grupo nadaba y chapoteaba durante horas. Luego, una vez que estaban exhaustos, se arrastraban fuera del agua y tomaban el sol en la playa, junto a las enormes lagartijas que habían bajado para tomar el sol en sus alas verdes y extendidas. Y mientras el grupo descansaba, nadie tenía que preocuparse por las vides de anguila que salían del río para atrapar tobillos inmóviles, o que un seto peludo llenará el aire con una nube de polen venenoso, incluso con un enjambre de sedientos colmillos colgando de detrás. Cuando Abeloth estaba cerca, las plantas nunca atacaban.

Vestara sabía que debería haberse alarmado por eso, pero no lo estaba. La verdad era que estaba demasiado agradecida por cualquier respiro como para sospechar de ello. La disciplina Sith del grupo de búsqueda se mantuvo lo suficientemente fuerte, como para sentirse obligados a separarse y pasar al menos unas pocas horas al día tratando de encontrar a Ship, y el puro terror de esas patrullas era tan agotador, que a nadie le importaba la razón de estar a salvo cuando estaban con Abeloth. Cuando veías una estera de hojas muertas que repentinamente mordisqueaba tu pie, o escuchabas a un compañero gritar porque una hermosa flor blanca acababa de arrojarle ácido sobre sus ojos, todo lo que realmente querías era volver a la cueva con Abeloth.

Todavía estaba antes del sol alto, cuando Vestara sintió la invocación en la Fuerza de Lady Rhea. Miró para encontrar a Ahri todavía acostado sobre su espalda con los ojos cerrados. El tinte azul que había llegado a su piel de lavanda bajo el sol azul solo lo hizo aún más hermoso, y Vestara estaba agradecida con Lady Rhea por sugerirle que pasara más tiempo con él. Además de ser agradable a la vista, era su mejor amigo, y su Maestro estaba tan complacido por su obvia cercanía, que finalmente había dejado de golpear al pobre Ahri. Ni siquiera le molestó a Vestara que Xal esperaba claramente que su amistad fuera útil para espiar a Lady Rhea; Mientras creyera que algo valioso podría salir de la relación, era poco probable que buscara venganza por la vergüenza que Vestara le había causado al acercarse a este extraño planeta.

Sin abrir los ojos, Ahri dijo:

—Hoy llega temprano. ¿Vamos a ir más lejos?

—No que yo sepa —respondió Vestara. Lady Rhea le había advertido que comenzara a esperar preguntas inocentes; Xal querría determinar qué tan dispuesta estaba Vestara a discutir los planes de su Maestra con Ahri—. Lady Rhea todavía cree que Ship se esconde al otro lado de la cresta de la cueva.

Ahri abrió los ojos y se apoyó sobre un codo.

—¿Qué piensas?

—Creo que mejor nos damos prisa. —Vestara sabía que él le preguntaba si todavía podía sentir a Ship, pero Lady Rhea le había ordenado que mantuviera en secreto la triste

verdad, que no había sentido una pizca de Ship in la Fuerza, desde el día en que los llevó a la cueva de Abeloth. Cogió la túnica de Ahri de la arena y se la arrojó—. Si somos los últimos otra vez, terminaremos en un flanco.

Ahri se puso de pie instantáneamente, usando la Fuerza para atrapar la camisa y bajarla sobre sus brazos levantados. Vestara también se vistió con la ayuda de la Fuerza, y en menos de un minuto se unieron al resto del grupo de búsqueda. Lady Rhea ya estaba parada en la gran roca que usaba como estrado para hablar. Afortunadamente, muchas personas habían sido sorprendidas con la guardia baja por convocatoria temprana y todavía estaban rezagadas, por lo que apenas pareció darse cuenta cuando Ahri y Vestara tomaron sus lugares.

Pero el Maestro Xal, parado en la orilla del río detrás de la roca, estudió a la pareja con una sonrisa de ojos estrechos, que sugería que creía que su relación había avanzado más de lo que era el caso. Feliz de comprarle a Ahri otra semana sin golpes, al dejar que Xal creyera lo que deseaba, Vestara forzó un sonrojo y dejó que su mirada se deslizara hacia el pie de la roca, donde Abeloth estaba mirando a la reunión Sith como si fuera ella, la encargada del grupo de búsqueda.

Abeloth parecía encantadora y más o menos humana, pero hoy su cabello era marrón y largo, en lugar de color miel y corto hasta los hombros, como lo había sido cuando Vestara y Ahri la habían encontrado en su cueva. Su nariz también era un poco más larga y recta de lo habitual, y sus ojos eran un poco más plateados que grises, con una inclinación superior definida en las esquinas exteriores. La cara de Abeloth cambió así, pareciendo tomar indicios de la apariencia de cualquiera con quien pasara el tiempo. Y de alguna manera solo sirvió para hacerla más encantadora, como si cada nuevo detalle profundizara el brillo de su belleza.

Tan cautivada por su resplandor estaba Vestara, que no se dio cuenta de que Lady Rhea había comenzado a hablar hasta que Ahri la empujó.

—¿Por qué está tan encendida? —susurró—. No es que no hayamos estado buscando.

Vestara cubrió su distracción acariciando el aire para calmarlo.

—Shhh.

Ahri frunció el ceño confundido, luego pareció notar que su mirada se alejaba de Abeloth y cerró los ojos con fingida exasperación.

—Concéntrate —siseó—. Estás a punto de concentrarte.

Dado su constante fracaso para localizar a Ship en la Fuerza, Vestara sabía que eso ya era muy probable. Asintió y volvió su atención a la parte superior de la roca.

—… han fallado —dijo Lady Rhea. Aunque su mirada enojada apenas se enfocaba solamente en Vestara, aunque tampoco la excluía—. Recojan sus cosas. Nos veremos en el transbordador en dos horas.

La noticia golpeó a Vestara como un golpe al cuerpo. Ella fue quien guió la misión tras Ship, y si regresaban a Kesh sin el descarriado Ship, el fracaso se reflejaría tan mal en ella como en Lady Rhea. Pero fue la voz de Abeloth, no la de Vestara, la que rompió el asombrado silencio que siguió.

—¿Sin Ship?

El tono de Lady Rhea se suavizó, al igual que el de todos cuando hablaban con Abeloth.

—El *Cruzado* se está quedando sin combustible y sin suministros. Si nos quedamos mucho más tiempo, no nos iremos en absoluto.

La explicación solo pareció alarmar aún más a Abeloth.

—Pero no pueden irse sin Ship. —Se volvió para mirar al grupo de búsqueda, como si un puñado de simples Sables pudieran anular a un Lord Sith—. Lord Vol estará decepcionado de ustedes.

Lady Rhea parecía tan sorprendida por la reacción como Vestara. Sus ojos se confundieron por un momento, luego su expresión se endureció cuando finalmente pareció ordenar sus pensamientos.

—¿No nos dijiste que estuviste abandonada aquí por treinta años, Abeloth?

Abeloth asintió.

—Así es.

—Entonces pensaría que te mueres por volver a la civilización.

—Y lo estoy. —Abeloth continuó mirando al resto del grupo de búsqueda—. Pero solo estoy pensando en ustedes, mis amigos. Su Círculo de Lores no verá bien este fracaso.

—Yo me encargaré de ellos. —Lady Rhea miró a Abeloth con una mirada de callada evaluación y luego preguntó—. No has cambiado de opinión acerca de querer regresar a Kesh con nosotros, ¿verdad?

—En absoluto —dijo Abeloth. La expresión de Lady Rhea se hizo notablemente más suave, cuando la náufrago se volvió para mirarla de nuevo—. Estoy tan ansiosa como tú por dejar este lugar.

—Me alegra oír eso.

La sonrisa de Lady Rhea logró conservar parte de su filo depredador, y Vestara casi podía leer los pensamientos que pasaban por la mente de su Maestra, Abeloth compensaría la pérdida de Ship.

Encantados como estaban, todos los Sith de la partida de búsqueda sabían que Abeloth no era una mujer común, si es que era una mujer. A veces, a Vestara le parecía que Abeloth no era más que un halo de energía de la Fuerza, que se presentaba como una mujer porque su verdadera forma no podía ser comprendida por sus mentes mortales. Pero otras veces, Abeloth parecía exactamente lo que decía ser, un náufrago solitario tan desesperado por compañía que se negaba a estar sola, una mujer tan cerca de la locura por su largo aislamiento, que había asumido que estaba alucinando cuando Vestara y Ahri entraron en su cueva para rescatar a Xal.

Por supuesto, había muchas cosas que no tenían sentido sobre ninguna de las posibilidades. Primero, Abeloth nunca había explicado exactamente cómo había atrapado a Xal, un Maestro Sith, en un capullo. Afirmó no tener idea de por qué Vestara había sentido a Ship en la cresta cerca de su cueva, pero aceptó como lógico el hecho de que

había sido Ship quien los había llevado a ella en primer lugar. Y cuando Vestara preguntó por el tentáculo que había visto en el techo de la cueva, la única respuesta de Abeloth fue que no tenían nada que temer de ningún animal de este planeta.

Mientras Vestara consideraba todo esto, y esperaba que se resolviera el extraño reto de voluntades entre Abeloth y Lady Rhea, sintió el toque de una presencia familiar.

Nunca deberías haber venido, dijo Ship en su mente. Ahora nunca podrás irte.

Vestara desvió la mirada hacia el río, y jadeó en voz alta cuando vio una silueta familiar, en forma de bola alada flotando en la distancia, justo por encima del agua.

—¿Vestara? —preguntó Ahri, volviéndose hacia ella—. ¿Qué es eso?

—Es… —Vestara comenzó a señalar, luego vio a Abeloth observando y se dio cuenta de que la náufrago estaba escuchando a escondidas. Además, Lady Rhea no apreciaría ser arrastrada a otra inútil persecución, cuando ya había dado la orden de irse. Vestara bajó la mirada—. Nada.

—¿Cómo que nada? —La voz de Abeloth era una cuchilla fría que cortaba la mentira de Vestara—. ¿Viste algo río abajo?

—Me lo imagine. —Vestara echó un vistazo por el río y, para su alivio, vio que la pequeña silueta ya había desaparecido—. Pero yo estaba…

Vestara fue interrumpida por el timbre del comunicador de Lady Rhea. Se giró y vio a su Maestra sacando la varita de su cinturón, al mismo tiempo que levantaba su mano libre para pedir silencio. Lady Rhea apenas había pulsado el interruptor de activación, antes de que la excitada voz de Baad Walusari comenzara a sonar desde el pequeño altavoz.

—Mil metros de su posición a sus sesenta —dijo el keshiri—. Ship acaba de cruzar el río y parece dirigirse hacia donde aterrizó el transbordador.

Los ojos de Lady Rhea se abrieron en estado de shock.

—¿Ship te permite rastrearlo?

—Cuando está por encima del dosel, tenemos una firma de calor —explicó Walusari—. Cuando está en la jungla, tenemos un rastro dañado. Mientras Ship se mueva, podemos rastrearlo.

—Bien. Mantenme actualizada. —Lady Rhea apagó su comunicador y se volvió hacia Vestara—. Ve si puedes obligarlo a regresar a nosotros.

Sin esperar el reconocimiento de Vestara, Lady Rhea sacó sus armas y comenzó a emitir órdenes. Para cuando Vestara había localizado nuevamente a Ship en la Fuerza, el grupo de búsqueda se desplegó en un frente de mil metros cruzando el río. Abeloth se colocó detrás de Lady Rhea, cruzando el agua tan fácilmente como la Señora de los Sith, y Vestara aprovechó su presencia para concentrarse en Ship en lugar de las plantas.

Vestara presionó la presencia de Ship con toda la fuerza de voluntad que podía convocar, ordenándole que regresara al río y esperara su orden. Ship quería obedecer, podía sentir eso, incluso con su atención dividida entre tratar de rastrear al descarriado Ship y usar la Fuerza para mantener sus pies rebotando en el agua.

Pero había algo derrotado y perdido en el espíritu de Ship, como una uvak con tendones de ala cortados. Estaba… asustado, aplastado bajo una fuerte voluntad más allá

de la capacidad que Vestara pudiera imaginar. Obedecerla era desafiarla, un poder que había alcanzado el espacio y el tiempo para convocar a Ship por la única razón que estaba sola.

Vestara se dio cuenta cuán desesperante era pensar que tenía la fuerza de voluntad para romper el alcance de tal ser. Aun así, continuó aferrándose a la presencia de Ship, aunque solo fuera porque eso la ayudaría a localizar la esfera de meditación, si Walusari y el *Cruzado* perdían su rastro. Una vez que lo alcanzaran, Lady Rhea sería la que exigiría la obediencia de Ship.

Y ese pensamiento fue lo que casi mató a Vestara.

Estaba casi al otro lado del río, cuando un remolino se abrió y tragó a Lady Rhea por completo. Con su atención centrada en Ship en lugar de los peligros de la situación, Vestara fue tomada completamente por sorpresa, y se encontró caminando en el mismo pozo antes de que Abeloth la agarrara del brazo.

—Tifón rojo —dijo, alejando a Vestara del remolino—. Sigue adelante o te atrapará a ti también.

La mayoría de los aprendices en la situación de Vestara probablemente habrían hecho exactamente lo que Abeloth le indicó, razonando que era mucho más fácil obtener un nuevo Maestro que una nueva vida. Ahri ciertamente habría estado feliz de dejar que su Maestro fuera digerido por casi cualquier planta del planeta. Pero si Lady Rhea se hubiera ido, Xal se convertiría en el nuevo comandante de la misión, y eso significaba una muerte tan segura como ser tragada por el sifón, aunque probablemente mucho más lenta y humillante.

Entonces Vestara apartó su brazo de las manos de Abeloth, luego encendió su sable láser y se dejó caer bajo la superficie del río. El agua estaba tan llena de limo carmesí que quedó cegada casi al instante. Cintas sucias de celulosa húmeda se envolvieron alrededor de sus piernas, apretando sus pantorrillas con tanta fuerza, que sus pies y tobillos comenzaron a hincharse. Dobló las rodillas e insegura de si estaba empujando la maleza hacia ella o viceversa, sacó su parang y comenzó a cortar las plantas.

Al mismo tiempo, Vestara extendió la mano en la Fuerza y sintió a Lady Rhea a la derecha y un poco por debajo de ella. Arremetió con su sable láser, el agua silbaba y burbujeaba cuando el calor de su hoja carmesí la convertía en vapor. Sintió que el arma atravesaba algo del tamaño de su propia cintura. Llevó la espada de vuelta en la otra dirección y encontró otro de los tallos gigantes, luego rápidamente comenzó a girar, cortando media docena más antes de que el área pareciera despejada.

Pero no había ningún resplandor en el agua debajo de ella, y el aura en la Fuerza de Lady Rhea, solo parecía estar cada vez más asustada y confundida, a medida que el sifón se retraía, empujándola más profundamente dentro del río. Vestara podía sentirlo por el dolor en su propio pecho, y por su creciente compulsión por respirar, que también se estaba quedando sin aire.

Apenas importaba. Era mejor ahogarse aquí que sufrir las degradaciones que Xal acumularía sobre ella, si se convirtiera en el líder de la misión. Vestara agarró a su Maestra en la Fuerza y tiró fuertemente.

Lady Rhea no pudo salir del tifón. Todo lo que sucedió fue que los oídos y los senos nasales de Vestara comenzaron a dolerle mientras se hundía más, y el agua comenzó a oscurecerse cuando la luz del sol se desvaneció en el cieno suspendido. La presencia de Lady Rhea comenzó a calmarse, aunque era imposible decir si era porque sentía venir a Vestara o porque estaba perdiendo el conocimiento.

Entonces Vestara tropezó con el tocón de un tallo cortado y supo que había alcanzado la caña en retirada. Podía sentir a Lady Rhea en la oscuridad que se arremolinaba debajo, a menos de un metro de distancia, pero era imposible saber si estaban en el fondo del río o aún descendían.

A Vestara no le importaba en cuál situación se encontraban. Extendió la mano con su sable láser, dándole la vuelta como si tocara a Lady Rhea a lo largo del flanco. Vislumbró un color marrón cuando la cuchilla abrió el tallo e inmediatamente apagó el interruptor.

Un instante después, un cuerpo humano se estrelló contra su pecho, y lo último de su aire dejó sus pulmones en una corriente de burbujas ascendentes. Sin saber si Lady Rhea estaría consciente, envolvió sus brazos alrededor del cuerpo y luego sintió que se disparaba hacia arriba, mientras su Maestra usaba la Fuerza para sacarlas a la superficie.

Cuando el agua cambió de negro a carmesí, Vestara tuvo que luchar contra el impulso de exhalar de alivio. Lady Rhea obviamente había sobrevivido y todavía estaba consciente, a menos que Abeloth fuera quien las estuviera jalando hacia la superficie. Aunque la náufrago había esquivado la mayoría de las preguntas del grupo de búsqueda sobre su entrenamiento, obviamente era fuerte en la Fuerza y capaz de…

El disco azul del sol comenzó a ondularse a través del agua carmesí, pero Vestara estaba demasiado preocupada, demasiado asustada como para darse cuenta incluso cuando salieron a la superficie.

Abeloth había estado con ellos. El significado de eso finalmente se hundió.

El tallo del sifón había atacado a Lady Rea y Abeloth no había hecho nada para detenerla. De hecho, ninguna planta había atacado a alguien mientras estaban en presencia de Abeloth.

Vestara escuchó un jadeo fuerte y ronco, sintiendo una oleada de alivio corporal, cuando sus pulmones se llenaron de aire fresco. Lady Rhea hizo un sonido similar cuando también comenzó a respirar, luego se liberó del agarre de Vestara y se volvió para besarla.

—Te debo… a ti… mi vida —tosió—. Lo que desees, Vestara, será tuyo.

—Primero, dejar este río viviente —dijo Vestara. Al ver que las manos de su Maestra estaban libres de armas, empujó su parang al alcance de Lady Rhea—. Abeloth está tratando de…

La explicación de Vestara fue interrumpida por un fuerte clamor desde la orilla, luego sintió que ella y Lady Rhea salían del agua.

—No te preocupes —dijo Lady Rhea—. Estamos a salvo.

Vestara sacudió la cabeza.

—No. Ella traicionó…

—Por supuesto que estamos a salvo —interrumpió Lady Rhea, que no parecía entender. Señalando río arriba—. Tu amigo Ahri nos tiene.

Vestara se volvió en la dirección que señalaba Lady Rhea. Ahri estaba de pie en la orilla, a unos cincuenta metros de distancia, con las armas a los pies y ambas manos extendidas hacia ellos. La mayor parte del grupo de búsqueda corría por la orilla para proteger a Lady Rhea si la atacaban de nuevo. El Maestro Xal permaneció al lado de Ahri, con la mandíbula apretada y los ojos oscuros ardiendo, como si estuviera contemplando agarrar el parang de su aprendiz y decapitarlo con él. Esta noche, Vestara lo sabía, Ahri recibiría una paliza por salvarla a ella y a Lady Rhea… si Abeloth los dejaba vivir tanto tiempo.

Detrás de Xal y Ahri estaba… algo alto y vagamente humano, con una larga cascada de cabello amarillo que llegaba casi hasta el suelo. Tenía los ojos pequeños y hundidos, como dos estrellas que brillaba dentro de un par de pozos negros, y tenía una boca grande con labios gruesos, tan amplia que llegaba de oreja a oreja. Sus brazos rechonchos sobresalían no más de diez centímetros de sus hombros, pero en lugar de los dedos, sus manos tenían tentáculos retorcidos que colgaban más allá de sus rodillas. El cuerpo era tan recto como el tronco de un árbol, y cuando comenzó a descender hacia el lugar donde Vestara y Lady Rhea iban a ser depositadas, sus piernas no parecían balancearse tanto como su ondulación.

Vestara estaba fría y mareada, cuando Ahri la bajó junto con Lady Rhea en la orilla. Se encontró arrodillada en las aguas poco profundas, arrojando agua negra y limosa al río y temblando tanto que le dolía el cuerpo. Horrible como era, lo que había visto detrás de Ahri y Xal le era familiar. La larga nariz aguileña, las mejillas altas, la barbilla bien formada, era la cara de Abeloth. Justo esta mañana, esa cara le había parecido la más hermosa que había visto… hasta que Lady Rhea declaró que era hora de regresar a casa y Abeloth había traicionado su verdadera naturaleza.

—Es solo agua de río —dijo Lady Rhea, tomando a Vestara por el brazo—. Levántate. Te sentirás mejor.

Vestara permitió que la levantara. Esperando que lo que había visto detrás de Ahri, acabara por ser el producto de una mente hambrienta de oxígeno, o al menos que se salvaría de verla en su verdadera naturaleza nuevamente, miró hacia la ribera.

Y comenzó a temblar de nuevo. La cosa seguía allí, tan horrible como antes, acercándose a ella, con sus pequeños ojos plateados quemándole un agujero a través de ella, su horrible boca sonriendo de oreja a oreja, mostrando una boca llena de dientes afilados.

—Vestara, está bien —dijo Lady Rhea, tomándola por los hombros—. Vas a estar bien.

—Lo sé. —Vestara asintió, pero siguió mirando a Lady Rhea—. Lady Rhea, mire. ¿Ve esa… esa cosa detrás de Ahri y Xal?

Lady Rhea miró y luego frunció el ceño.

—¿Te refieres a Abeloth?

La fuerza de Vestara la abandonó, se habría caído si Lady Rhea no la hubiera atrapado en la Fuerza.

—Vestara, ¿qué pasa? Pareces exhausta.

Al darse cuenta de que ella era la única que la había visto, Vestara forzó una afirmación.

—Lo estoy, pero puedo manejarlo.

Y tal vez podría, se dijo a si misma Vestara; no había razón para desesperarse. Ahora que veía la verdad de lo que era Abeloth, podría vencerla. Un Sith podría vencer cualquier cosa, si lo entendía.

Lady Rhea debe haber sentido el regreso de la entereza de Vestara, porque sonrió y relajó su agarre.

—Eso está mejor. —Dio unas palmaditas en los hombros de Vestara, luego se volvió para mirar hacia la orilla—. Maestro Xal, necesito un sable de luz y un informe. ¿Todavía tenemos la ubicación de Ship?

La pregunta era innecesaria. Incluso cuando Lady Rhea la estaba haciendo, Ship apareció en la distancia, una pequeña mancha flotando sobre la jungla desde la dirección del claro dejado por el transbordador. Pero todos estaban demasiado ocupados con Lady Rhea para ver a Ship, preguntando por las heridas y ofreciendo sus sables de luz de repuesto, rescatados de los cuerpos de sus compañeros caídos. Entonces Vestara fingió no ver acercarse a Ship, y simplemente se acercó a él en la Fuerza.

¿Por qué? Preguntó Vestara. ¿Por qué nos traicionaste?

Porque me lo ordenaron y las máquinas deben obedecer.

Muy bien, respondió Vestara. Te ordeno que vengas a mí ahora. Te ordeno que bajes y nos lleves lejos de aquí, que nos lleves de regreso a Kesh.

Un crujido bajo comenzó a formarse cuando Ship se acercó, y Vestara pensó por un momento que realmente estaba llegando a tierra. Pero luego, cuando Lady Rhea y los demás se giraron hacia el sonido, Ship aceleró, pasando tan bajo sobre sus cabezas que Vestara pudo sentir el calor de sus unidades de propulsión.

Niña tonta, le dijo Ship. Eres fuerte en la Fuerza, pero fuerte no es nada comparado con todopoderoso.

Lady Rhea comenzó a gritar órdenes, llevando al grupo de regreso a través del río hacia la cresta de la cueva. Vestara no la siguió, sino que permaneció en la orilla, observando lo horrible que era Abeloth que continuaba acercándose.

Ignoraste mis advertencias, le recordó Ship. Y ahora estás tan perdida como yo.

Vestara sacudió la cabeza.

—No estamos perdidos. —Hablar en voz alta solo parecía hacerlas sonar aún más falsas, pero igual continuó igual—. Los Sith nunca se rinden. Los Sith nunca se desesperan.

Una ola de sombría diversión atravesó la Fuerza. Eres una chica inteligente, Vestara, dijo Ship. ¿Por qué crees que todo lo que haces puede sacarte de este planeta?

Ship se redujo a un punto oscuro, encogiéndose contra la cresta de la cueva, desapareciendo en la Fuerza, dejando a Vestara sola en la orilla con Abeloth. Un abanico de tentáculos viscosos se deslizó alrededor de su hombro, girando para mirar las frías estrellas que eran los ojos de la cosa.

—Ven, Vestara —decía—. Te llevare a salvo a través del río.

Capítulo Diecinueve

UBICADO A SOLO UN KILÓMETRO DEL CENTRO DE JUSTICIA GALÁCTICO, EL barracón al otro lado del carril aéreo no era «discreto». No aparecía en ninguna lista pública de direcciones gubernamentales, pero era un monolito de cien pisos, metido en una larga línea de elegantes agujas de piedra y acero, con paredes de permacreto y burbujas moradas, que insinuaban abiertamente sus fortificaciones. La única concesión al estilo era un puñado de ventanas gráficas en forma de tablero, esparcidas por su cara gris en cúmulos globulares, que probablemente debían sugerir una estrella y sus planetas.

—La SAG es mejor que esto —dijo Jaina. Junto con Mirax Horn y un puñado de Maestros Jedi, estaba parada en el vestíbulo de la Torre de Oficinas Palem Graser, aparentemente esperando una cita con un cabildero neimoidiano, cuyo nombre había seleccionado al azar del directorio del edificio—. ¿Por qué no colgar un letrero en el frente que diga PRISIÓN SECRETA?

—Daala quieere que la gggente ssssepa que mantieneee una prisssión sssecreta. —Mientras Saba hablaba, sus ojos con pupilas verticales permanecieron fijos en la construcción al otro lado del carril—. El ssshenbit muessstra dientesss para asssustar, no para matar.

—Disuasión psicológica —estuvo de acuerdo Kyp Durron. Se había preparado para su misión al peinarse el cabello con cuidado y ponerse una túnica formal planchada a vapor, pero el efecto era arruinado por un rastrojo de barba de dos días que comenzaba a mostrarse gris—. Daala quiere que la industria del cabildeo sepa que podrían desaparecer en un lugar como este, si están trabajando para las personas equivocadas.

—Eso ciertamente explicaría su ubicación —acordó Cilghal. La mon calamari giró un ojo abultado para mirar a Jaina—. ¿Estás segura de que aquí es donde están Valin y Jysella?

—Es donde la nueva orden de encarcelamiento decía que estaban… —Jaina casi dijo almacenados, pero cuando vio el destello de dolor en los Horn, por lo que decidió que sería mejor evitar cualquier término asociado con la congelación en carbonita—… detenidos. Por lo que puedo ver, Daala parece estar tratando de hacer todo lo que indica el librito, con esta corte Jedi, así que no creo que hubiera falsificado los registros.

—Essstoy de acuerdo. —Saba finalmente apartó la vista del edificio y luego le preguntó a Jaina—: ¿Tienes la orden?

—Sí. —Jaina sacó un tubo de flimsi del interior de su túnica y se lo tendió—. Aquí tienes.

—No, quédatelo. —Saba lanzó una garra hacia el edificio—. Tu plan, tu cacccería.

—Está bien, gracias… creo —dijo Jaina.

En realidad, el plan era más de Jag que de ella, pero Jaina sabía que no debía revelarles eso a los Maestros. Todos profesaban comprender la razón de Jag, para no mencionar que Daala iba a contratar una compañía de mandalorianos, pero todavía estaban irritados. De hecho, le habían prohibido ingresar al Templo debido a posibles

«conflictos de intereses». Y aunque en realidad no le habían ordenado a Jaina que se mantuviera alejada de Jag, habían dejado en claro que tenía que volver a examinar cuáles eran sus prioridades, y pensar si un matrimonio con el Jefe de Estado del Remanente Imperial era una posibilidad realista para un Caballero Jedi.

Jaina, por supuesto, esperaba convencerlos de que así era. Y un buen resultado hoy ciertamente ayudaría a su causa. Volvió a poner el escrito dentro de su túnica, luego se volvió hacia Corran y Mirax Horn.

La angustia de los Horn era evidente en las crecientes púrpuras que colgaban debajo de sus ojos. El cabello negro de Mirax estaba despeinado y sucio, y la mandíbula debajo de la barba enredada de Corran, estaba tan apretada que probablemente corría el riesgo de romperse los dientes. Eran el único punto débil en su plan, Jaina lo sabía. Les preguntó mucho esperando que mantuvieran la calma y el control, mientras miraban a sus hijos congelados en carbonita, pero ambos eran personas de extraordinarios recursos emocionales. Corran era un Maestro Jedi que regularmente tomaba decisiones que ponían en peligro a docenas de Caballeros Jedi, incluidos a sus propios hijos. Y Mirax era, simplemente, la hija de Booster Terrik. Ese hecho solo sugirió que Daala no tenía idea del tipo de tormenta que había provocado, cuando decidió congelar a los hijos de los Horn en carbonita.

Los Horn tardaron un momento en darse cuenta de que Jaina los estaba mirando, pero cuando lo hicieron, no había necesidad de preguntar si estaban listos. Corran asintió bruscamente y Mirax dijo:

—Muévanse. Es hora de servirle a la Jefa un poco de ese estofado mynock que prometiste.

Jaina sonrió.

—Veamos si podemos hacer que se atragante. —Volviéndose hacia Saba—. Con su permiso…

—¿Permissso? —Saba golpeó su cola contra el suelo, luego señaló hacia la salida—. No tenemos tiempo que perder con bromasss, Jedi Sssolo.

Jaina bajó la cabeza en reconocimiento.

—Les avisaré cuando esté adentro.

Cuando salió de la Torre Graser, Jaina se sintió aliviada al ver al siempre bien vestido Javis Tyrr y su fornido camaroperador en el balcón del edificio adyacente. Como se esperaba, ver a los Horn y varios Maestros Jedi reunidos cerca de un centro secreto de detención de la SAG, había llamado la atención lo suficiente como para alertar a los medios. Solo esperaba que Tyrr no fuera el único reportero que hubiera sido informado.

Jaina usó un puente peatonal para cruzar el zumbido del abismo del carril aéreo, luego siguió caminando desde una banqueta hasta el centro del edificio. La entrada se realizaba a través de una larga escalera mecánica, que ascendía por un túnel que se estrechaba gradualmente hacia un par de puertas blindadas de tungstoide. Sobre las puertas colgaba un simple letrero que decía: ALMACENES DE LA ALIANZA GALÁCTICA. Debajo, un lema: SERVICIO, SEGURIDAD, DISCRECIÓN.

Todo sobre la entrada decía fortaleza. Las dos puertas eran tan pesadas, que tuvieron que montarse en guías magnéticas en lugar de rieles. Las paredes del túnel estaban forradas por altos paneles rectangulares, que solo tenían que ser las cubiertas deslizantes de las esclusas de las armas. Incluso los peldaños de la escalera mecánica podrían plegarse para crear una rampa empinada de acero que sería difícil de ascender bajo fuego.

Sin embargo, Jaina ascendió sin incidentes. En la parte superior del túnel, la escalera mecánica cambió a una banda móvil y las puertas se abrieron intempestivamente para revelar un pequeño vestíbulo. Cuando la banda la llevó al otro lado del umbral, usó la Fuerza para torcer un sensor de alineación, para que las cerraduras de las puertas no se activaran. A su izquierda vio dos áreas separadas para sentarse, y a su derecha, un mostrador elevado de seguridad. En la parte trasera del vestíbulo, un par de turboascensores proporcionaban acceso al resto del edificio.

La banda dejó a Jaina frente al mostrador, donde un par de guardias rodianos estaban parados con las manos ocultas, mientras que los platillos sensoriales sobre sus cabezas giraron cautelosos. Incluso sin usar la Fuerza, Jaina habría sabido que cada uno tenía una mano sobre un botón de pánico y la otra envuelta alrededor de la culata de un blaster. Ambos iban vestidos con uniformes paramilitares negros con un arco de letras amarillas ALMACENES DE LA ALIANZA GALÁCTICA bordado en un bolsillo y un parche cosido encima del otro.

Jaina extendió la mano en la Fuerza, dejándoles saber a los Maestros que había logrado entrar, luego se acercó a la recepción. Miró a los dos rodianos y no dijo nada. La pareja con sus hocicos cónicos la fulminó con la mirada, su curiosidad mantuvo su atención en ella en lugar de las puertas desalineadas. Si habían notado el problema con las cerraduras, sus caras no lo mostraban.

Como Jaina no habló primero, el más grande finalmente dijo:

—No sabía que teníamos clientes Jedi. —Estaba tan gordo que sus mejillas parecían tener bolsas, y el nombre en su pecho decía WEEZE—. ¿Número de bóveda y contraseña?

—Yo tampoco —dijo Jaina—. Pero tú ya sabías eso.

Weeze miró a su compañero más delgado, cuya etiqueta con el nombre decía ROSII.

—No lo sabía —dijo—. ¿Tenía que saberlo?

Rosii asintió.

—Algo así. —Su voz era más rodiana que la de Weeze, ronca y nasal—. No he visto ningún Jedi por aquí.

Weeze volvió a mirar a Jaina.

—No podemos ayudarla en esta puerta. Tendrá que ir a la recepción principal y alquilar una bóveda con un representante de cuenta.

—No quiero una bodega —dijo Jaina—. Vine a ver a Valin y Jysella Horn.

—¿Horn? —Rosii repitió. Su hocico se arrugó en una expresión de confusión, pero la repentina alarma que sintió en la Fuerza, le sugirió que ambos rodianos sabían muy bien

por qué Jaina estaba buscando allí a los Horn—. ¿No son esos dos Caballeros Jedi que se pusieron furiosos?

—Quienes sufrieron una ruptura delirante —corrigió Jaina. Mantuvo la mirada fija en Weeze.

—Y los veré ahora… —Hizo una pausa para permitir que el rango de Weeze subiera a su mente, donde podía sentirlo a través de la Fuerza—. Sargento.

Los platillos sensoriales de Weeze se hicieron para adelante.

—Aquí todos somos civiles, Jedi. —La alarma en su aura de Fuerza cambió a decisión, y Jaina vio su hombro temblar cuando finalmente presionó el botón de alarma—. Los Almacenes de la Alianza Galáctica manejan bienes, no pris…

Jaina usó la Fuerza para empujar a ambos rodianos lejos del mostrador, junto con cualquier arma pesada que pudieran haber escondido detrás de él.

—Nunca le mientas a un Jedi, sargento —dijo Jaina. Cuando los rodianos levantaron sus blasters, enviando ambas armas volando con un gesto—. Eso realmente nos molesta.

Los rodianos se miraron el uno al otro, y luego Rosii dijo:

—No pasarás al vestíbulo.

—Esssta piensssa de manera diferente —dijo Saba, guiando a Kyp y los demás a través de las puertas blindadas entreabiertas—. Esssta piensssa que nosss essscoltarásss a donde tenemos que ir.

Tan pronto como los ojos de los rodianos se posaron en la corpulenta forma de Saba, sus platillos sensoriales cayeron sobre sus cabezas y sus auras de la Fuerza se volvieron eléctricas de miedo.

—Relájense —dijo Jaina—. Tenemos permiso.

—¿Permiso? —Weeze volvió la cabeza para mirar a Jaina con un ojo—. ¿Qué tipo de permiso?

—¿No les has mostrado el documento, Jedi Sssolo? —Saba preguntó, fingiendo sorpresa—. ¿Por qué esperasss?

Jaina miró por la puerta y, detrás de Kyp, Cilghal y los otros Maestros, vio a Corran y Mirax Horn subiendo por la escalera mecánica, con una gran cantidad de reporteros y holocámaras que les gritaban preguntas. Javis Tyrr, por supuesto, estaba a la cabeza, con su tabardo de moda muy arrugado por la apretada muchedumbre y, sin duda, empujado. Una mejilla hinchada y un moretón oscuro sugirieron lo que se había armado, y Jaina comenzó a tener dudas sobre la capacidad del Maestro Horn para controlarse, una vez que llegaran a Valin y Jysella.

Jaina se volvió hacia Saba y bajó la cabeza en tono de disculpa.

—Lo siento, Maestra Sebatyne. Me tomó unos minutos confirmar que este era el lugar correcto.

Segura de que los rodianos no intentarían nada tonto con tantos Maestros en la sala, Jaina los liberó de la pared, luego sacó de nuevo el tubo de la orden de su túnica. Para entonces, los Horn estaban entrando al vestíbulo, con Javis Tyrr y otra media docena de equipos de noticias empujando las puertas detrás de él.

Jaina esperó mientras Kyp y Cilghal usaban la Fuerza para organizar sutilmente a la multitud. Una vez que estuvo segura de que todas las holocámaras tendrían una vista clara del mostrador de seguridad, dio un paso adelante y presentó el tubo, girándolo para que el sello del Centro de Justicia estuviera a la vista.

—Sargento Weeze —dijo—, esta es una orden judicial que nos otorga derechos de visita para Valin y Jysella Horn, quienes, como pueden ver en la orden de encarcelamiento que la acompaña, están detenidos en un centro secreto de detención de la Seguridad de la Alianza Galáctica ubicado en esta dirección.

Weeze no hizo ningún movimiento para aceptar el tubo, mirándolo como si Jaina estuviera tratando de darle un detonador térmico activado.

—Yo… no sé de qué estás hablando —dijo el rodiano—. Esto es solo una instalación de almacenamiento…

La negación del rodiano llegó a un abrupto final, cuando el chisporroteo por la desactivación de los escudos de acceso, sonó desde los turboascensores en la parte trasera del vestíbulo. Voces agudas comenzaron a gritar órdenes contradictorias de «abajo» y «no se muevan». Todos se volvieron hacia los sonidos, justo a tiempo para ver a un escuadrón de asalto la SAG, entrando en el vestíbulo con armadura completa, granadas de aturdimiento en la mano y blasters de repetición listos para disparar.

Por supuesto, los equipos de noticias activaron de inmediato sus luces de las cámaras, y solo unos pocos empujones rápidos de la Fuerza de Jaina y sus compañeros Jedi, enviaron la ráfaga de rayos que siguieron al techo en lugar de a la multitud de periodistas. Los seres que llevaban las holocámaras más grandes simplemente se arrodillaron y continuaron filmando, mientras el resto del escuadrón de asalto confundido salió de los turboascensores, tomando posiciones en el extremo más alejado del recibidor.

Los disparos se desvanecieron rápidamente, cuando el escuadrón de asalto se dio cuenta de que estaban siendo filmados en lugar de ser atacados, pero para entonces los equipos de noticias tenían cuatro o cinco segundos de confusión de la SAG, para la transmisión de la noche. Las cosas iban aún mejor de lo que Jaina esperaba, y mejoraron rápidamente, cuando la familiar figura de hombros cuadrados del comandante del escuadrón de asalto salió del turboascensor.

—¡Bloah! —Jaina dirigiéndose hacia el ascensor—. ¡Si es el Capitán Atar!

Dijo el nombre especialmente en voz alta, para asegurarse de que Javis Tyrr y todas las demás noticias lo captaran en su audio. Si el plan continuaba así, incluso podría arriesgarse a revelar que toda esta trampa había sido idea de Jag. Eso probablemente no haría mucho para comprarles un poco de holgura con sus padres, pero podría hacer que los Maestros vieran su situación un poco más comprensiva.

Atar rápidamente hizo un gesto hacia sus soldados para que bajaran sus armas, luego se adelantó tres metros y se quedó mirando ceñudo debajo de su bigote tupido. Jaina se alegró de ver que tanto él como su equipo llevaban el uniforme completo de la SAG.

Jaina se detuvo a medio paso, luego, una vez que sintió que las luces de las cámaras calentaban sus costados, dijo:

—Capitán Atar, me gustaría poder decir que es un placer volver a verlo. —Le tendió la orden—. Quizás sea lo suficientemente bueno como para aceptar esto. Sus subordinados parecen estar bastante confundidos acerca de para quién están trabajando.

Esto provocó una ronda de risitas de los reporteros, y la actitud de Atar se volvió cautelosa y amarga. Había sido emboscado dentro de su propio nido, y lo sabía. Aceptó el tubo sin comentarios, luego desenrolló el escrito y lo leyó en silencio.

Cuando llegó a la firma de autorización, sus ojos se abrieron y su rostro se puso rojo. Bajó el flimsi y estudió a Jaina con una ceja levantada.

—¿Quieren visitar a Valin y Jysella Horn?

—Así es —dijo Jaina.

—Pero están congelados —dijo—, en carbonita.

—Somos conscientes de eso —dijo Cilghal, acercándose a Jaina—. Esa orden me da el derecho de inspeccionar sus vainas de congelación y asegurarme de que todo esté en buen estado.

—Y afirma el derecho de Valin y Jysella Horn, a recibir visitas mientras están detenidos —agregó Kyp, señalando a Corran y Mirax para que se adelantaran—. Como cualquier otro prisionero.

—Como pueden ver. —Jaina miró hacia atrás, dirigiéndose directamente a las cámaras—. Nos hemos esforzado por adquirir todos los permisos necesarios.

Atar asintió.

—Los tienen. —Enrolló el flimsi con cuidado, sin duda tratando de darse tiempo para pensar, devolviéndole el tubo—. Estoy seguro de que el director de la instalación estará encantado de concertar una cita…

—No, Capitán. —Jaina se acercó a Atar, estirando el cuello para mirarlo y usando la Fuerza para empujarlo hacia atrás—. Esta orden nos da acceso inmediato.

—Por lo tanto, podemos estar seguros de que la SAG mantiene las cápsulas correctamente y como una cuestión de rutina —agregó Cilghal, que también comenzó a avanzar—. Si cree que le daremos la oportunidad de hacer reparaciones y falsificar registros de mantenimiento, está muy equivocado.

Jaina lo empujó hacia atrás un paso más, pero Atar se concentró frente al turboascensor.

—Lo siento. —Hizo un gesto al resto de su escuadrón para aguantar su posición—. Pero no tengo la autoridad para otorgarle la entrada a esta instalación.

Saba se deslizó hacia adelante para pararse frente a él.

—Mire de nuevo, Capitán. No tiene autoridad para detenernosss.

La barabel le arrebató el tubo de la mano y luego lo golpeó en el pecho. Los ojos de Atar se llenaron de ira, pero antes de que pudiera responder, Javis Tyrr se empujó hacia adelante para colocar un micrófono en su cara.

—Capitán Atar —exigió el periodista—, ¿es su postura que la Seguridad de la Alianza Galáctica no está sujeta a las órdenes del Centro Judicial?

—No claro que no. —Atar apenas había hablado antes de que el resto de la prensa comenzara a gritar preguntas, y su rostro se enrojeció al darse cuenta de cómo se estaba malinterpretando lo que había dicho. Levantó las manos para pedir silencio, y cuando eso no funcionó, gritó—. Quiero decir, los servicios de seguridad están absolutamente sujetos a la ley, como cualquier otra persona en la Alianza Galáctica.

—Esssta ssse alegra de essscuchar essso —dijo Saba. Le devolvió el tubo a Jaina, luego se dirigió hacia los turboascensores—. Comenzzzaremos nuestra bússsqueda en losss sssubniveless y assscenderemos.

La cara roja de Atar de repente se puso pálida, y corrió tras ella.

—No hay necesidad de buscar, Maestra Sebatyne. La acompañaré yo mismo.

Saba se detuvo en la entrada del turboascensor y se volvió.

—Qué bueno, Capitán. —Se giró hacia las cámaras, que ya estaban presionando muy cerca detrás de ella, luego preguntó—. ¿Cuálesss ssson losss númerosss de celdasss?

Atar sacudió la cabeza.

—Lo siento, Maestra Sebatyne. Iremos a…

—¿Tal vezzz a la enfermería? —Saba se agachó para mirar el panel de control del turboascensor—. ¿Esss essste? ¿Nivel cuatrocientosss noventa y ocho?

Extendió una garra hacia el teclado numérico, pero la mano de Atar salió disparada para teclear en un nivel diferente. Saba estudió el número, luego se volvió hacia el capitán, con las escamas de su cara aplastadas en el equivalente barabel de un ceño fruncido.

—¿Cuatrocientosss sssetenta? —Se giró y agregó la designación de nivel para que lo escucharan sus compañeros y reporteros—. ¿La oficina ejjjecutiva?

Atar bajó la mirada y Jaina lo supo. La SAG trataba a los hermanos Horn como una especie de premio, exponiéndolos, tal como Jabba el Hutt había exhibido a su propio padre cuatro décadas antes. Y podía sentir por la creciente ola de furia en la Fuerza que los Maestros también se dieron cuenta.

Un instante después, Atar intentó cubrirse.

—Necesitamos recoger algunos pases para visitantes.

Saba lo miró con una fría mirada de reptil.

—Esssta lo duda mucho.

Entró en el turboascensor y desapareció.

Atar maldijo por lo bajo y luego se volvió hacia una joven bothan con un parche de teniente en el cuello.

—Los Horn y los Jedi pueden seguir, Rasher. Nadie más.

El teniente, el nombre sobre su bolsillo decía KE’E, RASHER, respondió.

—Sí señor.

—Oprima usted mismo el nivel del turboascensor —dijo—. Y primero compruebe si tienen armas.

De nuevo el teniente saludó, pero para entonces Atar ya estaba persiguiendo a Saba. Cilghal inmediatamente avanzó hacia el turboascensor e ingresó el número de nivel ella misma.

—Espere, Maestro —dijo Ke'e, moviéndose para bloquear su camino—. Escuchó al capitán. Necesito revisarla si trae armas.

—Te aseguro que eso no es necesario. —Cilghal agitó un dedo y el teniente se apartó de su camino—. No traje ninguna.

Entró en el turboascensor y se alejó, dejando a la bothan chisporroteando de ira. Jaina miró hacia atrás y vio a Kyp parado detrás de los reporteros con los Horn, esperando para llevarlos hacia adelante. Captó la mirada de Corran Horn, luego levantó una ceja inquisitiva e inclinó la cabeza hacia el turboascensor. La siguiente parte iba a ser más difícil para él y para Mirax de lo que nadie había esperado, y la decisión de llevarlos en medio de un frenesí mediático no fue suya.

Corran reconoció su inquietud dirigiéndose a su esposa, cuya cara traviesa ya estaba arrugada por la indignación y el dolor. Ella respondió con un gesto brusco y de ojos estrechos, indicándole a Jaina todo lo que necesitaba saber sobre el estado mental de los Horn. Sabían cuánto iba a doler esto, y estaban dispuestos a soportarlo y seguir el plan.

Jaina se volvió para encontrar a Ke'e indicándole a sus subordinados que fueran hacia los turboascensores, gruñéndoles para que se pararan y aseguraran el vestíbulo. Jaina se adelantó para tomar posesión de las entradas. Los soldados enseñaron inmediatamente sus armas sobre ella y comenzaron a gritar órdenes para que se retirara.

Jaina se volvió tranquilamente hacia Javis Tyrr, usando la Fuerza para hacerse oír por encima de los soldados de la SAG.

—¿No quieren subir y ver lo que Daala está tratando de ocultar?

Los ojos estrechos de Tyrr se iluminaron con algo parecido a la codicia, pero rápidamente se volvieron temerosos cuando se volvieron hacia el teniente Ke'e.

—Quédate dónde estás, Tyrr —ordenó la bothan—. Los medios de comunicación no tienen permitido…

—¿Qué va a hacer, teniente? —exigió Jaina—. ¿Dispararles en una holotransmisión en vivo?

Con eso, giró y usó la Fuerza para desplazar a un par de soldados fuera del camino de Tyrr. Continuó vacilante, pero solo hasta que el resto de los equipos de noticias comenzaron a avanzar. Tyrr y su fornido asistente comenzaron a tirar codazos y gritos que les habían extendido la invitación, y los periodistas comenzaron a desvanecerse en los turboascensores.

La teniente Ke'e les indicó a sus subordinados de que se quitaran, luego se abrió paso para enfrentarse a Jaina.

—Vas a lamentar esto, Jedi. Tenemos un largo alcance.

—Teniente Ke'e, he sido amenazado por droides asesinos, Maestros de Guerra Yuuzhan Vong y Señores Sith. —Jaina observó cómo Kyp y los Horn seguían al último de los reporteros hacia el turboascensor, y luego agregó—. Ellos si me preocupan.

Con eso, Jaina le dio la espalda a la bothan y entró en el turboascensor. Subió tres niveles a las oficinas ejecutivas, luego salió a un amplio vestíbulo con un techo abovedado y altos muros de piedra. La espaciosa sala de estar presentaba tres sofás de piel de nerf, dispuestos ante un largo acuario incorporado lleno de especies exóticas acuáticas de Pavo Prime.

Pero el acuario no era el punto focal. Colgando dos metros por encima del tanque había un par de losas negras, cada una de unos dos metros de alto y tal vez un metro y medio de ancho. A lo largo del costado parpadeaba una hilera de luces de control, pero por lo demás se parecían a una escultura negra y brillante en bajorrelieve de Valin y Jysella Horn. A la brillante iluminación de tantas luces, era posible ver cada detalle de los rostros de los jóvenes Caballeros Jedi, los ojos hinchados de terror, las fosas nasales dilatadas por el pánico, las bocas congeladas a medio grito.

Directamente debajo de las vainas de carbonita estaban los Horn, con el cuello doblado hacia atrás y la boca abierta mientras miraban a sus hijos congelados. El estómago de Jaina se puso frío y pesado al instante, mientras luchaba con sus propios sentimientos, la culpa de ser la que había sugerido usar a los Horn de manera tan cínica, la indignación de descubrir el alcance de la indignidad que visitaban a sus hijos… quienes eran, después de todo, sus compañeros Caballeros Jedi.

Los reporteros deben haber estado tan conmocionados como Jaina y los otros Jedi, ya que mantuvieron una distancia respetuosa detrás de los sofás. El único sonido de ellos era el leve zumbido de sus equipos y algunas instrucciones de cámara susurradas. Por un momento, Jaina pensó que los oficiales de la SAG la iban a decepcionar y dejarían que la confrontación terminara con esa triste nota, mientras los Horn observaban mientras Cilghal inspeccionaba las cápsulas de carbonita para asegurarse de que Valin y Jysella estuvieran bien cuidados estando bajo custodia.

Luego, un grito largo y escalofriante surgió de algún lugar dentro de Mirax, y girándose para enterrar la cabeza en la túnica de Corran. La apretó contra su pecho, sus ojos se humedecieron y se pusieron furiosos, mientras miraba las losas de carbonita. Los reporteros comenzaron a gritar preguntas, aunque probablemente era mejor que esperar respuestas, y un corpulento yaka con uniforme de coronel de la SAG salió de la oficina de la esquina. Escoltado por media docena de guardias armados y el doble de capitanes ceñudos, era casi seguro que fuera el comandante de la instalación.

El yaka entró en la sala de descanso sin mirar a los periodistas, yendo directamente a Saba. Incluso era más alto y más ancho que ella, tenía una cara que era menos brutal, solo en virtud de estar cubierto de carne en lugar de escamas.

—¿Eres el Jedi responsable de esta intrusión, Colacorta? —demando.

Era una forma excepcionalmente insultante de dirigirse a un barabel. En otras circunstancias, probablemente habría resultado en que el yaka tuviera uno de sus enormes brazos cortados a la altura del codo, por lo que podría usarse para golpearlo en la cabeza. Pero feroz como era Saba, también era una Maestra Jedi, y eso significaba que sabía que no debía dejarse engañar, para hacer un ataque tonto en las holonoticias en vivo.

Simplemente miró al yaka por un momento, luego dijo con voz áspera:

—¿Quién pregunta?

—Coronel Retk —respondió el yaka.

La sombra de una sonrisa apareció en su rostro, y Jaina supo que Retk estaba haciendo exactamente lo que había sospechado, tratar de convertir un desastre de relaciones públicas, en una victoria provocando un ataque precipitado de un Maestro Jedi. A pesar de su aspecto brutal, el yaka se encontraba entre los seres más inteligentes y astutos de la galaxia, un atributo de los cerebros cyborg que a la mayoría les implantaron a una edad temprana.

—Coronel Wruq Retk —continuó el yaka, extendiendo su mano hacia Saba—. Comandante de esta instalación.

—Ah. —En lugar de estrechar la mano extendida de Retk, Saba golpeó el tubo de la orden—. Entonces desea ver…

Antes de que Saba pudiera decir esto, Mirax Horn empujó entre ella y Retk.

—Si eres el comandante de este cuchitril —dijo, echó la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara— entonces debes ser el hijo de schutta que decidió usar a mis hijos como decoraciones.

—Por favor, no está para insultarlos. —Un destello de diversión apareció en los ojos de Retk, y se volvió para mirar las cámaras—. Solo quería ponerlos donde pudiera cuidar de ellos personalmente.

—Lo kriff que hiciste.

La mano de Mirax se levantó tan rápido que incluso Jaina no la vio. Los dientes de Retk simplemente se cerraron, luego su cabeza se echó hacia atrás y cayó al sofá detrás de él. Al igual que todos los demás en la sala, sus guardaespaldas estaban tan atónitos que no reaccionaron al instante, y eso les dio a Jaina y a los otros Jedi el medio segundo que necesitaban para alcanzar a la Fuerza y empujar los cañones de los blaster de los guardias hacia el piso.

Finalmente, los soldados se sacudieron su confusión y dieron un paso adelante, alcanzando a Mirax con sus manos libres y ordenándole que se rindiera. Por supuesto, Saba, Cilghal, Kyp y Corran reaccionaron aún más rápidamente, situándose entre ellos y Mirax.

Jaina notó que un capitán de la SAG de nariz de halcón, miraba la orden, que ahora yacía en el sofá junto al inconsciente yaka. Comenzó a tener visiones de su plan que fracasaba severamente. Sin el documento en sí, había todas las posibilidades de que el juez que lo había emitido negaría haberlo hecho, y luego Daala tendría una oportunidad para presentar la visita como un ejemplo más de la mano de Jedi.

Aprovechando la confusión que lo rodeaba, el capitán de nariz de halcón extendió la mano para recuperar el tubo, estando a punto de alcanzarlo cuando Jaina extendió una mano y usó la Fuerza para apartarlo. El capitán levantó la vista con asombro, luego simplemente extendió las manos y se encogió de hombros, obviamente no más preocupado por quebrar la ley que cualquier ladrón callejero común.

Para cuando Jaina recuperó con seguridad el tubo de la orden, la situación se había convertido en un punto muerto. Otro capitán de la SAG exigía que Mirax se rindiera para enfrentar cargos por agredir a un oficial de seguridad. Mientras tanto, Corran y los otros Maestros estaban parados en una guardia silenciosa a su alrededor. La pequeña forma de Mirax estaba demasiado bien escondida para ver su expresión, pero su aura de la Fuerza sugería que estaba contenta de haber dejado inconsciente al gran yaka.

Jaina gimió para sus adentros. El plan había sido generar cierta simpatía pública, al poner una cara humana en los Caballeros Jedi a quienes Daala había congelado en carbonita. Pero ahora la historia principal en las noticias de la noche, iba a ser sobre otro enfrentamiento entre los Jedi y la SAG, esta vez en el propio centro de detención de la SAG. Y Jaina solo tenía la culpa de sí misma. Sabía que les había pedido mucho a los Horn, para que mantuvieran la cabeza fría cuando vieran a sus hijos en carbonita.

Mientras el pensamiento se abría paso por la mente de Jaina, volvió a ver la pequeña figura de Mirax estirando el cuello para mirar al yaka, y supo cómo salvar la situación. Dejando a Saba y a los demás para mantener a raya a los guardias de la SAG, se giró hacia las bulliciosas cámaras y buscó la figura alta y de pelo castaño de Javis Tyrr.

Al principio, estaba demasiado decidido a describir la confrontación frente a él para prestarle atención a Jaina. Pero cuando ella usó la Fuerza para tirar de su micrófono en su dirección, finalmente entendió la indirecta y se volvió para mirarla.

—Jedi Solo, ¿te gustaría comentar…?

—Ahora no. —Jaina hizo un movimiento de corte con los dedos y esperó a que Tyrr apagara su equipo, luego dijo—. Tengo una propuesta para ti, sleemo.

Tyrr frunció el ceño, pero era demasiado periodista para objetar el término, especialmente cuando le quedaba tan bien.

—Estoy escuchando.

Jaina sacó la tapa del tubo de la orden.

—Te daré una foto de la orden.

—Gran cosa. Puedo obtener una copia tan pronto como salgamos de aquí. —Tyrr trató de evitar sonar ansioso, pero Jaina podía sentir su emoción en la Fuerza—. Entonces no me muero por…

Jaina se inclinó para ponerse cerca.

—Solo quiero que hagas una pregunta. —Echó un vistazo a los otros periodistas, sabiendo que la mayoría de ellos eran demasiado éticos y demasiado sabios para permitir que el tema de una historia dictara las preguntas—. De todos modos, es una pregunta que alguien más tendrá que pensar.

Tyrr fingió sopesar esto y luego dijo:

—Vamos a escuchar. —Cuando Jaina le dijo, él en realidad sonrió—. Eso es bueno —dijo—. Ni siquiera debería pagarte… pero un trato es un trato.

Él asintió con la cabeza a su camoperador, quien esperó hasta que Jaina hubiera sacado el escrito y lo desplegó para encender su cámara. Por supuesto, el resto de los equipos de noticias notaron rápidamente lo que estaba sucediendo y se dieron la vuelta,

tratando de obtener sus propios disparos, quitando sus cámaras de la confrontación entre los Maestros y los guardias de la SAG.

—¡Está bien, eso es suficiente! —Tyrr siseó—. Guardarlo.

Eso no era parte del trato, por lo que Jaina simplemente bajó la orden hasta que Tyrr y su camoperador volvieron a la confrontación. Luego, una vez que su atención estuvo ocupada de otra manera, levantó el documento para que todos los demás también pudieran obtener sus propias fotos. Un coro de risitas y jadeos sorprendidos surgió cuando los otros equipos noticiosos, cuando notaron la firma en el escrito, pero para entonces Tyrr estaba pegando su micrófono frente al capitán rubio que lideraba las demandas de la rendición de Mirax.

—Dime, Capitán Xanda, ¿la SAG realmente tiene la intención de acusar de asalto a una madre afligida? Una madre angustiada de cincuenta kilogramos que recurrió a abofetear…

Cuando Tyrr preguntó esto, su camoperador se dirigió hacia el círculo de Maestros. Después de un suave empujón de la Fuerza de Jaina, se obligaron a apartarse, dándole a la cámara una imagen clara de la pequeña forma de Mirax.

Tyrr hizo una pausa para lograr un efecto dramático, mientras la cámara giraba hacia la forma descomunal tendida en el sofá, luego continuó:

—… un coronel yaka tres veces su tamaño, después de descubrir que había colgado a sus hijos en la pared… —Nuevamente, hizo una pausa, esta vez mientras la cámara se balanceaba para detenerse en las vainas de carbonita que contenían a Valin y Jysella Horn—… como decoraciones de oficina.

—No. —Esta respuesta no vino del capitán rubio, sino de los turboascensores—. Ciertamente, la SAG no presentará ningún cargo contra Mirax Horn. Su dolor es completamente comprensible y sus acciones son completamente perdonables.

Junto con todos los demás en la cámara, Jaina se volvió hacia la voz demasiado familiar, viendo al Almirante Daala entrando a la habitación. Le seguían de cerca los pasos de Wynn Dorvan, con su cuerpo de seguridad y el par de guardias rodianos de aspecto muy nervioso del vestíbulo.

—Lo que no podemos perdonar es otro ejemplo del imperio Jedi —continuó Daala, marchando hacia el borde de la zona de descanso—. ¡Ahora los Maestros Jedi están abriéndose paso en los legítimos centros de detención de la SAG!

Las cámaras giraron hacia Daala, iluminándola como una cantante de espíritu Jabori en el escenario, y el corazón de Jaina comenzó a latir de emoción. Ciertamente había habido muchas sorpresas y algunos altibajos, pero de repente parecía que su plan iba a superar todas las expectativas.

Daala se regodeó en el resplandor de la cámara por un momento y luego frunció el ceño.

—¿No hay límite para su arrogancia?

—En realidad, Jefa Daala, la hay —dijo Jaina. Miró a Saba y recibió un asentimiento alentador, luego levantó el escrito—. Como puede ver, tenemos permiso de las autoridades judiciales correspondientes.

Daala se mostró descarada.

—Así me lo han dicho. —Mantuvo su atención fija en las cámaras—. Pero todos hemos oído hablar de los trucos mentales Jedi. Esto es una prueba más de su desprecio por la ley.

—Sssi hasss oído hablar de nuessstros trucosss mentalesss —dijo Saba, dando un paso adelante—. ¿Entoncesss quizzzás también hasss essscuchado que sssolo trabajan en los débilesss?

Daala se volvió para sonreírle a Saba.

—Dudo que esto sea una sorpresa para los Jedi, Maestra Sebatyne, pero hay algunos jueces débiles que sirven en la Alianza Galáctica.

—¿Existen? —Saba hizo un trabajo creíble al fingir sorpresa, golpeando su cola contra el suelo y volviéndose hacia Jaina—. ¡Esssta essstá indignada!

Un coro de risas rodó por la cámara, luego la asistente de Daala, Wynn Dorvan, le susurró algo al oído. Su expresión palideció y se volvió hacia las cámaras, obviamente preparándose para comenzar a retroceder. Desafortunadamente para ella, el único ser más despiadado que un político con una agenda, era un reportero que seguía una buena historia. Antes de que ella pudiera hablar, Javis Tyrr dio un paso adelante sosteniendo un datapad con una imagen del escrito que Jaina le había permitido fotografiar.

—Jefa Daala, la firma en esta orden judicial es de la juez que supervisa su corte especial Jedi —dijo—. ¿No es cierto que usted fue quien designó a Arabelle Lorteli para este puesto?

Los ojos de Daala se entrecerraron.

—De hecho, lo es, y tengo plena confianza en sus habilidades. —Volvió la mirada, enojada y marchita, hacia el coronel yaka que yacía inconsciente en el sofá frente a ella—. Aunque obviamente estoy muy preocupada por los Jedi y su propensión a ignorar las leyes de esta gran Alianza, estoy igualmente preocupado por el abuso de poder por parte de nuestras propias instituciones. La razón por la que estoy aquí hoy, es porque me acaban de informar la exhibición insípida del coronel Rekt de los hermanos Horn. Tenga la seguridad de que todas las partes responsables serán castigadas. La Alianza Galáctica no tolerará el abuso de poder por parte de nadie.

—¿Entonces apoya el derecho de los Jedi a visitar a los Caballeros Jedi que están detenidos en centros secretos de detención? —preguntó un reportero faleen—. ¿Incluso si tales centros de detención son ilegales?

—Absolutamente. Esta instalación no es secreta ni ilegal, pero todos estamos sujetos a la ley. —La mirada de Daala se deslizó hacia Jaina, enviándole un escalofrío de peligro por su espalda—. Y espero que todos lo recordemos en las horas y días venideros.

Capítulo Veinte

EL HORMIGUEO QUE SEGUÍA CORRIENDO POR LA COLUMNA VERTEBRAL DE LEIA no podía ser un sentido de peligro Jedi, no con una Flotovan llena de ysalamiri justo a su lado. Ella y sus asistentes ya habían asegurado treinta olbios en macetas dentro del largo vehículo de carga, cada árbol apoyaba al menos a dos de los reptiles que desplazaban a la Fuerza. Así que tenía que estar parada dentro de un vacío de la Fuerza casi tan grande como el muelle de carga. Sin embargo, no podía evitar la sensación de que algo estaba mal, que simplemente no estaba viendo alguna amenaza para los pacientes Jedi que estaban a punto de mudarse.

Leia miró hacia la penumbra más allá de la salida de dos pisos. La abertura estaba cubierta por un espejoescudo de última generación, que le permitía ver sin dejar que nadie la viera. Las profundidades laberínticas debajo de la Plaza de la Comunidad, estaban entre las rutas de carga más concurridas en Coruscant, atravesadas a todas horas por un flujo constante de vehículos de carga, y más allá del campo había una borrosa irregularidad del tráfico. Incluso en los días buenos, el tráfico era lento, congestionado y peligroso, con accidentes comunes y muertes frecuentes. Hoy era casi normal, con filas de hasta trescientos metros que bajaban por la línea de los carriles aéreos en un río de luces intermitentes.

Han llegó para pararse junto a ella, en la rampa de carga de la Van flotante. Tres Caballeros Jedi ya estaban acostados en sus vainas de estasis dentro del vehículo, pero su atención no estaba en ellos. En cambio, estaba mirando hacia el tráfico, igual que Leia.

—Sí, yo también lo veo —dijo—. Esos boombuggies no pertenecen aquí abajo. Y están seguros de que el kark no tiene estacionamiento comercial en el Krabbis.

Leia volvió a mirar y se dio cuenta de que los instintos de Han, como de costumbre, estaban muertos. El Krabbis Inn era una de las sucias torres de hostelería, debajo de la plaza que proporcionaban alojamientos turísticos convenientes a precios reducidos. Descansando en el área de estacionamiento sobre su techo había un par de resistentes y elegantes Aratech BeamStreaks. Usados por las Fuerzas de Seguridad de Coruscant como speeders de persecución, los BeamStreaks eran tan caros como peligrosos, y los vehículos se promocionaban que eran tan rápidos, que chocar en uno era morir en uno.

Leia frunció el ceño. Obviamente, un BeamStreak era el último vehículo que un turista alojado en el Krabbis Inn probablemente alquilaría. Pero cualquiera que desee usar el hostal para espiar actividades dentro del muelle de carga, se sentiría frustrado por el exterior reflectante del espejoescudo, a menos que tuviera uno de los nuevos paquetes de vigilancia PsiCor «murovisor» desarrollados para inteligencia militar. Parecía impensable que Daala pusiera un activo de espionaje tan secreto, en manos de un escuadrón de seguridad doméstica para vigilar a los Jedi. Pero últimamente, lo impensable había estado sucediendo. Solo un año antes, ¿quién hubiera creído que un par de Caballeros Jedi estarían colgados en carbonita dentro de un edificio del gobierno? ¿O que un Jefe de

Estado de la Alianza Galáctica vería la Orden Jedi, como una amenaza para la misma sociedad a la que había servido tan fielmente desde su inicio?

—Algunos días, realmente echo de menos dirigir el gobierno yo misma —se quejó Leia—. ¿Quién crees que son? ¿Las SAG?

Han lo pensó por un momento, luego sacudió la cabeza.

—No puede ser. —Señaló con un pulgar hacia la parte trasera del muelle de carga, donde R2-D2 y C-3PO se encontraban en un puerto de acceso a la computadora principal, luego agregó—. No, si los cortocircuitos en la intercepciones de comunicaciones son correctos. Daala está preocupada porque Jaina encuentre a Valin y Jysella en su prisión secreta, así que ha llamado a todos para que vigilen el lugar.

—Jaina tiene un don para poner nerviosa a la gente —dijo Leia, sintiéndose orgullosa—. Se parece a su padre en esa manera.

La expresión de Han se oscureció y, sin responder, se volvió hacia el espejoescudo. Todavía estaba furioso con Jaina por mantener el secreto de Jag, y estaba aún más molesto con Jag por no contarles sobre los mandalorianos. A decir verdad, Leia todavía estaba enojada también. La diferencia era que Leia realmente sentía cierta simpatía por su hija, tal vez porque ella misma había sido estado dividida, entre su lealtad a la Rebelión y su amor por un hombre que no siempre compartía sus lealtades. Afortunadamente, Han era el tipo de hombre que siempre ponía a los amigos primero, por lo que sus propias lealtades se habían acercado gradualmente a Leia para que pudieran vivir juntos.

Pero eso no iba a suceder con Jag. El núcleo de su ser se basaba en el honor y el deber, y su deber ahora recaía en el Remanente Imperial. Pedirle que le dé la espalda a esto, sería pedirle que deje de ser Jagged Fel. Entonces, si él y Jaina iban a vivir juntos, tendrían que ser sus lealtades las que se acercaran más a las de Jag, y esa posibilidad, sospechaba Leia, era lo que realmente asustaba a Han, que Jaina pudiera elegir a Jagged Fel y al Remanente Imperial, en lugar de sus padres y los Jedi.

Leia tomó la mano de Han y le dio un apretón tranquilizador.

—Haga lo que haga Jaina, sabes que ella estará bien.

Han continuó mirando hacia el parpadeante cartel rojo del Krabbis.

—Claro que sí, son ellos los que me preocupan. —Señaló a los BeamStreaks estacionados en el techo del hostal—. Un escuadrón de la SAG sabría que sería mejor traer esas cosas aquí abajo. Tiene que ser alguien de otro mundo.

El estómago de Leia se hundió.

—¿Crees que ya sean los mandos?

—Esa es mi suposición —asintió Han—. Probablemente un equipo de avanzada. Ya que si Daala quiere enviar comandos por los pacientes locos, intentarían tener algo de información. Sé que lo haría.

—Eso complicará las cosas —dijo Leia. La razón por la que sacaban a los pacientes del Templo a escondidas, era para ponerlos fuera del alcance de Daala en Shedu Maad—. Pero no podemos esperar. Las cosas solo se volverán más difíciles.

—No es broma —dijo Han—. Pero incluso si se trata de un equipo de reconocimiento, no veo que nos causen un problema.

—Me gustaría estar segura de eso —dijo Leia.

Miró hacia la parte de atrás de los muelles, donde Tekli, Raynar y media docena de otros Caballeros Jedi, escoltaban el corpulento bulto verde de Bazel Warv hacia el vehículo. Debido a la reacción casi fatal del ramoano al ser tranquilizado la última vez, Tekli había cambiado a la hipnosis de la Fuerza, así como a la aplicación de un sedante benzodi de clase más suave, para ponerlo en un estado de obediencia libre de ansiedad. Hasta ahora, parecía estar funcionando; se había arrastrado desde el Bloque de Aislamiento sin quejarse de sus cadenas.

Aun así, nadie parecía correr riesgos con el poderoso ramoano. El grupo estaba flanqueado por un lado por Jaden Korr y por el otro por un Caballero Jedi de cabello oscuro, que era tan fuerte de espíritu como él en la Fuerza, un joven alegre llamado Avinoam Arelis. Ambos tiraban plataformas flotantes con olbios en macetas e ysalamiri. Lo último que alguien quería era que Bazel usara la Fuerza para contrarrestar sus drogas.

Leia le hizo señas a Tekli y luego dijo:

—Si tienes todo bajo control, Han y yo tenemos que revisar algo afuera.

La pequeña chadra-fan asintió y los saludó, gritando:

—Siéntete libre. A Barv le está yendo muy bien.

—Hasta ahora —murmuró Han en voz baja—. Todavía no entiendo por qué no podríamos haberlo puesto en estasis en su celda como los demás.

—Dos palabras. —Leia tomó su mano y se dirigió hacia una pequeña escotilla en la pared al lado de la salida del vehículo—. La puerta.

—Podríamos haber derribado una pared —dijo Han—. Soy bastante bueno con un soplete.

Leia sonrió.

—Cobarde.

—Se llama experiencia, querida —dijo Han. Llegaron a la puerta, y tecleó el control al lado—. Solo puedes golpear la nariz de un rencor tantas veces, antes de darte cuenta de que tiene que haber una mejor manera.

La puerta se abrió y Han le indicó a Leia que saliera a un balcón de duracero. Tan abajo, que el aire era húmedo y asqueroso. Una corriente constante de vehículos de carga, pasaban flotando por los carriles de tránsito, ubicados a pocos metros por encima y a unos metros por debajo del nivel del portal donde estaban parados. Al otro lado del balcón, los BeamStreaks plateados brillaban a la luz artificial del anuncio de la azotea del Krabbis Inn. Ambos estaban estacionados, por lo que tenían un camino libre de obstáculos directamente por la puerta.

Leia se movió hacia el borde de la plataforma, donde un conjunto estrecho de escaleras subía a la oscuridad de la gigantesca superestructura, que sostenía la soleada extensión de la Plaza de la Comunidad. Después de unos pocos pasos, finalmente sintió que su conexión con la Fuerza regresaba. Han la siguió, mirando por encima del

barandal, con los ojos recorriendo el descenso en zigzag de la escalera hacia las profundidades abisales de los niveles inferiores de Coruscant.

—Está bien, me rindo —dijo Han—. ¿Por qué estamos aquí afuera tomando el aire que huele a eructo hutt? Tenemos un programa que cumplir.

—Ten paciencia conmigo, esto no llevará mucho tiempo. —Leia se abrió a la Fuerza e inmediatamente sintió el pinchazo frío de alguien mirándola—. Tenías razón sobre esos BeamStreaks. Alguien está usando al Krabbis como un puesto de observación.

—Y ese es un problema, ¿por qué? —Han le dio la espalda al hostal para evitar cualquier posibilidad de espionaje, mediante la lectura de labios o por un micrófono parabólico—. Todo lo que van a ver es una Flotovan que deja un muelle de carga.

Leia se volvió para mirar al lado de Han, colocando su hombro entre su propia boca y cualquier espía en el Krabbis.

—A menos que tengan uno de esos murovisores PsiCor, del que el Senador Trebek les contó a los Maestros.

—¿Cómo conseguirían uno de esos? —Han exigió—. Incluso el Comando de la Flota aún no ha visto uno.

Leia dio un paso atrás para poder ver la cara de Han, luego lo miró a los ojos y esperó. Después de un momento, sacudió la cabeza.

—No hay manera —dijo Han—. Eso es algo que está fuera del presupuesto. Su propio Centro de Justicia la acusaría de traición, si lo pone en manos de un grupo de mandos, o incluso de un escuadrón de la SAG. De ninguna manera Daala va a arriesgar a eso.

—¿No lo crees? —preguntó Leia—. Entonces, ¿por qué se establecería un equipo de reconocimiento frente a un espejoescudo? No tiene sentido, a menos que tengan una forma de ver a través de él. Incluso podrían ver a través de las paredes de la camioneta cuando se retire.

Han dejó escapar un gemido de disgusto.

—A veces odio cuando empiezas a ser lógica. —Echó un vistazo a través del carril aéreo hacia los BeamStreaks, luego se volvió hacia la pared y sacudió la cabeza con resignación—. Pero tenemos que saberlo con certeza. No tiene sentido ponerse nervioso si solo se trata de un par de mosquitos con un gran presupuesto y un par de macrobinoculares.

—En eso no hay discusión —dijo Leia—. ¿Algunas ideas?

Han pensó por un momento, luego tomó su mano.

—De hecho, sí.

La condujo de vuelta hacia el muelle de carga. Sintió un corte repentino cuando entró en el vacío de la Fuerza de los ysalamiri, pero en lugar de tocar el teclado al lado de la puerta, Han abrió la puerta de seguridad al final del balcón. Todavía sosteniendo su mano, la condujo hacia la estrecha pasarela que daba servicio a las luces de aproximación y a los sensores guía dispuestos alrededor del borde del portal de entrada. Cuando pasaron frente al espejoescudo, sus reflejos aparecieron a su lado, con los cabellos

erizados con una descarga estática, así como con sus imágenes vacilantes y ligeramente borrosas.

Manteniendo un ojo en sus reflejos y el otro en donde pisaba, Han la condujo a unos pocos metros del punto medio de la pasarela, luego de repente se detuvo y maldijo por lo bajo. De repente, una tenue sombra comenzó a recortarse a un lado de sus reflejos, y la imagen del letrero rojo parpadeante del Krabbis se había vuelto un poco más pálida.

—¿Qué piensas? —Han preguntó—. ¿Te parece que estamos parados en un aerosol fotónico?

—Definitivamente es una posibilidad. —Leia se quitó el sable láser del cinturón y apuntó el emisor de la cuchilla sobre sus cabezas—. Pero siempre vale la pena estar seguro.

Pulsó el interruptor de activación, y la hoja chisporroteó, brillante y cegadora en la penumbra debajo de la plaza. Pero en lugar de un reflejo ardiente, todo lo que reflejaba el espejoescudo fue una grieta transparente. A través de él, pudo ver a Bazel Warv subiendo lentamente por la rampa de la Flotovan, sus ojos brillantes los miraban a ella y a Han, desde debajo con su ceño verde profundamente fruncido. Decidiendo que lo último que tenía que hacer en ese momento era darle al enorme ramoano una razón para entrar en pánico, rápidamente desactivó su sable láser y se volvió hacia Han.

—Está bien, estoy segura —dijo—. Quienquiera que sean, saben lo que está pasando allí.

Han asintió.

—Algo está interfiriendo con la capa reflectante, eso es seguro. Pero si sirve de consuelo, a menos que PsiCor solucione la amortiguación del flash, el pobre ruk que estaba mirando a través de su dispositivo, ahora necesitará un nuevo conjunto de retinas.

—Recuérdame que le envíe una caja de bombas —dijo Leia. Corrió hacia el balcón—. Vamos. Necesitamos sacar a nuestros pacientes de allí ahora, antes de que Daala se dé cuenta de que Jaina es una distracción.

—Justo detrás de ti —dijo Han, golpeando sus talones—. Lo primero que debemos hacer es eliminar esos BeamStreaks.

—Y todos los demás speeders en la azotea —coincidió Leia—. Van a querer seguirnos, y no dudarán en robar algo.

Leia llegó al balcón y continuó hacia las escaleras en el otro extremo, pero Han se detuvo el tiempo suficiente, para colocar su pulgar sobre el teclado de seguridad al lado de la puerta. Oyó que la puerta se abría y luego Han llamó a los Caballeros Jedi para que entraran.

—¡Jaden, Avinoam, necesitamos refuerzos! Todos los demás, enciendan ese trasto y sáquenlo de aquí. Tenemos mirones en el camino.

Para cuando terminó, Leia estaba subiendo las escaleras hacia el puente peatonal tres niveles más arriba. Estaba en contacto con la Fuerza nuevamente, y podía sentir oleadas de ira y dolor rodando hacia ellos desde el hostal Krabbis. Era imposible saber por su

presencia si eran mandalorianos, pero parecía haber alrededor de media docena de ellos, todos relativamente tranquilos y centrados en la tarea en cuestión.

Cuando Han comenzó a subir las escaleras detrás de ella, Leia se detuvo el tiempo suficiente para mirar hacia abajo y darle un informe de la situación.

—Siento entre seis y ocho de ellos, uno con dolor.

—El que quedó cegado —supuso Han. Estaba subiendo lo escalones dos a la vez, llegando rápido, incluso para un hombre que no tuviera más de setenta años—. ¿Están moviéndose?

—Difícil de… —Leia dejó que su respuesta se desvaneciera, mientras una fría sensación de peligro florecía entre sus omóplatos, luego gritó—: ¡Cúbrete!

Se arrojó contra las escaleras, al mismo tiempo que miraba hacia abajo para asegurarse de que Han estaba haciendo lo mismo.

Leia lo encontró ya de vuelta en el balcón, balanceándose detrás de la escalera con su viejo blaster DL-44 en la mano. Un trío de ruidosos krumps sonaron desde el Krabbis, mientras una serie de cargas volaban los tres anuncios luminosos del hostal, luego una ráfaga de rayos de colores comenzó a sonar y golpear el duracero alrededor de ella, llenando el aire con el hedor acre de metal fundido.

—¿Qué rayos? —Han gritó—. ¡Nos están disparando!

—Eso es lo que hacen los mandalorianos, querido —dijo Leia—. ¡Cúbreme!

—¿Cubrirte? —Inmediatamente, Han comenzó a disparar a través del carril, goteando rayos a través del diluvio que salía de los puertos de observación recién destrozados del Krabbis—. ¿Estás loca?

—Me casé contigo, ¿no?

Leia encendió su sable láser, luego se levantó y comenzó a subir los escalones de dos y en tres a la vez. Colgó su brazo sobre el barandal, empuñando su arma con una mano, su muñeca giraba y giraba mientras su hoja se movía de un lado a otro, desviando los rayos.

Leia apenas había llegado a la cima de las escaleras, cuando sintió un nuevo peligro y miró a través del carril aéreo para ver el barril envuelto de un fusil que sobresalía por una de las ventanas destrozadas. Hizo un movimiento de bofetadas con su mano libre, y el arma se liberó de las manos enguantadas que la sostenían, para salir volando por la cara del edificio. En el siguiente latido del corazón, usó la Fuerza para agarrar una de las manos vacías, luego tiró de una figura con una armadura mandaloriana roja a través de la ventana, sacándola a través del carril aéreo hacia el abismo oscuro inferior.

Leia llegó al puente peatonal y cruzó el abismo lleno de tráfico hacia el Krabbis. Ahora estaba varios pisos sobre el estacionamiento de la azotea. La cubierta de duracero y los paneles laterales del puente peatonal la estaban protegiendo, evitando que los francotiradores tuvieran un buen ángulo de disparo. Durante la primera media docena de pasos, apenas podía creer que realmente habían abierto fuego. Aunque sombríos, los carriles de carga debajo de la Plaza de la Comunidad no eran la ciudad subterránea. Un

tiroteo directamente fuera del Templo Jedi, iba a llamar la atención instantánea de mucho más que las agencias policiales habituales.

En el décimo paso, Leia se dio cuenta de por qué el abrir fuego era la estrategia perfecta para los mandalorianos. Ahora que habían sido descubiertos, el murovisor PsiCor era un problema real. Si lo dejaban caer en manos Jedi, sería una gran vergüenza para Daala. Se vería obligada a admitir que había compartido tecnología de alto secreto con los mandalorianos para usarla contra los Jedi. El tiroteo le daba a los mandos la oportunidad de asegurar el murovisor. Aún más importante, la pelea estaba atrayendo mucha atención, y eso dificultaría sacar a sus pacientes del Templo, sin que algún reportero entrometido o equipo de seguridad se interpusiera en su camino.

Leia tenía que terminar esto, y tenía que terminarlo rápido. Sacó su comunicador y, aun corriendo, abrió un canal para Tekli.

—¿Qué tan cerca están de terminar?

—No mucho —informó Tekli—. El tiroteo ha trastornado a Barv. No entrará en la Flotovan.

Leia exhaló con ira, luego comprobó su crono.

—Está bien. Probablemente tenemos cinco minutos antes de que los servicios de seguridad comiencen a mostrarse. Si no lo tiene a bordo en tres, váyase sin él.

—Princesa Leia, no sé si eso es…

—Solo hazlo —le ordenó Leia—. Es mejor dejar un paciente en el Templo que a los cuatro.

Un afortunado disparo de blaster, se apretó entre la cubierta del puente y un panel lateral. Pasó unos centímetros de las rodillas de Leia, luego rebotó en el otro panel lateral y la quemó en los omoplatos con un doloroso roce. Kriffing mandalorianos. Apagó el comunicador sin esperar respuesta, luego llegó al final del puente y se giró para bajar las escaleras hacia el Krabbis. En la azotea inferior, un par de figuras blindadas recién salían de un turboascensor hacia el área de estacionamiento. Una de ellas, una mujer rubia de aspecto y rasgos robustos, carecía de casco y tenía los ojos llorosos. En sus manos había una caja grande, que Leia asumió que era el kit de vigilancia del murovisor PsiCor.

La otra, una figura masculina alta con armadura azul, estaba usando una mano para llevar a la rubia por el brazo y la otra para sostener un blaster BlasTech R-20. Con un instinto digno de un Jedi, levantó el desintegrador en el instante en que se abrió la puerta, enviando un par de rayos rápidos aullando hacia lo alto de las escaleras. Incapaz de desviar tantos rayos pequeños a la vez, Leia se dejó caer detrás de los paneles laterales del puente, encogiéndose cuando el granizo del fuego rebotó en el duracero, sacando su blaster.

Para cuando sacó su pequeña arma de la funda oculta, los dos mandalorianos estaban a medio camino del BeamStreak más cercano, parcialmente protegido por la oscuridad de la escalera. De todos modos disparo, luego vio como su rayo ardía en la caja que traía la rubia entre las manos.

Sin mostrar ningún indicio de siquiera sentir el golpe, la mujer rubia desapareció detrás de la escalera con la caja todavía agarrada en sus manos. Leia se levantó, con la intención de saltar con la Fuerza hacia el tejado, pero escuchó el crujido de los jetpacks. Girándose hacia el panel lateral a tiempo para ver cinco rayas blindadas, salir volando de las ventanas destrozadas del Krabbis.

Si estos mandalorianos hubieran intentado huir, Leia lo habría permitido para ir por la caja. Si hubiesen venido tras ella, habría estado feliz de enviarlos a toda velocidad, con una serie de empujones de la Fuerza, para que pudieran arriesgarse rebotando en el tráfico de abajo. Pero los cinco iban por Han, y estaban lanzando tantos disparos hacia él, así como a Jaden y Avinoam, que habían salido a unírsele, que en algunos lugares, el balcón estaba rojo y comenzaba a derretirse.

Leia extendió su mano hacia el mandaloriano principal y lo envió hacia abajo con un violento empujón de la Fuerza. Saliendo disparado a través del carril de tráfico en una franja de llamas blancas, causando varios choques cuando los pilotos de los transportes de carga sobresaltados, impactaron sus vehículos entre sí y con los edificios circundantes. Un par de latidos después, una flor lejana de color naranja estalló en las profundidades más oscuras.

El zumbido de un motor repulsor sonó desde la azotea del Krabbis. Leia no necesitaba mirar para confirmar lo que ya sabía, la mujer rubia y su escolta estaban huyendo. Todo el asalto de los jetpacks había sido una pantalla, para ayudarlos a escapar con el murovisor PsiCor, y los mandalorianos eran demasiado disciplinados, demasiado fríos, como para desperdiciar el sacrificio de un compañero al arriesgar la misión solo para salvar un par de vidas.

Leia corrió hacia el balcón, donde los últimos cuatro mandalorianos estaban engarzados en un combate cuerpo a cuerpo con Han y los dos Jedi. Jaden y Avinoam estaban cortando una y otra vez la armadura de sus enemigos, no hacían más que fundir surcos superficiales en el impenetrable beskar’gam. Sin embargo, cada vez que los mandalorianos intentaban utilizar sus propias armas, se encontraban a punto de perder el equilibrio o un brazo. Claramente, los dos jóvenes Jedi estaban siendo benevolentes con sus atacantes, tratando de convencerlos de que se rindieran antes de que fuera necesario matarlos.

Y eso habría estado bien para Leia, excepto que estos eran mandalorianos, no era los piratas mediocres que atacaban una planta de procesamiento. Se enorgullecían de ser despiadados, traicioneros y eficientes. Durante todo el tiempo que Jaden y Avinoam intentaron capturar a sus atacantes, no se dieron cuenta de que Han luchaba por su vida contra los otros dos. Leia se encogió, esquivando Han esquivó línea de rayos láser, atravesando la columna de fuego de blasters, luego se acercó maldiciendo y golpeando, dándole un despiadado jab en la garganta a uno de sus atacantes.

Todavía solo a la mitad del camino a través del puente, Leia extendió la mano en la Fuerza hacia el mismo comando. Cuando su cabeza se balanceó hacia atrás, le dio un fuerte tirón y lo envió volando por encima del barandal de seguridad. El jetpack del

mando se encendió casi instantáneamente, pero eso simplemente lo envió a una larga espiral, que terminó en una nube carmesí cuando se estrelló contra la plataforma de un transporte que pasaba.

El segundo atacante barrió los pies de Han, enviándolo a estrellarse contra su espalda. El mandaloriano giró la boquilla de su rifle láser hacia la cabeza de Han, al mismo tiempo que bajó su casco hacia la cara de Han. En respuesta, Han se burló y escupió en el visor del comando.

Sacudiendo la cabeza ante el desafío de Han frente a la muerte, y amándolo por ello, Leia extendió la mano en la Fuerza y apartó el rifle blaster, aunque no lo suficientemente rápido como para saber si el rocío rojo que estalló debajo del arma era la sangre de Han, o el duracero fundido del balcón. El casco del mandaloriano se volvió hacia el cañón del rifle en un momentáneo desconcierto; Luego agarró el arma con ambas manos y la giró hacia la cabeza de Han.

Pero Han ya balanceaba las caderas y clavaba la rodilla en la parte posterior de la pierna del mandaloriano. Una serie de destellos de blaster blanco cosieron la pared junto a ellos, mientras que Leia corría a lo largo, cerca del panel lateral del puente, tratando de medir la distancia al balcón, calculando si tenía alguna posibilidad de saltar tan lejos con ayuda de la Fuerza.

Se libró de la necesidad, cuando una enorme forma de jade salió volando del espejoescudo, una larga cadena volaba desde cada una de sus cuatro extremidades. La figura aterrizó en el balcón con un estruendo, y todos, incluido el atacante de Han, se dieron la vuelta para encontrar la inmensa cabeza de Bazel Warv mirándolos.

Los dos mandalorianos que luchan contra Jaden y Avinoam aprovecharon al máximo la distracción, saltaron hacia atrás sobre el barandal, para desaparecer en columnas de llamas de sus jetpacks. El que estaba sobre Han no tuvo tanta suerte. Uno de los largos brazos de Bazel arremetió y atrapó al hombre por los tobillos.

Bazel golpeó al mandaloriano contra la pared repetidamente, hasta que el rifle blaster finalmente voló libre, luego cerró una mano alrededor del pecho del sujeto y comenzó a apretarlo. Al principio, el mandaloriano permaneció en silencio dentro de su armadura, sin duda seguro de que incluso la gran fuerza de un ramoano no podría aplastar el acero beskar.

Luego, Bazel empujó a Han, aun llevando al mandaloriano y dejando el vacío de la Fuerza creado por el ysalamiri. Jaden y Avinoam fueron tras él, con sus sables de luz desactivados pero en la mano, gritando órdenes para que se detuviera. Bazel los ignoró. Con las cadenas arrastradas por la terraza del balcón, continuó hacia la escalera.

Leia lo perdió de vista brevemente mientras se acercaba al final del puente peatonal, pero escuchó un tremendo ruido de cadenas, y por la forma en que la mandíbula de Han cayó, y la conmoción de que Jaden y Avinoam irradiaron en la Fuerza, algo extraño acababa de suceder. Llegó a las escaleras y descendió tres pisos a la misma velocidad, saltando con fuerza en el siguiente nivel.

Cuando Leia llegó al último descanso, se encontró mirando algo que no entendía del todo. Bazel estaba de pie en el descanso inferior. Sus cadenas estaban apiladas a sus pies, y el mandaloriano todavía estaba en sus manos. Se filtraba sangre de cada costura en la armadura del hombre, y los dedos del ramoano estaban de alguna manera dentro de la placa del pecho, habiéndose hundido a través del acero beskar sin abollarlo. Obviamente, estaba usando un poder de la Fuerza, y uno del que Leia ni siquiera había oído hablar.

Bazel de repente echó la cabeza hacia atrás para mirar a Leia. Sus ojos brillantes se abrieron alarmados, y finalmente pareció notar a Jaden y Avinoam detrás de él. Sacudió su enorme muñeca y envió al mandaloriano a la terraza del balcón. Para asombro de Leia, ni siquiera había un agujero donde los dedos de Bazel hubieran atravesado la armadura; la beskar'gam del muerto permaneció perfectamente intacta.

Leia todavía contemplaba cómo tal cosa podría ser posible, cuando la voz profunda de Bazel retumbó por las escaleras.

—¿Princesa Leia?

Con el ceño levantado ante la nota de reconocimiento en su voz, Leia asintió.

—Sí, Bazel. —Comenzó a bajar las escaleras, moviéndose lenta y cautelosamente para evitar alarmarlo—. Reconoces…

Bazel levantó una de sus manos enormes y de dedos rechonchos.

—¡Permanezca allí! —Volvió a mirar a Jaden y Avinoam, y luego agregó rápidamente—. ¡La atraparán!

Leia se detuvo y luego sacudió la cabeza.

—No, Bazel, son nuestros amigos.

Era exactamente lo incorrecto por decir. Un destello de sospecha regresó a los ojos de Bazel, y su mirada se desvió hacia la escalera que bajaba. Han apuntó con su pistola láser a la espalda del ramoano, mientras que Jaden y Avinoam voltearon sus sables de luz para que pudieran usar las empuñaduras como palos.

Nada de esto pasó desapercibido para Bazel, por supuesto. Miró a Leia con ira no oculta y luego gruñó:

—¡Eres uno de ellos!

Dio un paso hacia la escalera, avanzando hacia el tramo debajo de Leia. Han levantó la vista y preguntó en silencio si debía abrir fuego, con rayos aturdidores, supuso Leia, mientras Jaden y Avinoam se preparaban para saltar.

Pero Leia se libró de la necesidad de dar la orden, cuando Raynar Thul grito desde el otro extremo del balcón.

—¡Por supuesto que lo es, Barv!

Raynar comenzó a subir al balcón hacia Leia y los demás, sus ojos sin parpadear fijos en la escalera debajo de ella. Mientras se movía, la nariz en forma de cúpula de la Flotovan comenzó a emerger a través del espejoescudo.

—Todos estamos con ellos —dijo Raynar—. Tú lo sabes.

No había pasos pesados desde las escaleras de abajo, y la voz profunda de Bazel retumbó:

—Sí, lo sé.

Raynar se detuvo e hizo un gesto hacia la Flotovan, que ahora había emergido lo suficiente como para que se viera su puerta, abierta por encima del barandal del balcón. También se podía ver la cama de estasis vacía de Bazel, acostada debajo de un par de olbios asegurados a las paredes con correas acolchadas.

—Y también sabes que necesitas abordar la Flotovan —continuó Raynar.

—¡No!

Un solo paso pesado sonó desde las escaleras, y Leia casi asintió hacia Han.

Entonces Bazel de repente se detuvo y preguntó:

—¿Por qué?

Raynar sonrió o intentó hacerlo. La rigidez causada por sus cicatrices de quemaduras, hizo que su expresión fuera un poco cruel y forzada, provocándole un escalofrío en la columna vertebral a Leia.

—¿Estás dispuesto a dejar a Yaqeel solo con nosotros? —preguntó Raynar—. ¿Cuándo ni siquiera sabes quiénes somos?

Un graznido bajo y triste sonó desde las escaleras inferiores, y por un momento Leia pensó que Bazel podría abandonar a su mejor amiga. Esperó en silencio, sin atreverse siquiera a buscar en su aura de la Fuerza alguna idea de sus pensamientos, mientras el ramoano contemplaba sus opciones.

Pero Raynar le había dado a Bazel una opción que no tenía elección. Huir ahora era abandonar a Yaqeel, al misterioso mal que corría desenfrenado a través de la Orden Jedi. Y si era el benzodi en su sistema, haciéndolo más vulnerable a la sugerencia de Raynar, o su propia lealtad firme, Bazel simplemente no podía abandonar a sus amigos.

Cuando Leia no escuchó otro fuerte paso bajando las escaleras, hizo un gesto a Han y a los demás para que se apartaran.

Una vez que obedecieron, gritó:

—Bazel, la elección es tuya, pero debes hacerlo ahora. Nos llevaremos a Yaqeel y a los demás. No se verán perjudicados, te lo prometo…

—Mientras te sigas moviendo. —Raynar también se hizo a un lado, dándole a Bazel un camino despejado hacia la Flotovan—. Si no…

Raynar dejó pasar la amenaza. Bazel dejó escapar un largo y angustiado graznido, luego atravesó el balcón y saltó al vehículo, su tremendo peso realmente hizo que momentáneamente se fuera de lado. Tekli, Tesar y los demás lo rodearon rápidamente y, mediante una combinación de firmes amenazas y suaves promesas, comenzaron a engatusarlo hacia su cama de estasis.

Cuando la Flotovan cerró la puerta, Leia bajó las escaleras. Al ver que Han ya estaba de pie, para su alivio, aparentemente de una pieza, al lado de Raynar, se acercó para unirse a ellos.

—Eso fue increíble, Raynar —dijo—. Gracias.

Un toque de rojo llegó a las mejillas de Raynar.

—No fue nada, Princesa.

—Difícilmente —respondió Leia—. Tal vez deberías considerar ayudar a Tekli en Shedu Maad.

Raynar miró hacia el Templo y luego sacudió la cabeza.

—No creo que esté listo para irme todavía.

—¿Estás seguro? —presionó Han—. Me pareció que tienes una habilidad especial para lidiar con loc… —Se encogió cuando Leia pisoteó el pie, pero rápidamente terminó—, er, enfermos mentales.

—Cualquiera puede manipular a nuestros locos, capitán Solo. Solo necesita trabajar en su realidad. —Observó cómo la Flotovan se deslizaba hacia el abismo del tráfico y comenzaba a caer hacia el carril aéreo inferior, luego se volvió hacia Leia e intentó sonreír—. Y recuerden que en su realidad, son malvados.

Como antes, había algo en la forma en que su boca sin esquinas, que hacía que su sonrisa se sintiera dura y enigmática.

Leia se obligó a responder con una sonrisa más cálida.

—Intentaré tener eso en cuenta. —Se volvió hacia Han y luego dijo—. Mejor adelantamos nuestro programa. Por ahora, Daala sabe que nos estamos moviendo, y cuanto menos tiempo le demos para detenernos, mejor.

—Correcto. Traeré a los droide y a Amelia y luego nos vamos. —Se inclinó hacia adelante y la besó en la mejilla, luego agregó—. Nos vemos en el Punto Alfa.

Leia le devolvió el beso. Se dirigió hacia la puerta, luego se volvió hacia Jaden y Avinoam.

—Sé que esto no es realmente su desastre…

—Lo cubriremos —le aseguró Jaden—. En lo que respecta a la SAG o cualquier otra institución, usted y el capitán Solo ya se habían ido cuando estalló el tiroteo.

—Gracias —dijo Leia—. Pero no intenten decirles que estábamos transportando las joyas del Templo o algo así. Daala sabrá exactamente quién estaba en esa Flotovan, así que solo dirijan las preguntas a los Maestros. ¿Está claro?

—Solo una pregunta —dijo Jaden. Su mirada se posó en el mandaloriano que Bazel había matado—. ¿Qué les decimos sobre él?

Leia se volvió para mirar al hombre muerto. Lo último que necesitaban los Jedi era que un investigador de a SAG informara que ahora los Jedi locos, podían pasar a través del acero beskar, o sugiriera que cualquier Jedi podría hacer tal cosa. Daala ya estaba bastante asustada de ellos.

—Solo di que no lo sabes —dijo Leia—. Intenta sembrar la sugerencia de que algo salió mal con su armadura.

Jaden asintió.

—Eso debería funcionar.

—Con la SAG —terminó Avinoam. Parecía incapaz de apartar los ojos del mandaloriano—. Pero, bueno, ¿qué le pasó realmente?

—Esa es una buena pregunta —dijo Leia, estudiando la armadura impecable del muerto. Los dedos de Bazel adentro, la sangre fluyendo, pero sin una abolladura en el

acero. Hasta ahora, todas las nuevas habilidades que el delirante Jedi había exhibido, habían sido duplicaciones de algo que Jacen había aprendido a hacer en su estadía de cinco años. Pero nunca había oído que él pudiera traspasar el metal. Sacudió la cabeza y luego le dijo a Avinoam—. Nunca había visto habilidades de la Fuerza como esta, ni siquiera he oído hablar de una.

—Nosotros la tenemos —dijo Raynar. Cuando Leia se volvió para mirarlo, levantó la vista del hombre muerto—. Quiero decir, los killiks la tienen. Cuando crearon Las Fauces, podían usar la Fuerza para cambiar el estado de la materia.

Leia frunció el ceño. Debido a que su especie absorbió los recuerdos de cualquier ser que se unió a uno de sus nidos, el sentido de la historia de los killik era, por decirlo suavemente, bastante confuso.

—¿Eran los killiks quienes podían hacer eso? —le preguntó Leia a Raynar—. ¿O sus maestros celestiales?

De nuevo, Raynar le dedicó una de sus enigmáticas sonrisas.

—Supongo que eso depende de en qué realidad estés —dijo—. Pero lo importante es esto, ahora Bazel puede hacerlo.

Capítulo Veintiuno

DESDE LAS PROFUNDIDADES DE LA GRUTA LLEGÓ EL SONIDO DEL AGUA, UNA sola gota, golpeando en un estanque. Una semana después, otro golpe. Luego pasó un mes antes de que cayeran tres gotas en algunos segundos… o tal vez fueron años. Sin su cuerpo, Luke no tenía pulso, ni ritmo vivo para medir el paso de los segundos, días o siglos. Simplemente era… una presencia eterna y pura de pie fuera de la boca de la cueva, permitiendo que el aliento acre de la montaña se extendiera sobre él.

Ella estaba allí, la misma presencia familiar que se había extendido desde la Fuente del poder. Luke podía sentirla en la penumbra húmeda que tenía delante, llamándolo como un amante que necesita una visita. Pero estaba hambrienta y desesperada, era todo apetito e insistencia, y le preocupaba que responder a su llamada fuera para ser devorado.

—No tienes que temer a nada haya dentro —dijo Seek Ryontarr, el antiguo Jedi que actuaba como su guía. El gotal bajó a la hondonada con Luke y fue a pararse junto a una de las columnas oscuras que sostenían la entrada de la gruta, luego extendió una mano hacia la sofocante oscuridad que había más allá—. Ve y date un chapuzón.

Luke sacudió la cabeza.

—No me gusta lo que siento allí.

El compañero givin de Ryontarr, Feryl, descendió también y se paró frente a la columna opuesta.

—Eso es porque temes a lo que hay en tu propio corazón —gruñó—. Es difícil enfrentar la verdad sobre uno mismo. —La cabeza de calavera del givin se volvió para mirar en la oscuridad—. No hay muchos que tengan el coraje de entrar.

—Pero Jacen lo hizo —supuso Luke.

—Eso no significa que debas hacerlo —dijo Ryontarr—. Una vez que se aprende una verdad, no se puede desaprender.

Luke frunció el ceño.

—Si intentas desafiarme a entrar, no funcionará.

Ryontarr sonrió, su boca ancha solo mostraba las puntas de sus afilados dientes.

—Bueno, entonces supongo que podemos irnos —dijo—. ¿A dónde te gustaría ir ahora?

Era un farol, y Luke lo sabía. Pero como a Han le gustaba decirle, el mejor momento para farolear, era cuando sabías que el otro chico no podía hacer algo. Y Luke no podía hacer algo, no si quería saber qué había sido de Jacen.

Sin embargo, eso no significaba que tuviera que caminar a ciegas.

Luke desvió la mirada hacia la cara espectral de Feryl.

—Lo que siento que viene de allí es un deseo anhelante, crudo. —Esbozando una sonrisa irónica—. Y he llegado a la edad en que este tipo de sentimientos intensos, siempre son mucho más bienvenidos que atemorizantes.

Feryl ladeó la cabeza con desconcierto y miró a Ryontarr, cuyo ceño fruncido divertido sugirió que los gotals, al menos, compartían ese aspecto particular del envejecimiento humano.

Ryontarr bajó los ojos en señal de estar pensando, pareciendo contento por la respuesta de Luke al mantener el interés. Por supuesto, no había forma de saber cuánto tiempo podría ser, ya que cada momento se sentía como una eternidad y la eternidad parecía solo un momento. Pero durante la larga marcha desde la Fuente del poder, Luke había notado que sus escoltas comenzaban a moverse deliberadamente a un ritmo más lento, como si estuvieran saboreando cada paso en este extraño mundo selvático, estando decididos a asegurarse de que Luke también lo hiciera.

Cada vez que Luke preguntaba cuánto tiempo pasaba para su cuerpo, recibía las mismas garantías, que la Fuerza sostendría su cuerpo mientras él estaba fuera, y que sabría si necesitaba algo. Presionar sobre el asunto solo empeoró las cosas. Simplemente sugirieron que si estaba preocupado por su cuerpo, debería volver a él y verificar su estado. También puntualizaron que si Luke hacía ese viaje, prolongaría la estadía de los Skywalkers por varios días, pero eso no era una preocupación, lo tranquilizaron porque el tiempo era, después de todo, una ilusión.

Al final, Luke se dio cuenta de que no tenía más remedio que continuar hasta que sus sospechas y su sensación de peligro se volvieran demasiado fuertes para ignorarlas, o que había aprendido lo que había venido a aprender. Cuanto más tiempo pasaba con Ryontarr y Feryl, más convencido estaba que la clave de la caída de Jacen estaba en algún lugar más allá de las sombras, y ciertamente valía la pena correr algunos riesgos para descubrirlo.

Finalmente, Ryontarr giró para mirar a Luke.

—Tal vez no temes lo que sientes, como dices. Quizás le temes a la causa de lo que sientes.

—No soy tan viejo —dijo Luke—. La causa de este sentimiento es que soy un humano. Y dejé de tener miedo a los anhelos naturales, cuando aún era un adolescente granjero de humedad en Tatooine.

—Por supuesto —reconoció Ryontarr—. Pero también eres un hombre que perdió a su esposa no hace mucho.

Luke frunció el ceño.

—¿Crees que temo que es a Mara a la que siento allí?

—¿Y no es así? —exigió Ryontarr.

—Por supuesto no.

Luke comenzó a notar que si pensaba que podía volver a ver a Mara, estaría dentro de la gruta en un instante. Pero cuando centró su atención en el hambre proveniente de la cueva, en el ansia cruda y egoísta que intentaba atraerlo, tuvo que preguntarse. La Mara que conocía nunca exigiría de esa manera, nunca sería tan egoísta y desesperada. Pero la Mara que conocía también estaba muerta, lo que sea que eso significara realmente. Y al menos era posible que lo que sentía que lo alcanzaba ahora fuera una parte primitiva y

persistente de ella, un instinto infantil que solo conocía el deseo, que entendía solo lo que ella necesitaba, sin preocuparse por las necesidades de los demás.

Pero si eso fuera todo lo que quedaba de su amada Mara, ¿realmente querría verlo? Volvió a mirar a Ryontarr, que parecía estar esperando la decisión de Luke con la paciencia de un árbol.

—¿Esa de allí es Mara? —exigió Luke. Estaba empezando a preguntarse si este lugar era una especie de limbo espiritual, donde las presencias de los muertos estaban detenidas para poder regresar a la Fuerza—. ¿Es eso lo que me estás diciendo?

Ryontarr extendió las manos.

—No te estamos diciendo nada —dijo—. Podemos ayudarte a encontrar la verdad, pero no podemos decirte cuál es porque no lo sabemos.

Eso, Luke estaba seguro, era cierto. Dejando a un lado la pregunta de si estaba aquí porque estaba realmente muerto o muriendo, no podía ver ninguna razón lógica para que los Caminantes Mentales tuvieran un conocimiento más preciso sobre el más allá, que cualquiera de las innumerables religiones de la galaxia.

Después de unos segundos, o unas pocas horas, Feryl preguntó:

—Solo hay una forma de averiguarlo, ¿no es así?

Ryontarr asintió.

—Entra y mira. Te alegrarás de haberlo hecho.

Luke continuó de pie a tres pasos de la gruta.

—Digamos, que tan contento como hubiera estado, ¿si hubiera bebido de la Fuente del poder?

—Esa fue una prueba —dijo Ryontarr. El gotal inclinó sus cuernos hacia la oscuridad—. Esta es una oferta.

—¿De qué? —exigió Luke.

—De lo que viniste a buscar —respondió Feryl—. Báñate en ese estanque y tendrás las respuestas que buscas.

Luke levantó una ceja.

—¿Sobre Jacen? —preguntó—. ¿O sobre Mara?

—Sobre lo que sea que busques —respondió Ryontarr—. Este es el Estanque del Conocimiento, donde verás todo lo que ha pasado y todo lo que está por venir.

—Eso es demasiado para que lo comprenda la mente, ¿no crees? —Luke estaba empezando a ver su trampa, y cómo sería una tentación irresistible para un joven y perturbado Caballero Jedi, en una búsqueda galáctica de sabiduría—. ¿También trajeron a Jacen aquí?

—Jacen no necesitaba ser traído —dijo Ryontarr—. Pero sí, él estuvo aquí.

—Echa un vistazo —instó Feryl—. No tienes que entrar, pero tal vez aprenderás lo que necesitas saber sobre Mara.

—Y sobre Jacen. —Ryontarr extendió su mano hacia la oscuridad y luego agregó—. Todos sabemos que realmente no tienes elección, Maestro Skywalker. Y eres tú el que siempre pregunta por el tiempo.

En ese momento, Luke supo que estaba caminando hacia una trampa. Hasta ahora, los dos Caminantes Mentales habían hecho todo lo posible para evitar que se preocupara por el tiempo, para asegurarle que no había razón para preocuparse por eso. Sin embargo, aquí estaban ahora, usando el tiempo para presionarlo a tomar una decisión peligrosa.

Claramente, no esperaban que resistiera la tentación de lo que le estaban ofreciendo, lo que sugería que Jacen no había resistido. Y eso, por supuesto, significaba que Luke no tenía más opción que entrar.

Luke se encogió de hombros.

—Está bien, ustedes ganan —dijo—. Vámonos.

Apenas se sorprendió cuando sus dos escoltas lo hicieron pasar a través de la entrada, mientras ellos permanecían de pie junto a los pilares. Cuando pasó junto a ellos, vio que la gruta era pequeña y que el interior no era tan oscuro como parecía desde el exterior. Una luz suave y plateada se elevaba desde el brillo del espejo de un estanque en el centro. Pequeñas grietas se alineaban en las paredes, filtrando mechones de humo amarillo y llenando la cueva con un hedor a azufre. El aire era tan asqueroso que, incluso si lo hubiera necesitado, Luke no habría respirado allí dentro.

El anhelo desesperado continuó tirando de él, acercándolo al estanque. Se acercó al borde y vio que no estaba en un recipiente poco profundo como había esperado, sino en una cuenca profunda y escarpada con un borde tallado en una grotesca trenza serpentina. Mediante un esfuerzo de voluntad, se detuvo a medio paso del agua, supuso que era agua, mirando su propio reflejo.

Lo que Luke vio no era tanto a un hombre, más bien como el espectro de uno, con ojos azules que ardían en cuencas tan profundas como pozos. Su carne era amarilla y demacrada, tan estirada y escamosa que parecía cuero agrietado. Sus labios se habían marchitado como un par de gusanos blancos tan agrietados y sangrientos que apenas le cubrían los dientes. El estanque no estaba oscuro, razonó, así que tal vez no estaba realmente mirando un reflejo. Levantó una mano, y el espectro también levantó una.

—Ese soy… —Luke se giró hacia la salida, donde Ryontarr estaba apoyado contra una columna oscura—. ¿Ese soy yo?

—Es la verdad, así es como eres ahora —respondió Ryontarr—. Un hombre desgastado por el deber y el sacrificio, una cáscara moribunda animada solo por la Fuerza y la voluntad.

—¿Qué hay de Mara? —Luke se volvió hacia el estanque. En lugar de sí mismo, vio el fantasma de pelo color miel de la Fuente del Poder, los pequeños ojos ardiendo de deseo, la boca ancha mostrando dientes de aguja de oreja a oreja—. ¿Es ella?

—Si no puedes saberlo ahora —dijo Feryl—, entonces solo hay una manera de estar seguro.

Un brazo rechoncho rompió la superficie del estanque alcanzando a Luke, los dedos del tentáculo se agitaron tan cerca de sus ojos, que pudo ver las pequeñas membranas en el fondo de las puntas de sus ventosas. La presencia hambrienta se hizo más familiar, de alguna manera una parte de Luke, no quería nada más en ese instante que dar un paso

adelante dentro del estaque, para conocer la verdad sobre su identidad, para saber si aquí era donde comenzaba la vida futura y los espíritus de los muertos comenzaban su viaje de regreso a la Fuerza.

Luke quería saber qué le había sucedido a Jacen y qué lo había hecho caer, y quería saber qué sería de su hijo, si Ben sería un buen Gran Maestro y cuánto tiempo tenía que prepararse para esa terrible carga. Más que nada, Luke quería saber si había tenido éxito en su propia vida, si la chispa que había alcanzado al fundar la nueva Orden Jedi perduraría y prosperaría, convirtiéndose en la brillante luz dorada que había imaginado, el faro que siempre estará allí para guiar a la galaxia de manera segura a través de los tiempos oscuros.

Y la presencia hambrienta podría darle todo ese conocimiento y más. Todo lo que Luke tenía que hacer era apretar la mano del tentáculo que tenía ante él y dejar que lo arrastrara hacia las cálidas aguas plateadas, dejar que lo ahogara en el olvido líquido del conocimiento absoluto e infinito.

Pero lo que Luke ya sabía era esto, la elección que Jacen había hecho aquí había sido su ruina. El futuro no era la jurisdicción de los vivos, y ninguna mente humana podía saber todas las cosas y permanecer cuerdo. Luke sabía que todavía era el padre de Ben y el fundador de la Orden Jedi, y sabía que ambos lo necesitaban. Sabía que Mara se había ido, que si la cosa que lo ansiaba alguna vez había sido parte de ella, ciertamente no había sido la mejor parte… que si esto era todo lo que quedaba de ella, no estaría haciendo un servicio a nadie tratando de aferrarse a eso.

Luke se alejó del estanque.

Luke.

La voz sonaba fría y medio familiar dentro de la mente de Luke, el último susurro de un amor perdido. La mano se deslizó hacia el estanque, los dedos del tentáculo le hicieron señas para que lo siguiera.

Regresa.

Luke sacudió la cabeza y se dio la vuelta.

—No puedo.

Encontró a Ryontarr y Feryl delante de él, bloqueando la salida. La cara de nariz chata del gotal estaba ceñuda, y el givin sacudía su huesuda cabeza decepcionado.

—Maestro Skywalker, no me pareces el tipo de persona que se va sin las respuestas por las que vino —dijo Ryontarr—. No creo que hayas visto lo que Jacen vio, todavía.

—Ya he visto suficiente. —Luke comenzó a avanzar hacia la salida, recordando la imagen demacrada de sí mismo que había visto reflejada en la superficie del estanque—. Voy a regresar a mi cuerpo.

—¿Antes de que hayas visto lo que vio tu sobrino? —preguntó Feryl.

—Si hacerlo significa bañarse en su estanque, sí. —Luke llegó a la puerta y se detuvo a medio paso de la pareja—. Solo estoy dispuesto a seguirlo hasta aquí. No voy a ir al límite con él.

Ryontarr levantó las cejas pobladas y Feryl inclinó la cabeza huesuda, decepcionado.

—No es necesario ir al límite, Maestro Skywalker —dijo Ryontarr—. Jacen tampoco se metió al estanque. —Luke frunció el ceño—. ¿No lo hizo?

—Ni siquiera lo consideró —informó Feryl—. Dijo que ninguna mente mortal podía saberlo todo, y lo último que quería era convertirse en un Celestial.

Antes de que Luke pudiera preguntar qué sabían sobre los Celestiales, Ryontarr agregó:

—Pero Jacen no tuvo miedo de quedarse en el estanque, hasta que hubiera visto lo que había venido a ver. —El gotal inclinó sus cuernos hacia el agua detrás de Luke—. Mira otra vez.

Luke sacudió la cabeza.

—Terminé con sus tácticas dilatorias —dijo—. No sé lo que están tratando de lograr, pero sí sé que están tratando de mantenerme aquí.

Incluso sin el escalofrío de culpa que se extendió por la Fuerza, Luke habría sabido por sus miradas furtivas que había golpeado el meollo del asunto. Decidido a no dar la ventaja ya cuando la tenía, dijo:

—Díganme qué esperan que suceda. Y no digan que solo están tratando de ayudarme. No creía eso en el hábitat, y no lo creeré ahora.

Ryontarr miró a Feryl.

El givin gruñó:

—¿Qué tienes que perder?

Ryontarr asintió.

—¿Qué en verdad? —Señaló hacia el estanque—. Quizás ella te lo está ocultando. Quizás no quiere que sufras como Jacen.

—¿Ella? —Luke se volvió lentamente hacia el estanque nuevamente. No vio la cosa que le había alcanzado antes, solo el espejo plateado de la superficie del agua—. ¿Quién es ella? ¿El fantasma que sigo vislumbrando?

—La dama de las brumas no es un fantasma —respondió Feryl—. Ella es tan real como tú o yo.

—Busca un trono —aconsejó Ryontarr—. Es el Trono del Equilibrio, sobre el cual se encuentra el destino del futuro.

Luke vaciló, sospechando otra estrategia de retraso. Pero lo que estaban insinuando sobre Jacen, que había sido a la vez más valiente que Luke y más sabio, era demasiado convincente para ignorarlo. Era el deber de Luke investigar qué le había sucedido a su sobrino, que había provocado su caída, y eso significaba que simplemente tenía que hacer lo que Ryontarr le sugería.

Luke miró dentro del agua, buscando algo que se pareciera a un trono, y pronto lo vio, un simple trono blanco en una cámara iluminada. No había nadie en él, pero estaba rodeado por cien seres lo suficientemente majestuosos como para pertenecer al asiento. Eran de todas las especies, botans y hutts, ishi tib y mon calamari, incluso wookiees y trandoshanos, y todos tenían la apariencia de viejos amigos.

Pero lo que llamó la atención de Luke, lo que lo acercó al borde del estanque, fue la mujer alta y pelirroja en el centro de la multitud. Tenía las delgadas cejas arqueadas de Tenel Ka y los labios carnosos, pero su nariz era como la de su abuela, pequeña y no demasiado larga, con solo un botón al final.

Allana.

Luke no dijo el nombre en voz alta, se sintió culpable por haberlo pensado, pero no podía haber ninguna duda. Estaba viendo una visión de la hija de Jacen, quizás treinta años en el futuro. Y se estaba preparando para tomar el trono, rodeada no por la traición e intriga habituales tan comunes en la política de Hapan, sino por amigos de toda la galaxia, en un momento de camaradería y confianza sin precedentes.

—No entiendo —dijo Luke, volviéndose hacia Ryontarr—. ¿Por qué Jacen estaría preocupado por la visión de su hija asumiendo su trono?

—Porque eso no fue lo que vio. —Fue el givin, Feryl, quien criticó esta respuesta—. Vio a un hombre oscuro con armadura oscura, sentado en un trono dorado y rodeado de acólitos también con túnicas oscuras.

Luke se enfrió por dentro.

—¿Un hombre oscuro? —preguntó, pensando en las visiones del hombre oscuro que había experimentado, cuando Jacen se estaba levantando para convertirse en un Lord Sith—. ¿Él mismo?

Ryontarr frunció el ceño hacia Luke.

—Dudo que una visión de su propio futuro lo haya enviado a huir de regreso a la galaxia —dijo—. Tenía que ser la cara de otra persona la que vio tu sobrino.

A Luke se le ocurrió un pensamiento terrible, tan doloroso como una vibrocuchilla en los intestinos e igual de aterrador.

—¿Era yo?

Ryontarr se encogió de hombros.

—¿Quién puede decirlo?

—No vimos la cara detrás de la máscara —agregó Feryl—. Pero Jacen si, y se puso tan pálido como mi exoesqueleto.

—¿Y qué? —exigió Luke—. ¿Regresó a la Fuente del Poder? ¿Cambió de opinión y se bañó en el Estanque del Conocimiento?

Los dos Caminantes Mentales se miraron el uno al otro y sacudieron sus cabezas con disgusto, como si la torpeza de Luke fuera una gran decepción. Entonces Ryontarr dijo:

—Se fue.

—¿Salió del estanque? —preguntó Luke, todavía luchando por ver qué había empujado a su sobrino hacia el lado oscuro—. ¿O quieres decir que Jacen volvió a su cuerpo?

—Dejó Las Fauces —explicó Ryontarr—. Dijo que tenía que terminar su entrenamiento.

—Dijo que tenía que cambiar lo que había visto en el estanque —agregó Feryl—. Dijo que probablemente esto lo mataría.

Capítulo Veintidós

LA ALARMA SEGUÍA SONANDO, BEN SE DIO CUENTA DE ESTO. LOS CHIRRIDOS Y aullidos de las alarmas se seguían escuchando, a pesar de que ya las había silenciado con unos pocos rayos láser bien colocados. Pero el humo acre que salía de los gabinetes de los equipos, que no los podía detener. No importa cuán mal funcionaban los intercambiadores de aire de la sala de control, no importaba cuán gravemente los humos picaran sus ojos o le quemaran la garganta, no se atrevió a manipular esa tecnología alienígena. No se sabía lo que podría hacer estallar, si él mismo, todo el hábitat… incluso a Las Fauces en sí.

Y había algunas cosas que un buen Jedi simplemente no se atrevía a arriesgar.

Decidiendo que había hecho todos los preparativos posibles, Ben se volvió hacia la escotilla de entrada. Hizo una última inspección de sus puntos de soldadura, luego asintió con satisfacción y apagó la alimentación de energía de su soplete de plasma. Nadie se escabulliría por esa puerta cuando no estuviera vigilando.

Arrojó a un lado la careta para soldar y los guantes mientras caminaba, Ben descendió al frente de la sala de control de tres niveles. Allí, bañado por la luz púrpura parpadeante del resplandor que se retorcía más allá, su demacrado padre yacía atado a una camilla flotante en la bahía médica de la *Sombra*. Ambos brazos tenían nuevos catéteres intravenosos, uno que proporcionaba hidratación y el otro otros nutrientes, pero Ben no sabía cuánto tiempo más las gotas de líquido podían mantener vivo a su padre. Los dos guías habían muerto hace más de una semana, el givin porque Ben no tenía idea de cómo insertar un catéter intravenoso a través de un exoesqueleto, el otro porque en la *Sombra* simplemente no tenían el suero sin solución salina necesario para evitar envenenar a un gotal.

A varios metros de distancia se sentó Rhondi Tremaine, con aspecto humano nuevamente, con su cabello amarillo bastante limpio y sus mejillas que estaban ligeramente huecas. Un par de esposas paralizantes conectaban su muñeca a una viga metálica del piso, que Ben había expuesto para ese propósito. Sus cejas estaban arqueadas por el miedo, y sus ojos estaban enrojecidos por el llanto.

—Ben, por favor —dijo—. ¿Qué estás haciendo?

Ben no respondió porque aún no estaba seguro. Las órdenes de su padre habían sido claras, bajo ninguna circunstancia Ben debía ir más allá de las sombras. Si algo salía mal, debía informar a los Maestros y asegurarse de que los Jedi supieran sobre el poder oscuro que se ocultaba en Las Fauces.

Pero eso había sido antes de que Ben comenzara a enloquecer.

Conocía los síntomas del trastorno delirante paranoico, y se dio cuenta de que estaba sufriendo de la mayoría de ellos, la creencia inquebrantable de que su vida y la de su padre estaban en peligro, el miedo que consumía cada pensamiento, las razones que siempre podía encontrar, para descartar cualquier hecho que no apoyara sus propias convicciones. Y, sin embargo, los Caminantes Mentales intentaban matarlo. Si bien podría dudar de su propia cordura, Ben no dudaba de esto último en absoluto.

Por supuesto que nadie lo había atacado directamente. Los Caminantes Mentales eran demasiado listos para eso. En cambio, habían agotado los insumos de la bahía médica de la *Sombra,* hasta el punto de que ya no podía tratar ni siquiera una simple infección. Habían consumido tanto nutripasta que Ben había sido reducido a buscar viejos productos deshidratados de otras naves en el hangar. Y el sistema de reciclaje de la *Sombra* había perdido tanta agua por las personas que bebieron, quienes se fueron hasta que tuvo problemas para purificarla.

—Ben —dijo Rhondi—. No puedes dejar a Rolund en esa pequeña habitación para morir. Eso es… enfermo.

Aunque Ben no lo dijo, pensó que Rhondi probablemente tenía razón. Ciertamente no era normal dejar a un hombre dentro de una cabina soldada para dormir. Tampoco era normal cubrir la puerta con un protector antisabotaje.

Pero era necesario, si Ben decidiera llevar a cabo su plan. Y estaba empezando a darse cuenta de que probablemente no tenía otra opción. Tan malo como era que los dos hijos del Maestro Horn habían perdido la cabeza, que Ben Skywalker regresara solo a Coruscant, delirante y paranoico, sería una catástrofe para la Orden Jedi, que solo se equiparaba con la muerte de Luke Skywalker. Y podría empeorar fácilmente. En el estado demente de Ben, podría no informar lo que él y su padre habían encontrado en Las Fauces… o tal vez no lo creerían.

Rhondi pareció tomar el silencio de Ben como una declaración de sus intenciones.

—No hagas esto —suplicó—. Si Rolund muere de hambre allí, se perderá hasta que su presencia se disperse en la Fuerza. Al menos tráelo aquí, donde podrá ver la cámara de meditación y encontrar el camino de regreso más allá de las sombras.

Ben frunció el ceño y preguntó:

—¿No te expliqué esto antes?

A pesar del tono cínico, la pregunta de Ben era sincera. Había estado muy estresado últimamente, intentando pensar en todo lo posible para que su padre volviera a su cuerpo, y parecía posible que se hubiera olvidado de ejecutar esta parte crítica de su plan.

En lugar de responder, Rhondi comenzó a llorar. Ben decidió que necesitaba formular su pregunta un poco más suavemente. Extendió la mano en la Fuerza y giró la cabeza hacia él.

—¿Te expliqué esto? —preguntó.

Rhondi asintió y comenzó a llorar más fuerte. Sus lágrimas lo hicieron sentirse un poco vacío y culpable, por lo que le estaba haciendo a ella y a su hermano… pero ella era una de las personas que intentaban matarlo.

—¿Y recuerdas lo que dije? —exigió Ben. No tenía sentido arriesgar cualquier falta de comunicación—. Dime.

—Dijiste que si mueres más allá de las sombras, Rolund muere en esa cabina —gruñó Rhondi.

—Así es —dijo Ben, dándose cuenta de que finalmente había tomado su decisión. Rhondi estaba tratando de engañarlo, para eliminar la amenaza hacia su hermano para que pudiera matar a Ben—. ¿Y voy a morir mientras estamos más allá de las sombras?

Rhondi sacudió la cabeza.

—No si puedo evitarlo.

—Bien —dijo Ben. Se subió a una camilla repulsora adyacente a la de su padre y rápidamente ató sus piernas—. Entonces no tenemos nada de qué preocuparnos.

Ben inició el goteo de sus bolsas intravenosas, luego se acostó en la camilla y usó la Fuerza para asegurar las correas sobre su pecho.

—Rolund tiene suficiente comida y agua para un mes —dijo Ben, tranquilizándose tanto como Rhondi—. Estará bien.

Rhondi parecía menos convencida, pero simplemente miró hacia otro lado y no se molestó en discutir.

—¿Estás listo?

Ben asintió.

—Más que listo —dijo—. ¿Qué debo hacer?

—Solo gira hacia la luz —le dijo Rhondi—. Escucha mi voz y respira. Iremos juntos.

Ben se volvió hacia la luz púrpura.

—No hay vida —comenzó Rhondi.

Más que familiarizado con las técnicas de meditación de la Fuerza, Ben inhaló mientras hablaba, luego, durante la pausa silenciosa que siguió, exhaló hacia la luz púrpura que se retorcía más allá de la ventana.

—Solo existe la Fuerza.

Ben exhaló de nuevo y sintió que se desplazaba hacia la luz.

—Imagina el número uno en tu mente —dijo Rhondi—. Ese es el primer nivel de ascensión. No hay vida… —Una vez más, Ben exhaló hacia la luz—. Solo existe la Fuerza. —Ben exhaló de nuevo.

—Ahora visualiza el número dos —dijo Rhondi—. No existe el tiempo…

Ben exhaló una vez más.

Unos minutos más tarde, o podrían haber sido unas pocas horas, llegaron al número 7, y Ben sintió que se soltaba. Tenía miles de preguntas sobre lo que le estaba sucediendo, sobre cuánto tiempo habían estado fuera y qué sería de su cuerpo abandonado. Pero cuando Rhondi apareció junto a él, luciendo más fresca y hermosa que nunca, solo tenía una pregunta en mente.

—¿Cómo encontramos a mi padre?

Rhondi extendió su mano.

—Toma mi mano —dijo—. Piensa en tu padre y camina conmigo hacia la luz.

Ben hizo lo que le indicó, y juntos entraron en el resplandor púrpura y crepitante más allá de la bahía. De inmediato, se llenó de una felicidad eterna e ilimitada más allá de todo lo que había experimentado. Se convirtió en uno con la Fuerza, se fundió con ella y se llenó de una alegría tranquila tan vasta como la galaxia misma. Cuánto tiempo

pasarían él y Rhondi juntos, Ben nunca lo sabría. Fue menos que un parpadeo, tan largo como la eternidad.

Entonces una voz dijo, Ven.

Y de repente Ben estaba mirando un lago estrecho de montaña con una superficie tan quieta como el cristal negro. Desde una orilla se alzaba una cara de granito puro, que se inclinaba hacia una cumbre abovedada iluminada por la luz azulina de un sol azul. A lo largo de la otra orilla yacía un prado cubierto de rocas, lleno de montículos recubiertos de musgo y riachuelos de agua purulenta. Justo delante, su padre estaba junto a Ryontarr y el givin, mirando hacia una figura femenina medio oculta, que flotaba en las nieblas plateadas que no dejaban ver el extremo más alejado del lago.

Ben soltó la mano de Rhondi y comenzó a avanzar, ya no consumido por la misma sensación de urgencia que lo había estado molestando en la estación. Es cierto que su padre se había debilitado peligrosamente en las últimas semanas. Y es cierto, su propia vida también estaba en peligro, ya que los Caminantes Mentales estaban tratando de matarlo. Pero Ben había dejado atrás esas preocupaciones mundanas con su cuerpo. Había nadado en el infinito incomprensible del universo, borracho de la alegría pura de la existencia eterna, y ahora lo entendía.

La vida y la muerte eran lo mismo, porque los momentos no se desvanecían, no se podían consumir como el aire, el agua o la nutripasta. Existían una vez y para siempre, extendiéndose por toda la continuidad del ser, de la misma manera que los átomos se dispersaban por la inmensidad del universo. Así como los átomos se reunían en grupos energéticos, que los seres vivos percibían como materia, los momentos se reunían en paquetes de minutos y horas, que las criaturas mortales percibían como el paso del tiempo.

Pero esos paquetes no eran más la esencia del tiempo, que la luz del sol era la esencia de una estrella, o el calor la esencia del fuego. Eran simplemente las percepciones a través de las cuales las mentes de los seres finitos experimentaban el infinito, las sensaciones a través de las cuales sus cuerpos detectaban la existencia de ellos mismos y de todo lo que los rodeaba.

Ben llegó al lago y se detuvo al lado de su padre, frente a Ryontarr y el givin. La forma femenina no estaba a más de cincuenta pasos de distancia, lo suficientemente cerca para que Ben viera que no era del todo humana, con una cascada de cabello color azafrán, que parecían colgar hasta el agua, y un par de pequeños ojos brillantes colocados dentro de cuencas, de una profundidad tal que parecían pozos.

Como su padre no pareció notarlo de inmediato, Ben dijo:

—Vaya, papá… eso sí que fue un viaje.

Luke resopló divertido, luego se volvió hacia Ben con una sonrisa irónica.

—Se suponía que no debías descubrir esto.

Ben asintió y de repente sintió que había tomado la decisión equivocada. Si el tiempo y la vida eran ilusiones, ¿qué importaba si se volvía loco? ¿Qué importaba si su padre

moría y Ben nunca informara a los Maestros? Ambos cosas ya habían sucedido, o nunca lo harían. Al final, todo lo que hizo fue desobedecer una orden.

Ben bajó la mirada.

—Perdón por esto —dijo—. No habría sido una buena idea para mí regresar a Coruscant, no con las cosas como están, gracias a Daala.

Luke frunció el ceño.

—¿Porque?

—Piensa en dónde estamos, papá —dijo Ben, obligándose a encontrarse con la mirada de su padre—. O al menos dónde están nuestros cuerpos, y qué tienen en común todos los que han desaparecido.

Luke asintió con la cabeza.

—El refugio. —Ladeó la cabeza y estudió a Ben por un momento—. ¿Dónde tú…?

—Creo que sí. —Ben miró a Rhondi y luego bajó la voz—. Papá, nadie realmente me atacó. Pero tengo el presentimiento, realmente fuerte, de que están tratando de matarnos.

Luke le dio una sonrisa.

—Ben, eso no sería una locura, si fuera cierto. —Ladeó la cabeza hacia sus dos acompañantes—. Estos dos me han estado llevando a una trampa tras otra desde que salimos de la estación.

Ben sintió que sus ojos se abrían, luego frunció el ceño hacia Ryontarr y el givin.

—¿Y todavía estás aquí? ¿Por qué?

Luke se encogió de hombros y luego volvió a mirar a la mujer en la niebla.

—Todavía tengo algunas preguntas.

—Tus preguntas pueden esperar. —No fue Ben quien dijo esto, sino Rhondi. Extendió la mano por detrás de Ben y lo tomó del brazo—. Busca a tu padre. Cumplí mi parte del trato; ahora tenemos que irnos.

—¿Fue una negociación? —Ryontarr se asomó para mirar más allá de los Skywalkers, mientras el givin se deslizaba detrás de Rhondi—. ¿Por qué harías eso?

La clara hostilidad en la voz del gotal le recordó la urgencia que Ben había sentido en la estación.

—Así es, papá. —Tomó el brazo de su padre y comenzó a tirar—. Estás muy cerca de morir. Tenemos que irnos.

Luke suavemente liberó su brazo.

—En un minuto, Ben. —Se volvió hacia Ryontarr y luego agregó—. Hace tiempo que sé que estás tratando de detenerme. Pero no he podido entender el por qué.

—¿Y esperas que te lo diga? —preguntó el gotal—. Porque los dos fuimos Jedi… ¿alguna vez?

—Eso sería lo cortés —confirmó Luke—. Pero la razón por la que me lo vas a decir, es porque me iré si no lo haces.

Ryontarr le lanzó a Rhondi una mirada fulminante, luego asintió y de mala gana apuntó con el dedo a la mujer en la niebla.

—Porque ella lo desea.

Luke se volvió hacia el lago.

—¿La dama en la niebla?

Cuando su padre preguntó esto, Ben miró hacia la mujer e instantáneamente sintió una sensación de peligro. La suya era la misma presencia necesitada que había sentido en el camino hacia Las Fauces… y el toque del que se había retirado cuando tenía dos años.

Ben tomó de nuevo el brazo de su padre.

—Papá, realmente creo que es hora de irnos. Estoy bastante seguro de que ella es la que me estaba buscando cuando estaba en el refugio.

—Eso no me sorprendería —dijo Luke, no permitiendo que Ben lo alejara. Se giró hacia Ryontarr—. Nos iremos tan pronto sepamos lo que quiere de nosotros.

—No tengo idea —dijo Ryontarr, extendiendo sus manos—. Tal vez deberías ir y preguntarle.

Rhondi dijo:

—Ben, esto no es bueno… —pero dejó que su frase se desvaneciera cuando el givin se acercó a ella. Ben trató nuevamente de alejar a su padre del lago, pero Luke parecía casi arraigado a la Fuerza.

—Necesito resolver esto. Esta señora… creo que sabe lo que corrompió a Jacen, tal vez incluso lo que ha estado volviendo locos a nuestros Caballeros Jedi. —Luke entró en las aguas poco profundas cerca de la orilla—. No tardaré, Ben. Regresa.

—No voy a ir a ninguna parte sin ti. —Ben volvió a mirar a Rhondi y luego agregó—. Y no irás a ningún lado sin mí, y serás una mejor guía que Ryontarr.

Rhondi sacudió la cabeza con consternación, pero dio un paso adelante y agarró su muñeca.

—Toma el brazo de tu padre.

Ben la siguió al agua e hizo lo que ella le indicó. Cuando su padre no se opuso, ella comenzó a guiarlos hacia adelante, pegándose cerca del prado. Para sorpresa e inquietud de Ben, las rocas y los montículos a lo largo de la costa, arrojaron reflejos no de ellos mismos, sino de los wookiees, los barabels, los humanos, los chadra-fan y algunas especies que Ben ni siquiera reconoció. Estos reflejos, sin embargo, no parecían estar directamente en la superficie. En cambio, aparecieron a una docena de centímetros debajo, justo donde el agua se oscurecía demasiado para ver más profundo.

—Este es el Lago de las Apariciones —dijo Ryontarr, siguiendo a Ben—. Quizás veas por qué.

—Sí —dijo Ben. En realidad, habría estado tan feliz de no saber el nombre, pero estaba bastante seguro de que el gotal se dio cuenta de eso—. Gracias por la pista.

—Es un placer —dijo Ryontarr—. Y lo que está al final, lo llamamos el Espejo del Recuerdo.

—Nombres pegadizos —dijo Ben—. Tomaré nota de ellos para la guía.

Mientras avanzaban, no emitieron ningún sonido de chapoteo, ni siquiera perturbaron la superficie del lago. ¿Y por qué deberían haberlo hecho? Estaban allí solo en espíritu y

no en cuerpo, y las presencias de la Fuerza normalmente no impactaban el mundo físico… suponiendo que este fuera un mundo físico.

Seguro que parecía uno. El agua no llegaba más que allá de la pantorrilla, pero estaba oscura y no podían ver sus pies. Después de solo unos pocos pasos, pisó una piedra sumergida y tropezó, Rhondi rápidamente ordenó:

—Pasa solo por donde yo paso. El lago es generalmente poco profundo, pero hay lugares donde es profundo.

—Hacia las profundidades de la eternidad —dijo el givin al final de la fila—. Si te hundes en eso, ni siquiera nosotros podremos sacarte.

—Excelente. —Ben empujó suavemente a su padre hacia adelante, directamente detrás de Rhondi, luego se colocó en línea y extendió la mano para continuar sosteniendo el brazo de su padre—. ¿Oyes eso, papá?

—Lo tengo, hijo. —Luke sonaba más divertido que preocupado—. Gracias por notarlo.

—No hay problema —respondió Ben—. A tu edad, la audición comienza a desaparecer.

Mientras Ben hablaba, miró hacia abajo para asegurarse de que estaba siguiendo exactamente los pasos de su padre; luego jadeó en voz alta ante la cara que vio al mirarlo. Solo había visto esa cara cuando era demasiado joven para recordarla, pero había visto muchos holos, y no había duda de esos ojos azul hielo y ese cabello despeinado y marrón arena.

Anakin Solo.

Al sonido del jadeo de Ben, su padre se detuvo y se giró para mirar, luego también jadeó.

—¿Anakin?

La imagen de Anakin flotó, como si emergiera del reflejo de una roca de la ribera. Sus labios estaban rompiendo la superficie del lago, y sus ojos azul hielo giraron en dirección a Luke.

—Tío… ¿Luke? —La voz de Anakin era gorgoteante e incierta, como la de un mon calamari—. ¿Eres realmente tú?

Luke asintió, y su aura de la Fuerza se volvió fría y pesada con la culpa que todavía sentía, una década y media después, por enviar a Anakin a la misión que había acabado con su vida.

—Sí, Anakin. Es…

La voz de Luke se quebró, parecía demasiado sorprendido para continuar. Ben podía entender por qué, ni siquiera conoció a Anakin, se sintió aturdido, confundido, feliz, triste… y suspicaz. Todo lo que los Caminantes Mentales hicieron fue con el propósito de mantenerlo a él y a su padre más allá de las sombras hasta que murieran. Parecía completamente imposible que en realidad estuvieran hablando con Anakin Solo, casi tan imposible como dejar sus cuerpos para viajar a través de Las Fauces como presencias de la Fuerza pura.

Decidiendo que pasará lo que pasará, sería mejor comprarle a su padre algo de tiempo para recuperarse, Ben dijo:

—Hola, Anakin. Es un honor conocerte.

La mirada de Anakin se dirigió a Ben.

—¿Ben? —preguntó—. ¿Ha pasado tanto tiempo?

Ben asintió.

—Me temo que sí. Tengo la misma edad que tú… —Hizo una pausa, preguntándose si era prudente recordarle a una aparición su muerte, luego decidió que sería un insulto ser algo menos que honesto—. Cuando moriste.

Para alivio de Ben, Anakin no parecía en absoluto sorprendido. Simplemente sonrió y luego dijo:

—Intenta no seguir mi ejemplo, ¿de acuerdo?

Ben se rió a pesar de sí mismo y luego dijo:

—Estoy haciendo lo mejor que puedo.

—Bien. —La expresión de Anakin se puso seria—. Ten mucho más cuidado que yo, Ben. Aprende de mis errores.

—De tus errores no, quiero decir, sino por tu ejemplo. —Ben miró y, al ver que su padre parecía haber recuperado la compostura, agregó—. Eres una leyenda, Anakin. Tu sacrificio salvó a los Jedi. No ha habido otro Caballero Jedi tan fuerte como tú desde entonces.

Anakin frunció el ceño y luego volvió a mirar a Luke.

—Debes ser suave con ellos.

Luke sonrió, pero sacudió la cabeza.

—Para nada. Ben tiene razón. —Se puso en cuclillas para poder estar más cerca de la cara de Anakin—. Tengo muchas esperanzas en Ben, pero no ha habido un Caballero Jedi como tú. Perderte fue una pérdida tan grande para la Orden como lo fue para tu familia.

Los ojos de Anakin se preocuparon.

—No debe ser así. La Orden no puede esperar a que un gran Caballero Jedi la dirija. Eso es lo que todos pensaban que era, y cuando morí, demasiados murieron conmigo. —Se giró hacia Ben—. No cometas el error que cometí, no dejes que nadie te empuje a eso. Cada Caballero Jedi tiene que ser su propia luz, porque la luz no debería apagarse cuando un Jedi muere.

Ben asintió.

—Está bien, Anakin —dijo—. Creo que realmente lo entiendo.

—Porque las palabras sabias siempre son fáciles de entender —dijo Luke—. Tomaré en serio tus consejos, Anakin. Pero quiero que sepas que lo que hiciste en Baanu Raas salvó a toda la Orden. Gracias por eso.

—No estuve solo. —Los ojos de Anakin se cerraron. Por un momento pareció que iba a hundirse de nuevo bajo el agua, luego preguntó—. ¿Qué pasa con Tahiri? ¿Está bien?

Los labios de Luke se apretaron, y Ben supo que su padre tenía miedo de responder, si comenzaba a hablar, toda la terrible verdad saldría a la luz, lo que Jacen le había hecho,

en lo que Jacen se había convertido, lo que Jaina se había visto obligada a hacer para detenerlo.

—Lo estará, Anakin —dijo Ben—. Te lo prometo.

Si Anakin había sentido algo en la vacilación de Luke, no lo demostró. Simplemente asintió.

—Bien. Dile que todavía la amo. —Echó la cabeza hacia atrás y dijo—. Ahora váyanse. No tienen mucho tiempo.

La cara de Anakin se hundió tan rápido como había salido a la superficie, dejando a Ben y a su padre parados allí en el agua fría, preguntándose qué habían visto, si había sido real o un fantasma… como si la diferencia importara.

Finalmente, Ben preguntó:

—¿Eso fue… fue un fantasma de la Fuerza?

Luke pensó por un momento, luego simplemente se encogió de hombros.

—No tengo idea, Ben. —Se volvió hacia la mujer en la niebla y le indicó a Rhondi que continuara—. Pero fuera lo que fuese, era él.

Rhondi comenzó a avanzar nuevamente y, a pesar de la advertencia de Anakin, Ben sabía que no debía tratar de convencer a su padre de que volviera. Quienquiera que fuera esa mujer en la niebla, era parte de lo que amenazaba su Orden, la Orden por la que Anakin había muerto para protegerla, y Luke Skywalker no iba a regresar hasta que le dijera lo que sabía.

Continuaron caminando más de lo que Ben había pensado que era la distancia a la mujer, al menos otros cien pasos. Entonces su padre se tambaleó hacia adelante, su pierna delantera repentinamente cayó hasta el muslo en el agua oscura.

—¡Papá! —Ben lo agarró por el brazo y casi lo arrastró, luego atrapó a ambos en la Fuerza levantándose de nuevo hacia el camino, que Rhondi había elegido para ellos—. ¿Estás bien?

En lugar de responder, su padre simplemente miró al agua. Por un terrible instante, Ben temió no haber sido lo suficientemente rápido, que alguna parte de la esencia de su padre ya se había desvanecido en las Profundidades de la Eternidad.

Entonces Ben vio lo que su padre estaba mirando.

Cuando Ben vio la cara de Anakin debajo de la superficie, se sintió asombrado, confundido, incluso asustado. Esta vez, solo dolió.

—¿Mamá? —jadeó.

Los ojos verdes de su madre se abrieron de golpe. Flotó hacia la superficie, no parecía feliz ni confundida, sino preocupada. Asustada. Quizás incluso enojada.

Su mirada pasó de Ben a Luke y viceversa.

—Ustedes dos no deberían estar aquí —dijo—. ¿Qué pasa con ustedes?

Ben no pudo responder. Tenía un nudo en la garganta del tamaño de su puño, y las palabras simplemente no salían. Pero para su sorpresa, su padre simplemente sonrió y volvió a ponerse en cuclillas.

—Hola, Mara —dijo—. Es bueno verte.

Su expresión se suavizó.

—A ti también, Skywalker —dijo—. Pero lo digo en serio. No puedes estar…

—Estamos bien —le aseguró Luke.

—No si están aquí, no lo están. —Su boca se apretó con una repentina ola de horror—. No están…

—Estamos vivos, Mara, en una misión. —Luke miró alrededor del lago y luego agregó—. Uno de las más extrañas que he tenido, pero todavía estamos trabajando. ¿Puedes decirme qué es este lugar exactamente?

—Te lo dije —le gruñó el givin detrás de Ben—. El Lago de las Apariciones.

—No es lo que quiso decir, cabeza hueca —dijo Ben, su irritación lo sacudió de su sorpresa—. Hola, mamá. Uh… mucho tiempo, sin verte.

La visión finalmente recuperó la radiante sonrisa que Ben había estado ansiando ver de nuevo por casi tres años.

—¡Ben! Has crecido… y más que solo en altura.

Ben asintió y se puso en cuclillas junto a su padre.

—De muchas maneras.

Ansiaba inclinarse y besar la mejilla acuosa de su madre, o al menos extender la mano y tocarla. Pero ella era solo un reflejo, y no se atrevió a arriesgarse, temiendo que pudiera destrozar el momento o hundirla de nuevo bajo la superficie.

En cambio, preguntó:

—Mamá, ¿qué nos puedes decir sobre este lugar? Es bastante extraño.

—Estás hablando con una mujer muerta, Ben. Por supuesto que es raro. —Ella apartó la mirada por un momento, pensando, luego sacudió la cabeza—. No sé qué puedo decirte. Me imagino que es diferente para todos.

—¿Y para ti? —preguntó Luke.

—Para mí, es un lugar de reflexión —dijo—. Para considerar lo que he hecho.

Las cejas de Luke se alzaron, alarmadas, pero también con dolor.

—Mara, ¿estás sufriendo?

—He hecho algunas cosas que me causan angustia, sí —dijo.

Luke sacudió la cabeza.

—Pero no lo sabías —dijo—. Palpatine te engañó.

Mara le dio a Luke una sonrisa triste y parecía que le hubiera gustado tocarlo tanto como a Ben le hubiera gustado tocarla.

—Hice las paces con Palpatine hace mucho tiempo. Lo sabes. —Se volvió hacia Ben—. Pero no le serví toda mi vida, y esa ha sido mi bendición y mi maldición.

Ben frunció el ceño.

—Mamá, no entiendo.

—Jacen —dijo simplemente—. No fui tras él como Jedi, Ben. Lo seguí como cazador… un asesino.

Ben sintió que lo habían apuñalado en el corazón.

—¡Pero él era un Lord Sith!

—No cuando fui tras él —dijo—. Y sabes que no fue por eso que lo hice.

Ben se dejó caer sobre sus piernas. Si su padre no lo hubiera agarrado del brazo, se habría caído al agua. Porque lo sabía. Su madre había ido tras Jacen por lo que Jacen estaba haciendo, porque Ben estaba demasiado avergonzado para compartir la verdad con su padre, y le había pedido a su madre que mantuviera su secreto.

—Mamá, lo siento mucho —dijo—. Es todo…

—No lo es, Ben, y no te estoy diciendo esto porque necesito tu dolor. —Le sonrió—. Estoy un poco más allá de eso ahora, ¿no te parece?

Ben se obligó a devolverle la sonrisa.

—Sí, supongo.

—Quiero que aprendas de lo que hice, Ben. No es el resultado lo que cuenta, sino la acción. —Sus ojos se tornaron duros y enojados, luego dijo—. Los objetivos de Jacen eran nobles; él actuó por el bien de la galaxia. Pero sus actos fueron horribles, y nada puede cambiar eso. Incluso si trajo paz a la galaxia, la mancha permanece, y lo oscurecerá por la eternidad. ¿Entiendes eso?

El nudo había vuelto a la garganta de Ben, ahora tan grande y duro que apenas pudo pronunciar un simple.

—Sí.

—No se trata del legado que dejas, se trata de la vida que vives —continuó—. Recuerda eso, vive por eso.

—Lo recordaré, mamá. Lo prometo.

—Bien. —La mano de su madre se levantó y tocó la superficie del agua, un prisionero que intentaba atravesar la pared de una celda de transpariacero—. Eso es lo que necesito de ti, Ben. Si haces eso, estaré en paz. Esa es mi promesa.

Ella comenzó a hundirse.

—Ahora vete.

—Mara —dijo Luke—. Espera.

—No tienes tiempo. —Dejándose de hundir, y solo sus labios permanecieron en la superficie—. Olvídala.

Luke miró a la mujer en la niebla, pero dijo:

—Eso no es lo que quería…

—Luke, lo sé —dijo Mara—. Pero ella es una de las más viejas. Déjala en paz… confía en mí.

Luke sacudió la cabeza.

—No puedo —dijo—. Aún no.

—Entonces no hay nada que pueda hacer —dijo—. Te amo, Luke. Pero si tienes que hacer esto, que la Fuerza te acompañe.

Con eso, cerró los ojos y se hundió debajo de la superficie.

Luke permaneció agachado sobre su reflejo, con los ojos cerrados y la barbilla caída, durante una hora. O tal vez solo fueron unos segundos, Ben no tenía idea. Lo importante era que ni Ryontarr ni el givin estaban dispuestos a interrumpir, y Ben no se atrevió.

Rhondi no fue tan paciente. Después de un tiempo, puso a Luke de pie y luego se volvió hacia el extremo cercano del lago.

—No. —Luke se liberó y se volvió hacia la niebla—. Necesito seguir adelante.

Antes de que Ben pudiera objetar, Rhondi estaba sacudiendo su propia cabeza.

—Sé quién era Mara Jade y quién era para ti. Si no quiere que entres en las Nieblas del Olvido, entonces es hora de volver.

Luke levantó la ceja ante el nombre que le había dado a las brumas, pero no se apartó.

—Probablemente tengas razón. —Sin volverse para mirar a Ben, dijo—: Hijo, regresa. Si no me uno contigo, bueno, pronto, toma la *Sombra* y…

—¡Papá, la Niebla del Olvido! —Ben lo interrumpió—. ¿Qué parte de ese grito no entendiste?, mamá tiene razón ¿Sacar las flamas de aquí?

El aura de la Fuerza de su padre ni siquiera rompió una onda de diversión.

—Ben, esto no es un debate.

—Estás kriffing bien, no lo es —dijo Ben—. Si estás lo suficientemente loco como para seguir adelante, estás demasiado loco para darme órdenes. Y aún no estoy lo suficientemente loco como para seguirlas. Voy contigo.

Su padre bajó la cabeza, sopesando las palabras de Ben o reuniendo su resolución, y luego dijo:

—Bien. Vamos.

Rhondi le lanzó a Ben una mirada furiosa, luego tomó a Luke del brazo y comenzó a dirigir el camino hacia las brumas nuevamente. Mientras caminaban, la galería de reflejos continuó asomándose desde debajo del agua, y Ben comenzó a pensar en el cuerpo debilitado de su padre en la *Sombra*, preguntándose cuánto tiempo les quedaba realmente, si es que les quedaba algo.

—¿Papá?

—No voy a regresar.

—Lo sé —dijo Ben—. Pero no más paradas, ¿de acuerdo? A tu edad, probablemente conozcas a muchas personas muertas. Si nos detenemos para hablar con todos ellos, estaremos allá bajo con ellos.

Luke se rio entre dientes.

—Está bien, Ben. No todos ellos.

Habían viajado quizás otros doscientos pasos, cuando Ben levantó la vista y se dio cuenta de que las brumas parecían tan lejanas como siempre. Medio convencido de que en realidad no se estaban moviendo, apartó los ojos de los talones de su padre, el tiempo suficiente para mirar por encima del hombro y luego se estrelló de cabeza contra la espalda de su padre.

—¡Stang! Lo siento, papá —dijo Ben—. Pero no creo que alguna vez lleguemos allí. Esas brumas solo están tirando…

Ben dejó que su frase se desvaneciera cuando se volvió hacia adelante y vio que su padre estaba mirando hacia el agua nuevamente. Kriff, murmuró. No quería ver a nadie más; después de la advertencia de su madre, detenerse para hablar con alguien más se

sentiría como una traición. Lo que realmente necesitaba hacer era que su padre volviera a moverse, para que pudieran darse la vuelta y regresar, como ella les había dicho que hicieran.

Preparándose para ser grosero, o al menos rápido, Ben se deslizó hacia adelante… y sintió que sus venas se enfriaban. Asomándose desde el lago había una cara demacrada y familiar con cabello castaño, una nariz delgada y solitaria, y los ojos amarillos de un Lord Sith.

Recordando que ni su madre ni Anakin habían respondido hasta que sus nombres fueron pronunciados en voz alta, contuvo el impulso de pronunciar el nombre de su antiguo Maestro. Lo último que Ben quería era hablar con Darth Caedus ahora mismo. Hubo un momento en que podría haber querido hablar con Jacen, pero incluso ese impulso le había sido purgado en la Grieta Kathol, bajo la tutela de su instructor de aing-tii, Tador'Ro.

Sin embargo, no es era con el padre de Ben. Luke se puso en cuclillas y luego dijo deliberadamente:

—Jacen.

Inmediatamente, los ojos amarillos se oscurecieron a marrón, y el reflejo se volvió un poco menos demacrado y obsesionado, a medida que se elevaba a través del agua. Cuando llegó a la superficie, los ojos, tan tristes como antes tan duros, miraron de Luke a Ben.

—No te pediré perdón —dijo Jacen.

—Bien. —La voz de Luke no era cruel, simplemente firme—. Porque no creo que pueda dártelo.

Una media sonrisa apareció en los labios de Jacen.

—Honesto hasta el final, tío Luke. Esa es una de las cosas que siempre aprecié de ti. —Su mirada volvió a Ben—. Quiero que sepas, que toda la ira y el odio, no lo traje conmigo. Dile a Jaina que la perdono.

El temperamento de Ben explotó de inmediato.

—¿La perdonas? —Escupió—. ¿Tienes alguna idea de por lo que la hiciste pasar? Egoísta, presumido…

—¡Ben! —Luke ladró—. Esa no es la razón por la que te dejé venir. Recuerda lo que le acabas de prometer a tu madre.

La reprimenda fue más un empujón que una bofetada, un recordatorio gentil y deliberado que no dejó ninguna duda en la mente de Ben, de que su padre había estado esperando esta reunión, desde el momento en que se encontraron con la aparición de Anakin Solo. Esta era la razón por la que su padre había insistido en que siguieran. Ben simplemente no pensó que fuera una buena idea. Lo que Jacen o Caedus les dijera, seguramente sería una mentira o, en el mejor de los casos, una verdad a medias. Pero Ben guardó silencio. No dudaba de que su padre tuviera un plan, y si Ben permitía su propia indignación y disgusto para expulsar a Jacen prematuramente, simplemente estaría interfiriendo con él.

Entonces asintió y dijo:

—Tienes razón, papá. —Se giró hacia Jacen—. Espero que me perdones.

La sonrisa burlona que llegó a la boca de Jacen no dejó dudas sobre lo probable que era.

—¿No crees que ya hemos pasado por ese tipo de tonterías, Ben? Hice lo que hice, y tienes todo el derecho de sentirte como lo haces. Todo lo que pido es que me muestres la cortesía de ser honesto al respecto.

El pecho de Ben se apretó.

—Bien —dijo—. Honestamente, creo que eres el mismo kriffing sleemo que eras cuando estabas vivo, y me alegro de que estés muerto.

Jacen mostró una de esas sonrisas torcidas de los Solo.

—Mejor —dijo—. Espero que recuerdes qué hacer con esa ira.

—Ben ha desarrollado algunas técnicas alternativas para eso —dijo Luke de manera plana—. Pero ya que todos somos honestos aquí, ¿responderías una pregunta por mí?

Jacen mantuvo su mirada fija en Ben.

—¿Por qué no? —preguntó—. Has recorrido un largo camino para preguntarlo.

Más lejos de lo que piensas, pensó Ben.

Luke simplemente sonrió en agradecimiento.

—Soy consciente de eso.

Ben pensó que su padre iba a preguntar por la mujer en la niebla, o su relación con la enfermedad mental que afecta a los Caballeros Jedi de la Orden. Pensó que su padre podría preguntarle si de alguna manera, ella había sido responsable de corromper a Jacen, o incluso si Darth Caedus tenía algo que ver con los problemas que actualmente preocupaban a la Orden.

En cambio, Luke preguntó:

—Cuando visitaste el Estanque del Conocimiento, ¿a quién viste sentada en el Trono del Equilibrio?

El destello amarillo que coloreó brevemente los ojos de Jacen traicionó su sorpresa. Pero su expresión permaneció tranquila, volviéndose casi beatífica. Ben se dio cuenta de que era una pregunta que Jacen quería responder, una que nunca había esperado que le hicieran.

Sin embargo, en lugar de responder, Jacen arqueó una ceja.

—Primero, ¿te importaría decirme a quién viste?

—En absoluto —respondió Luke—. A Allana, rodeada por un séquito de especies de toda la galaxia. Parecía bastante feliz.

Una sonrisa de alivio, o tal vez triunfante, apareció en la cara de Jacen.

—Entonces no importa a quién haya visto —dijo—. Pero no eras tú… si, por casualidad, eso es lo que estabas pensando.

Su conversación, por supuesto, se perdió por completo en Ben. No tenía idea de qué era el Trono del Equilibrio, así como tampoco del Estanque del Conocimiento. Y para

decir la verdad, todo sonaba como el tipo de cosas alucinantes, que podrían llevar a un chico por un camino oscuro antes de darse cuenta de que había entrado en las sombras.

Pero el alivio en el aura de la Fuerza de su padre, si lo entendió Ben, y también entendió la gratitud. Y estaba agradecido con Jacen por esas dos cosas, aunque por nada más.

Luke le dirigió a Jacen una sonrisa irónica, luego inclinó la cabeza y dijo:

—No fue así, pero gracias.

Si Ben no hubiera estado tan en sintonía con el aura de la Fuerza de Luke, no se habría dado cuenta de que su padre acababa de hacer algo que creía que su padre nunca había hecho. Luke Skywalker había mentido.

Jacen le devolvió la sonrisa irónica de Luke.

—No lo creo.

Cerró los ojos y comenzó a hundirse bajo la superficie, y, de repente, Ben se dio cuenta de que no podía dejar que su primo se fuera así, no si quería cumplir la promesa que le había hecho a su madre.

—Jacen, espera —dijo.

Jacen abrió los ojos y dejó de hundirse.

—Yo, uh, solo quería que supieras —dijo Ben—. Jacen, te perdono.

Jacen volvió a la superficie para poder hablar.

—Eso es bueno, Ben. Es una carga que no tendrás que cargar en la vida. Ve con la Fuerza.

—Gracias. —Ben estaba tan sorprendido por la sinceridad en la voz de Jacen que casi no supo qué decir—. Tú también, supongo.

Jacen resopló divertido.

—Ben, ya estoy con la Fuerza. —Hizo una pausa, como si esperara que Ben dijera algo más, y finalmente preguntó—. ¿No hay alguna pregunta que quisieras hacerme?

—Bueno sí. —Ben miró nerviosamente a la mujer en la niebla. Si bien no estaba seguro de que su padre creyera algo de lo que Jacen les dijo sobre la misteriosa figura, la pregunta parecía valer la pena—. Pero no quería que pareciera que estaba tratando de comprar una respuesta.

Jacen sacudió la cabeza.

—Ben, ¿no te acabo de decir que seas sincero conmigo? —Se volvió hacia las Nieblas del Olvido—. Desearía poder ayudarte, pero no tengo idea de quién es.

El corazón de Ben se hundió. Casi sospechaba que Jacen le estaba mintiendo, pero no veía la utilidad de entretenerse en esos sentimientos tan amargos. O había perdonado a Jacen o no lo había hecho, y sería mejor para él que si lo hubiera hecho. Al menos pensó que eso era lo que su madre le había estado diciendo.

—No hay problema, Jacen —dijo Ben—. Que tengas paz… lo que sea.

—Maldita sea —le dijo Jacen. Se giró hacia las Nieblas del Olvido y luego agregó—. Pero Ben, si realmente necesitas saber quién es ella, el lago no se extiende por siempre. Solo sigue caminando, tienes todo el tiempo del universo.

Ben frunció el ceño, seguro ahora de que Jacen estaba jugando con él.

—Gracias, Jacen. —Miró hacia su obstinado padre—. Eso iba a ser de gran ayuda.

Jacen le dio una sonrisa cruel.

—Solo elige y actúa, Ben. —Se hundió nuevamente bajo el agua, sus ojos se volvieron de un blanco brillante y ardiente—. Elige y actúa.

—Buen consejo —dijo Ben. Observó hasta que su primo se había hundido nuevamente bajo el agua y volvió a cerrar los ojos, luego se volvió hacia su padre—. Papá, acabo de tomar una decisión. Si Jacen nos dijo que tenemos todo el tiempo del universo…

—Estamos en problemas, lo sé. —Luke se apartó de las brumas, luego les indicó con la mano a Rhondi y a sus guías, para que se dirigieran al extremo cercano del lago—. Vamos a casa.

—¿Pero qué pasa con la dama de las brumas? —preguntó el givin, moviéndose para bloquear su camino—. No puedes irte antes de saber quién es ella…

—Sé una cosa. —Luke levantó la mano, plantó su palma en el centro del pecho del givin y usó un golpe mejorado por la Fuerza para enviarlo a volar fuera de su camino—. Es hora de volver a la *Sombra*.

Capítulo Veintitrés

SUJETA AL ASIENTO DEL COPILOTO DEL *HALCÓN MILENARIO* EN UN TRAJE espacial completo y arnés de batalla, la nieta de Han se veía exactamente como lo que era, una niña de ocho años jugando. Sus pequeñas botas apenas alcanzaban el borde del asiento, su cabeza con casco caía cinco centímetros por debajo del reposacabezas, y sus ojos grises eran tan grandes y redondos como las fichas de casino. Pero también era una niña princesa en su primera misión real, una heredera en entrenamiento para uno de los trabajos más difíciles de la galaxia, y eso fue lo que desgarró el corazón de Han.

Él y Leia lo habían discutido con Tenel Ka, y la Reina Madre había dejado en claro que cualquier Hapan Chume'da, necesitaba aprender a edad temprana y bien, los caminos de la galaxia. Pero parecía tan injusto. ¿Cómo se suponía que Allana tendría una infancia? ¿Cuándo llegaría a ser solo una niña? Pensando en los tres hijos que ya le había dado a la galaxia, los dos hijos que había perdido y la hija que aún podía perder, Han sabía que el mayor error que había cometido era dejarlos crecer demasiado rápido, dejar que sus destinos comenzaran a tirar de ellos, alejarlos cuando todavía eran demasiado jóvenes como para votar.

Y ahora aquí estaba, bajo las órdenes de Tenel Ka para hacerlo todo de nuevo. No estaba seguro de tener la fuerza para superarlo, pero sí sabía que amaba a Allana demasiado como para dar lo mejor de sí.

Un pitido sonó desde el área de ingeniería, ubicado en la parte trasera de la cubierta de vuelo, y luego C-3PO anunció:

—Artoo informa que todas las escotillas están selladas y todos los sistemas de la nave están funcionando con una eficiencia óptima.

—¿Óptima? —preguntó Han, girando para mirar a los dos droides—. ¿Nos embarcamos en el YT[8] equivocado?

La cabeza dorada de C-3PO se inclinó hacia un lado.

—Lo dudo mucho, capitán Solo. Solo hay un puñado de estas antigüedades aún en servicio, y las probabilidades de que otra ocupe accidentalmente el hangar del Halcón son…

—No me digas. Solo haz que Artoo haga una doble verificación. —Han miró a Allana y le guiñó un ojo—. Simplemente no es el Halcón, si todo está óptimo.

Artoo trinó algunas notas, luego C-3PO dijo:

—Parece que hay una explicación perfectamente buena —dijo—. Antes de poner en marcha su plan, la señorita Jaina pasó treinta y dos horas ajustando los sistemas de la nave.

Han sabía que era su forma de tratar de hacer las paces por guardar el secreto de Jag, lo que solo hacía que su estómago se revolviera mucho más fuerte.

---

[8] La serie YT fue una línea de producción bastante popular de cargueros ligeros, manufacturados por Corellian Engineering Corporation. Estas naves presentaban un casco con forma de platillo y eran populares entre los contrabandistas por su fácil personalización. Fuente: https://starwars.fandom.com/wiki/YT-series/Legends

—¿Estaba Jag con ella?

Un chirrido negativo vino de R2-D2.

—Bueno, eso es algo. Al menos no tenemos que buscar esos fantasiosos bichos de espionaje. —Han se volvió a girar y luego miró a Allana—. ¿Estás lista para la verificación?

Allana asintió con entusiasmo. Pero no dirigió su atención al datapad en su regazo.

—Abuelo, ¿por qué sigues tan enojado con Jaina? Está tratando realmente de mostrarte cuánto lo lamenta.

Han suspiró.

—Lo sé, cariño. Y supongo que no estoy realmente enojado con ella. Es más como si estuviera enojado por ella.

—¿Porque está en una situación difícil por Jag?

—Eso es… —Han hizo una pausa, dándose cuenta de que no estaba siendo honesto con Allana, porque no estaba siendo honesto consigo mismo—. Tal vez. Creo que es más porque ella todavía no sabe en qué lugar se encuentra.

—¿Y estar enojado con ella cambiará eso?

—Probablemente no —admitió Han.

Allana frunció el ceño y su casco se deslizó tanto, que el borde casi le cubrió los ojos.

—Entonces, ¿por qué lo haces, abuelo?

Han también frunció el ceño.

—Te pareces mucho a tu abuela, ¿lo sabías?

Allana sonrió.

—¿De verdad?

Han dejó caer la cabeza en derrota.

—Sí, de verdad —dijo—. Bien, si prometo dejar de enojarme con Jaina, ¿podemos despegar este cacharro? Tu abuela nos está esperando, ya sabes, y Shedu Maad está muy lejos.

—Especialmente con todos esos locos en su nave. —Allana hizo una mueca y luego agregó—. No le digas a Barv que dije eso, ¿de acuerdo?

—Tu secreto está a salvo conmigo —dijo Han.

Allana asintió.

—Lo sé. —Recogió su datapad—. Lista para marcar la lista de verificación.

—Finalmente. —Han volvió su atención al panel de control, luego comenzó a bajar en la lista, que era tan responsabilidad de él como de la propia Allana—. ¿Retropropulsores listo para activar?

—Revisados.

—¿Propulsores de iones de respaldo?

—Revisados.

—¿Computadora de navegación?

—Revisada.

Y así continuaron, hasta que agotaron la lista y Han supo que la nave estaba lista para el despegue. Pero no se detuvo allí, porque todavía había algo que Allana necesitaba aprender sobre escapadas locas, y su trabajo era enseñarle.

—¿Barabels en las torretas? —preguntó Han.

Allana estudió su datapad por un momento, luego frunció el ceño.

—Abuelo, eso no está en la lista.

—¿No lo está? —Han levantó la ceja con fingida sorpresa—. ¿Estás segura?

Allana sacudió la cabeza y miró hacia arriba, luego vio su expresión y se dio cuenta de que estaba bromeando.

—Si estoy segura.

Han sonrió.

—Pero aún los necesitamos, ¿verdad?

Allana asintió, luego pensó por un momento y extendió la mano para tocar el botón del intercomunicador en su asiento.

—Dordi, Zal, ¿están en las torretas?

Las confirmaciones llegaron tan rápido que los barabels casi transmitieron uno sobre el otro.

—Dordi en la retaguardia…

—Y Zal en la panza.

El informe terminó en un ataque histérica de siseos, que dejó a Allana frunciendo el ceño hacia el intercomunicador.

—¿Dije algo gracioso?

—No, solo son barabels —le dijo Han.

Durante la guerra contra los yuuzhan vong, Dordi y Zal habían sido pilotos adolescentes, en el escuadrón de Caballeros Jedi Salvajes de Saba Sebatyne. Ahora que finalmente habían alcanzado la edad adulta, se hablaba que habían comenzado un nido con el hijo de Saba, Tesar.

Han pensó en un Templo invadido por docenas de jóvenes voraces barabel, luego sonrió y agregó:

—Nadie realmente consigue barabels.

Los ojos de Allana se iluminaron de comprensión.

—Entonces, es como después de que salvamos Kessel, cuando tú y Lando se sentaron con todo ese gizer…

—Sí, algo así —dijo Han, no queriendo saber cuánto de esa conversación tenía en su cabeza—. ¿Qué hay de Wilyem?

Allana volvió a presionar el botón del intercomunicador.

—Wilyem, estás…

—Sssí —respondió la voz ronca del barabel—. Wilyem en la cola.

Otro ataque de siseos surgió por los altavoces del intercomunicador.

Esta vez, Allana simplemente negó con la cabeza y preguntó:

—Abuelo, ¿estás seguro de que los necesitamos?

Han fingió decepción.

—¿Qué es lo primero que haces en un trabajo?

Allana sonrió con confianza.

—¡Encontrar las balizas de rastreo!

—Eso viene después —dijo Han, sacudiendo la cabeza—. Es la primera regla de escape. —Tocó el panel de control—. Quiero decir, incluso antes de abordar la nave.

—Oh, sí —dijo Allana—. Asegúrese de tener la tripulación adecuada para el trabajo.

—¿Y qué tipo de trabajo estamos haciendo?

—Uno muy loco. —Los ojos de Allana se iluminaron con orgullo—. Y por eso querías barabels.

—Exactamente —dijo Han—. Cuando necesites alguien loco…

—… llama a un barabel —terminó Allana—. Entendido.

—Aprendes rápido, chica. —Aunque Han lo decía sinceramente, su orgullo llevaba consigo una nota de tristeza. Tendría que aprender rápido, porque todo lo que el destino le había exigido a sus propios hijos, también se lo exigiría a ella… y tal vez más. Se dio la vuelta para que Allana no lo viera ahogarse con el nudo en la garganta, luego comprobó un medidor. Para después sonreír y decir—. Está bien. Tal vez sea mejor que le hagas saber a tu abuela y a Saba que estamos listos para salir de aquí.

—De acuerdo.

Allana intento alcanzar el micrófono de su casco, pero luego bajó rápidamente la mano, incluso antes de que Han pudiera recordarle que estaban en silencio de comunicación. Cerró los ojos, buscó a Leia en la Fuerza y sonrió al sentir el toque de su abuela.

—Será mejor que nos vayamos —dijo—. La abuela se siente como que tiene prisa.

—¿Qué hay de Saba? —preguntó Han—. ¿Se sentía que estaba en posición con esos StealthXs?

—Yo… creo que sí —dijo Allana, torciendo los labios confundida—. Se siente un poco hambrienta.

—Suficientemente cerca. —Han le dijo al oficial de control de vuelo que les hiciera saber que el código falso del transpondedor de una nave llamada Disparo Largo, bajo el cual el Halcón había atracado en el puerto espacial, estaban listo para partir, y luego dijo—. Abróchate tu gorra loca.

Allana puso los ojos en blanco.

—Contigo cerca, ¿quién necesita una gorra?

Una vez que la cúpula del hangar se retrajo, el Halcón se levantó, luego subió la nariz y empujó los aceleradores hacia adelante. Con el compensador inercial aún no activado, la aceleración lo inmovilizó en su asiento, atravesando el banco de humo gris de Coruscant. Allana chilló de alegría mientras C-3PO escupía en sorpresa electrónica.

—Capitán Solo, tal vez debería revisar sus instrumentos —dijo—. Todavía está acelerando, y ya estamos viajando por encima de la velocidad legal a esta altitud.

—Lo sé, vara de oro —dijo Han—. Tenemos que hacer que esto se vea bien.

Un momento después emergieron de la bruma, hacia la bulliciosa extensión de la troposfera atacada por estelas de las luces de Coruscant. Han activó el compensador inercial y empujó los aceleradores hasta los topes, subiendo por el espacio a la máxima potencia de los repulsores. R2-D2 pitó un informe.

—Oh, por —dijo C-3PO—. Ahora ha llamado la atención del Control de Tráfico Aéreo de la Ciudad Galáctica. Artoo dice que están consultando nuestro transpondedor.

—Es por eso que somos la carnada, Threepio —explicó Allana al droide—. Queremos que nos persigan en lugar de a la abuela. —Se giró hacia Han—. ¿Correcto?

—Muy cerca —dijo Han—. Pero en realidad estamos tirando una ruleta de doble reversa toydariana.

Allana frunció el ceño como si Han acabara de poner a girar algo sobre ella.

—¿Un juguete o qué?

—Una ruleta de doble reversa toydariana —explicó Han, quitando los ojos del cielo oscuro el tiempo suficiente para mirarla—. Mira, Daala es bastante inteligente, ¿verdad?

Allana asintió.

—Dale crédito al otro chico —dijo, citando uno de los credos favoritos de Han—. Si es lo suficientemente bueno como para estar en el juego, es lo suficientemente bueno como para tomar tus créditos.

—Exactamente —dijo Han—. Entonces, tenemos que pensar que Daala sabe que sabremos que estará vigilando, cuando tratemos de escabullirnos de Coruscant.

Allana miró hacia abajo, usando sus dedos para seguirle el paso a Han, y finalmente asintió.

—Todos lo saben. Lo tengo.

—Bien. Así que vamos a mostrarle un poco de respeto.

Allana levantó la ceja.

—¿Vamos a inclinarnos ante ella?

—No es ese tipo de respeto —dijo Han, sacudiendo la cabeza—. Le haremos saber que creemos que es bastante inteligente.

Allana abrió mucho los ojos y preguntó:

—¿Y crees que eso hará que se descuide?

—Un poco —confirmó Han—. A todo el mundo le gusta sentirse inteligente, así que cuando les muestras que crees que son inteligentes, tienden a tomar tus palabras en serio.

—¿Y tomar nuestras palabras es lo mismo que piquen nuestra carnada?

—En esta situación, sí —dijo Han—. Cuando Daala nos vea haciendo un salto directo de velocidad, pensará que decidimos que no sirve de nada tratar de engañarla. ¿Y entonces sabes lo que hará?

—¿Enviará todo lo que tiene para atraparnos?

Han asintió.

—Así es —dijo—. Y ahí es cuando tu abuela se escapará en la tripa Gizer.

—Después de que vuelva a tocarla en la Fuerza. —Allana frunció el ceño y luego agregó—. Solo hay un problema con tu plan, abuelo.

Han le dirigió una sonrisa paciente.

—¿Y cuál es, cariño?

—Estás tratando de halagar a la Jefa Daala —dijo Allana—. Y mamá dice que una mujer inteligente nunca cree cuando alguien la halaga.

Han sintió que su sonrisa se desvanecía.

—Bueno, esto no es realmente adulación —dijo, poniendo más confianza en su voz de lo que sentía—. Es más como tratarla como si no fuera tonta.

Las cejas de Allana cayeron en una V.

—Estás faroleando.

—¿Qué? De ninguna manera. —Han volvió a mirar hacia adelante y luego suspiró—. Bien, ¿cuál es mi mensaje?

—Tu voz se elevó —dijo Allana con orgullo—. Además, bueno, tengo la Fuerza.

Han puso los ojos en blanco.

—Esa maldita Fuerza, me ha estado metiendo en problemas con las mujeres desde que conocí a tu abuela —dijo—. De todos modos, no te preocupes. Estoy noventa por ciento seguro de que esto va a funcionar.

—Y cuando vuelas con el capitán Solo, esas son muy buenas probabilidades —ofreció C-3PO desde la estación de comunicaciones—. Incluso ajustándose a su exageración habitual, eso nos da un sesenta y siete por ciento de posibilidades de éxito.

Antes de que Han pudiera ladrarle al droide, Allana dijo:

—Oh, no estoy preocupada, abuelo, siempre y cuando tengamos un plan de respaldo.

Han pensó que él mismo podría haber estado desarrollando cierta sensibilidad en la Fuerza, porque a pesar de que todavía estaba mirando las estrellas que saltaban a la vista cuando salían de la atmósfera, podía sentir que lo miraba fijamente.

—Tenemos un plan de respaldo —dijo Allana—. ¿Cierto?

Cambió a los propulsores de iones, luego, cuando el Halcón pateó con las unidades más potentes, retiró los aceleradores y dijo:

—Claro que sí.

—Bueno. —Allana guardó silencio por un momento y luego preguntó—. ¿Cuál es?
—Han se encogió de hombros—. Difícil de decir. Tu abuela está a cargo de los planes de respaldo.

Antes de que Allana pudiera seguir presionando sobre el asunto, la voz sensata de un oficial de control orbital, sonó por el altavoz de la cubierta de vuelo.

—Carguero ligero Disparo Largo, acaba de romper todos los procedimientos del manual para salir de Coruscant. Por favor proceda a la estación Trill Aurek Papa para su inspección.

—Oh cielos, estas órdenes ciertamente van a interferir con nuestros deberes —dijo C-3PO—. Quizás si me disculpo…

—Ni siquiera pienses en eso, trabajador de códigos. —Han sonrió y le guiñó un ojo a Allana, luego agregó—. Este juego recién comienza.

Activó la pantalla táctica e hizo una mueca, como siempre lo hacía, en el denso campo de indicadores amarillos de INSTALACIONES FIJADAS, que aparecieron de inmediato. Había tantas estaciones, plataformas y hábitats flotando alrededor del satélite de Coruscant, que pilotar una nave espacial a través de las capas orbitales, era solo un poco menos estresante que navegar un speeder a través del Gran Snarl a la hora pico.

Un instante después, comenzaron a aparecer códigos de transpondedor de naves, entre los designadores de las instalaciones, todo en «azul amigable» ya que el Halcón no estaba involucrado en un conflicto armado con nadie. Sin una nave de control para coordinar y transmitir un flujo constante de informes de situación, R2-D2 solo podía acceder a los datos de los propios conjuntos de sensores del Halcón, lo que hacía que la imagen táctica fuera necesariamente incompleta. Pero la pantalla ya mostraba docenas de códigos civiles luchando por despejar el área, y Han vio una nueva fragata de persecución clase Nargi, moviéndose para cortar su ruta de escape.

Una nueva voz, esta vez más aguda e insistente, llegó por los altavoces de comunicación.

—Carguero ligero Tiro Largo, esta es la fragata de búsqueda de la Alianza Galáctica *Muerte Rápida*. Responda de inmediato, o tomaremos medidas para asegurarnos de que lo hagas.

Han ignoró el desafío y continuó ascendiendo. Una masiva plataforma de defensa orbital de KDY, pasó rápidamente hacia un puerto, cuando el Halcón entró en el caparazón satelital del planeta. Han estudió la pantalla hasta que encontró una gran estación en forma de rueda orbitando cerca, luego giró hacia un curso que puso la instalación entre él y la *Muerte Rápida*.

La voz regresó:

—Disparo Largo, su acción evasiva ha sido notada. Ahora lo estamos declarando como nave sospechosa en vuelo. Si continúa en este curso, lo aprehenderemos por la fuerza.

—Entonces deja de hablar de eso y haz algo —se quejó Han.

La *Muerte Rápida* desapareció de la pantalla, cuando la enorme estación en forma de rueda, se desvió hacia una línea directa entre el Halcón y la fragata. Han preguntó el código de designación. Para su deleite, la estación figuraba como Planta Orbital de Procesamiento Uno de PharmCom. Las instalaciones de producción farmacéutica generalmente tenían varios kilómetros de diámetro, suficientemente grande para sus propósitos. Todo lo que tenía que hacer era esconderse detrás de la estación hasta que la *Muerte Rápida* apareciera por otro lado buscándolo, luego arrojaría iones por el otro.

Desafortunadamente, el piloto del *Muerte Rápida* tuvo una mejor idea. A medida que la planta de procesamiento comenzó a hincharse en el dosel delantero del Halcón, una enorme red de anillos blancos de duracero unidos por docenas de brillantes rayos amarillos, R2-D2 dejó escapar una serie de pitidos. Han volvió su atención a la pantalla táctica. Más allá del borde de la estación había una docena de cazas estelares XJ5

ChaseX. Y probablemente todos estaban equipados con lo último en torpedos de iones para desactivar cualquier nave.

—¡Rayos y más rayos! —Han gruñó—. No están cayendo en la trampa.

—Uh-oh —dijo Allana—. ¿Eso significa que debería pedirle a la abuela el plan de respaldo?

Han sacudió la cabeza.

—Todavía no, cariño. Todavía tenemos algunos trucos bajo la manga.

Han hizo rodar el Halcón en un wingover[9] y, de repente, ya no era la estación de la rueda la que aumentaba frente a ellos, sino el nebuloso disco amarillo del lado del día de Coruscant.

—Ese es el truco número uno —dijo Han—. Ahora, ¿por qué no escoges un nuevo nombre de transpondedor para nosotros?

—¿El que yo quiera?

—Mientras esté en la lista —dijo Han.

—Afirmativo, abuelo. —Allana comenzó a desplazarse por las posibilidades, sus pequeñas botas pateaban el aire con entusiasmo, luego anunció—. ¡Lo tengo!

—Adelante, envíalo a Artoo —dijo Han, balanceándose hacia un reluciente complejo habitacional de lujo—. Y dile que cambie en tres, dos…

El tamaño aparente del complejo habitacional aumentó tan rápidamente que incluso Han pensó que podría chocar contra él. El sistema de protección automatizado del conjunto, comenzó a transmitir un mensaje de emergencia, advirtiéndole que frenara o que cambiará de rumbo. Han no hizo nada. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca como para ver caras asustadas mirando a través de las ventanas, empujó el timón hacia abajo zambulléndose debajo de los edificios.

Un instante después, Han se detuvo al otro lado de la estación y terminó el conteo:

—… uno.

R2-D2 emitió un pitido de reconocimiento. Para entonces, el planeta mismo estaba surgiendo tan rápido que Han no tuvo tiempo de revisar la pantalla para ver el nuevo nombre del Halcón. Rodó por el casco superior hacia los ChaseX y comenzó a huir hacia el otro lado del planeta.

Cuando Han revisó la pantalla táctica, su corazón se le salió. Los ChaseX todavía estaban sobre su cola cerrándose rápidamente. Pero la *Muerte Rápida* permaneció en la estación, retrocediendo sin aparente preocupación por mantener al Halcón dentro del alcance del rayo tractor.

—¡Bloah! —Golpeó el timón con la palma de la mano—. Tienen otro.

—¿Otro qué? —La voz de Allana era pequeña y asustada.

Han inmediatamente se arrepintió de su arrebato y explicó con una voz más suave.

—Otra fragata, chica. Es por eso que la *Muerte Rápida* no nos sigue.

—¿Es hora de preguntarle a la abuela sobre el plan de respaldo?

---

[9] Es una maniobra en la que la nave gira en el punto más alto de un fuerte ascenso, y vuela de regreso a lo largo de su trayectoria original. N. del T.

Han tuvo que contener una respuesta irritada.

—Todavía no, cariño. El abuelo solo necesita aumentar las apuestas, eso es todo.

Los ojos de Allana se tornaron curiosos, pero antes de que pudiera pedirle a Han que se le explicara, una nueva voz ronca llegó por el altavoz de la cabina.

—No estás engañando a nadie, *Princesa Estelar*. Sabemos quién eres.

Han hizo una mueca y miró a Allana.

—¿Elegiste *Princesa Estelar*?

—Dijiste que eligiera el nombre que yo quisiera —le recordó—. Y *Princesa Estelar* es bonito.

—Creo que es una elección muy sabia, señorita Allana —dijo C-3PO—. El análisis estadístico muestra que las patrullas planetarias, tienen un treinta y cuatro por ciento menos de probabilidades de abrir fuego contra naves con nombres adorables.

Allana le dirigió a Han una sonrisa triunfante, pero antes de que pudiera regodearse, la voz ronca comenzó a amenazarlos de nuevo desde el altavoz.

—Esta es la última advertencia, *Princesa Estelar*… o como quiera llamarse, capitán Solo.

R2-D2 silbó de advertencia, y las alarmas de seguridad del Halcón de repente cobraron vida.

—Deténgase —ordenó la voz—, o esa bañera no tendrá ni un circuito funcionando.

—¡El salvaje! —jadeó C-3PO—. No creo que tengamos otra opción, capitán Solo. Si no hace lo que le ordena, Artoo y yo estaremos…

—No está sucediendo en esta vida, Threepio. —Han miró a Allana—. ¿Crees que todavía puedes encontrar a Saba en la Fuerza, o debería decirle a Wilyem…?

—¡Soy la copiloto! —Allana le informó—. Puedo encontrarla.

—Entonces hazlo. —Han volvió su atención a la pantalla táctica. La segunda fragata había aparecido inerte por delante, y los ChaseX los conducían directamente hacia ella—. Y dile a Saba que cuanto antes mejor.

Allana frunció el ceño.

—No puedo decirle nada, abuelo. La Fuerza no es un comunicador. —Cerró los ojos y comenzó a concentrarse—. Después de vivir tanto tiempo con la abuela, ya deberías saberlo.

Han sonrió.

—Eso crees. —Activó su intercomunicador y luego dijo—. Dordi, Zal, es hora de farolear. Preparen sus armas y las computadoras de fijación de objetivos.

—¿Podemosss disssparar? —Preguntó Zal, o tal vez era Dordi… Han no podía decirlo.

—¡No, no puedes disparar! —Han espetó—. ¿Qué estás loco? ¡Tengo a Amelia a bordo!

—¿Entoncesss ella hara todosss losss disssparosss? —Dordi, o tal vez fue Zal, preguntó.

—Nadie va a disparar —replicó Han—. Bueno, excepto Wilyem. Pero no hasta que yo lo diga… y no pueden golpear nada. ¿Está claro?

—Por sssupuesssto que puedo golpear algo —replicó Wilyem—. Soy un Jedi. —Un coro de siseos rompió sobre el altavoz del intercomunicador.

Antes de que Han pudiera cortar a los barabels para que se pusieran serios, la voz muy irritada, de un comandante de la fuerza de tarea llegó por el altavoz de la cubierta de vuelo.

—Comando del *Final Rápido* para la *Princesa Estelar,* o como se llame en este momento. ¿Has perdido tu kriffing cabeza, Solo?

Frunciendo el ceño ante el mal lenguaje, Han miró y le indicó a Allana que se tapara los oídos.

—Esto ya no es divertido, capitán —continuó el comandante—. Mis sensores me dicen que están activando sus cañones láser. Y seguimos recibiendo alarmas de sus escudos. Si escucho que sus bahías de misiles se…

La amenaza del comandante fue ahogada por los gritos de sorpresa de una docena de pilotos de los ChaseX, una mezcla de maldiciones y declaraciones.

—¡Escudos, escudos!

—¡Alguien está en mi seis!

—¿Qué rayos? —gritó un piloto de un caza estelar—. ¡Tenemos… dispérsense, dispérsense! ¡Interceptores!

En el instante de silencio que siguió, Han activó su intercomunicador nuevamente.

—Cuando estés listo, Wilyem —dijo con calma—. Y no…

—… golpees algo. Con esta…

La tranquilidad del barabel se cortó, cuando la voz furiosa del comandante de la fuerza especial volvió a aparecer por los altavoces de la cabina de vuelo.

—Capitán Solo, por favor dígame que esos Interceptores Jedi no se dirigen hacia el Escuadrón Trueno.

Han revisó la pantalla táctica y vio que el engaño con los Interceptores había hecho su trabajo. La *Muerte Rápida* finalmente se estaba moviendo fuera de la estación, acelerando más allá de la estación circular de PharmCom, para proporcionar cobertura a su escuadrón de cazas estelares. Por fin, había llegado el momento de dejar de empujar. Han abrió su propio canal de comunicación.

—¿Interceptores? —Miró a Allana y le guiñó un ojo. Luego le indicó que alcanzara a Leia en la Fuerza, cerrando los ojos e imitando el encendido de un sable de luz—. ¿Cuáles Interceptores, comandante? Los únicos cazas estelares por aquí son tus…

Las alarmas de los escudos de la cubierta de vuelo de repente comenzaron a aullar de nuevo. Luego el Halcón se sacudió bruscamente cuando un torpedo de protones muy debilitado, el que Wilyem acababa de disparar desde la bahía de carga posterior, detonó a un par de kilómetros de la parte trasera. Sosteniendo el timón con una mano y quitándose su micrófono de comunicación con la otra, Han inmediatamente puso al Halcón en un curso en barrena hacia el *Final Rápido*. Sacando de la bahía modificada en la sección

posterior del Halcón, la cápsula de escape, sabía que habría largas colas de llamas. Tanto para los sensores como para los ojos desnudos, el rastro se vería como si el Halcón hubiera sufrido una rotura catastrófica del casco.

—¡Solo! —bramó el comandante—. ¿Qué fue lo que pasó?

—¡Dígamelo usted! —Han replicó. Abrió el canal de emergencia, luego continuó—. ¡Uno de tus payasos acaba de poner un torpedo de protones en nuestra popa! ¡Este es el Halcón Milenario que declara una emergencia fuera de control!

Declarar una emergencia falsa era, por supuesto, el tipo de cosa que ningún buen piloto de naves espaciales nunca haría. En cada estación de rescate en este lado del planeta, las tripulaciones estarían preparándose desorganizadamente y las naves tractoras arrancando en frío sus motores de iones. Pero en lo que a Han respectaba, sacar a Bazel y los otros Caballeros Jedi de Coruscant de forma segura era una emergencia, y Daala no les había dejado otra opción.

Aun así, el comandante de la fuerza de tarea claramente seguía sospechando, incluso mientras el Halcón seguía en barrena hacia él. La aguja de doble punta del elegante casco azul del *Final Rápido* ya tenía el tamaño de un dedo en el dosel delantero, y aun así la nave no mostraba signos de movimiento.

Han miró y descubrió que los ojos grises de Allana casi se salían de sus órbitas. Tenía la boca abierta y, aunque estaba tratando de no mostrar su miedo, podía decir por sus pálidas mejillas que pensaba que probablemente iban a estrellarse.

¿Y si lo hicieran? Han nunca podría perdonarse a sí mismo. Pero su trabajo ahora era mantenerse en curso… y ayudarla a aprender. Cerró el canal de comunicación por un momento, luego le habló con su mejor voz.

—Ese es un tipo bastante duro, ¿eh?

Allana asintió.

—¿Lo vamos a embestir?

—No lo sé —dijo Han—. ¿Qué piensas?

Pensó por un momento, luego se encogió de hombros.

—¿Quién puede decirlo?

—Sí, vamos a tener que averiguar quién es, ¿no?

Allana estudió la forma giratoria fuera de la cabina por un momento más, observando en silencio mientras crecía hasta la longitud del brazo de un wookiee, luego finalmente apartó la mirada y miró hacia otro lado.

—¿Vamos? —preguntó.

—Puedes apostarlo —dijo Han, bajándole cariñosamente la cabeza, para que se sintiera más segura de lo él lo estaba—. Con tipos así, no quieres farolear dos veces.

Han volvió a abrir el canal de emergencia, luego comenzó a gritar al micrófono.

—¡*Final Rápido*, abranos un carril! ¡Estamos fuera de control! Repito, ¡despejen, despejen, despejen!

A estas alturas, la fragata era tan larga como un alto wookiee, y sus extremos desaparecían de la vista cada vez que giraban debajo de la consola de control del Halcón. Pero el comandante sonaba tan tranquilo como un wampa cuando respondió.

—Solo, esto es un truco —dijo—. Si piensa que…

—¿Truco? —gritó Han—. ¿Crees que haría algo tan loco con Amelia a bordo?

—¿Tu hija está a bordo? —El comandante se detuvo por un momento. Como la mayoría de la galaxia, no tenía idea de la verdadera identidad de Allana, creyendo que Allana era Amelia, la hija adoptiva de los Solo—. Seguramente, no esperas que yo…

Allana abrió la boca y, siguiendo una señal al igual que su abuela, dejó escapar un grito espeluznante.

—¡Papi! ¡Estamos perdidos!

—¡Me alegra que lo haya dicho, Ama Amelia! —agregó C-3PO—. El capitán Solo siempre baila sobre mí…

—¡Oh, demonios! —el comandante maldijo, hablando al mismo tiempo que C-3PO—. Espera, nos estamos moviendo.

La fragata, de hecho, se estaba desviando de su camino, pero no demasiado rápido. El Halcón pasó a menos de cien metros detrás de la nave, tan cerca que la emanación de sus grandes propulsores de iones Slayn y Korpil, envió al Halcón alejándose del planeta en un verdadero giro descontrolado.

Allana dejó escapar otro grito, este aún más convincente que el anterior, y C-3PO comenzó a predicar su destino nuevamente. Han simplemente apretó los dientes. Decidido a no dejar que las lecciones de Allana comenzaran a ser demasiado memorables, reprimió una serie de maldiciones mientras luchaba por recuperar el control de la nave.

—Va a tomarnos unos minutos atraparlo en su trayectoria actual —anunció el comandante—. Pero estarán bien, lo prometo. Ya nos estamos preparando para desplegar nuestras naves de rescate.

—Uh, gracias…

Han llevó el timón al centro y comenzó a colocar las placas del vector hacia una posición neutral, luego miró para encontrar a Allana acomodada de nuevo en su asiento, mirándolo con una gran sonrisa en su rostro. ¿Pronunció la palabra, abuela? Ella le dio dos grandes pulgares hacia arriba, y Han comenzó a sacar al Halcón de su giro en barrena.

—Agradecemos la ayuda —comentó Han—. Pero parece que nuestro equipo de control de daños está poniendo las cosas bajo control.

—¿Tu equipo de control de daños…?

El comandante se detuvo, dejando su pregunta pendiente.

Han esperó un momento para que continuara, luego se encogió de hombros en su unidad de comunicación y comenzó a ajustar sus cálculos de salto para la cita con Leia.

Unos segundos después, la computadora de navegación emitió un pitido y el comandante dijo:

—Antes de irse, capitán Solo, me gustaría hacerle una pregunta.

—Claro —dijo Han. Giró el Halcón para dar el rumbo adecuado y comenzó a acelerar hacia la velocidad de salto—. Pregúnteme en el camino.

—No tienes ninguno de los pacientes Jedi a bordo, ¿verdad?

—¿Con Amelia a bordo? —replicó Han—. Debes pensar que estoy loco.

—Con toda honestidad, capitán Solo —dijo el comandante—, la idea me pasó por la cabeza.

—Apuesto a que sí. —Han sonrió abiertamente—. Pero con toda honestidad, no están a bordo. Solo llevo a mi hija a dar un pequeño paseo.

—Debe ser una gran buscadora de emociones —respondió el comandante—. ¿Confío en que haya tenido su dosis diaria de entusiasmo?

Han miró a Allana, quien asintió enfáticamente.

—Creo que sí —informó—. Escuche, tengo que irme, pero ¿le importa si le hago una pregunta primero?

—Siéntete libre de preguntar.

Han miró a Allana y le guiñó un ojo.

—¿Quién eres?

El comandante consideró la pregunta tanto tiempo, que Han comenzó a pensar que se estaba estancando, buscando alguna forma de cambiar la situación.

Luego, finalmente, preguntó:

—¿Por qué quieres saber?

—No es gran cosa —dijo Han—. Solo quiero saber a quién enviarle la nota de agradecimiento.

Al comandante no le hizo gracia.

—¿Por qué no esperas y me la das en persona? —respondió con frialdad—. Nos veremos pronto de nuevo pronto, capitán Solo. De eso, estoy bastante seguro.

El comunicador guardó silencio, dejando a Han con la impresión de que acababa de agregar otra entrada a su larga lista de enemigos. Era una buena sensación saber que todavía era lo suficientemente joven como para hacerlos. Se encogió de hombros y luego miró a Allana.

—¿Cómo está tu abuela? —preguntó.

—Está en camino —informó Allana—. Es hora de ir a Shedu Maad.

Han sonrió y luego volvió a mirar a R2-D2.

—¿Están listas esas coordenadas de salto?

El droide respondió con un silbido afirmativo.

—Bien —dijo Han. Se volvió hacia Allana, luego asintió hacia los controles—. Tú haces los honores, chica.

Los ojos de Allana se agrandaron y se inclinó para empujar la palanca hacia adelante. Esta vez, el hiperimpulsor funcionó perfectamente y las estrellas se estiraron en líneas.

Capítulo Veinticuatro

AHRI RAAS TENÍA QUE MORIR, Y MATARLO IBA A ROMPERLE EL CORAZÓN A Vestara.

Había estado acostado a su lado toda la mañana, en su lugar habitual en la ribera del río, y ni una sola vez había mirado en su dirección. Teniendo en cuenta lo que no llevaba puesto y lo mucho que había intentado, desde ayer el comportarse de forma natural, su actitud le decía todo lo que necesitaba saber. Yuvar Xal iba a hacer un movimiento contra Lady Rhea, y sería pronto.

Por supuesto que la batalla iba a ser un desperdicio terrible. Solo quince miembros de la tripulación del *Cruzado Eterno* estaban vivos, e incluso una breve lucha de poder reduciría ese número a la mitad. Ni siquiera habría suficientes sobrevivientes para necesitar un líder. Pero la jungla de plantas devoradoras de seres humanos del planeta, había minado tanto el mando de Lady Rhea, como seguramente a la misma expedición. Por lo que Xal finalmente tenía al alcance deponerla, y cuando un Sith veía una debilidad, saltaba para aprovecharla. Eran como flores-colmillo, siempre sedientos de muerte.

—¿Alguna vez te diste cuenta Ves? —Ahri preguntó. Su voz sonaba un poco apagada y distante, como si estuviera mirando en la dirección opuesta—. Quiero decir ¿Por qué Ship te escogió?

—No lo sé. —La conexión de Vestara con Ship fue el único factor que trabajaba contra Xal, porque había un puñado de sobrevivientes que todavía esperaban escapar del planeta de Abeloth, y para hacerlo, tenían que completar su misión y recuperar a Ship—. Por mi belleza femenina, supongo.

Ahri se rio entre dientes. Sonando forzado.

Vestara deslizó su mano hacia el cinturón de armas sobre su ropa doblada. Decidió que usaría el parang, porque era relativamente silencioso. Además, a diferencia del shikkar, su uso no significaba alguna falta de respeto u odio.

—En serio, Ves —dijo Ahri—. ¿Crees que hay alguna forma de recuperar Ship y tenerlo bajo control?

—Claro —mintió Vestara—. Si puedes encontrar a Ship, yo puedo mandarlo.

Vestara sabía por qué Ahri estaba presionando. Si lograba que admitiera que no podía mandar a Ship mejor que nadie, entonces el último punto de apoyo de Lady Rhea se rompería. Durante las últimas semanas, toda la tripulación del *Cruzado Eterno* había sido arrastrada lentamente a la superficie, a través de un puñado de avistamientos de Ship, que requerían grandes esfuerzos para perseguirlo. Dos de esas búsquedas habían resultado en la destrucción de los transbordadores, y el segundo desastre había dejado al *Cruzado* en órbita con un solo piloto y solo un transbordador.

Esa misma noche, Abeloth se había desesperado por capturar a Ship y declaró que había llegado el momento de huir del planeta. Lady Rhea había ordenado de inmediato que el último piloto viniera y recuperara al grupo de búsqueda. Desafortunadamente, el transbordador se había postrado sobre la corteza pedregosa de un viejo pozo de lava. La

rampa de embarque apenas había descendido antes de que el suelo se derrumbara. El piloto se las arregló para saltar, pero la embarcación misma cayó mil metros en un pozo de magma. Y ahora no había más lanzaderas.

Después de un tiempo, Ahri volvió a hablar.

—Está bien, muéstrame.

—¿Mostrarte?

Vestara supo de inmediato que había subestimado seriamente la traición de su amigo y sobreestimó su propia capacidad para leer auras en la Fuerza. Sacó su parangón de su vaina y rodó hacia Ahri… y lo encontró apoyado casualmente sobre un codo, mirando en la otra dirección. Lentamente, levantó un brazo bellamente formado, tan bronceado por la luz solar azul que se había convertido casi en zafiro, y señaló el valle del río.

—¿No es ese Ship? —preguntó.

Vestara tuvo que sentarse y enderezarse, antes de poder ver lo que estaba señalando, e incluso entonces estuvo a punto de dar un vuelco antes de darse cuenta de lo equivocada que había estado. Ahri no estaba tratando de prepararla para su propia muerte. Estaba apuntando a una silueta rechoncha alada y distante, que se acercaba por debajo del río, moviéndose tan rápido que del tamaño de una miniatura se hincó al tamaño de un puño en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Y bien? —preguntó.

Ahri se volvió hacia Vestara y la atrapó sosteniendo el parang. Sus ojos se abrieron instantáneamente y se asustaron, poniéndose de pie tan rápido que ella temió que lo mataría solo para evitar que gritara de sorpresa y tocara el baño de sangre sin darse cuenta.

—¡Sheesta, Ves! —Retrocedió un par de pasos, sus ojos se fijaron en su propia ropa y su cinturón de armas flotó en su mano—. ¿Me ibas a matar?

—No, por supuesto que no —dijo Vestara. Invocó su propio cinturón y devolvió el parang a su vaina—. Creó que vi una enredadera serpiente, eso es todo. Desde que ese sifón rojo casi nos ahoga a mí y a Lady Rhea, no he confiado en Abeloth para mantenernos a salvo.

Ahri miró alrededor de la playa de arena. No había plantas de ningún tipo a menos de diez metros.

—Uh, cierto —dijo. Dio un paso atrás, luego convocó su ropa y se vistió—. Creo que será mejor que volvamos con Abeloth y el Maestro Xal. Si no llamaste a Ship, tal vez ellos…

—Ellos tampoco lo hicieron —dijo Vestara—. Te lo prometo.

Se puso su propia ropa, luego comenzó a retroceder hacia los demás, abriéndose paso entre los grandes lagartos que descansaban en la playa, tomando el sol en sus enormes alas verdes. Ahri la acompañó, teniendo cuidado de no exponer su espalda al adelantarse y tampoco amenazar con seguirla, todo el tiempo permaneciendo a tres pasos de distancia, para que tuviera tiempo de reaccionar ante un ataque. Vestara esperaba que su precaución fuera más una declaración de ira que de miedo; una vez que su ira disminuyó,

probablemente podrían permanecer cerca hasta que comenzara el asesinato real. Pero si Ahri mantenía su distancia por miedo, su amistad había terminado; Vestara estaba demasiado bien entrenada para permitirse estar sola con cualquier Sith que le temiera.

En el momento en que vieron la forma habitual de Abeloth en la cima de la roca, el resto de la tripulación ya se había reunido. Baad Walusari y los otros dos oficiales keshiri se mantuvieron un poco separados con Lady Rhea. Todos los demás, incluido Yuvar Xal, estaban en la base de la roca de Abeloth. Todos estaban mirando río arriba hacia Ship, con los ojos muy abiertos por la sorpresa y la esperanza.

En el rostro de Xal, Vestara se alarmó al ver también resolución. Tan frustrante para él en este momento, como la repentina aparición de Ship, estaba claramente más decidido que nunca a moverse contra Lady Rhea. Al darse cuenta de que solo tenía una esperanza de evitar el ataque, Vestara se detuvo y se volvió hacia el río.

Ship estaba casi sobre ellos, una esfera de venas rojas de diez metros de diámetro, con sus alas de aspecto delicado inclinadas casi verticales mientras desaceleraba para aterrizar. Vestara lo llamó en la Fuerza, Ship, ven a mí.

Ship parecía divertido. ¿No hemos tenido esta discusión antes?

Esto es diferente, insistió Vestara. Incluso si obedeces a Abeloth, sirves a los Sith. Acércate a mí y sálvanos… o ve a Xal y destrúyenos a todos.

Ship disminuyó la velocidad, pero no se desvió hacia ella, y Vestara sintió el peso de una docena de miradas sobre su espalda. Cautelosa de un ataque preventivo, giró sobre un pie para mantener a Xal y Ahri a la vista. Encontró el horrible rostro de Abeloth volteado en su dirección, la boca ancha recta y sombría, los ojos plateados brillando desde las profundidades de sus cuencas como pequeñas estrellas frías.

Vestara se estremeció y miró hacia otro lado. El esfuerzo por evitar la lucha que se avecinaba, incluso por sobrevivir, apenas parecía valer la pena. Ya sea que la vencedora fuera Lady Rhea o Xal, toda la tripulación estaba condenada. Eran los juguetes de Abeloth, mascotas mantenidas para su diversión mientras pudiera conservarlas con vida, no más capaces de sobrevivir en este planeta sin ella, que un pájaro canakal keshiri podría sobrevivir fuera de su jaula. Vestara, Ahri, incluso Xal y Lady Rhea, todos iban a morir aquí, y si eran devorados por plantas carnívoras o empalados en las espadas de los demás, apenas había diferencia.

Vestara sabía todo esto, sabía que, en el mejor de los casos, sus luchas le comprarían solo unos días adicionales de sufrimiento y desesperación. Pero ella se negó a rendirse. Tenía la intención de seguir luchando hasta su último aliento y más allá, arrastrando a cualquier enemigo que pudiera a la tumba detrás de ella, aunque fuera por orgullo… porque la única opción que le quedaba a Vestara Khai era cómo morir, y tenía la intención de hacerlo de la mejor manera.

Ship se había enfrenado hasta casi arrastrarse, más o menos flotando sobre el centro del río carmesí, atrapado, tal vez, entre la obediencia y el vuelo. Vestara extendió una mano, agarrando a Ship en la Fuerza, ordenándole. Ven. Ahora.

Y Ship lo hizo.

En un destello de pensamiento, él estaba allí ante ella, repentinamente tan grande que Vestara pensó que tenía la intención de atropellarla. Aun así, se mantuvo firme y se obligó a no retroceder, para no morir como cobarde.

Pero Ship no podía matar a un Sith, más de lo que podía desobedecer una voluntad poderosa. Se detuvo a un metro cerniéndose ante ella. Su cabina en forma de ojo no se volvió hacia Vestara, sino hacia Abeloth.

Decidiendo que no tenía nada que perder, ordenó Vestara, Ábrete.

De nuevo, Ship parecía divertido. Como tú ordenes.

Una división horizontal se abrió en su costado, sacando una rampa de abordaje corta. Obviamente, todo esto era demasiado bueno para ser verdad. Solo podría ser otra de las trampas de Abeloth, tanto más cruel porque prometía la liberación de una muerte segura y dolorosa.

El resto de los sobrevivientes estaban claramente tan conmocionados como Vestara, aunque tal vez no sospechaban tanto. Durante lo que parecieron cien latidos, todos se quedaron mirando la rampa, con la boca abierta como si nunca antes hubieran visto una y no pudieran comprender la salvación que prometía.

Lady Rhea, como siempre, fue la más rápida en recuperarse. Se volvió hacia Vestara con una expresión severa.

—Ya era hora, Vestara. Estaba empezando a preguntarme si el Maestro Xal podría tener razón al dudar de tu relación especial con Ship.

Hizo un gesto a los partidarios de Xal hacia la rampa y comenzó a avanzar ella misma.

—No nos detengamos en la ceremonia —dijo Lady Rhea, ahora dirigiéndose a los seguidores de Xal—. Pueden abordar delante de mí.

Los posibles atacantes de Lady Rhea no necesitaban ser invitados dos veces para realinearse con ella. Se apresuraron hacia adelante en una carrera de velocidad, seguidos de cerca por Baad Walusari y los otros dos oficiales keshiri que habían permanecido leales a Lady Rhea todo el tiempo. Solo Xal y Ahri se quedaron atrás, el Maestro miraba abiertamente a Vestara por su cambio de fortuna, el aprendiz parecía que esperaba la paliza más severa de su vida.

Lady Rhea le dirigió al Maestro Xal una sonrisa que prometía una muerte privada y dolorosa, luego se volvió hacia Abeloth.

—Tendrás que abordar ahora, Abeloth. —Aunque sus palabras sugirieron que estaba emitiendo una orden, su tono era el de una solicitud—. Solo estará atestado durante un viaje corto al *Cruzado Eterno*, lo prometo.

Abeloth respondió con una sonrisa tan espantosa, que Vestara sabía que habría provocado un escalofrío de repulsión tanto de Xal como de Ahri, si hubieran podido ver su verdadera naturaleza, como ella misma lo hacía.

—Estaré encantado de unirme contigo a bordo del *Cruzado Eterno* —dijo Abeloth—, tan pronto como hayamos capturado a Luke Skywalker y a su hijo, Ben.

La Fuerza se agitó con asombro y confusión.

—¿Luke Skywalker? —preguntó Lady Rhea.

Abeloth asintió.

—Y Ben. —Se giró hacia Xal y luego dijo—: ¿No es a quién mencionaste que estaba destinada esta expedición originalmente, Lord Xal?

La cara de Xal palideció, por reclamar falsamente el título de Lord era una sentencia de muerte.

—Nunca dije que era un Lord. —Lanzó una mirada nerviosa en dirección a Lady Rhea, sin duda comprobando si tenía la intención de aprovechar el error de Abeloth para eliminar a un rival, y luego dijo—. No soy un Lord.

—Pero lo serás —dijo Abeloth, poniéndose a su lado—. Cuando regreses a Kesh con Luke y Ben Skywalker encadenados.

—Nuestra misión hubiera sido matar a los Skywalkers, no encarcelarlos —señaló Lady Rhea—. Pero esa asignación fue reemplazada por la orden de recuperar a Ship.

Los ojos de Abeloth brillaron blancos de furia.

—Y ahora has recuperado a Ship, ¿no?

Visiblemente sacudida por la ira de Abeloth, Lady Rhea simplemente asintió.

—Bien. Entonces has tenido éxito en tu misión. —Los ojos de Abeloth volvieron a las estrellas plateadas—. Y ahora Ship puede ayudarte con esta nueva tarea. Imagina lo contento que estará tu Círculo de Lores cuando regreses con Ship y los Skywalkers.

—Asumiendo que estarás allí para ayudarnos a controlarlos —respondió Lady Rhea—. De lo contrario, me temo que el Círculo de los Lores estará todo menos que complacido, de que llevar a un par de Jedi al último bastión del Imperio Sith.

—Por supuesto que estaré contigo —respondió Abeloth con dulzura—. ¿Crees que quiero quedar abandonada en este infierno para siempre?

Un brillo triunfante llegó al aura de la Fuerza de Lady Rhea, y Vestara se dio cuenta de que su Maestra todavía no tenía idea de que estaba siendo engañada. ¿Pero por qué ella? Vestara había tratado cientos de veces de advertirle a Lady Rea sobre la verdadera naturaleza de Abeloth, siempre en vano. Finalmente, Vestara se había visto obligada a aceptar que nadie más podía verla por lo que realmente era.

Abeloth no había naufragado, no era una simple mujer abandonada aquí durante treinta años. Era algo más, una manifestación de un antiguo poder tan oscuro y horrible, que estaba más allá de la comprensión humana. Contra tal ser, ¿cómo podría Lady Rhea resistirse a ser una esclava? ¿Cómo podría alguien? La única razón por la que Vestara todavía estaba viva, estaba segura, era porque a Abeloth le divertía verla luchando por mantenerse cuerda.

Abeloth desvió su mirada hacia Vestara y envió una sensación como fuego frío corriendo por sus venas, luego colocó sus tentáculos sobre el hombro de Xal.

—Hablemos, Lord Xal. —Señalando a Ahri para que lo siguiera, Abeloth giró a Xal y se dirigió hacia el otro lado de Ship. Cuando pareció sentir la creciente oleada de furia de Lady Rhea, se detuvo, miró por encima del hombro y preguntó—: ¿Y cómo te llamarán cuando te sientes en el Círculo, Lady Rhea? ¿Lady Rhea, Gran Señor de los Sith?

La furia de lady Rhea se derritió como hielo en un río, bajando la cabeza y sonrió ampliamente.

—Ese sería el título correcto, sí —dijo—. Si soy elegida.

Los ojos de Abeloth brillaron tranquilizadores.

—Lo serás, Gran Dama Rea. No tengas dudas.

Con eso, Abeloth se volvió de nuevo y condujo a Xal alrededor de Ship. Vestara esperó hasta que se perdieron de vista, luego llamó la atención de su Maestra y ladeó la cabeza en la dirección opuesta. Cuando Lady Rhea asintió, Vestara comenzó a caminar y a susurrar a la Fuerza, dirigiendo sus palabras solo a los oídos de su Maestra.

—Sabes que Abeloth nos está tendiendo otra trampa, ¿verdad?

—No diría que a una trampa, exactamente —respondió Lady Rhea. Aunque sus palabras fueron apenas un susurro, sin embargo resonaron claramente en la cabeza de Vestara—. Abeloth solo está reclutando a Xal para que sea su espía, para asegurarse de que no vuelva a nuestras órdenes originales y me contente solo con capturar a Ship. Quiere llegar a Kesh con un regalo impresionante, esclavos Skywalker.

Vestara sacudió la cabeza con vehemencia.

—No vamos a Kesh —dijo—. Al menos, Abeloth no. ¿No lo has notado? Ha hecho todo lo que está en su poder para mantenernos atrapados aquí.

—Porque todavía no había atraído a los Skywalkers a su posición —insistió Lady Rhea—. Ahora que tiene un regalo apropiado…

Vestara giró sobre su Maestra, dibujando su parang con una mano y moviendo su otro brazo tan rápido, que Lady Rhea todavía estaba hablando cuando la palma abierta de Vestara enrojeció su mejilla.

—¡No! —escupió Vestara—. Piense. ¿Cuántos transbordadores hemos perdido?

Los ojos verdes de lady Rhea ardieron de rabia.

—Eso es algo que ningún aprendiz vive para hacerlo dos veces.

La mano de Lady Rhea cayó hacia su sable de luz, pero Vestara estaba preparada y presionó su parang contra la muñeca de Lady Rhea, en el momento en que sus dedos tocaron su sable de luz.

—Deme dos minutos antes de que haga eso —dijo—. Por favor, Maestra. Solo responda tres preguntas, luego puede matarme como quiera. ¿Cuántas lanzaderas hemos perdido?

—Muy bien. —Lady Rhea abrió los dedos, pero dejó su mano colgando al lado de su sable láser—. Todas ellas.

—¿Y cuántos miembros de la tripulación aún están a bordo del *Cruzado*?

Los ojos de Lady Rhea se enfriaron, y cuando estaban fríos, estaban calculando.

—Ninguno.

—Última pregunta. —Vestara alejó su parang de la muñeca de Lady Rhea—. Si estuviera en su sano juicio, ¿alguna vez cometerías errores tan tontos?

Las llamas volvieron a los ojos de Lady Rhea, pero junto con su furia, Vestara también vio un destello de reconocimiento. Lentamente, Vestara dio un paso atrás y enfundó su parang, luego se arrodilló ante su Maestra y dejó caer la cabeza.

Cuando su cabeza todavía estaba sobre sus hombros varios segundos después, Vestara no estaba sorprendida. Su Maestra era muchas cosas, pero derrochadora no era una de ellas. Aun así, Vestara permaneció arrodillada, haciendo de aprendiz penitente hasta que la misma Lady Rhea decidió que la farsa había seguido su curso.

—Es mejor que te ponga de píe, Vestara —dijo—. Ambas sabemos que no voy a matar a una aprendiz talentosa por unas pocas reglas inviolables.

Vestara se levantó.

—Gracias, mi señora.

—Pero si alguna vez vuelves a hacer eso, será la última —advirtió Lady Rhea—. No me dirán que cometo errores. ¿Está claro?

—Pido disculpas —dijo Vestara, mordiéndose la mejilla para no sonreír de alivio—. No volverá a pasar.

—Bueno. —Lady Rhea se volvió hacia Ship, que seguía sentada esperando—. ¿Estoy en lo cierto al suponer que no tienes nada que ver con el cambio de opinión de Ship?

—Absolutamente —dijo Vestara—. Ship ha jugado conmigo, pero permanece completamente bajo el control de Abeloth.

—Lo que significa que permaneceremos atrapados en este planeta de la muerte. —Lady Rhea se puso pensativa.

—A menos que… —se detuvo, luego se volvió hacia Vestara—. Ya tienes esto resuelto, ¿no?

Vestara sonrió, sin importarle que la cicatriz en la esquina de su boca hiciera que su sonrisa pareciera torcida.

—Creo que sí —dijo—. Si Ship puede llevarnos a todos en un solo viaje, los Skywalkers deben estar muy cerca. Y tuvieron que entrar en algo. Una vez que Ship nos lleve a ellos…

—Absolutamente. —Lady Rhea hizo una pausa cuando Abeloth y Xal salieron de detrás de Ship, luego se volvieron y hablaron en un susurro de la Fuerza tan bajo, que Vestara no estaba segura de haberla escuchado ni siquiera dentro de su propia mente—. Matamos a los Skywalkers y…

—… les robamos su nave —terminó Vestara con una sonrisa irónica—. ¿Qué tan difícil puede ser?

Capítulo Veinticinco

BEN SE PERCATÓ DE UN HORRIBLE OLOR, PROBABLEMENTE ERA ÉL. LE RECORDABA a la leche agria de nerf, con un toque de ceniza y moho. Su lengua en la boca la sentía como una salchicha cruda, hinchada, entumecida y fría, sintiéndose generalmente adolorido y débil, con la cabeza confusa y palpitante que le hizo sentir que había muerto y que aún no se había dado cuenta.

Lo cual, Ben recordó de repente, era una posibilidad distinta.

Abrió los ojos y se encontró mirando la familiar luz roja estroboscópica, de las luces de alarma en la sala humeante de control de la Estación Pozo Negro. Miró y vio que sus bolsas de goteo intravenoso se habían drenado, lo que significaba que había estado caminando mentalmente durante al menos un día, y probablemente mucho más, suponiendo que sus síntomas se debían a la deshidratación.

—¡A… gue pagstoso! —dijo. Tragó saliva, luego lo intentó de nuevo—. Ahora veo por qué cabezas de casco prefieren morir antes que volver a sus cuerpos.

Cuando no recibió respuesta, Ben miró y encontró a su padre todavía inmóvil en su camilla, con la mirada vacía y fija en el techo.

—¿Papá?

Nada se movió excepto la boca de su padre, que se abrió apenas lo suficiente como para emitir un ronco susurro.

—Oh, sí.

—¿Estás bien?

Los ojos se cerraron en lo que probablemente fue tan parecido a un asentimiento.

—Lo estaré —dijo con voz áspera—. Solo necesito… llevar sangre a mis músculos de nuevo.

—Sí, buena suerte con eso.

Ben usó la Fuerza para desatar las correas sobre su propio pecho, luego trató de sentarse… dejándose caer en su camilla como un bulto.

—Siempre es así —dijo una voz familiar detrás de Ben—. Dense un minuto.

Recordando a su reacia guía Caminante Mental, Ben estiró el cuello y miró hacia el otro lado de la cámara. Rhondi Tremaine seguía sentada donde la había dejado antes de ir más allá de las sombras, desplomada contra un gabinete con las piernas extendidas a su lado. Las esposas de aturdimiento que le habían abofeteado antes de irse todavía estaban en sus muñecas, asegurándola a la viga del piso que había expuesto. Con los ojos hundidos y mejillas hundidas, y el ceño fruncido por el dolor, se veía tan mal como se sentía Ben. La visión de cuán poco cuidado había tomado para que estuviera cómoda, hizo que Ben se estremeciera ante su comportamiento. Deliberadamente no se había ofrecido a ponerle suero intravenoso, creyendo que si corría peligro de morir, estaría más ansiosa por hacer que su viaje fuera rápido, de modo que pudiera estar segura de regresar para liberar a su hermano.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Ben—. Espero que mejor de lo que pareces.

—Eso es bueno. —La mirada de Rhondi se dirigió a Luke—. Si algún día quieres nietos, debes tener una conversación con tu hijo sobre cómo hablar con las damas.

—Ben, sé amable con la señorita —ordenó Luke—. Y quítale esas esposas aturdidoras.

—Por supuesto. —Ben intentó de nuevo sentarse, y esta vez tuvo éxito—. Tan pronto como me ocupe de ti.

Se liberó de los catéteres intravenosos y las correas de la camilla, luego hizo lo mismo por su padre, sacando tres paquetes de hidratación de su bolsa de suministros. Cuando su padre demostró estar demasiado débil para sostener la boquilla de aspiración, Ben lo hizo por él.

—Papá, ese viaje… fue bastante oscuro —dijo Ben, sosteniendo el tubo en la boca de su padre—. Incluso, peor que un golpe triple de un yarrock.

Ben podía decir por la forma en que los ojos de su padre se abrieron como platos, que había usado una analogía realmente mala.

—Uh, no es que yo lo sepa —dijo—. Solo estoy suponiendo, de verdad.

Luke dejó de beber lo suficiente como para decir.

—Será mejor que lo estés.

—No te preocupes —dijo Ben—. Recibo muchas rarezas solo por ser tu hijo.

Cuando Ben guardó silencio por un momento, su padre levantó la mano y tomó el paquete de hidratación.

—Sigue hablando.

Ben miró hacia otro lado, sin saber cómo abordar el tema de lo que habían experimentado juntos en el Lago de las Apariciones. En realidad, ni siquiera estaba seguro de que hubieran visto las mismas cosas.

Finalmente, solo lo preguntó.

—Todo lo que sucedió mientras estábamos con los Caminantes Mentales… ¿fue real?

—Quieres decir ¿Haber hablado con Anakin y con tu madre?

Ben asintió y comenzó a sentirse un poco más seguro de la experiencia.

—Y con Jacen.

—¿Eso fue real? —repitió Luke. Soltando una risa ahogada—. Tal vez prefieras preguntarme algo más, como cuál es el origen último de la Fuerza.

—Guardaremos las cosas fáciles para más tarde —respondió Ben—. En serio, toda esta experiencia me está volviendo loco. Necesito resolverlo ahora.

Su padre cerró los ojos y dejó escapar un largo suspiro, luego dijo:

—Tú eres el detective, Ben. Puedes resolver esto por ti mismo; de hecho, creo que tienes que hacerlo.

Ben suspiró. A veces realmente odiaba tener un Maestro Jedi como padre. Todo era una lección.

—Está bien —dijo—. Comencemos con el hecho de que ambos vimos a las mismas personas en el Lago de las Apariciones.

—Todos vimos a las mismas personas —agregó Rhondi. Tirando de sus esposas aturdidoras contra la viga a la que Ben las había asegurado—. ¿Qué tal un poco de consideración por aquí?

Al ver que su padre estaba lo suficientemente fuerte como para sostener su propio paquete de hidratación, Ben agarró otro y se dirigió hacia Rhondi.

—Si todos vimos lo mismo, eso significa que realmente experimentamos algo. Simplemente no podemos estar seguros de qué, ya que estábamos…

—Fuera de nuestros cuerpos —aclaró Luke.

—Porque nuestros cuerpos no existen más allá de las sombras —dijo Rhondi—. Sólo nuestras verdaderas presencias.

—Sí, sigues diciendo eso —dijo Ben. Se puso en cuclillas al lado de Rhondi—. Pero tus dichos no son una evidencia. Todavía no sé si tuve la experiencia de hablar realmente con mamá, o si acabo de ver lo que alguien en ese… lugar quería que viera.

—Entonces debes aceptar que el lugar es real —observó Rhondi—, si crees que alguien allí puede hacerte ver cualquier cosa.

Ben asintió, la sangre en sus venas de repente corría lenta y fría.

—Es real. Sentí algo allí que reconocí desde antes… —Se volvió hacia su padre—. Desde que estaba en el refugio. Es lo que me alejó de la Fuerza.

—¿Estás seguro? —preguntó Luke.

De nuevo, Ben asintió.

—Es tan real como nosotros —dijo—. Y estoy bastante seguro de que está detrás de los delirios paranoicos que los Caballeros Jedi de mi edad siguen teniendo.

—Es una buena teoría —dijo Luke—. ¿Pero cómo se está propagando, por ejemplo?

—De la misma manera en la que está pasando. —Ben señaló a través de la ventana hacia todos los cuerpos que flotaban en la bóveda de meditación más allá de la sala de control—. De la misma manera que lo sentí en el refugio. A través de la Fuerza.

—Sus Caballeros Jedi no están enfermos —dijo Rhondi—. Solo están siendo llamados a casa.

Ben la miró y se dio cuenta de que aún no le había quitado las esposas, pero decidió que sería mejor esperar hasta que hubieran terminado la conversación. Preparó un paquete de hidratación para ella, luego acercó el tubo a sus labios y volvió su atención a su padre.

—También podrías llamar a eso como una evidencia —dijo Ben—. Qwallo Modo no apareció aquí por accidente.

Luke se sentó y tomó un segundo paquete de hidratación.

—No estoy discutiendo eso, Ben —dijo—. Solo estoy tratando de pensar las cosas. Por ejemplo, ¿por qué no están teniendo problemas Kam y Tionne? ¿O alguno de los Caballeros Jedi adultos que pasaron tiempo vigilando el refugio?

Ben solo pudo sacudir la cabeza.

—No lo sé —dijo—. Si no estoy afectado, o infectado, tiene que ser porque me retiré de la Fuerza. Tal vez los Jedi adultos entrenados tienen demasiadas defensas. O tal vez

hay algo inteligente detrás de esto. Si los Maestros Solusar hubieran sentido que ese lugar se extendía…

—Correcto —dijo Luke—. Habrían mudado a los jóvenes. ¿Pero por qué ahora? Ha pasado casi una década y media desde que había estudiantes en el refugio.

Ben no tuvo que pensar en absoluto en esa respuesta. Estaba a su alrededor, en la luz estroboscópica de la alarma y los circuitos humeantes, en el momento en que las cosas comenzaron a salir mal en la sala de control.

—La Estación Punto-Central fue destruida, eso fue lo que cambió. —Volvió a mirar a Rhondi—. Fue entonces cuando estas alarmas comenzaron a sonar, y fue cuando Rhondi y su hermano comenzaron a sentirse obligados a regresar, junto con muchos de los otros espías de Daala.

—¿Los espías de Daala? —Luke se volvió hacia Rhondi.

—Es una larga historia —dijo—. Ben tiene razón. Cuando destruiste la Estación Punto-Central, todo cambió.

—Es como si hubiéramos abierto una compuerta o algo así —dijo Ben—. Y de repente, todo lo que sentimos en el refugio comenzó a filtrarse, tal vez extendiéndose más allá de Las Fauces.

Ben supo por la palidez repentina de la cara de su padre, que había hecho una conclusión convincente.

—Maravilloso —dijo Luke—. ¿Alguna idea de qué, exactamente, es lo que se está extendiendo?

Ben solo pudo sacudir la cabeza.

—Y todavía estoy tratando de entender lo del Lago de las Apariciones —dijo—. Estoy convencido de que fue real. Pero…

Dejó que la frase se desvaneciera, incapaz de formular la pregunta.

—Pero no sabes si fue realmente a tu madre a la que viste —finalizó Luke—. Es una pregunta difícil de responder, tal vez una que no podamos contestar.

Ben se volvió hacia Rhondi y levantó una ceja interrogante.

Volvió a sacudir sus esposas aturdidoras contra la viga y levantó su frente. Ben apretó el panel de liberación y las esposas se soltaron.

La mandíbula de Rhondi cayó.

—¿Ni siquiera estaban cerradas?

—Para el caso de que no regresara —dijo Ben—. No soy tan cruel. Ahora, ¿qué puedes decirme sobre mi madre?

Rhondi se frotó las muñecas irritadas.

—Todos regresamos a la Fuerza cuando dejamos nuestros cuerpos —dijo—. Después, los que son fuertes en la Fuerza a veces se muestran en el Lago de las Apariciones. Ya sea donde moran o es solo un portal a través del cual pueden mirar, no lo sé… pero creo que a los que vemos son reales.

—¿Qué pasa con los Caminantes Mentales cuyos cuerpos mueren mientras están más allá de las sombras? —preguntó Ben—. ¿También van al Lago de las Apariciones?

—Al principio no —dijo Rhondi—. Al principio, se quedan más allá de las sombras con nosotros. Pero después de un tiempo, parecen perder el rumbo, y luego a veces los vemos en el Lago de las Apariciones.

—¿Cuánto tiempo se quedan allí? —preguntó Luke—. ¿Podrías ver a tus abuelos, por ejemplo, o incluso a tus antepasados?

Rhondi sacudió la cabeza.

—Eventualmente, ya no se muestran. —Tomó un largo sorbo de su hidratación, luego sacudió la cabeza—. Lo siento, pero no sé por qué.

Ben frunció el ceño ante su reclamo, pero antes de que pudiera pensar en una forma de probarlo, el karrummph amortiguado de una magmina detonante resonó en la cubierta de la sala de control. Los ojos de Rhondi se abrieron con horror y se volvió hacia Ben.

—¡Lo prometiste!

—¿Prometió qué? —preguntó Luke.

—Que dejaría ir a su hermano si ella nos ayudaba —explicó Ben. Se giró hacia Rhondi—. Probablemente esté bien. Esa carga en la puerta fue colocada para dirigir la explosión…

—¿Probablemente? —Rhondi se puso de pie tambaleándose y comenzó a caminar hacia la salida al fondo de la sala de tres niveles—. ¡Eres un murglak!

—¡Rhondi, espera! —Ben se acercó a donde podía ver la mina que había colocado en la escotilla—. Está soldada, ¿recuerdas? ¡Y no olvides la carga de la puerta!

—¿Soldada? —Luke hizo eco, interceptando a Ben—. ¿Carga de la puerta? Ben, ¿qué rayos has estado haciendo mientras estuve fuera?

—Te lo explicaré en un minuto —dijo Ben, sin dejar de mirar hacia la salida. Rhondi había alcanzado la escotilla y comenzaba a golpearla con la palma de la mano—. En este momento, será mejor que llegue a ese carga antes de que ella…

Ben fue interrumpido por un grito aturdido, cuando un círculo rojo de calor abrasador ardió en la parte posterior del cráneo de Rhondi. Su cuerpo, sin vida antes de que se apagara el grito, cayó al suelo. Detrás de ella, la brillante columna de un sable de luz escarlata comenzó a cortar un surco humeante a través del grueso metal de la escotilla.

Una ola de sensación de peligro rodó por la columna de Ben. Se giró para encontrar a su padre ya de pie junto a la camilla, con su sable láser en la mano y su atención fija en la escotilla de entrada. Ben pudo ver por lo baja que tenía su mano, y por la fatiga en sus ojos, que su padre todavía estaba débil. Pero también podía sentir a su padre recurriendo a la Fuerza, empujándola hacia él para animar los músculos atrofiados y restaurar las sinapsis muertas.

—Ben —preguntó su padre—, ¿quién está en ese hueco negro y vacío?

Capítulo Veintiséis

LAS PUNTAS DE CUATRO SABLES DE LUZ ESCARLATA SE PERSEGUÍAN ENTRE sí alrededor del perímetro de la escotilla, tan brillantes que Ben solo podía mirarlas a través del tinte del visor de su casco. Las cuchillas estaban atravesando el grueso metal alienígena como si fuera de plastoide, y Ben podía sentir presencias oscuras, muchas presencias oscuras, de pie en el pasillo de afuera.

Su padre estaba en el frente de la sala de control, tratando de cortar un agujero de escape de un metro de ancho en la cabina. El metal era solo una fracción del grosor de la escotilla, pero su sable láser cortaba mucho más lentamente que las cuchillas de los intrusos misteriosos. Parecía extraño que un material delgado y transparente fuera mucho más resistente que una escotilla de metal pesado, pero así era sin dudar.

—Papá, estás cortando muy lento —dijo Ben, hablando por el intercomunicador de su casco. Después de la muerte de Rhondi, lo primero que ambos Skywalkers hicieron fue ponerse sus trajes espaciales, con la idea de huir de regreso a la *Sombra* lo más rápido posible—. ¿Tú celda de energía esta baja?

La respuesta de Luke llegó por el receptor del casco, tranquilo y paciente.

—Hijo, soy un Maestro Jedi. ¿De verdad crees que me olvidaría de verificar los niveles de las celdas de poder de mi propio sable de luz?

—Solo preguntaba. Cosas extrañas suceden por aquí. —Ben volvió a revisar la escotilla y vio que las cuatro hojas escarlatas estaban casi en las esquinas—. Como… están cortando esa escotilla aproximadamente el doble de rápido que tú atravesando la ventana de la cabina.

—Eso es interesante. —Luke parecía menos nervioso por esta noticia que intrigado por ella—. ¿Y estás seguro de que no tienes idea de quiénes son?

—Papá, ya te dije que no. Pero tuvieron que escuchar a Rhondi golpeando esa escotilla. —Ben no estaba preocupado por las escuchas electrónicas; incluso si los intrusos tenían un receptor configurado en el canal correcto, las comunicaciones de los Skywalkers estaban encriptadas usando la última tecnología Jedi—. Y todavía empujaron un sable de luz a la altura de su cabeza. ¿Te parece el estilo de los Caminantes Mentales?

—Realmente no. —Luke desactivó su sable láser y se alejó del círculo que había estado cortando, dejando unos diez centímetros en la parte superior todavía unidos—. Pero no se manifestaron fuera del vacío. De alguna manera son parte de esto.

—Sí, pero realmente no tenemos tiempo para detenerlos a hablar…

Ben dejó escapar la frase cuando su padre levantó una mano y usó la Fuerza para empujar hacia afuera el círculo humeante de la ventana semi-desprendida, abriendo un agujero lo suficientemente grande como para servir de ruta de escape. En lugar de abrir el camino a través de él, Luke comenzó a caminar hacia la parte de atrás de la habitación, girando hacia la esquina opuesta a la de Ben.

—Necesitamos atrapar a uno vivo —dijo Luke.

—¿Vivo? —Ben hizo eco—. Comprueba la lectura de tus signos vitales. Estas apenas lo suficientemente fuerte como para correr hacia la *Sombra*, mucho menos tomar prisioneros.

—Cada segundo me siento mejor y más confiado. —Luke señaló la escotilla—. Ben, necesitamos averiguar quiénes son esas personas y quién las envió. Esa es la clave para descubrir que es este lugar.

Ben sabía que no tenía sentido discutir. La voz de su padre había asumido ese tono de yo soy el maestro. Además, su lógica era sólida, al menos hasta que llegó el momento en que regresaran vivos a la *Sombra*.

—¿Podemos al menos tener cuidado al respecto? —preguntó Ben—. En este momento, todo lo que sabemos sobre ellos es que no les importa matar gente, y que les encantan los sables de luz roja. Quienquiera que sean, parecen tener todas las ventajas.

—No todas —dijo Luke, deslizándose detrás de un gabinete de equipo en el lado opuesto de la habitación. Estaba en el nivel superior, a unos cinco metros de la escotilla—. ¿Estás listo con ese cilindro de gas?

Ben revisó el soplete manual que había usado para soldarse a sí mismo y a Rhondi dentro de la cámara. La válvula de alimentación estaba completamente abierta y el cierre de seguridad estaba desactivado.

—Afirmativo.

—Entonces esconde tu presencia en la Fuerza y espera mi señal —ordenó Luke—. Podríamos aprender algo con solo mirarlos.

Ben se deslizó en su propio escondite: el pie de una consola de un equipo, en el nivel superior directamente frente a su padre. Rápidamente retrajo su presencia en la Fuerza hacia su interior, encogiéndola hasta que ni siquiera pudo sentirla, luego sintió el piso reverberar cuando la pesada escotilla cayó en la habitación.

Dos segundos después, la carga de la puerta detonó, pero no hubo gritos ahogados que sugirieran que alguien había estado cerca de la entrada cuando se activó el fusible. Quienquiera que fueran, los asesinos de Rhondi obviamente habían aprendido la lección cuando abrieron la celda de Rolund y tropezaron con la primera mina.

La explosión de la carga de la puerta todavía vibraba por el suelo, cuando Ben sintió el ligero golpeteo de unos pies corriendo. Supuso que quizás habían entrado siete u ocho intrusos, pero no había forma de estar seguro. Esperó cinco respiraciones largas para que pasaran por su escondite, luego miró hacia la escotilla. El metal todavía humeaba y brillaba con los bordes blancos. Aun así, pudo ver un par de botas de un traje espacial fuera de la escotilla.

Un doble clic de comunicación sonó dentro del casco de Ben. La señal significaba que su padre se estaba preparando para moverse, pero sería imposible ver la retaguardia desde su lado de la habitación. Se golpeó la barbilla dentro de su casco, con la intención de advertir a su padre sobre la emboscada, luego vio las botas del intruso cargando en la sala de control y se dio cuenta de que su padre ya se estaba moviendo.

Sosteniendo el bote de gas en una mano y su sable láser en la otra, Ben rodó desde su escondite. Una línea de ocho intrusos descendían hacia el agujero de escape de la ventana, todos a toda prisa. Al igual que los Skywalkers, llevaban trajes espaciales adecuados para combate y el uso de sables de luz. Algunos también portaban blasters, la mayoría usaban cinturones de equipo con dos fundas, una para una daga delgada con mango de vidrio y otra para un parang curvo y de hoja pesada.

El padre de Ben ya estaba deslizándose sobre la consola de un equipo, tan decidido a capturar a un prisionero, que no sintió que entraba alguien por la escotilla detrás de él. El visor del casco del intruso se levantó, revelando una cara color lavanda con rasgos finos y una nariz larga, un poco más delgada que la de un humano. En su mano enguantada, sostenía uno de los oscuros parangs. En lugar de lanzarse a un ataque cuerpo a cuerpo como Ben había esperado, se detuvo y levantó el parang.

—¡Papá! —dijo Ben—. ¡Rueda, ahora!

El parang voló, y Luke rodó, desapareciendo sobre una hilera de gabinetes de equipos, justo cuando el arma giró unos centímetros por encima de su casco. Incapaz de escuchar la orden, la mujer hizo una mueca y extendió su mano, usando la Fuerza para recuperar el arma y presentándole la espalda a Ben, mientras se movía para colocarse frente a los gabinetes de equipos entre ella y Luke.

Ben no le dio la oportunidad de atrapar el parang. Simplemente saltó con fuerza a través de los últimos tres metros entre ellos, apuntando con su sable láser a su corazón y presionando el interruptor de activación. Para su alivio, tanto su arma como su cuerpo se sentían totalmente poderosos, aunque, en el último caso, era imposible decir si el combustible era la hidratada que había consumido anteriormente o su desesperación por salvar a su padre.

La mujer debe haber tenido su propia sensación de peligro. Incluso antes de que la espada de Ben se extendiera, ella estaba girando, alcanzando su parang con una mano, encendiendo su propio sable de luz con la otra, y golpeando cruelmente con la punta del pie el talón de Ben.

Fue demasiado elegante, demasiado. Ben simplemente dio un paso atrás y le dio un tirón con la Fuerza a su mano vacía. En lugar de volver listo para lanzarlo de nuevo, el parang le cortó la muñeca de la mano. La mujer gritó, y su patada en el talón desvió el soplete que sostenía.

Trató de cortar con un sable láser el cuello de Ben. Quien se apartó, luego usó la Fuerza para jalarla, con su centro de masa, hacia su sable.

En el siguiente instante, todo el cuerpo de Ben hormigueaba por la sensación de peligro, girando y cortando, su sable tejiendo una cesta de protección, mientras los compañeros de la mujer se acercaban a él detrás de una lluvia de disparos de blaster.

Se retiró hacia la escotilla, dirigiéndose hacia su padre.

—Hola, papá, sobre ese prisionero…

—¡Vamos! —Luke llegó rodando por el banco de gabinetes de equipos, lanzando fuego de blaster al intruso que había estado intentando capturar, luego golpeó el suelo y comenzó a trepar hacia la escotilla—. ¡Y cúbreme!

—Claro —dijo Ben.

Cuando se deslizó por la escotilla, Ben golpeó deliberadamente el cuello del soplete. La cabeza salió disparada en un chorro de gas a presión, y una escarcha de hielo se formó instantáneamente en el recipiente de enfriamiento. Lo arrojó nuevamente a la sala de control. Comenzó a volar en un ambiente sin peso, arrojando vapores explosivos de azetal, que rebotaba en las consolas de los equipos.

Ben se cubrió detrás de una mampara sacando su blaster. Comenzó a disparar hacia la esquina, abriéndose completamente a la Fuerza para poder sentir la ubicación de su padre. Sintió una ola de terror cuando el enemigo anónimo se dio cuenta de lo que sucedería, cuando la concentración de azetal aumentara lo suficiente como para incendiarse, y luego su padre llegó volando a través de la escotilla con los pies por delante, bajando al suelo y volviendo a la sala de control.

Dos latidos después, el fuego enemigo se desvaneció en la nada. Ben agarró el tobillo de su padre y corrió por el pasillo, arrastrándolo mientras continuaba cubriendo la escotilla detrás de ellos. Mientras Ben se movía, debía que tener cuidado de mantener un pie en el piso, para que continuara siendo afectado por la forma primitiva de gravedad artificial de la estación.

Veinte pasos después estaban en el otro extremo del corredor, nadie los seguía. Ben se detuvo y soltó el tobillo de su padre.

—¡Eso fue un tiroteo! —Ben gimoteo—. ¿Los diste a todos?

Luke sacudió la cabeza.

—Solo a tres. Los otros saltaron con fuerza a través de ese agujero que corté. —Se enderezó, luego extendió una mano hacia el otro extremo del corredor y usó la Fuerza para levantar la escotilla caída para ponerla en su lugar—. Quienquiera que sean esos tipos, no son idiotas. Saben lo que sucederá cuando el gas azetal se vuelva lo suficientemente denso.

Capítulo Veintisiete

LAS ÓRDENES DE VESTARA ERAN SIMPLES, DEBÍA ESPERAR ESCONDIDA EN la cámara de intercomunicación, en forma de cuenco que conectaba la esfera central de la estación con su ala cilíndrica. Si los Skywalkers entraban vivos a esta área, ella armaría las granadas que le habían dado y las arrojaría a la cámara. Con un poco de suerte, podría cerrar la escotilla antes de que los Skywalkers enviaran las granadas volando de vuelta a su pasillo. Con mucha suerte, quedaría suficiente de la pareja para presentárselos a Lord Vol cuando regresaran a Kesh sin Ship.

Pero, como con cualquier plan Sith, había que considerar las posibles traiciones e intrigas, por lo que Vestara tenía una segunda misión. Después de abandonar la esclusa de aire a través de la cual Ship los había insertado en la estación, lo primero que hizo Lady Rhea fue liberar del influjo de Abeloth, a los miembros sobrevivientes de su tripulación, tal como Vestara la había liberado.

La segunda cosa que Lady Rhea había hecho, fue cambiar la misión del equipo de capturar a los Skywalkers a matarlos. Ese había sido el propósito original de la fuerza de ataque, y eso fue lo que Lady Rhea les ordenó hacer. Incluso si no fuera su comandante, le habría costado poco ganarse al pequeño grupo. El regreso de Ship a Kesh estaba claramente más allá de sus capacidades, pero Lady Rhea estaba segura de que la muerte de los Skywalkers y la noticia del extraño poder de Abeloth, serían suficientes para ganar el perdón del Círculo. E incluso si estuviera equivocada, toda la tripulación había aceptado que regresar con Abeloth y su extraño planeta estaba fuera de la discusión.

Para sorpresa de todos, excepto Lady Rhea, incluso Yuvar Xal había abrazado fácilmente este plan. De hecho, había proclamado que todos los sobrevivientes serían bañados en gloria, cuando el Círculo supiera del poder de Abeloth. Su entusiasmo había despertado sospechas, por supuesto, en gran parte debido al hecho de que antes, cuando la tripulación se detuvo en el *Cruzado Eterno* para recuperar trajes espaciales y armas, Ship solo permitió que Xal y Ahri abordaran la fragata.

Entonces, junto con Baad Walusari, Vestara había sido asignada para vigilar a Xal y Ahri. Si la pareja intentaba salir de su estación asignada, serían asesinados. Si intentaban capturar a los Skywalkers, serían asesinados. Si intentaban ponerse en contacto con Ship, o incluso si pareciera que estaban pensando en desobedecer a Lady Rhea, serían asesinados.

En resumen, ni Lady Rhea ni nadie más esperaban que Xal y Ahri sobrevivieran a la misión. Por supuesto, Vestara esperaba que Ahri demostrara que estaban equivocados, que era una de las razones por las que había estado feliz de aceptar la asignación. Si alguien le diera el beneficio de la duda, sería ella. Incluso podría darle una segunda oportunidad, si nadie estaba mirando.

La voz de Ahri llegó por el altavoz de su casco.

—Hey ¿Ves?

—¿Sí?

—Algo me ha estado preocupando acerca de toda esta misión Skywalker —dijo—. ¿Por qué?

Vestara hizo una mueca, inmediatamente sospechoso de sus motivaciones.

—Ahri, no lo hagas. —Miró por la grieta de su escotilla abierta, mirando a través de la cámara hacia la escotilla parcialmente abierta donde Ahri se estaba escondiendo—. Lady Rhea nos dio nuestras órdenes.

—Sí, y esas órdenes tienen sentido —respondió Ahri. Su casco apareció en la franja de espacio abierto detrás de la escotilla, el visor levantado para que pudiera ver un ojo pálido—. Lo que no entiendo es ¿por qué Abeloth quiere a los Skywalkers?

—Realmente no lo he pensado —mintió Vestara. El hecho es que ella y Lady Rhea habían pensado mucho en ese problema, y aun así no podían ver por qué Abeloth se arriesgaría a perder a todas sus mascotas Sith, a cambio de solo dos Jedi. Solo había una razón que tenía un poco de sentido, y Vestara era reacia a creerla—. ¿Quizás Abeloth piensa que son más fuertes que nosotros y que pueden sobrevivir más tiempo?

—Sí, claro —se burló Ahri—. Dos Jedi son más fuertes que quince Sith. Eso…

Su voz fue anulada por una explosión de estática. Por un instante, Vestara esperó que fuera Xal, ordenándoles que se callaran. Porque quizás entonces, las preguntas de Ahri no serían lo que ella temía que fueran… el gambito de apertura en la estratagema de Xal.

Pero cuando la estática se despejó, fue la voz de Lady Rhea la que escuchó Vestara.

—Van hacia ti —dijo—. Ten cuidado…

La transmisión fue interrumpida por una explosión de estática, y la cubierta saltó tan fuerte que Vestara pensó que la estación estaba a punto de desmoronarse.

—… son muy buenos —terminó Lady Rhea.

—Enterada —dijo Vestara—. Y gracias…

La filosa voz de Xal la interrumpió y ordenó:

—¡Silencio! ¡Tienes tus órdenes!

Vestara reconoció la reprimenda con un clic de comunicación. El tono de Xal, y su propia intuición, le dijeron que Lady Rhea había tenido toda la razón sobre la traición del Maestro. Se quitó un par de granadas especiales del arnés de su equipo y quitó los seguros, luego se agachó en la escotilla, mirando a través de la grieta que había dejado abierta y esperando a que aparecieran los Skywalkers. No necesitaba comunicarse con Baad Walusari para saber que las granadas en sus manos serían idénticas a las de ella; Lady Rhea les había dejado claro a ambos que no debían arriesgarse, que debían usar primero las granadas especiales si percibían el más mínimo indicio de traición de Xal.

Unas pocas respiraciones más tarde, se abrió la escotilla en alrededor de un tercio. Un par de figuras oscuras entraron disparando a la cámara, usando la Fuerza para levantarse hacia la extraña esclusa de membrana, en la parte superior de la cámara. Las placas frontales de sus cascos estaban cerradas, por lo que era imposible estar seguro de que fueran Luke y Ben Skywalker, cuyas caras había visto tantas veces en sesiones informativas de entrenamiento. Pero los dos llevaban los mismos trajes espaciales Jedi que había visto en esos informes, y en sus manos sostenían sables de luz y blasters.

—Tontos —siseó Xal por el comunicador.

Vestara estuvo de acuerdo. Se movían rápido, lo que siempre era prudente al atravesar un posible sitio de emboscada. Pero los usuarios de la Fuerza tenían muchas otras herramientas disponibles, que no había excusa para el tipo de riesgos que estaban tomando, excepto tal vez por arrogancia. Quizás los Skywalkers estaban tan acostumbrados a tener la única ventaja de la Fuerza, que ya no se molestaron con las precauciones tácticas más básicas. Si estos eran los mejores que los Jedi tenían para ofrecer, merecían lo que les ocurriría cuando la Tribu comenzara su expansión.

Los Skywalker estaban a dos tercios del camino a la membrana, lo suficientemente lejos como para que no vieran las escotillas abriéndose detrás de ellos, cuando Xal dio su orden.

—¡Ahora!

Vestara abrió su escotilla y envió las dos granadas especiales que había seleccionado hacia los Skywalkers. Cuando comenzó a cerrar la escotilla para protegerse, vio que las granadas de Baad Walusari retrocedían y volvían a su escondite. El tiempo pareció ralentizarse. En el siguiente nanosegundo, vio a Ahri mirando en su dirección. Sus propias granadas invirtieron el rumbo y entraron en su corredor hacia ella, y lo último que vio, justo antes de que se cerrara la escotilla, fue Ahri arrojando sus granadas hacia los Skywalkers.

Vestara se dejó caer sobre su espalda, su estómago se hundió y sintió un hueco, mientras observaba las granadas especiales, las que no tenían detonadores, rebotar inofensivamente por el pasillo. Previendo que Xal intentaría matar a Vestara y a Baad con sus propias granadas, Lady Rhea les había proporcionado a cada uno un par inofensivo para que las lanzaran primero. Ahora, con la evidencia de la sabiduría de su Maestra rodando por el suelo, Vestara se encontró llena de ira y decepción. No fue la traición de Ahri lo que la desanimó. Estaban en lados opuestos de un conflicto, por lo que era de esperarse, incluso respetarse. Fue la estupidez que encontraba repugnante. ¿Realmente creía que Abeloth tenía la intención de acompañar a Xal de regreso a Kesh con Ship y los Skywalkers como premios? ¿O era tan cobarde que preferiría morir en el planeta de Abeloth, que traicionar a su Maestro y llegar a un acuerdo con Lady Rhea?

La delgada explosión de un par de granadas de aturdimiento sonó desde la cámara exterior, y Vestara sabía que había llegado el momento de sacar a Ahri de su debilidad. Sacó dos granadas más del arnés de su equipo, ambas de fragmentación, completamente letales. Luego volvió a la escotilla y la abrió un poco.

Solo había un Skywalker a la vista, flotando en lo alto, cerca de la extraña membrana. Por un momento, Vestara pensó que Xal y Ahri se habían confundido no solo por su doble papel, sino también por la emboscada. Preparándose para informar el escape de un Skywalker, quitó los seguros de las dos granadas de fragmentación y esperó a que Xal y Ahri salieran de sus escondites, quienes ya estaban abriendo las esposas de choque, con los que pretendían contener a su presa.

Pero en lugar de ir juntos hacia el prisionero, Xal se detuvo y se dirigió hacia Vestara. Ella comenzó a temer que él hubiera sentido que estaba viva, luego se dio cuenta de que su mirada estaba fija en la pared justo encima de su escotilla. Se dio cuenta de que las granadas de aturdimiento habían enviado a uno de los Skywalkers a la deriva hacia ella.

Decidiendo que se había ganado el derecho a una pequeña indulgencia egoísta, Vestara usó la Fuerza para sacar el shikkar de su cinturón. Valorada en Kesh como una pieza de arte tanto como un arma, la daga de vidrio delgado fue diseñada para romperse dentro del cuerpo del objetivo, matándolo con la mayor angustia posible. Lo envió volando directamente al abdomen de Xal.

El ataque tomó a Xal completamente por sorpresa, la hoja se hundió diez centímetros completos en su plexo solar, antes de llegar a la empuñadura y se detuvo. Usando nuevamente la Fuerza, Vestara rompió el mango, dejando la hoja de vidrio enterrada dentro de su cuerpo.

Si Xal le hubiera mostrado a su aprendiz la cortesía de morir en silencio, Vestara podría haber salvado a su amigo Ahri. Pero su Maestro bramó de sorpresa y angustia como el cobarde que era. Y eso alejó la atención de Ahri del Skywalker inconsciente que se estaba preparando en atrapar.

En el segundo siguiente, un sable de luz cobro vida y Ahri se dividió a lo largo de su columna vertebral.

Vestara sufrió solo durante un latido de sorpresa, antes de darse cuenta de que los Skywalkers habían escapado por completo del ataque de las granadas aturdidoras. Incluso entonces, ella estuvo un paso más atrás de Baad Walusari, cuyo largo brazo se disparaba detrás de su escotilla, un par de granadas de fragmentación armadas estaban agarradas en su mano.

El Skywalker al lado de Ahri ya estaba extendiendo su mano libre en dirección a Walusari. Tan pronto como se abrió la mano del keshiri, las granadas volaron de regreso al corredor y desaparecieron de la vista. Media respiración después, la escotilla se cerró de golpe en el brazo de Walusari, doblando la extremidad en una dirección que ningún brazo naturalmente se doblaría.

Ya era demasiado tarde para que Vestara aprendiera del error de Walusari. Aunque se las arregló para evitar soltar sus granadas, una mano enguantada oscura, sujetó su muñeca y la sacó de su escondite. Una segunda mano le arrebató las granadas de la mano y las arrojó al corredor detrás de ella. Luego la escotilla pasó junto a ella y se cerró, dejándola mirar hacia un visor abierto, donde encontró los ojos azul pálido de Luke Skywalker.

Rápidamente deslizó el visor de Vestara para poder mirarla a los ojos, luego tomó su mano libre con la suya.

—Deberías saber —dijo en básico—, que los Jedi pueden resistir granadas aturdidoras.

—¡Tonto! —respondiendo ella en keshiri.

Incluso con ambas manos atrapadas, Vestara estaba lejos de ser impotente. Usando la Fuerza, sacó su parang de su vaina y llevó la cuchilla hacia la cara de Luke.

Skywalker reaccionó con una rapidez increíble, echando la cabeza hacia atrás y hacia un lado. Pero incluso un Gran Maestro Jedi no era rival para la velocidad del lado oscuro. La cuchilla lo alcanzó por la mejilla y la nariz, abriendo un corte profundo que roció la cara de Vestara con sangre caliente que ardía como el ácido.

Skywalker le soltó la mano. Vislumbró cuatro grandes nudillos con guantes negros que volaban a través de su visor abierto, y cuando aterrizaron, todo se oscureció.

Capítulo Veintiocho

LUKE ESTABA CASI ALLÍ, SIEMPRE QUE SE TUVIERA LA SIGUIENTE SECCIÓN de corredor cubierta de equipos, el siguiente panel de pared con luz propia, la siguiente puerta por la que pasaron, el siguiente «lo que fuera» que su hijo elegía para él. Se sostenía solo a través de su fortaleza en la Fuerza. Estaba cayendo sobre él desde todos los lados, llenándolo con un horno ardiente de dolor, devorándolo incluso mientras lo empoderaba, quemándolo vivo incluso mientras lo salvaba.

A Luke le hubiera gustado pensar que nunca se había sentido tan cansado, creer que nunca más se encontraría en circunstancias tan desesperadas. Pero la verdad era que antes ya había estado allí muchas veces, en la cueva del wampa en Hoth, durante la Batalla de Mindor, en el acercamiento a Qoribu en el sistema Gyuel en las Regiones Desconocidas. Y Luke no tenía dudas de que volvería a estar en esta misma posición muchas veces más. En los años y las décadas venideras, habría cien ocasiones en las que pensaría que moriría y una docena de veces en las que otros creían que ya lo estaba. Sin embargo, por el bien de Ben, y por innumerables razones que parecían mucho menos importantes en este momento, tenía que seguir adelante.

—¡Vamos, papá! —La voz de Ben llegó por el intercomunicador del casco. Habían huido de la emboscada en la cámara de conexiones apenas medio minuto antes, y ahora huían por la parte despresurizada de la estación—. ¡Ya casi volvemos a ese centro de detención con los caparazones de killiks!

Luke no tenía la energía, ni el corazón, para decirle a Ben que el flujo constante por alentarlo era más irritante que útil. Sabía que Ben estaba alarmado al ver que la sangre de su mejilla cortada se acumulaba en la parte inferior de su visor del casco, pero la herida no era tan grave como parecía. Había tenido cuidado de no dejar que la chica cortara demasiado, y fue un precio lo suficientemente pequeño para pagar por su prisionera.

Ben había insistido en ser él quien la arrastrara, y Luke hubiera estado igual de contento. A pesar de que estaba flotando, le costaba evitar que se alejara mientras la cubierta giraba lentamente debajo de ella, necesitando Luke mantener su concentración enfocada en toda esa energía de la Fuerza que estaba atrayendo hacia sí mismo.

Otra sección de la pared se iluminó, esta vez en un amarillo intenso, y el corredor detrás de ellos se oscureció. Si Luke recordaba correctamente, a medida que avanzaban hacia el final del pasillo, a unos trescientos metros de distancia, el color del panel se volvería verde. Ahí es donde encontrarían la entrada a su hangar, y luego debería ser un asunto simple abordar la *Sombra* y partir con su prisionera.

Pasaron la puerta del centro de detención, y todo el cuerpo de Luke comenzó a erizarse al sentir el peligro. Ben también lo sintió claramente, porque de repente le dio a la prisionera un fuerte empujón de la Fuerza. Saliendo flotando por el pasillo delante de ellos, su cuerpo con traje espacial parecía girar sobre su eje, mientras la estación giraba a su alrededor.

Luke se dio la vuelta, con el blaster y el sable láser en las manos. En el otro extremo del corredor, a unos doscientos metros de distancia, la membrana de la cámara de aire se estiraba hacia ellos al estarse abriendo paso alguien. Extendió la mano en la Fuerza y sintió media docena de presencias peligrosas esperando detrás de la primera.

—¿No pueden esos tipos darnos una pista? —preguntó Ben—. Ya debemos haber matado a la mitad de ellos.

—Siguen viniendo, ¿no? —Luke estuvo de acuerdo—. Tenemos que descubrir quiénes son.

—Le preguntaremos a la niña… más tarde —dijo Ben—, una vez que estemos a bordo de la *Sombra*.

La primera figura se liberó de la membrana. Otra comenzó a abrirse paso, y Luke sintió el peligro. Se tiró al suelo, justo cuando la primera forma aún cubierta de la sustancia pegajosa, comenzó a verter fuego blaster a ciegas por el pasillo.

Luke sintió que su hijo lo agarraba del brazo. Ambos comenzaron a ir a la deriva por el corredor hacia atrás, Ben usando la Fuerza para empujarlos hacia la entrada del hangar, mientras la niña continuaba flotando delante de ellos. Luke sacó su blaster y comenzó a devolver el fuego hacia los intrusos. A esa distancia, incluso un Jedi estaba haciendo bien en darle al muro, pero no estaba apuntando a la pared. Después de una docena de disparos, un rayo finalmente encontró la membrana.

Una repentina punzada de sorpresa y dolor reverberó a través de la Fuerza, cuando el disparo de Luke golpeó a alguien que todavía esperaba salir de la cámara de cruce. Luego, una columna de vapor blanco comenzó a fluir a través del agujero de la quemadura, derramándose en el corredor en una nube cada vez mayor. Finalmente, la membrana se partió, arrojando media docena de figuras con traje espacial por el pasillo en una explosión de descompresión.

Luke y Ben continuaron lanzando rayos de blaster hacia la masa, golpeando a dos intrusos antes de que alguien comenzara a controlarse. Una tercera figura pereció golpeó un carro de transporte de panza redonda, rompiéndose el traje espacial. Un cuarto murió cuando rozó un campo de contención del centro de detención, vaporizándose el hombro de su traje.

Pero cuando los intrusos finalmente recobraron el control y encendieron sus sables de luz, eso dejó a tres bajando por el pasillo, atacando a los Skywalkers tan rápido como si hubieran sido disparados. Para entonces, Ben los había llevado a la sección verde, y Luke sabía que estaban a unos pasos de la entrada del hangar.

Luke enfundó su blaster, luego sacó su sable láser de su gancho… y sintió un repentino florecimiento de peligro, que le hacía cosquillas en la parte posterior de su cráneo. Agacharse no era realmente posible mientras flotaba, por lo que se conformó con esquivarlo, enrollándose en la Fuerza, chocando contra Ben y golpeándolos a ambos contra la pared.

—¡Papá! —gimió Ben—. Que…

La protesta se desvaneció cuando el tanque de amoniaco para respiración pasó volando. Luke se giró para mirar en la dirección de la que había venido y vio a su prisionera, todavía atada pero consciente, de pie a unos quince pasos por el pasillo. Parecía tambaleante, con las manos aún unidas frente a ella, pero su visor estaba viendo hacia un pequeño carro de panza redonda, que se estaba levantando de la cubierta donde había estado durante los últimos siglos, si es que no milenios.

—Está bien, es hora de tumbar a la chica —dijo Ben, volviendo su blaster hacia su ex prisionera—. Incluso atada, no es más que un problema.

—¡No!

Luke derribó la mano de Ben, luego agarró el carro para alejarlo del alcance de la Fuerza de la niña, haciéndolo caer por el pasillo, lo suficientemente lento como para asegurarse de que tuviera tiempo de esquivarlo.

—¿Estás loco? —exigió Ben—. Esta es la segunda vez que intenta matarte.

—Solo asústala —ordenó Luke. Odiaba dejar ir a la chica; ansiaba saber por qué las cuatro emboscadores en la cámara de cruce parecían tan ansiosos por matarse entre sí, así como a él y Ben. Pero ella cumpliría su propósito casi tan bien como si simplemente se reuniera con sus amigos—. Tengo planes para ella.

—¿Planes? —Ben disparó un par de rayos para mantener a la niña corriendo y luego dijo—. Está bien, si tú lo dices.

—Si los tengo. —Luke volvió a mirar por el pasillo. Los otros tres intrusos se habían acercado a setenta pasos, parecían contentos de involucrarse con sables de luz, lo cual, si sabían algo sobre la condición de Luke, era probablemente una táctica sólida—. ¿Qué tan cerca estamos del hangar?

Ben señaló un nicho oscuro a unos tres pasos de distancia.

—Muy cerca —dijo—. Ahí está el…

Ben dejó de hablar, y los intrusos se acercaron otros diez pasos mientras Luke esperaba escuchar el final de la oración.

Finalmente, Luke espetó:

—¡Ben! Deja de soñar despierto.

—Lo siento —dijo Ben, sacudiendo su casco—. Pero yo, eh, sé quiénes son.

—Bien. —Empujando a Ben delante de él, Luke se retiró hacia el nicho—. Ahora podría ser un buen momento para compartir, hijo.

—Está bien, pero no lo vas a creer —dijo Ben—. Son Sith.

—¿Sith? —Llegaron al nicho y entraron. Se activó un panel de iluminación verde, que reveló un pequeño cubículo de unos dos metros de lado—. No pueden ser, Ben. Había al menos una docena de ellos…

—Y los Sith vienen en pares… lo sé. —Ben empujó una palanca contra la pared y un panel se deslizó hacia abajo para separarlos del corredor—. Pero Ship está aquí. Sentí que nos estaba buscando.

—¿Ship? —Luke preguntó, desactivando su sable de luz—. ¿El Ship?

—Sí —dijo Ben, también desactivando su arma—. La esfera de meditación Sith. Ese Ship.

El piso se hundió debajo de ellos, bajando a los Skywalkers al nivel del hangar. Tan tentado como estaba de preguntarle a Ben si estaba seguro, Luke lo sabía mejor. Ship y su hijo habían desarrollado una relación demasiado cercana, cuando Ben todavía era el aprendiz Sith involuntario de Jacen, y no había forma de que Ben olvidara como se sentía Ship en la Fuerza.

Un panel se deslizó a su lado, permitiendo que la luz teñida de azul del desordenado hangar se derramara en el elevador. Luke señaló en la dirección de la *Sombra de Jade*.

—Ve a preparar la *Sombra* —dijo—. Los mantendré en el elevador hasta que estemos listos para el despegue.

Ben no hizo ningún movimiento para irse.

—Papá…

—Hazlo ahora, Ben —ordenó Luke—. Si Ship está trabajando con ellos, se moverá para bloquear la salida del hangar.

Un suspiro llegó por el altavoz del casco de Luke, luego Ben bajó del elevador.

—Está bien —dijo—, pero no me iré sin ti.

—Si se trata de eso, mejor —dijo Luke—. Uno de nosotros necesita informar de esto. Si los Sith están involucrados con este lugar…

—Sí, lo entiendo —dijo Ben—. Este podría ser todo el thakitillo[10].

Luke frunció el ceño dentro de su casco.

—¿Todo el thakitillo?

—Ya sabes, el gran secreto —explicó Ben—. La razón por la que Jacen se oscureció, la razón por la que los Jedi del refugio se están volviendo locos… la razón por la que los malditos Sith siguen regresando.

—Tienes razón. —Luke se inclinó el casco de acuerdo—. Esto podría ser todo el thakitillo.

Mientras Luke hablaba, el panel se cerró y sintió que el piso se elevaba hacia el nivel de acceso. Le envió a Ben un empujón tranquilizador de la Fuerza, luego sacó su blaster y se acercó a la salida, escondiéndose en la Fuerza para que el enemigo, los Sith, no lo sintieran venir. Todavía había muchas cosas que Luke no entendía acerca de su repentina aparición aquí, muchas que no se sentían muy bien, pero había suficientes que parecían correctas, para convencerlo de que Ben podría estar en lo cierto. Los intrusos eran ingeniosos, bien entrenados en la Fuerza, completamente despiadados y mortales incluso para con los suyos. Independientemente de si alguna vez se había encontrado con esta tensión en particular antes, eran Sith, y eso era todo lo que importaba.

El panel de salida se abrió. Luke se encontró parado frente a frente con cuatro enemigos sorprendidos. Dos eran pequeños y femeninos, y dos eran grandes y masculinos. Puso un trío de rayos láser en el pecho del hombre más grande y encendió su

[10] Era un manjar que se consideraba entre los mejores platos comestibles de la galaxia. Fuente: https://starwars.fandom.com/wiki/Thakitillo

sable láser en el visor del otro hombre, luego se retiró a la parte trasera del elevador y usó la Fuerza para presionar la palanca de activación.

Luke había esperado que las mujeres sobrevivientes estuvieran tan conmocionadas por su ataque, que saltarían a cubrirse y tomarían un momento para reagruparse antes de ir tras él. Debería haberlo sabido mejor. Estos eran Sith, y reaccionaron con todo el instinto asesino que implicaba. Incluso antes de que el panel de salida comenzara a caer de nuevo en su lugar, se sumergieron en el ascensor con él, cada una yendo a una esquina opuesta para poder atacar desde dos direcciones diferentes.

Luke disparó a su antigua prisionera, se dio cuenta de que era la misma chica por los ojos furiosos que ardían detrás de su visor, y luego vio que el rayo volvía volando cuando activó el sable láser en sus manos. La mano invisible de la Fuerza lo estrelló contra la pared trasera del elevador, y la mujer mayor apareció, tirando una estocada hacia su parte media.

Luke apenas trajo su sable láser para bloquearla. En el siguiente instante, sintió un nuevo peligro cuando la delgada daga de vidrio en el cinturón dejó su vaina y vino a buscar sus costillas. Se hizo a un lado a tiempo para evitar atacar directamente, pero la hoja era lo suficientemente afilada como para desgarrar incluso la armadura flexible de un traje espacial de combate, antes de que se rompiera.

Para entonces, la chica estaba sobre él otra vez, empujando bajo con su sable de luz. Él bloqueó al contraatacar, deslizando una patada mejorada por la Fuerza la cual la envío lejos. Aun así, ella hizo todo lo posible para esquivar el golpe, arrastrando la punta de su espada sobre el pecho de Luke, abriendo una herida humeante que inmediatamente comenzó a ventilar una delgada línea de vapor.

Pero el corte que realmente hirió a Luke, que atravesó su traje hasta la carne, no lo vio, ni siquiera lo sintió. Simplemente sintió que la Sith mayor, bailaba frente a la chica, aprovechando su atención dividida para llevar su espada escarlata hacia su garganta. Luke cayó de rodillas, empujando su propio sable hacia la sección media de la mujer, luego maldijo cuando se apartó con nada más que un surco humeante sobre el vientre de su traje espacial.

Y fue entonces cuando Luke notó que la sangre hervía frente a su visor. Miró hacia abajo y vio una larga aleta de traje, revoloteando a la luz de la lámpara del casco, que ya expulsaba sangre, aire y sudor. No tenía idea de lo que había abierto esta segunda herida aún más grande.

Sabiendo que sus enemigas ya estarían presionando su ventaja, Luke dio un salto mortal hacia adelante. Llegó al lado opuesto del ascensor, girando y disparando, usando la Fuerza para levantarse hacia el techo, su sable láser trazó una hélice de protección alrededor de su cuerpo. Los trajes espaciales de combate estaban diseñados para aislar y sellar, pero solo hasta cierto punto. Luke ya podía sentir el frío del vacío filtrándose a través de la herida en su abdomen, y podía notar por el sutil zumbido en sus oídos que su traje estaba perdiendo presión.

Luke vislumbró una curva oscura que caía hacia él, cuando las dos mujeres se dividieron y se movieron para flanquearlo, y lo entendió. Estas Sith manejaban la Fuerza como una tercera extremidad, usándola tan naturalmente como sus propias manos. Mientras estaba concentrado en sus sables de luz, uno de ellas había sacado su parang negro de su vaina y atacado.

Luke dejó de girar y bloqueó el parang, su sable láser lo cortó en dos. Las dos mujeres Sith saltaron para acabar con él. Giró su blaster hacia la chica, conduciéndola hacia atrás con una ráfaga de rayos dirigidos hacia abajo, luego hacia arriba y luego hacia abajo, demasiado rápido para que pudiera bloquearlos. Un rayo se desprendió de su casco, luego otro quemó a través de su bota, dejándola saltar mientras expulsaba humo y vapor.

Luego la mujer mayor volvió a estar sobre él, cortando primero desde un lado, luego el otro con su hoja escarlata, conduciendo cerca para golpearlo desde el muslo hasta la garganta con la rodilla, el codo y el casco. Luke dejó caer su blaster para empuñar su sable láser con ambas manos, bloqueando a la izquierda y deteniendo a la derecha, pateando sus rodillas y golpeando su garganta con ambos antebrazos.

A través de su traje de combate, ninguno de los dos estaba sufriendo mucho daño, pero no pasaría mucho tiempo antes de que alguien se resbalara, y cuando eso sucediera, el final llegaría rápidamente. Luke continuó golpeando y contraatacando, su cabeza comenzó a girar mientras sus depuradores de aire se esforzaban por mantener el ritmo de sus esfuerzos, con la atmósfera sangrante por su traje desgarrado. La mujer Sith luchó como un shenbit, nunca se rindió, nunca dudó, nunca se detuvo. Fue todo lo que Luke pudo hacer para mantenerse entre ella y la pared, usó la Fuerza para mantenerla atrapada frente a él, usándola como un escudo para evitar que la chica se deslizara para atacar sus flancos.

Hace cuanto se había abierto el panel de salida a su lado, Luke no tenía idea. Todo lo que sabía era que, por el intercomunicador de su casco, escuchó a Ben advirtiéndole que la *Sombra de Jade* estaba abriendo fuego contra Ship. Cuando el elevador se llenó de luces azules brillantes, miró hacia la pared para evitar que el gran tinte de su visor fuera activado, por los grandes cañones láser de la *Sombra*. Los Sith instintivamente se volvieron hacia la luz para ver lo que estaba sucediendo.

Se dieron cuenta de su error en el instante en que sus visores se oscurecieron y entraron en una serie de maniobras evasivas. Pero incluso ese pequeño desliz fue demasiado en un combate tan cruel, y Luke no estaba en condiciones de ser misericordioso. Siguió a la Sith mayor al interior del hangar, aprovechando su ceguera momentánea para cortar miembros, primero una pierna, luego el brazo de la espada y finalmente su casco.

Esperando que la chica feroz estuviera sobre él en el instante en que su visor se despejará, Luke se giró para encontrarla con un barrido de su espada y la encontró a treinta metros de distancia, flotando sobre un viejo y polvoriento StarTripper Soro-Suub, que parecía que podía haber sido el prototipo de la famosa *Dama Suertuda* de Lando. Su

visor parcialmente oscurecido se giró hacia el elevador, tal vez porque estaba buscando algo que pudiera usar para continuar su ataque desde una distancia segura.

Pero pareció sentir la mirada de Luke, dándose cuenta de que las probabilidades se habían vuelto contra ella, y lentamente miró hacia él. Era imposible ver dentro de su casco desde esa distancia, pero Luke tuvo la sensación de que ella lo estaba observando cuidadosamente, ya sea ajustando una evaluación previa de él o simplemente esperando su próximo ataque.

Cuando Luke permaneció inmóvil, la niña encendió su sable láser y lo levantó en señal de saludo. Reconoció el gesto con un movimiento de cabeza. Sostuvo el saludo por un momento más, luego desactivó su espada e hizo un movimiento hacia atrás de la Fuerza, desapareciendo de la vista detrás del polvoriento StarTripper.

Luke se volvió hacia la salida del hangar. Al no ver señal de alguna nave activa, excepto la *Sombra*, activó su intercomunicador.

—¿Hey, Ben?

La *Sombra* giró instantáneamente y comenzó a regresar al hangar. Entonces la voz de Ben llegó por el canal de comunicación.

—Papá, ¿qué pasa? No suenas tan bien.

—Sobreviviré —dijo Luke—, si te apuras.

Epílogo

EN LA SUITE PALACIEGA LLAMADA SIMPLEMENTE PRESIDENCIAL POR EL personal hiperactivo del majestuoso Comunidad en Corusca, todo había sido hecho en una escala grandiosa. Jaina estaba descansando junto a Jag en un sofá flotante, que podría haber sentado a todo un escuadrón de combate junto con personal de apoyo. Sus pies estaban apoyados en una mesa del tamaño de una pequeña plataforma de aterrizaje, y estaba mirando una pantalla de video que no tendría problemas para mostrar imágenes de tamaño real de un StealthX. Actualmente, la pantalla estaba llena con el hocico arrugado y del tamaño de un wookiee de Perre Needmo, arrastrándose hacia arriba y hacia abajo mientras sus gigantes labios grises leían las noticias.

—… sigue siendo incierto quién disparó contra el Halcón Milenario —informaba el chevin—. Los portavoces militares de la Alianza Galáctica niegan categóricamente la responsabilidad. Sin embargo, la detonación fue presenciada por miles de operadores civiles. Y varias naves de combate ChaseX de la fragata de persecución clase Nargi *Muerte Rápida* estaban en las cercanías en ese momento. La oficina de la Jefa Daala se ha negado a comentar al respecto.

Jaina suprimió el sonido, luego le sonrió a Jag.

—Estoy empezando a ver por qué papá disfruta tanto de este tipo —dijo—. Tiene una forma de llegar a la verdad a pesar de los encubrimientos.

Jag se permitió una rara sonrisa.

—O al menos una versión que tu padre encuentre aceptable. —Hizo una pausa y luego preguntó—. ¿Hubo víctimas?

Jaina sacudió la cabeza.

—No de nuestro lado, al menos —dijo—. El Halcón y el Gizer Gut llegaron a su cita según lo programado. Deberían estarse yendo a las Nieblas Transitorias en cualquier momento.

—Bien. —La expresión de Jag era de alivio, pero su aura en la Fuerza seguía preocupada—. Entonces, ¿has tenido noticias de tu padre?

Jaina sacudió la cabeza.

—No, el mensaje era de mamá. —Ella lo empujó juguetonamente en las costillas—. Pero no te preocupes. Papá vendrá.

Jag parecía dudoso, pero antes de que Jaina pudiera tranquilizarlo, el droide ayudante residente de la suite entró en la habitación en su repulsor.

—Perdone la intrusión, Jefe de Estado Fel —dijo el droide—. Nuestro personal acaba de recibir un avance sobre el show de Javis Tyrr Presenta. Habrá una noticia sobre usted y la Jedi Solo, y supuse que querría verla.

Jaina cerró los ojos y gimió:

—¿Y ahora qué?

—Lo siento, Jedi Solo. —Tomando la pregunta de Jaina como una solicitud, el droide usó sus controles integrados para cambiar de programa—. Me temo que no nos dieron detalles sobre el contenido.

Un instante después, el hermoso rostro de Javis Tyrr, obviamente estéticamente mejorado, apareció en el videomuro, tres veces más grande que como era en la vida real.

—… ahora otra exclusiva de Javis Tyrr —decía, mostrando sus dientes demasiado blancos.

Una imagen de Jaina y Jag, sentados en el asiento trasero de la arrugada limusina de Jag, apareció en el videomuro. Jaina inmediatamente tuvo una sensación de hundimiento, y sintió que Jag estaba tenso.

—Aquí hay un pequeño clip de lo que pasa entre la pareja favorita de todos, cuando tienen un poco de tiempo a solas —continuó Tyrr—. ¿Cómo lo hacemos? No puedo decirles eso, mis amigos, pero puedo decir que encontrarán esta pequeña joya muy interesante.

La imagen se dibujó para un primer plano de Jaina, frunciendo el ceño mientras exigía saber qué le estaba tratando de ocultar Jag.

En el sofá de la suite del hotel, Jaina se volvió para mirar a Jag.

—No sé qué decir —comenzó—. Estoy tan…

—Espera —dijo Jag, volviéndose hacia el droide ayudante—. VeeDiez, ¿podrías apagar eso?

El videomuro quedó instantáneamente en blanco.

—Por supuesto señor.

—Ahora, por favor, discúlpanos —dijo Jag—. E informa al personal que no necesitaré ver más informes de Javis Tyrr.

—Muy bien señor. —El droide ayudante inclinó su cuerpo hacia adelante en una reverencia, y luego agregó—. Si hice algo para molestarlo o a la Jedi Solo, tiene mis más sinceras disculpas.

—Estaremos bien —dijo Jag—. Gracias.

Cuando el droide salió de la habitación, Jaina dejó caer la barbilla.

—Jag, lo siento mucho —dijo—. Tyrr debe haber estado descargando datos de ese droide parásito todo el tiempo que estuvo caminando…

—Jaina, detente. —Deslizó un dedo debajo de su barbilla y la convenció para que la levantara—. No pusiste al espía en mi limusina, y todo estará bien.

—¿Está bien? ¿Cómo puedes pensar que va a estar bien? —Jaina señaló el videomuro—. Si alguna vez hubieras sido un joven Jedi en el refugio, ¡pensaría que también te estarías volviendo loco!

Jag parecía completamente tranquilo.

—No es un problema. Vamos a estar bien. —Agitó una mano desdeñosa hacia el videomuro—. Eso es solo política. Y no voy a dejar que una pequeña cosa como la política se interponga entre nosotros.

La atrajo más cerca y la besó suavemente, luego agregó:

—No voy a dejar que nada se interponga entre nosotros.

Los ojos de Jaina permanecieron abiertos.

—¿Lo prometes? —preguntó.

Jag asintió.

—Lo prometo.

—De acuerdo, entonces. —Jaina cerró los ojos y se inclinó para besarlo—. Yo también lo prometo.

TUMBADO INCONSCIENTE EN LA BAHÍA MEDICA DE LA *SOMBRA,* LUKE Skywalker parecía más muerto que vivo. Solo estaba medio limpio y aún manchado de sangre. Pero Ben sabía que las heridas sanarían y que la fortaleza volvería después de algunas buenas comidas. De lo que Ben no estaba tan seguro era del espíritu siempre esperanzado. Cuando hizo los cálculos, se dio cuenta de que su padre había pasado semanas más allá de las sombras. Y eso no parecía una experiencia de la que cualquiera pudiera recuperarse rápidamente, tal vez nunca lo haría.

Ben solo había pasado unos días más allá de las sombras, y la breve visita aún pesaba sobre él como un saco de rocas en un nado de tres kilómetros. No todo fue malo, por supuesto. Había estado feliz de encontrarse con Anakin en el Lago de las Apariciones, y profundamente agradecido por la oportunidad de hablar con su madre por última vez. Y con cada fibra de su ser, tenía la intención de honrar las promesas que le había hecho.

Pero en cuanto a ver a Jacen… qué triste había sido descubrirlo tan solo y tan perdido, no amargado, sino completamente consciente del monstruo en el que se había convertido. Jacen entendió el daño que le había causado a tantos, la angustia que había infligido a los que más lo amaban. Y lo que realmente llamó la atención de Ben, lo que Ben sabía que le molestaría por el resto de su vida, fue la aceptación del propio Jacen. Jacen parecía casi engreído al respecto, como si todo el sufrimiento que se había infligido a sí mismo y a los demás, hubiera sido el costo necesario de perseguir un fin mucho mayor.

Y sin embargo… había sido Jacen quien finalmente había vuelto a sus sentidos a Ben, quien finalmente había salvado a ambos Skywalkers, al convencerlos de que no podían ir más lejos sin perder todo lo que habían venido a salvar. Ben se dio cuenta de que había una verdad más profunda enterrada en alguna parte, pero probablemente permanecería para siempre más allá de su alcance.

Ben sintió una agitación en la Fuerza, y miró hacia abajo para encontrar los ojos azules de su padre estudiándolo atentamente.

—Desearía que no hicieras eso, papá —dijo Ben—. Es un poco espeluznante.

—¿Qué? —preguntó Luke—. ¿Tratar de estar disponible cuando mi hijo necesite orientación?

—No es eso —dijo Ben—. Sabiendo siempre.

—Lo siento. —Una sonrisa familiar Skywalker se deslizó por los labios de Luke, y el corazón de Ben inmediatamente se sintió mil kilos más ligero—. No puedo evitarlo. Es una especie de viene incluido con el paquete.

—Sí. —Ben suspiró. Después de una pausa, preguntó—. Oye, mientras estás despierto, ¿te importa si te hago una pregunta?

—¿Qué seguimos haciendo aquí, pasando el rato en Las Fauces, cuando estamos completamente sin comida y medicinas?

—No, ya me di cuenta que esperamos. —Ben pasó un dedo por el corte sobre la nariz y la mejilla de su padre—. Pusiste un rastro de sangre en esa chica Sith. Solo estamos esperando que ella actúe y salga de la estación Pozo-Negro, para que podamos seguirla.

De nuevo, Luke sonrió.

—Bueno, entonces, parece que tienes todas las respuestas.

—No todas —dijo Ben, sacudiendo la cabeza—. Hay una pregunta que realmente me ha estado molestando.

La expresión de Luke se puso seria.

—Siempre puedes preguntar.

—Lo sé —dijo Ben. Tomó un respiro profundo—. Cuando Jacen preguntó qué habías visto en el Trono del Equilibrio…

—Lo recuerdo —dijo Luke—. Le dije que había visto a Allana, rodeada de amigos de todas las especies.

—Bien,… —dijo Ben—. Y luego le preguntaste a Jacen qué había visto.

Luke asintió.

—Lo recuerdo. Me dijo que no había sido a mí. —Su mirada se volvió distante y miró hacia otro lado—. No estoy completamente seguro de creerle.

—¿Porque sabes lo que vio? —preguntó Ben.

—Porque sé parte de eso —respondió Luke, sin apartar la mirada—. Solo lo suficiente para hacerme preguntar.

—Está bien —dijo Ben—, entonces esta es mi pregunta ¿qué vio Jacen?

Luke volvió a mirar a Ben.

—Lo que Jacen vio en el Trono del Equilibrio no importa, no te incumbe. —Su sonrisa volvió, esta vez llena de partes iguales de tristeza y esperanza—. ¿Y sabes lo que es realmente maravilloso de eso? Nunca lo será.